

NADA COMO EL SABOR DE LO PROHIBIDO

Break
POINT

PAZ IRIBARNE

Break Point

BILOGÍA MATCH POINT

PAZ IRIBARNE

Derechos de autor © 2024 PAZ IRIBARNE

SAFE CREATIVE
Declaración de creatividad
Información de la obra
Título BREAK POINT - LIBRO 1 BILOGÍA MATCH POINT
Identificador 2402176950864
Fecha de registro 17-feb-2024 22:05 UTC
Licencia Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler u otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de su autor, quien es el titular de todos los derechos.

Los personajes o eventos que se representan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Este libro contiene escenas de sexo explícito, lenguaje adulto y violencia, por lo que es apto para mayores de 18 años.

A esos amigos que son pocos, pero valen un millón.

Contenido

<u>Página del título</u>	
<u>Derechos de autor</u>	
<u>Dedicatoria</u>	
<u>Advertencia</u>	
<u>Sinopsis</u>	
<u>1 Superación</u>	
<u>2 Declaraciones y tristeza</u>	
<u>3 Las mujeres del magnate</u>	
<u>4 Recuerdos y traiciones</u>	
<u>5 Sensualidad y erotismo</u>	
<u>6 Los límites del placer</u>	
<u>7 Conversaciones incómodas, o candentes</u>	
<u>8 ¿Qué estás esperando?</u>	
<u>9 Reuniones familiares</u>	
<u>10 Traiciones</u>	
<u>11 Amenazas</u>	
<u>12 Confesiones</u>	
<u>13 De villanos y algo más</u>	
<u>14 Experiencia</u>	
<u>15 Redefiniendo el juego</u>	
<u>16 El placer de ser nosotros</u>	
<u>17 Jugadores</u>	
<u>18 Aclaraciones</u>	
<u>19 Fuego</u>	
<u>20 Vergüenza</u>	
<u>21 Cosas que nunca entenderías</u>	
<u>22 De pasiones y amores verdaderos</u>	
<u>23 Vidas en riesgo</u>	
<u>24 Un hombre diferente</u>	
<u>25 Cabos sueltos</u>	
<u>26 Aléjalo de mí</u>	
<u>27 Legado familiar</u>	
<u>28 Colisión</u>	
<u>29 Deseos al descubierto</u>	
<u>30 Tentaciones</u>	
<u>31 Sangre y cenizas</u>	
<u>32 Daño colateral</u>	
<u>33 Duelo y comienzo</u>	
<u>34 Libertad o soledad</u>	
<u>35 Corazón y mente</u>	
<u>36 Sin máscaras</u>	

[37 Exhibición](#)

[38 Quédate](#)

[39 Miedo](#)

[40 Sin tiempo](#)

[41 Reencuentro](#)

[Epílogo](#)

[Match Point. Escena adelanto](#)

[Capítulos extras de pura pasión](#)

[Jugo de limón y azúcar](#)

[Regalo de cumpleaños](#)

[Un guardaespaldas muy eficiente](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca del autor](#)

Advertencia

Esta historia contiene escenas de sexo explícito y lenguaje adulto, por lo que es apta solo para mayores de 18 años.

Sinopsis

¿Qué estás dispuesto a hacer para mantenerte en el juego?

Todos tenemos una adicción, todos necesitamos un aliciente que nos impida volarnos la cabeza con un arma después de perder a todos los seres que amamos. La adicción de Eric Morgan es el sexo, y tiene tres reglas que nunca pierde de vista. Una cita, un desconocido, y no hay repetición.

Todo está bajo su órbita. Eric domina cada cosa que hace. Sus amantes de paso solo le dan el oxígeno necesario para continuar viviendo, solo eso, hasta que Felipe Becerra aparece en su vida, y las reglas de pronto, se tornan un problema.

Felipe sueña con un hombre que lo haga estremecer, alguien que lo lleve al límite. Este hombre que ha conocido en una aplicación de citas parece ser todo lo que espera, sin embargo, el acuerdo que ambos tenían en un inicio se ha roto, y una noche le resultó insuficiente. Felipe piensa en él todo el tiempo, y sabe que es imposible.

Felipe es un tenista de categoría mundial, no puede arriesgarse a que el mundo descubra su secreto, a que su padre, y la prensa lo descubra.

Después de aquella noche de pasión, Eric se juró a sí mismo nunca volver a ver a Felipe, pero las casualidades existen, y el destino no puede torcerse. Cuando Felipe sufre un atentado en donde casi pierde la vida, solo habrá un hombre capaz de protegerlo, uno que se jugará el todo por el todo, y juntos descubrirán una trama de secretos y mentiras que va más allá de su imaginación.

Felipe ya no lo desea en su cama, lo anhela en su vida. Solo a él.

El hombre que desnudó su cuerpo, y le hizo el amor a su alma.

Dos hombres en un punto de quiebre.

¿Se animarán?

1 Superación

Melbourne, Australia.

«La vida no es buena, ni mala. Eres tú quien le da el significado».

Las palabras de mi madre golpearon en el centro de mi pecho. Tragué saliva, me agaché, y coloqué las manos sobre mis rodillas. El sudor corría por mi cuello y espalda empapando mi camiseta blanca. El sol, como un tirano sádico sin escrúpulos, se apoyaba sobre mi cabeza y la presionaba. Estaba a punto de reventarla. Mi cuerpo ebullición.

Me negué a ingerir más líquido, de lo contrario, mi vejiga explotaría, pero lo deseaba. Me sentía transitar en medio de un desierto desolado.

Respiré el aire caliente, el oxígeno al parecer no lograba ingresar en mis pulmones cansados y asfixiados. Me limpié el sudor con la manga mojada de mi camiseta blanca que apenas se despegaba de mi cuerpo. Di saltos de un pie a otro, mis pies hervían apoyados sobre el piso azul de la cancha de tenis. Era una locura, pero pensé que en algún momento se derretiría como el asfalto. Estreché mis ojos. Lo que daría por tener mis anteojos de sol en este momento. No usaba gorra porque me resultaba una molestia cuando realizaba mis saques. Era un sacrificio que debía hacer si quería una oportunidad en este juego.

Las alternativas no eran muchas. Rostizarme como un pollo al espiedo, o hacer un mal saque. Frente a mí, a unos metros más allá de la red, estaba mi adversario.

Su rostro y su cuerpo tenían una tonalidad rojiza, con seguridad las quemaduras de sol le jugarían una mala pasada cuando esto terminara. No había bloqueador solar que fuera adversario para los cuarenta y cinco grados que nos golpeaban sin contemplación.

«Mi amigo Ander».

Sí, Ander era mi mejor amigo, de hecho, era el único que tenía, el único que había tenido desde muy temprana edad. Ander se arregló su cabello largo y platinado. Estrechó los ojos, y se acomodó su gorra. Pensé en ese momento cuántas personas estarían aquí solo para deleitarse con su imagen, más allá de su talento descomunal. Ander era el hombre más bello del mundo, lo era, y no porque yo lo dijera. Todas las revistas de espectáculos coincidían en ese hecho. Yo lo admiraba, pero no por su cara bonita. Era el jugador número dos del tenis mundial. Estaba a varios peldaños, y puntos delante de mí. Muchos decían que nunca alcanzaría su nivel, al igual que el de Emmanuel Urich, el indiscutible número uno.

El indiscutible imbécil, víbora ponzoñosa, rastrero, que dominaba la escena del tenis. De más está decir que lo odio con todas mis fuerzas. No por sus dichos o acciones hacia mí si no por el constante asedio y acoso a mi amigo Ander.

«Que se joda».

Me concentré en mi adversario, uno al cual no me gustaba enfrentar porque lo quería demasiado, porque lo sentía como mi hermano. Continué moviéndome de un lado a otro, y esperé el saque poderoso de Ander. Los especialistas de este deporte coincidían en que mi amigo tenía una especie de misil en el brazo, y no se equivocaban.

Era muy difícil que le arrebatara un punto cuando él tenía el servicio. Sostuve con mis

dos manos la raqueta, el sudor me hizo sentir incómodo en cada músculo.

Odiaba la humedad y el calor excesivo. Australia parecía un sinónimo de todo aquello que detestaba. Era gracioso pensar que por mi cuerpo también corría sangre brasileña, y no solo rusa. Parecía un mal chiste, yo era un hombre gris, común y promedio. Más que común y más que promedio. Me lo decía muchas veces al día, lo corroboraba cada vez que me ponía frente a un espejo. No había nada exótico, ni bello en mí. . Tenía unos ojos entre miel y café verdoso que no eran feos, al igual que mi sonrisa, pero nada que llamara la atención de verdad. Era muy delgado, sin importar los ejercicios para mejorar la musculación. Todos mis esfuerzos eran insignificantes. Corría, iba al gimnasio todos los días, horas de natación, y no conseguí que mi cuerpo dejara de asemejarse al de un adolescente desnutrido.

No había nada maravilloso en mí, nada exultante. Nada que te dejara sin aliento. Nada como mi amigo Ander, o el imbécil de Emmanuel.

Ander dio un suspiro, tomó la bola con su mano izquierda y lanzó hacia arriba para rematar con su raqueta. Sostuve mi raqueta con más fuerza a la espera del impacto. Ander levantó su brazo derecho y dio de lleno en la bola. La pelota salió con una velocidad fulminante. Recibí con firmeza. El impacto movió mi raqueta, pero tuve la fuerza suficiente para devolver el golpe, y que este hiciera llegar la bola más allá de la red.

Ander corrió y devolvió, yo también lo hice. Ander me obligó a ir de un lado de otro con sus remates, esa era su técnica, y entonces comencé a imitarla. Pases largos y distanciados, mi rival corría y resbalaba cuando llegaba al extremo opuesto de la cancha. La bola seguía en movimiento, golpeé de nuevo y me acerqué a la red para reducir espacios. Ander se mantuvo alejado, la pelota viajó con velocidad a dónde estaba. Dio un salto, y golpeó con fuerza. Di pasos hacia atrás, y alcancé la pelota. Salté, y tomé impulso.

«Este punto es mío».

Todos mis músculos se contrajeron cuando mi cuerpo saltó más allá de su límite. Mi camiseta blanca adherida a mí por el sudor por fin logró separarse de mi piel debido a mi elongación. Me estiré y alcancé la pelota. Mi raqueta golpeó con una fuerza que a mí mismo me sorprendió.

La pelota cruzó la red. Ander corrió, pero estaba muy lejos. Dio en la esquina derecha de la cancha, un par de centímetros antes de la línea.

Grité, y levanté las manos, el público también exclamó a la par mía. Había conseguido ese punto. Por primera vez en la historia, Ander perdía un punto siendo dueño del saque.

Ander insultó, y lanzó su raqueta al suelo. Siempre era de ese modo, no porque yo le hubiera quitado un punto, sino porque le enfermaba fallar. Las equivocaciones no estaban aceptadas en su estricto código de disciplina, y entrenamiento.

Su entrenador tenía una regla muy particular, quizás pocas personas la entenderían, por lo que Ander hablaba poco de ello. Lo que sí tenía claro es que el dolor formaba parte de todo eso. Mi amigo sufría las equivocaciones, lloraba las derrotas como nadie en este mundo. Me pareció que era esa la razón por la cual casi nunca perdía. La derrota, en su mente, equivalía a muerte y desolación.

Lo lamenté por él, pero no me dejaría abatir. Este partido era mío, así lo sentí desde que ingresé a la cancha, desde el instante en que empecé a sudar como cerdo.

El partido siguió, los desplazamientos rápidos hacia un lado y otro se tornaron una constante. Era una lucha contra el sol, la humedad, el rival, y contra mí mismo. Hubo momentos en los que sentí que las piernas ya no me sostenían. Algo común cuando llevas tres horas corriendo como un loco, y mantienes tu cuerpo en tensión frente a lanzamientos formidables

como los de Ander.

«Cinco a cuatro».

Miré el marcador, y maldije. Estaba un punto abajo, y la ventaja del set la tenía Ander. Me arremangué haciendo de mi camiseta una especie de remera sin mangas. El sol picaba en mis brazos, y piernas. Ardía en mi espalda que, a pesar de estar vestida, parecía desnuda. Los nudillos atenazados, los dedos fijos en la raqueta. Ander tenía el servicio.

Me enfoqué en mi rival que, a esta altura, lucía borroso. Esperé su saque monstruoso. Me resistí a perder este set. Me resistí a la derrota. La vida no era buena, ni mala. Cerré los ojos, y respiré el aire caliente por enésima vez. Mi madre tenía razón, siempre fue así.

La pelota viajó hasta mí con velocidad meteórica. Recibí el impacto y devolví la bola hacia mi rival. Pasó por encima de la red, y otra vez lo hice correr al costado derecho. Esta vez, Ander llegó. Me moví hacia adelante para reducir su margen de acción. Ander hizo lo mismo. Fue un toque y toque a partir de ese instante. La ovación del público no se hizo esperar.

Retrocedí unos pasos, salté y di de lleno con mi raqueta. Ander corrió hacia atrás en su lado de la cancha, se giró y arremetió una vez más sobre la pelota. Volví a saltar con las fuerzas que me quedaban. Después de tres horas y un calor infernal todo parecía distinto. Gemí cuando apenas alcancé la bola verde flúor, la cual atravesó la red para caer a unos centímetros de ella.

El público volvió a vibrar, y yo sonreí.

Este partido todavía no terminaba, y aun tenía oportunidad de ganarlo.

2 Declaraciones y tristeza

—Y después dicen que Dios no existe.

—Cierra la boca, Gabriel.—Felipe respondió al esposo de Carlos Ferrari, su mánager. A este le encantaba molestarlo.

—Vamos, ¡ni de coña ganabas ese partido!

—Lo hice, y en tu cara.

Felipe le golpeó el pecho musculoso al campeón mundial de kickboxing y este lo abrazó. Carlos, quien había estado hablando con un par de periodistas, vino a saludarlo.

—Ese es mi muchacho—agregó Carlos orgulloso—. Mis muchachos, mejor dicho, porque Ander también estuvo genial. Han dado lo mejor hoy.

Carlos Ferrari o Charlie como lo llamaban la mayoría, era uno de los mánager de la agencia de Vlad Ullianov la cual trabajaba con Felipe desde hacía varios meses, así como también con Ander Kovac, y Emmanuel Urich, y por supuesto con Gabriel. Carlos se destacaba por su calidez, y compromiso, y en todos los partidos o torneos que podía, estaba junto a él, al igual que su marido.

Felipe los abrazó a los dos. Estaba muy feliz, pese a conocer el dolor que había causado en Ander.

—¿Cómo está Ander?

Carlos y Gabriel se mantuvieron en silencio por unos segundos. Fue su mánager quien habló. Dio un suspiro antes de hacerlo.

—Sabes que para él la derrota es un tema difícil, pero no puedes sentir culpa cada vez que les toca competir juntos, y tú le ganas.

—Es verdad, patéale el trasero sin remordimiento.

—Gabriel.—Carlos entornó los ojos ante el comentario del hombre—. Lo que tratamos de decir es que esto es un torneo, y existe un ranking. Todos quieren formar parte de los diez mejores. Ustedes son el número dos y el tres. Es parte de la dinámica, van a encontrarse en muchas competencias. Disfruta el momento, Felipe. Disfruta esta victoria.

—Lo intento.—Felipe se encogió de hombros. Carlos hizo una mueca. Tenía tanta dulzura, ¿qué carajo hacía en ese lugar? ¡No estaba hecho para eso!

—Ya se le pasará—dijo Gabriel—. Tú solo enfócate en la ovación, y en todos los periodistas que te esperan en la sala de prensa.

—Gracias por acompañarme, de verdad, les agradezco que estén conmigo.

—Hoy nos sorprendiste de una manera muy grata a todos.—Carlos puso las manos en sus hombros—. Revertiste un resultado que nadie esperaba.

—Nadie, en serio.

Carlos volvió a dirigir una mirada de reproche a Gabriel.

—¿Por qué carajo me estropeas todos mis discursos?

—¿Qué? ¿He dicho algo malo? ¡Todo el mundo lo veía! ¡Felipe parecía un perrito mojado en sudor, mientras Ander corría de lado a lado como si el partido recién comenzara!

—Tú no te guardas nada, ¿verdad?—preguntó Felipe, y le dio una sonrisa.

A este punto, los comentarios de Gabriel ya no lo afectaban, sobre todo porque sabía que

no lo hacía con mala intención. Era simplemente su esencia. Gaby era hablador.

—No, ya me conoces.

—Vamos—propuso Carlos antes de que Gabriel dijera otra barrabasada—. Te esperan en la sala de prensa.

—Siempre me pone nervioso este momento.

—No es malo ser tímido—argumentó Carlos—, y tampoco humilde. No solo eres un gran tenista Felipe, eres una persona maravillosa.

Felipe le dio una media sonrisa. Era tan bello y tierno cuando lo hacía, la sonrisa le daba luz a su rostro. Gabriel lo observó, y por momentos vio cosas de Carlos en él. Estaba seguro de que Felipe no estaba al tanto de lo impactante que era, de cómo podía enloquecer a un hombre o a una mujer solo con ese gesto.

No es que Gabriel pensara en dejar a Carlos por él, lejos de eso, sin embargo, era una constante escuchar la manera en que Felipe se minimizaba. Carlos, en un principio, era similar. Su esposo en forma constante hablaba de su problema de rodilla, de su pierna más corta. Nunca ponía énfasis en su piel de porcelana, en sus ojos azules de pestañas abundantes, en sus labios rojo cereza, esos que Gabriel nunca se cansaba de besar.

Felipe era un diamante en bruto. Gabriel esperaba que tarde o temprano el muchacho se diera cuenta de que era una joya.

Los flashes invadieron el espacio de la conferencia cuando Felipe apareció. Levantó la mano con timidez y caminó algo encandilado hacia la silla donde estaría en la siguiente hora. Se acomodó el cabello, y afirmó sus codos y antebrazos en la mesa, con tan mala suerte que tocó el punto de apoyo de uno de los micrófonos haciendo que este cayera, e iniciara una especie de dominó en donde varios aparatos ubicados al lado de este lo siguieron.

—Lo lamento.—El rubor saltó en sus mejillas, sus manos trémulas intentaron acomodar en vano el micrófono en la base de apoyo—. Lo lamento.

Una de las personas de la organización se acercó de prisa, y lo asistió. Felipe cerró los ojos cuando advirtió que estaba intentando encastrar uno de los micrófonos sobre la base puesta al revés.

«Soy un tonto».

—Gracias—dijo con toda la vergüenza que entraba en su cuerpo escuálido de metro setenta.

El hombre asintió y despejó el lugar. Felipe volvió a quedar frente a decenas de periodistas y luces de equipos de filmación y fotógrafos. Su corazón se saltó un latido, quizás dos.

—¿Qué puedes rescatar de este triunfo, Felipe?

Felipe se enfocó en la mujer la cual hizo la pregunta, puso sus manos en el borde de la mesa, con el temor latente a cometer otro error.

Quizás se parecía demasiado a Ander, tal vez ambos no toleraban equivocaciones en sus vidas, a lo mejor por eso estaban solos. Quizás por eso, odiaba enfrentarse con él. Era como su maldita alma gemela, y en ese instante, Felipe detestó serlo.

—Supe creer en mí cuando nadie lo hacía—explicó—. Estuve debajo en el marcador desde el minuto cero, y es la primera vez en mi carrera que logro dar vuelta a un resultado, y nada menos que contra Ander Kovac.

—Emmanuel Urich ha dicho que jamás le llegarás a los talones a Ander, y mucho menos a él.

Felipe dio un suspiro, sus manos se hicieron puños. Ese imbécil siempre lograba

desestabilizarlo.

—Voy a responder preguntas con respecto a mí , y a este partido—argumentó apacible—. Lo que Ulrich diga, o deje de decir acerca de mí, es su problema.

Los murmullos en la sala no se hicieron esperar. Felipe observó hacia todas las direcciones.

—Le has dado un golpe mortal a Ander—agregó otro periodista—, al menos así se lo ha visto en las imágenes.

Felipe no las había visto. Ander se marchó de la cancha sin siquiera saludarlo. Lo entendía, pero a veces esa forma de ser lo cabreaba.

—A nadie le gusta perder—aclaró—. Ander deberá lidiar con esta derrota, del mismo modo que lo hago yo y cada uno de los deportistas que integran este circuito.

—¿Podrías confirmar la versión que circula de que has recibido amenazas de muerte?

Felipe se puso pálido, y su corazón se aceleró.

«No des información acerca de esto, deja que la policía haga su trabajo, Felipe ¡No quiero escuchar una palabra!».

Su padre lo había dejado muy claro, Felipe no iba a desobedecerlo.

—Es falso—replicó—, no tengo mayores comentarios al respecto.

—¿A quién le dedicas este triunfo?—interrogó otro periodista, en un intento por cambiar el ambiente que se generó después de esa pregunta y la mínima respuesta de Felipe.

—A mi mánager y su esposo—dijo con una sonrisa—, a mi hermana, a mi padre, y a mi madre que, desde donde esté, sigue cuidando de mí.

—¿Qué hay de Ander?

Felipe escrutó al malintencionado que realizó la pregunta. Se arregló el cabello, y colocó un mechón detrás de las orejas.

—También se lo dedicó a él, porque es mi hermano del alma, y estoy seguro de que, pese a todo, está feliz por mí.

3 Las mujeres del magnate

«Eres el mejor hermanito, estuviste grandioso».

Raisha, la medio hermana de Felipe le envió un mensaje por la victoria. Había estado a punto de llorar en varios momentos del partido. Su «pequeño» había crecido tanto, y eso era maravilloso. Pensó en lo feliz que habría estado su madre si aun estuviera viva. Pensó en la mujer que en parte también la crio a ella cuando su propia madre estaba perdida en las adicciones. Un dolorcito se instaló en su pecho, un dolorcito que no se iba a pesar del tiempo y que las cosas mejoraban. Las angustias de cuando era niña seguían en su alma, esa herida continuaba sangrando, pese a que ahora era una mujer de veintiséis años.

Corrió a ver a su padre quien estaba en reunión en ese momento. Raisha golpeó la puerta del despacho e ingresó. Jorge levantó la mirada y se enfocó en su hija. Frente a él estaba Ruhr Levin Sarich, uno de sus socios más importantes. Raisha tragó saliva, y maldijo su impulsividad.

—Lamento la interrupción—agregó—. Es algo importante.

—Puede esperar—replicó Jorge sin atisbo de emociones en el rostro—. He pedido que no me molestaran.

—Felipe ganó—añadió antes de que su padre dijera algo más—, está en conferencia de prensa.

—Me estás interrumpiendo, Raisha.

La chica asintió, y, sin ganas de hacer una discusión, dio media vuelta para abandonar el despacho.

—Has crecido, querida.

Raisha cerró los ojos y apretó el picaporte. Se había olvidado por unos segundos de que el bastardo Ruhr estaba allí.

—Sí, usted también.

El rostro de su padre se desfiguró, y antes de que dijera algo más, la muchacha salió de la oficina.

La puerta se cerró, y las lágrimas cayeron por sus mejillas. Caminó por el largo pasillo decorado con esculturas de todas partes del mundo, dio pasos sobre el mármol ostentoso. Se sintió más sola y vacía que nunca. Felipe estaba cumpliendo en parte el sueño de su madre, y a Jorge no le importaba.

—*Le gusta perder el tiempo.*

—*Es su sueño, Jorge, ¿es que acaso tú los has perdido?*

—*Mientras el imbécil de tu hijo corre detrás de una pelotita con una raqueta en la mano, yo me encargo de un imperio que, en cualquier momento, se volverá escombros.*

—*No te atrevas a decir eso.*

—*Tu «querido padre» es una mierda, Zaria. No me vengas con pretensiones ni defensas ridículas.*

—*Es mucho más hombre, y protege a su familia más que tú.*

—*Vuelve a decir eso, y te juro que barreré el piso de este palacio con tus lindos cabellos rubios.*

Una de las últimas discusiones que atestiguó entre su padre y su madrastra vino a su mente. Quince días después, Zaria murió junto a su padre cuando el helicóptero en el que iban explotó.

«Una falla en el tanque de combustible. He decidido dar por concluida la investigación. Mi esposa y su padre se merecen la paz».

Raisha se frotó las manos temblorosas cuando transitaba el extenso pasillo. Más de una vez, su mente le jugó una mala pasada. Quiso atar cabos acerca del desenlace cruel e injusto de la madre de Felipe y del padre de esta, pero el miedo a la oscuridad de su familia, y, sobre todo, de su padre, la detuvo.

¿Y si todas las amenazas de muerte habían sido algo más? ¿Si sus miedos profundos acerca de Jorge eran una verdad a la que solo le restaba correrle el velo?

—*Papá, esto fue un atentado. Todos lo sabemos. No puedes permitir que cierren el caso como una falla mecánica.*

—*No voy a contradecir a las autoridades, fin del asunto.*

—*¿La amabas?*

—*¿Qué?*

—*¿Alguna vez le correspondiste su amor antes de serle infiel con ese montón de zorras?*

—*¡Cómo carajo te atreves! ¡Pequeña perra desagradecida!*

Las dos bofetadas que la llevaron al suelo esa tarde de enero todavía ardían en su rostro. No tenía derecho, no cuando todo fue su culpa.

Raisha no tenía pruebas, pero tampoco dudas.

Su padre hizo crecer la fortuna que recibió de Zaria y de su padre de una manera exponencial, ¿a qué costo?

Era una pregunta que no la dejaría en paz mientras viviera. Todos habían muerto en circunstancias extrañas, y Jorge continuaba con su soberbia intacta.

Sus «negocios» llevarían a la ruina lo poco que quedaba de su familia.

Más tarde esa noche, Raisha estuvo en comunicación con él. Estaba feliz, y ella se sintió incapaz de romper ese momento, de decirle que, a su padre, ellos le importaban una mierda. Era injusto. Una mujer como la madre de Felipe jamás debería haber muerto, una mujer que los amaba, que les daba cariño y contención.

Raisha nunca dejó de sentirse sola después de aquel fatídico hecho que los separó para siempre. Felipe la llamó en ese instante, y ella se guardó todo lo que llevaba en el interior para que la amargura no tapara la felicidad de su hermano.

Se escuchaba con tanta energía, tan libre.

—Eres el mejor, siempre lo dije.

—Vamos, a tus ojos no hay nadie que me supere—contestó Felipe con su voz llena de vida—, pero en el mundo real nadie piensa así.

—Siempre te subestimaste.—Intentó no quebrarse, pero resultó en vano—. Nunca viste el maravilloso ser que eres, todo lo que puedes lograr.

Felipe quedó en silencio, Raisha se limpió las lágrimas. Había llegado un punto en que los desplantes de su padre ya no le importaban, pero cuando eran hacia su hermano las cosas cambiaban.

—¿Qué dijo papá?—preguntó Felipe—. Lo he llamado, pero no responde.

—Estaba muy contento—mintió Raisha—, pero tú lo conoces. Tiene un millón de complicaciones.

—Sí.—Felipe se conformó con esa respuesta—. Supongo que en algún momento me

devolverá la llamada.

—¿Tienes pensado festejar esta noche?—preguntó Raisha para cambiar de tema.

—Sabes que no soy de salir, y mucho menos de festejar. Me gustaría hablar con Ander, aunque dudo que quiera verme ahora.

—Es tu mejor amigo—replicó Raisha—. Sus depresiones son más leves contigo a su lado.

—Recuerda que soy yo quien lo ha vencido.

—No está enojado contigo, sino con la derrota.

—Hablas como si lo conocieras.

—Lo hago—replicó Raisha—. Ander ha vivido más con nosotros que con sus padres desde siempre, así que puedo decir con total confianza que, en este momento, le encantaría hablar contigo.

Felipe dio un suspiro, la verdad es que su hermana pocas veces se equivocaba en cuanto a sentimientos.

—¿Sabes? Creo que me voy a arriesgar.

—Ese es mi campeón—respondió con alegría.

—Me gusta como suena.

—Lo eres, cariño. Siempre fuiste un campeón, solo debes creer en ti.

4 Recuerdos y traiciones

No había muchas personas en el mundo que lograran poner nervioso a Jorge Becerra. Un hombre de sesenta años que había vivido todas las experiencias que un mortal puede contar. Drogadicción, secuestro, alcoholismo, abandono, muertes, y, aun así, parecía que ni siquiera el sol lo calentaba. Zaria, la madre de Felipe solía llamarlo «trozo de hielo». Era bastante gracioso que perteneciera a una tierra de sol, samba, y calidez. Jorge hacía palidecer a los rusos en sus actitudes. Nada lo conmovía, y manejaba con mano de hierro cada una de las empresas que heredó de su esposa fallecida.

—Tu hija ha crecido.

Jorge levantó la vista del contrato que estaba leyendo y se enfocó en su socio.

—Sí, es parecida a su madre.

—No lo discuto, era una belleza.

Los ojos de Jorge volvieron al papel, lo apretó con fuerza. Ruhr tenía la capacidad de sacarlo de las casillas, era el único ser humano que lograba que el hielo se derritiera. Estrechó los ojos con uno de los puntos.

—¿Pretendes que te otorgue el setenta por ciento de las acciones de *Xinaris*? ¿Qué carajo te pasa? ¿No te basta con el dinero que te doy? ¿Quieres que te ceda el control de mi empresa más importante?

—Te ayudé a consolidarte. Me parece lo justo.—Ruhr se cruzó de brazos, y sonrió. Jorge tensó la mandíbula.

—Te doy millones de dólares todos los meses. No voy a ceder a esto.

—¿Seguro?—Ruhr enarcó una ceja con suspicacia—¿De verdad quieres poner a prueba mi paciencia amigo?

—No soy tu amigo—replicó—. Somos socios, y considero que te llevas una buena tajada para todavía querer apropiarte de la empresa que es mi orgullo. He cedido a todas tus pretensiones sin excepción, pero esta vez, has pasado el límite.

—Jorge, me decepcionas.—Ruhr lo miró con pesar—¿Te das cuenta de que te tengo en mis manos? ¿Una palabra mía y terminas en la cárcel?

—Si caigo yo, tú también lo harás. Ambos tenemos secretos, no lo olvides—advirtió Jorge con el dedo índice apuntando hacia su socio.

—No estés tan seguro—agregó con tranquilidad—. Conozco a cada juez de este país. Tú solo eres un extranjero advenedizo que se quedó con la fortuna de su esposa muerta. Un dudoso accidente, por cierto.

—No le temo a tus amenazas, Ruhr—replicó Jorge con su voz al borde del hartazgo—. Haz lo que quieras.

Ruhr comenzó a reír. Una risa escalofriante que pondría los pelos de punta a cualquiera que lo escuchara. Se puso de pie y acarició el escritorio de vidrio oscuro.

—Es que no son amenazas, Jorge. Son simples advertencias. Sabes que soy un hombre de hechos.

—Vete de mi casa ahora.—Escupió el empresario—. No quiero volver a verte por aquí, de lo contrario conocerás a mis guardaespaldas.

—Cuidado, «amigo».—Ruhr puso énfasis en la palabra—. Puede que tú termines conociendo a mi gente, y créeme, a tus hijos no les agradaría mucho. Han estado recibiendo amenazas, estimo que no deseas que pasen a mayores.

Jorge se mantuvo estoico. Sus manos estaban sobre el escritorio, las hizo puños. Controló a su lengua que quería decir cientos de maldiciones en contra de ese tipo.

—Sal ahora—ordenó—. No lo voy a repetir.

Ruhr le dio un guiño de ojo, y se arregló el saco gris cobalto.

—Nos vemos, Jorge—dijo con amabilidad—. Salúdame a tu hermosa hija.

Ruhr caminó hacia la puerta, la abrió y salió de la oficina. Jorge respiró una vez que se encontró solo en su enorme despacho. De inmediato, presionó su intercomunicador y llamó a su jefe de seguridad.

—Señor Becerra.

—Quiero que dupliques la seguridad de Felipe y Raisha. Vigíloslos todo el tiempo. Y quiero estar al tanto de todo.

—Entendido, jefe.

Jorge finalizó la comunicación, y respiró. Miró sus manos trémulas, y presionó una con la otra para que los temblores se detuvieran.

En ese momento, el empresario supo que había tomado la peor decisión al negar a Ruhr lo que deseaba.

—Mamá, no quiero que te vayas de viaje. Me prometiste que tú me llevarías a las clases de tenis.

—Lo sé, mi vida, pero no podemos posponer este viaje, ¿sí?

—A ti solo te importa el trabajo, siempre me dejas a un lado.

—Cariño, si tuvieras una idea de todo lo que significas para mí. Daría el mundo por ti. Lo vería arder si fuera necesario, solo por tu felicidad.

—Yo no siento que sea así. Me dejas todo el tiempo, al igual que papá.

—Tu papá te quiere, hijo. A veces está ocupado, y tiene muchos problemas. Eso es todo.

—¿De verdad me quieres mamá?

—Más que a mi vida, mi pequeña luz.

—Voy a ganar por ti.

—Ese es mi pequeño campeón. El más bello de todos.

Hay hechos que nos marcan sin importar cuántos años pasen. Felipe nunca olvidaría la última conversación que tuvo con su madre. No olvidaría sus caricias, y sus besos cálidos cada vez que su mamá se marchaba a algún viaje de negocios. Su mamá tenía labios suaves y esponjosos como el algodón, todavía podía sentirlos. Ocho años después, esas memorias de dolor, alegría, y también de culpa no se iban. El tiempo no las había borrado. Es más, su corazón las atesoraba, las cuidaba, las mimaba.

La culpa volvió a golpearlo. El último encuentro, la despedida sin una caricia. La última vez que la vio con vida.

«Mi pequeño campeón, él más bello de todos».

Ella y su hermana Raisha eran las únicas que siempre le dieron mensajes de aliento, que contribuyeron a su fuerza cuando a él no le quedaba nada.

El triunfo fue para ellas. Felipe lo supo en el instante en que la pelota pasó la red y cayó a

medio metro sobre el lado de Ander. Miró a la tribuna, giró para deleitarse con ese público que se ponía de pie para aplaudir esa victoria épica, e imaginó a su madre allí. La vio con su vestido blanco, y sus gafas de marco oscuro. La imaginó sonriéndole, con lágrimas en los ojos como tantas veces.

La imaginó, porque era todo lo que le quedaba de ella. Ese recuerdo que no se iba, esa imagen que sería eterna. Su madre joven y hermosa, caminando rumbo al helicóptero. Siempre estaría en su mente de ese modo. No habría arrugas, ni movimientos lentos por el paso del tiempo. Pura belleza y juventud. Pura vida, una vida que ya no tenía. La eternidad del último beso que nunca fue dado, de todos los silencios, de todas aquellas ausencias, de esos vacíos que nos quedan en el alma presos del arrepentimiento.

Un golpe en la puerta de su habitación lo trajo de vuelta a la realidad, a ese momento de gloria que estaba viviendo. Se enfocó en el reloj por lo que pensó que no podrían ser Gabriel y Carlos todavía. Era temprano.

Felipe se dirigió a la puerta, y abrió. Un guardaespaldas estaba al lado de Ander quien, dentro de todo, lucía bien. Bien era un eufemismo. Ander siempre lucía hermoso, a veces divino, pero nunca «bien». Ese término jamás encajaba con su imagen.

«Bien» era un término que le quedaba a los tristes mortales como Felipe.

—Felicitaciones, campeón.

—Gracias.

Se quedaron en la puerta, uno frente al otro. Fue Ander quien se hizo hacia adelante y lo abrazó con todas sus fuerzas. Felipe le correspondió el gesto.

—Sabes que solo estoy enojado por la derrota, ¿verdad? No tiene nada que ver contigo.

—Ya lo sé, no me gusta que sufras—dijo Felipe quien no lo soltaba.

—No—Ander se apartó y lo sujetó de ambos hombros—, mereces esto, jugaste fenomenal. Disfrútalo. Nunca te pongas mal por mí.

—Es que eres mi amigo.

—Y lo seguiré siendo—replicó—, pero eso no significa que siempre debas estar bajo mi sombra. Eso no sería justo para alguien talentoso como tú. No es lo que tu madre querría.

Felipe quiso decirle tantas cosas. Contarle que le dolía que no lo saludara cuando le ganaba un partido, que le dolían los gritos y su rabia, pero no se animó. La evocación de su madre a la memoria lo había desestabilizado.

—He estado pensando en ella—dijo Felipe con tristeza—. En nuestra despedida. En el hecho de que mi padre no se molestó en guardar el duelo, aunque el cuerpo de mi madre se haya desvanecido en el aire.

—No la recuerdes así.—Pidió Ander—. Ella se merece más que eso.

—Ya lo sé—expresó con un dolor enorme en el pecho—. Pasa que hay momentos en que la extraño demasiado. Me siento solo, eso es todo.

Ander le golpeó la espalda, e ingresó a la suite. Ambos caminaron hasta el sofá. Se sentaron uno al lado del otro, y se tomaron de las manos. Felipe recordó que, más de una vez, los habían tachado de maricones por esa actitud en el estricto colegio donde habían asistido. Nunca les importó. Felipe se sentía poderoso cuando Ander estaba cerca, se sentía protegido. Ander emanaba esa seguridad, la firmeza de actitud y el coraje para llevarse por delante al mundo. Felipe odiaba depender de las personas, pero era inevitable.

«Un perrito mojado».

Gabriel no se equivocó con la analogía. Felipe, la mayor parte del tiempo, se sentía un perrito pulguento y mojado al lado de Ander.

¿Estaba enamorado de él? No, nunca. El incesto no era lo suyo, porque Ander era como su hermano, su mellizo en ocasiones.

—¿Has hablado con tu padre?

—No me ha respondido ningún llamado.—Estaban sentados tan cerca que sus rodillas se tocaban—. No me importa, de verdad. No le permitiré que me robe mi momento de alegría.

—Así se habla.—Ander lo despeinó. Felipe gritó y trató de zafarse, pero su amigo era más corpulento, más alto. Una misión imposible—¿Y? ¿Algún mensaje candente?

—Deja de preguntar tonterías—dijo Felipe, entretanto se arreglaba su pelo—. La única manera en que tendría una historia candente es que me quemara con un encendedor, o mejor aún, con el agua caliente de la regadera.

La carcajada de Ander fue tan estruendosa, que hizo reír a Felipe.

—Eres un hombre de poca fe, y no sabes explotar tus atributos.

—Claro—expresó Felipe con sarcasmo—¿Cuáles serían? ¿Mi gran musculatura? ¿Mi imponente estatura? ¿Mi rostro de ensueño? Espera, ¿ese eres tú!

Ander puso los ojos en blanco.

—Dios, es más fácil levantarle la autoestima a un depresivo con tendencias suicidas que a ti.

—He sido un depresivo con tendencias suicidas—recordó Felipe—. Parece que a ti hay detalles de mi vida que se te olvidan.

—Hombre, en serio—agregó Ander esquivando el tema— ¿Cómo carajo vas a ligar algo si tienes un perfil de *Tinder* sin foto? ¿Eres tonto?

—Escucha.—Felipe hizo un ademán—. Tú me rogaste que me abriera una cuenta allí, y que las propuestas me lloverían. Eso no ha sucedido.

—¿Por qué no tienes una puta foto!—Ander le dio una cachetada en la cabeza, y Felipe se quejó—. Es que todo indica que no estás interesado. Una persona que quiere algo publica fotos, y se muestra. Ese es el objetivo de entrar en un sitio en donde tendrás tipos calientes de todas las razas, y credos, aunque de seguro no querrás hablar de religión con ninguno de ellos. O quizás tengas suerte, y le termines viendo la «cara a Dios» como dice Alejandro Ferrari.

Felipe entornó los ojos ante la broma estúpida de su amigo, y de Alejandro, su fisioterapeuta argentino, que tenía las historias más alocadas. Todo era más fácil cuando Ander dejaba su oscuridad en la cancha de tenis.

—¿Y qué se supone que debo hacer? Mostrar mi rostro, y decir: «Parezco Felipe Becerra, pero no soy. Invítame a follar».

—Ay, hombre.—Ander chasqueó la lengua—. Eso fue muy patético, es decir, más que patético.

—Gracias por la charla motivacional.—Felipe le mostró el dedo del medio, y Ander frunció los labios para no reír.

—Supongo que debo ayudarte a que la molesta tarjeta «V» deje de formar parte de tu vida.

—Mi «V» está muy bien, y tranquila. Creo que tienes más ganas tú que yo mismo en perder esa tarjeta de la que tanto hablas.

—Felipe.—Ander arqueó una ceja—. Dime que jamás has fantaseado con perder la virginidad con algún semental bien dotado que te domine en la cama, y te deje convulsionando de placer.

—Vaya, diría que has visto demasiado porno, pero si lo pones así—ironizó Felipe, y Ander se encogió de hombros.

—Venga, que todos lo hemos deseado.

—Tú, y tus hormonas lujuriosas te llevan por el mal camino—advirtió Felipe a su amigo—. Es así como has terminado en esos clubes raros.

—Clubes de sadomasoquismo, y no son raros—replicó Ander.

—¡Por supuesto! ¡Que te azoten sin contemplaciones es algo muy placentero! Sin mencionar lo maravilloso que debe ser que tomen turnos para darte como cajón que no cierra.

Ander dio un suspiro muy profundo, había pocas formas delicadas de explicar lo que le sucedía.

—Me gusta cómo se siente el dolor en mi piel—confesó—. Esos hombres entienden a mi cuerpo, comprenden que necesito perder el control. Necesito ser castigado.

Felipe frunció el ceño. Había llegado a un punto desconocido hasta el momento.

—¿Por qué querías ser castigado?

Ander chasqueó la lengua, se rascó el hombro por sobre la camiseta de color azul que combinaba con sus ojos.

—Es complicado.

—¿Qué te hace pensar que no lo entendería?

—Es que nadie lo hace, amigo—agregó con un ápice de vergüenza—. Te prometo que algún día podré hablar de ello, pero por ahora, no ¿De acuerdo?

Fue una confirmación tácita. Ninguno de los dos dijo nada al respecto. Felipe se preguntó si todo eso tenía que ver con su ímpetu por obtener victorias a como diera lugar, pero se mantuvo en silencio. Respetaría los tiempos de su amigo.

—Bien.—Felipe se rascó la ceja izquierda—¿Qué fotos me aconsejas que agregue a mi cuenta, especialista en follar?

Los ojos grises azulados de Ander brillaron con genuina emoción. A Felipe lo asustó el exacerbado entusiasmo de su amigo.

—Tengo muchas ideas, pero puede que termines asustándote.

—Mientras no me metas una banana en el culo, y una correa en la boca, puedo animarme.

—¿Una banana en el culo? ¡Vaya! ¡Si resultaste más creativo que yo! ¡Que no te escuchen los del club a donde voy!

—Eres un perverso.—Felipe le golpeó el brazo, y empujó a su amigo, el cual estuvo a punto de caer al piso.

—¿Perdón? ¿Tu sueñas con bananas y el calenturiento soy yo?

—¡No sueño con bananas! Fue solo un ejemplo ¡Tú te lo tomas todo literal!—Se defendió Felipe que tenía las mejillas al rojo vivo.

—Claro—replicó Ander—. Te creo.—Ander se puso de pie, y observó a su amigo en detalle. Felipe se sintió nervioso—¿Qué te pasa ahora?

—¿Qué harías si fuera yo?

—¿Tienes que preguntar?—indagó Ander con picardía.

—Hablo en serio—replicó Felipe.

Ander sonrió. Entendía los nervios de Felipe ¿Cómo podían ser tan parecidos y diferentes al mismo tiempo?

—Tengo algunas cosas en mi habitación. Si me esperas, podemos hacer magia.

—¿Qué clase de cosas?

—¿Confías en mí, Felipe?

—A decir verdad, no mucho—contestó con sinceridad Felipe. Ander contuvo la carcajada, e hizo que su amigo se pusiera de pie.

—Ya regreso.—Su amigo no le permitiría retractarse.
—Tengo una cena con Carlos y Gabriel en una hora, Ander.
—No te preocupes, tiempo más que suficiente.
—¿Qué es lo que vas a buscar?—preguntó Felipe un poco asustado. Ander le dio una sonrisa pícaro.
—¿Cuánto sabes en verdad del BDSM?
—Algo.
Felipe entretanto evocaba imágenes de hombres y mujeres en cuero y látex.
—Bueno, mi opinión es que tú debes liberar ese lado sumiso tuyo, y los pretendientes harán fila por ti, Felipe.
—No creo que el cuero y las cadenas sean lo mío. De verdad, no me gusta que me golpeen.
—Felipe—dijo Ander con una sonrisa de oreja a oreja—. Todos dicen eso al principio. Después les encanta. Confía en mí. Soy un experto en esto.
—Me das miedo a veces, ¿lo sabías?
Ander dio una risilla ante el horror que teñía el rostro de su mejor amigo.
—Escucha, no todo es golpe y dominación de ese estilo—explicó—. También puede ser sensualidad, y erotismo. Dos cualidades que abundan en ti.
—No soy erótico, ni sensual. Tu charla motivacional no está funcionando.
—Eres muy pesimista, cariño—agregó Ander—, pero confía en mí. Cuando termine contigo, nadie en su sano juicio verá una imagen tuya sin tener una erección.

5 Sensualidad y erotismo

«¿Este soy yo?».

Felipe se recorrió con sus ojos café verdoso milímetro a milímetro. Su piel blanquecina expuesta, con suaves destellos dorados gracias al aceite de lino y almendras dulces. Ajustó el ligero negro, y se imaginó por un instante, ¿qué pensarían los hombres de él? ¿En verdad les provocaría deseo verlo de ese modo?

Se quedó con su vista en el abdomen plano, en la suave línea de separación de sus abdominales que era a lo máximo que podía aspirar, ya que jamás fue capaz de formar cuadritos y alardearlos.

El miedo lo sacudió, y un escalofrío voló por su columna vertebral ¿Qué pensaría su padre si lo viera de ese modo?

«Nunca lo sabrá».

Se acomodó el ligero, se agachó y acarició las medias negras transparentes. Luego, tocó la suavidad del antifaz de encaje negro que acompañaba todo el atuendo.

—¿Estás listo? ¡Me estoy poniendo más viejo a cada minuto!

Felipe entornó los ojos ante la insistencia, apuro y efusividad de su amigo Ander. Carajo, jamás en su vida se había sentido tan avergonzado. Estaba desnudo, ¡desnudo! Nada quedaría a la imaginación de aquellos que contemplaran su perfil de Tinder. La idea de Ander le resultaba demasiado impactante para su gusto, aun así, algo en su corazón le dijo que se liberara, que se permitiera ese momento en donde las ideas fogosas se convertirían en la más pura y ardiente realidad.

El golpe en la puerta provocó que los latidos de su corazón se aceleraran.

—¿Puedo pasar?

—¿No ibas a sacar las fotografías en el sofá?

—Creo que te verás mejor en la cama—argumentó Ander—. Vamos, no te hagas el tímido ¡Ni que fuera la primera vez que te veo desnudo!

—Es diferente.—Felipe caminó hacia la puerta de la recámara, y la abrió—. Esto es una locura.

—Probablemente muchos locos vendrán.—Ander lo escrutó con detenimiento—. Dios, le pondrías la verga dura al más heterosexual del planeta.

—No me interesan los heteros.

—Ya lo sé, y solo para que sepas, estás hermoso. Si no me gustara tanto el extremo receptor, yo mismo te follaría.

Felipe se cubrió su pene, y luego se cruzó de brazos. Era tan extraño sentirse desnudo frente a su amigo de toda la vida.

—¿Cómo logras estar cómodo?—preguntó—En ese club al cual vas, ¿quedas así? ¿Les expones el culo?

—Por lo general, sí—explicó Ander e hizo una mueca—. Depende.

—¿De tus deseos?

—Yo no tengo ni voz ni voto ahí. Simplemente dejo que los deseos de los demás fluyan

en mí.

—Yo nunca podría.

—No—replicó Ander—, para llegar a ese extremo debes estar tan trastornado como yo. Gracias a Dios no es tu caso, y espero nunca lo sea.

Felipe abrió y cerró la boca. Las palabras murieron en su garganta. Había tanto que era un misterio acerca de Ander, y lo conocía desde hacía años.

—Ven, acuéstate. Agarra esos dos almohadones y colócalos como yo te indico, ¿de acuerdo?

—Bien.—Felipe se humedeció los labios.—¿Estás seguro de que no van a reconocerme?

—No hay nada que revele que eres tú. El antifaz de encaje cubre la mitad de tu rostro. Relájate y disfruta. Parte de hacer esto es la diversión.

—Los nervios me lo impiden.

—Vamos.—Ander levantó la cámara.—Piensa en el manjar que atraerás.

—O en el loco desquiciado.

—También, pero si folla bien, valdrá el esfuerzo—Ander se encogió de hombros, y sonrió. Luego alzó la cámara—. Prepárate, y como dicen por allí, hazle el amor a la cámara, cariño.

—Idiota.

Ander volvió a reír ante el insulto de su amigo. Felipe se recostó en el centro de la enorme cama de sábanas blancas y níveas como doncella en sacrificio.

—Cruza la pierna un poco, así. Eso cubrirá tu pene, no queremos que estas bellezas sean censuradas. Mucho menos cuando nos ha costado tanto que des el paso.

Felipe lo hizo, se colocó de costado, y cruzó la pierna unos centímetros más arriba de la otra para que sus partes íntimas escaparan al ojo incisivo de su fotógrafo. Su cabeza estaba apoyada en el almohadón de plumas, sus cabellos entre castaños y rubios descansaban en cascada sobre la superficie mullida.

—Entreabre los labios.—Pidió Ander.—Invítame a que los rompa con mi...

—Ander—interrumpió Felipe—, solo toma la foto.

—Como usted ordene.—Se burló el muchacho, y continuó con la faena.

El flash lo llevó por momentos a cerrar los ojos, las pestañas abundantes y largas casi tocaban sus mejillas. Su aspecto tenía que ver más con los ángeles que con los demonios. Felipe era dulzura genuina, y al mismo tiempo, era capaz de encender la lujuria. No tenía idea del alcance de su belleza, desde siempre había recibido más bien palabras duras que halagos.

—Date la vuelta.—Ander se acercó con la cámara—.Una toma completa de esas pompas que parecen burbujas.

—¿Por qué carajo tienes que decir esas cosas?—preguntó enojado Felipe, y se cubrió el rostro con la almohada.

—Porque me gusta molestarte—bromeó Ander—, y porque tienes un culo de infarto.

«Nadie va a reconocerte, relájate».

—¿Estás bien Felipe?

—Sí—respondió con velocidad a la pregunta de Carlos—, es que mi mente no ha dejado de volar desde la tarde.

—¿Hablaste con Ander?

—Fue a mi habitación—respondió Felipe con una sonrisa nerviosa—. Se lo ha tomado mejor de lo que pensé.

«Tanto que decidió fotografiarme desnudo».

—¿Ves?—Gabriel lo señaló con el tenedor donde tenía enrollados los espaguetis—. Lo que pasa es que a ti todo te da pena, pero esto es una competencia.

—¿Tú jamás tuviste remordimiento?

—¿De ganar?—Gabriel lanzó una carcajada, que hizo a la mitad del restaurante voltear en su dirección—. Felipe, eres tan bueno que me dan ganas de golpearte.

—De abrazarte.—Carlos le sujetó la mano a Gabriel—. Dijiste abrazarte, ¿verdad?

—Por supuesto, amor—replicó Gabriel mientras controlaba el ataque de risa—. Sabes que soy muy abrazador.

—Sé que no debería importarme—confesó Felipe—. Entiendo lo de la competencia, las ansias de victoria, y todo lo demás, aun así, no puedo desligarme del remordimiento.

—¿Quién te dijo que está mal ganar?—preguntó Gabriel ahora en tono serio.

—Nadie.

—¿Has hablado esto con tu terapeuta?

—Lo hice—agregó avergonzado—, pero no supo responderme tampoco.

—Eres sensible—contestó Carlos—, ya verás que te acostumbrarás poco a poco.

—Cuando eras tenista, ¿también sufrías?

—Yo era un hijo de puta—confesó Carlos, sin filtro—. No me importaba nada, ni nadie.

—¿Tú?—indagó sorprendido Felipe—. No me lo puedo creer.

—Pues, créelo—dijo Carlos en tono seco—. La ambición vuelve locas a las personas, y yo lo era. Lastimé mucho a la gente que amaba con mi conducta hasta que la verdad cayó a mis hombros el día que me levanté de la cama y no pude caminar.

—¿Qué hiciste?

Carlos afirmó sus antebrazos en la mesa, luego tomó la copa y bebió un sorbo de vino para aplacar todo aquello que hervía en su garganta como la primera vez.

—Culpé a mi hermano Alejandro, culpé a todo el mundo de mi estúpida tenacidad. Fui yo quien agravó la lesión, fui yo quien jugué infiltrado para continuar a toda costa. Fue muy tarde. Cuando me di cuenta, había perdido todo. El prestigio, el dinero, a mi querido hermano. Todo, por una imbecilidad.

—Tenías diecisiete años.—Gabriel le sujetó la mano—. A veces, cometemos idioteces a esa edad.

Los ojos de Carlos estaban llenos de lágrimas. Felipe tenía un nudo en la garganta, y en parte se sintió culpable por reavivar esa herida. La eterna agonía del error, el sinuoso camino del encuentro con uno mismo, más allá de los errores.

—Si me preguntas hoy, de lo único que me arrepiento es del daño que le provoqué a Alejandro—argumentó Carlos—. Del resto, no me importa, ¿sabes por qué?

—Dime.

—Todo me trajo a este momento—replicó con su voz llena de alegría, y las lágrimas rodaron por sus mejillas. De inmediato las limpió—. Conocí un mundo nuevo, a un hombre que me hizo renacer en todos los sentidos, uno al que amo con locura.

—¿Soy yo verdad?

Carlos chasqueó la lengua, y observó a su tonto esposo. El hombre por el cual pasaría todo de nuevo, incluso el dolor.

—Sí, Gabriel. Eres tú.—Fue una necesidad responder a esa pregunta sin sentido.

El luchador dio un suspiro, y acarició un mechón de cabello rubio que había caído sobre la mejilla de su amor.

—Te amo, enano.

—Y yo a ti.

Felipe estaba seguro de que querían besarse, de que ansiaban las manos del otro sobre su cuerpo, pero estaban tan acostumbrados al acérrimo control en Rusia que solo se limitaron a un par de caricias, pese a que Australia era un sitio muy diferente.

Felipe jugó con las arvejas y el puré por un segundo, antes de cortar la carne y continuar con la cena. Una amalgama de sentimientos invadió su corazón. Anhelaba lo que Carlos y Gabriel tenían, pero dudaba conseguirlo. Era escéptico a pensar que Tinder fuera un lugar más allá del erotismo y el placer de un par de horas.

«No pienses, libérate».

La voz de Ander resonó en su cabeza, y tranquilizó su mente. Nada estaba escrito en su destino, y albergó la esperanza de un amor grandioso, uno que lo hiciera sentir como su lugar en el mundo.

6 Los límites del placer

Londres, Inglaterra. Un mes después.

Los disparos se escuchan nítidos, subo las escaleras mientras el corazón tamborilea en mi pecho con la fuerza de un huracán. No hay escape, todos vamos a morir a manos del enemigo. La imagen de mis hermanos yaciendo en el piso, mis amigos, mi familia. Cada uno de ellos ha dejado este mundo. Un mundo en el que ya no quiero vivir.

—Apresúrate.

La voz agitada de mi hermano Anael, lo único que me queda de lo que era mi numerosa familia.

«Por amor o por miedo».

Miedo es lo único que queda en mi vida, y cuando recorro los pasillos de esta casa de ensueño en medio del Caribe, lo entiendo. Nadie se mete con una manada de hienas si no quiere salir mordido.

—Aquí están.

Otra vez la voz de mi hermano, y un grito desgarrador. Mi madre, mi padre, mi hermano mayor Bryce en el piso. La sangre ha empapado la alfombra persa, esa que mis padres recibieron de regalo de bodas hace más de tres décadas atrás.

No queda nada.

Por amor, o por miedo.

Miedo, solo eso.

Eric Morgan despertó bañado en sudor, y se enfocó en el techo de la habitación de hotel en la que se había alojado dos horas atrás. El sonido de una respiración pausada a su lado lo hizo girar la cabeza en esa dirección. Ni siquiera recordaba su nombre, solo sabía que le parecía caliente, y que las imágenes coincidían con su belleza. Un veinteañero poco experimentado, de estatura baja y muy delgado.

«Te gustan las mujercitas, no lo niegues».

Anael siempre se burló de sus gustos. Su hermano era tan distinto a él en todo, incluidas las preferencias sexuales, a pesar de que en sus menús entraban los hombres. Eric se puso de pie, dispuesto a vestirse cuando el hombre a su lado estiró la mano y le tocó el musculoso brazo. Sus ojos verdes recorrieron el manjar que había comido dos veces.

—¿Ya te vas?—preguntó su amante decepcionado.

—Sí. He reservado por toda la noche, así que tú puedes quedarte e irte en la mañana, si lo prefieres.

—Espera.—El muchacho se desplazó entre las sábanas e hizo una mueca de dolor —¿Cuándo te vuelvo a ver?

—Lo lamento—dijo con una sonrisa confundida Eric—. Creo que no has entendido que a mí no me gustan las relaciones. Te dije cuáles eran mis reglas y las aceptaste.

—Ya lo sé. Solo pensaba que quizás podríamos volver a tener sexo en estos días.

—Amigo, te he follado tan duro que dudo que puedas sentarte en dos semanas. Además, tampoco me gusta repetir. Lo lamento.

El joven lo observó como si quisiera decirle muchas cosas. De verdad le había gustado, quería otra noche. Eric se puso de pie y buscó su ropa. Su amante no le quitaba la vista de encima.

—Eres un hombre increíble.

—Si lo fuera no te estaría rechazando como acabo de hacerlo sin importarme tus sentimientos—expresó Eric—. Aprende a diferenciar a un buen ser humano, de una buena follada.

El muchacho se mantuvo en silencio, y bajó la mirada. Eric terminó de vestirse, y se colocó su chaqueta. Antes de salir de la habitación se volvió una vez más hacia su amante.

—Gracias por esta noche. Cuídate.

El frío golpeó la cara y el cuerpo de Eric cuando salió del hotel. Había dejado su camioneta a dos cuadras del lugar. Todo se debía a cuestiones de seguridad. Desconocía si sus enemigos lo vigilaban. Después de meses en la oscuridad, a veces, se olvidaba de que era solo una sombra y que sus adversarios, al menos la mayoría, pensaban que estaba muerto junto a sus dos hermanos.

«La dinastía Morgan extinta».

Ese fue el titular de varios periódicos británicos después de la enorme tragedia ocurrida en el Caribe protagonizada por su familia.

«Masacre».

El vocablo abrió más profundo la herida. La sangre seguía corriendo a borbotones. La impotencia, el miedo, la sensación de abandono e injusticia. El tibio y reconfortante alivio de haber sobrevivido, que por momentos lo tornaba vulnerable y colérico. Un alivio que le causaba tanto remordimiento que estrujaba sus vísceras.

No le gustaba su versión enojada. A diferencia de sus hermanos sobrevivientes, Eric no se llevaba bien con la oscuridad. Sus hermanos la amaban, la hacían parte, la devoraban, y le dedicaban odas de venganza para hacerla crecer.

Eric, por su parte, prefería huir, olvidarse. Prefería vivir como un ser humano «normal».

«Vives en una puta mentira, Alicia».

Es así como lo llamaba Anael, su hermano menor, en alusión al país de las maravillas en el cual Eric se refugiaba por breves instantes para anestesiar el dolor, para borrar de su mente el hecho de encontrar a su dinastía teñida de sangre y vuelta cenizas.

Eric subió a la camioneta y buscó su celular. Tenía varios mensajes que responder. Comenzó a hacerlo, pero antes de continuar ingresó a Tinder.

«Eres un enfermo sexópata».

Anael siempre buscaba la manera de molestarlo. Era una pena que Eric ya no tuviera ni el humor, ni la paciencia para contrarrestar sus bromas.

Las personas se drogan con diferentes cosas en la vida. La adicción preferida de Eric era el sexo. Toda la semana sin excepción, incluso dos veces al día si el tiempo se lo permitía. Siempre desconocidos, mucho más jóvenes que él, de apariencia angelical. Ese era el patrón en el que coincidían todas sus presas, y sus potenciales. Dejaba las reglas claras desde el momento en que contactaba con ellos. Su vida sexual se limitaba a reglas que eran inquebrantables.

Un encuentro, un desconocido, sin posibilidad de repetir.

«Un dominador».

Eric no se veía a sí mismo bajo el yugo de ese término. Le gustaba dominar como a todos en algún punto, pero nunca le gustó nada de esa locura de cuero y látigos. Lo consideraba demasiado, incluso para él que se animaba a todo. No obstante, le gustaba áspero.

El sexo duro era su escape a la realidad. A un mundo nefasto en donde ya no era nada, en donde había quedado relegado a las penumbras. Un mundo que lo había puesto de rodillas después de abusar de él con crueldad. Pues esa realidad podía irse a la mierda.

«Eres un Morgan, y aunque la vida se nos vaya en ello, jamás damos un paso atrás».

¿De verdad su hermano Bryce se creía toda esa mierda?

En una habitación, Eric continuaba al mando, todavía le decían que era hermoso e imponente. Sus amantes desconocían que solo era un fugitivo, que, en cualquier momento, sus enemigos podían completar aquel trabajo que quedó inconcluso en el Caribe años atrás.

«Eres un hombre increíble».

Pensó en su ingenuo amante, y en lo impactante que resultó esa frase. Había pasado mucho tiempo desde que recibió un halago así.

Eric deslizó su dedo sobre la pantalla del celular, y exploró en ese universo donde se sentía dueño y señor. Las imágenes pasaron por su retina, y, como ocurría con todas las adicciones, Eric estaba a punto de llegar a un nivel en donde la dosis diaria ya no lo satisfacía.

Ningún amante le parecía del todo interesante desde hacía tiempo. Continuaba seleccionando presas porque ese era su escape. Le causaba estupor pensar qué haría cuando se cansara de ello, cuando la crueldad lo tomara del cuello, y le impidiera respirar.

Una imagen lo hizo regresar de inmediato. Una imagen rompió el deslizamiento mecánico de su dedo sobre la pantalla. Eric se extasió con la fotografía que sacudió su cuerpo como si se tratara de un tsunami. Sus ojos verdes se frenaron en ese joven que parecía salido de sus más calientes fantasías.

«Moreno de ojos miel, de rasgos latinos y europeos en una noche de lujuria. Busco un hombre que esté a la altura de mis exigencias. Tengo veintiún años. Me gustan rubios, mucho más altos que yo. Mi estatura es de un metro setenta centímetros. Sin miedo a experimentar. Mi fantasía consiste en encontrar a alguien que me lleve a explorar mis límites en cuanto al placer».

Fue un golpe directo a su rostro, lo noqueó, lo incendió. Lo llevó a querer poseer a ese desconocido que se mostraba sin tapujos. Las sábanas de seda eran el fondo perfecto para ese cuerpo angelical y lascivo que solo llevaba un ligero, y tenía cubierto los ojos con un antifaz de encaje. Eric pasó una a una las fotografías. La piel blanquecina con destellos dorados ni siquiera tenía lunares. Era la perfección absoluta. Sus pómulos altos, sus labios llenos, entreabiertos.

«Labios con los que podrías divertirte por muchas horas».

Eric se rascó la barbilla. No era un hombre religioso, pero en ese momento, le agradeció a Dios por la preciosa tecnología, y por haber traído al mundo a esa belleza de veintiún años que era el sueño húmedo de cualquier gay con ojos.

«Debo tenerlo».

No le importaron las limitaciones, así como tampoco que el muchacho viviera en Rusia. Eric podía viajar al mismo infierno, si eso implicaba poner en cuatro a esa hermosura con antifaz que pedía por un hombre como él. Eric era el indicado, él le mostraría que en el placer no existen los límites. Sería su maestro, y la palabra dominador tuvo más sentido en su mente.

«Brasil ardiente 1501».

El nombre de usuario invitaba a muchas cosas. Eric se humedeció los labios y luego se mordió el inferior. El ligero de encaje negro junto con las medias marcaba su estrecha cintura y sus abdominales planos. Sus pezones duros y rosados. La pierna ubicada de tal modo que, el

pene no estaba a la vista. Su larga y ensortijada cabellera castaña caía sobre un almohadón de plumas donde reposaba también su hermosa cara.

Eric pensó en la manera en que su lengua recorrería cada centímetro de piel y en la forma en que ese hombre se estremecería en sus brazos. La luz provocaba que sus ojos fluctuaran de un color miel a un tono más bien marrón verdoso.

Encendió el vehículo, en el cual, no necesitó la calefacción. Su cuerpo había quedado en llamas, y entendió que ese fuego solo podría extinguirlo esa dulce boca rojo cereza.

«Debo tenerlo».

Lo repitió una vez más, como si su cabeza no captara el mensaje.

Puede que ya no fuera el hombre poderoso y millonario con un apellido prominente, no obstante, su belleza y seducción continuaban intactos. Nadie conocía sus dudas e inseguridades, y lo mejor de todo, ningún amante conocería su dolor.

La vida estaba para vivirla, como fuera, como se pudiera, sin desperdiciar un minuto porque al segundo siguiente, podía yacer en el piso desangrándose.

Le daría a este mocosito lo que buscaba, y a cambio él también recibiría incontable placer. Un alivio efímero, pero que le permitiría seguir viviendo, y lo alejaría del suicidio por todo lo que le había ocurrido. Al menos, por unos días más.

7 Conversaciones incómodas, o candentes

Eric llegó a su departamento, y se encerró en la habitación. Sonrió cuando un mensaje de su presa llegó en ese momento. Habían dado «Match».

En el lenguaje de Tinder eso significaba que el otro tenía ganas de conocerlo. Vaya, esto avanzaba más rápido de lo que esperaba.

Perdona, soy nuevo en esto.

Mi nombre es,

¿debo decirte mi nombre?

Eric se mordió el labio inferior mientras leía ese mensaje ¿De verdad había bombones así todavía? ¿Dónde carajo estuvo todo este tiempo? Iba a disfrutar tanto entrar en él.

Depende, ¿tú lo quieres decir?

Lo haré yo primero, el mío es Eric.

Eric esbozó a modo de entrar en confianza. Era claro que la experiencia del muchacho era bastante incipiente.

Felipe, mi nombre es

Felipe Becerra.

Eric frunció el ceño, y de pronto vino a su cabeza el nombre de un conocido jugador de tenis, y empezó a reír. Carajo, esto sería tan gracioso. Ni siquiera sabía mentir como es debido. Estaba bien por él, no estaba interesado en su nombre después de todo.

Tus fotos pueden provocar un infarto.

¿Eres consciente de eso?

Eric dejó el celular, y comenzó a desnudarse para tomar una ducha en su bañera. Se sentó en la orilla de la tina, y abrió el grifo. El agua corría despacio y lograba un clima de calma con su agradable sonido. La tina de porcelana comenzó a llenarse. Eric buscó el jabón líquido y una esponja, y encendió algunas velas.

Era un resabio de su antigua vida, mejor dicho, una costumbre heredada de sus hermanas menores, las cuales, siempre compraban velas y jabones con aroma a rosas, y él les robaba.

Quizás fuese el recuerdo, tal vez un gusto culposo. Eric amaba ese ritual donde se relajaba en el agua.

¿De verdad crees que me

veo bien?

Eric frunció el ceño al leer la pregunta del tal Felipe ¿Qué mierda le pasaba? ¿Es que no tenía espejo en su casa o solo le gustaba que le acariciaran el ego? De seguro, era un vanidoso que fingía timidez. Era una posibilidad, su aspecto cándido lo ayudaba.

Más que bien.

Respondió escueto. Era lo mejor, pese a que sus dedos querían teclear para mencionar todos los atributos físicos que ese muchacho tenía. Si ese vanidoso quería jugar, él también podía hacerlo,

Tú luces magnífico.

Fue la respuesta de Felipe. Eric volvió a sonreír mientras se metía en la bañera, y el agua

caliente comenzaba a cubrir su cuerpo. Dio un suspiro de satisfacción cuando su espalda tocó uno de los laterales, y se apoyó con comodidad sobre la porcelana.

**¿Qué te parece si
nos encontramos mañana?**

Eric acariciaba con los dedos de sus pies el grifo ubicado en el extremo opuesto de la bañera, y apoyaba su pie derecho en él mientras esperaba la respuesta.

**¿No crees que estamos
yendo demasiado rápido?**

**¿No crees que deberías
dejar de tontear Felipe?
Tus fotos piden a gritos
una buena follada.
Tú me gustas, yo te gusto,
¿por qué deberíamos esperar?**

Eric se mordió el labio inferior y esperó una respuesta. Una que no llegaba. Frunció el ceño y pensó que se había movido demasiado rápido. Luego, rio para sus adentros. El tipo aparecía desnudo en cada foto rogando que le dieran duro ¿Es que se había acobardado?

Sus músculos se tensaron ante la idea. Habían pasado meses desde que la sola idea de una follada lo entusiasmara tanto ¿Y ahora iba a perderlo?

¿Vives en Moscú?

¿Estuvo conteniendo el aliento hasta que el mensaje llegó? Eric fue inconsciente a ese hecho.

En Londres, pero puedo llegar allí.

Respondió Eric a la velocidad de la luz, su rostro estaba acalorado ¿Estaba nervioso? Sacudió su cabeza ante la idea estúpida. Hizo esto cientos de veces, ¿qué tenía el tal Felipe para ponerlo así?

«Un momento».

Pestañeó varias veces y tomó conciencia de la situación.

«Brasil 1501».

Felipe Becerra tenía padre brasileño y madre rusa. Tenía residencia en Moscú ¿Podía ser posible o le estaban tomando el pelo?

¡Ni de coña! Nadie sería tan tonto para dar su nombre y apellido verdadero si fuera una figura pública. No, de seguro el conocido tenista tenía más masa cerebral que eso.

**Muéstrame alguna razón
por la cual debería
aceptar tu propuesta.**

La respuesta de Felipe lo sorprendió.

¿Podrías ser más específico?

Eric lo provocó con ganas de que esta charla caliente subiera de nivel.

¿Qué tienes para ofrecerme?

**¿Por qué debería elegirte a ti
y no a otro?**

Bueno, lamento decirte

que me has elegido a mí.

**Tuviste suerte,
ahora muéstrame algo más.**

Eric enarcó las cejas. Una actitud osada y diferente, como si no estuviera hablando con la misma persona del principio.

Carecía de importancia de todos modos, el punto aquí era llegar a la cama. Eric agarró el teléfono, y abrió las piernas. El agua cristalina y el brillo de las velas creaban luces y sombras. Tomó una fotografía.

Su cabello húmedo y despeinado, las gotas de agua resbalaban por su rostro y pecho que sobresalía del agua de la tina, sus ojos lucían puros y cristalinos. Una gran blasfemia si se tenía en cuenta el contraste de sus orbes verdosos con la verga dura en su mano derecha que mostraba con nitidez todo lo que podía ofrecerle.

¿Quieres algo más?

Eric no se detuvo ahí. Presionó en su celular la opción de grabar vídeo. Bien, ese mocosito no tenía idea con quien estaba jugando.

8 ¿Qué estás esperando?

—Felipe más vale que aceptes, de lo contrario, te lo quito.

—Cállate. —Felipe golpeó a su amigo Ander—. Dios, ¿cómo pude ser tan idiota? ¡Le dije mi nombre real!

—Y pensar que temías que te descubriera.—Su amigo se burlaba— ¡Sorpresa! Te pasas, hombre.

—Deja de reírte, imbécil—reprochó Felipe en un estado de desesperación.

—Entonces deja de darme material para que lo haga.—Ander se limpió las lágrimas—. Dame ese celular.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a hacer magia y te voy a conseguir esa verga.

Felipe cerró los ojos y dio un suspiro. Esto era una pésima idea. Lo había sido desde el principio. Él no servía para estas conversaciones. Felipe no seducía, no tenía sexo escandaloso. Eso les pasaba a otros hombres, como, por ejemplo, su bello amigo.

Ander podía tener a cualquiera con solo dar un guiño de ojo. El sexo escandaloso les sucedía a hombres como Eric que parecían el mismísimo Apolo en su versión anglosajona.

Ander movía sus dedos con agilidad sobre el teléfono. Una sonrisa maliciosa pobló sus sensuales labios.

—¿Qué estás escribiendo?—preguntó Felipe—. Dame ese celular.

—Claro que no.—Ander tiró del teléfono cuando Felipe intentó sacárselo de las manos—. Estoy a punto de concretarte el mejor contrato de tu vida. No me desconcentres.

—Ander.—Felipe luchaba con su amigo—. Ya dejémoslo así. Soy patético, ya lo entendí.

—Oh por Dios.—Ander abrió los ojos como platos y su mandíbula estuvo a punto de descolgarse—. Mierda, sabía que estando así de bueno la debía tener grande.

—¿De qué estás hablando?—. Felipe agarró el teléfono y tuvo en primera plana el miembro de Eric. Tragó saliva. Esos ojos verdes invitaban a tantas cosas, del mismo modo su torso musculoso, y luego estaba esa belleza que sostenía con su mano derecha.

—Dame eso.—Ander recuperó el teléfono. Felipe estaba en shock. El ucraniano escribió a toda velocidad. Felipe apenas era capaz de procesar una mínima idea.

Su mente pletórica de fantasías que desembocaban en el mismo punto, en la piel sedosa y en la enorme vena que se marcaba en el perfecto miembro de Eric.

—Este tipo está en llamas, prepárate—advirtió Ander entusiasmado—. No vas a poder caminar en un mes.

—¿Qué?—. Felipe se acercó a su amigo, y esta vez, Eric había subido la apuesta.

«Un minuto».

Esa era la duración del video que Eric le había enviado con la frase: «Te voy a dar una muestra de lo que recibirás». El hombre tenía el miembro en su mano derecha y lo empuñaba con suavidad y destreza.

El sonrojo cubrió las mejillas de Felipe mientras sus ojos vagaban por el rostro del

hombre que sería su amante. El sonido del agua en la fricción se combinaba con jadeos suaves y deliciosos. Eric se mordió el labio inferior, y de pronto, la grabación terminó.

—¡Por qué corta en la mejor parte!—exclamó Ander quien estaba más excitado que Felipe—. Hombre, en serio. Si no aceptas, yo iré, pero no voy a desperdiciar esa delicia.

Felipe se agarró la cabeza, giró sobre sus talones y comenzó a caminar por la sala. Tenía una erección que podía partir una roca, no le importó. Se detuvo en medio de la suite, y se decidió a lanzarse al vacío.

—Dile que quiero verlo, pero no en Moscú. Explícale mi situación, dile que no puedo verlo antes. Deberá esperarme por varios días. Si está dispuesto, lo haremos.

—De acuerdo.—Ander tecleó a toda velocidad.

Felipe se cruzó de brazos. Un escalofrío lo inundó, ¿y si de repente aquel hombre que desbordaba sensualidad se negaba? Era bastante fácil, solo tomar un avión y ya ¿Por qué no quería verlo antes? ¿Por qué alargar un encuentro que ambos deseaban?

—«Iré a verte cuando vengas al torneo de Londres».—Leyó Ander.—Es lo que acaba de poner. Bueno, me preguntó si eras Felipe Becerra, el tenista, y tuve que decirle que sí, por lo que entiende que irás a Londres pronto.

—Soy malísimo mintiendo.

—Mierda.—Ander estaba perplejo—. Esto ha sido una tormenta de emociones.

—Creo que es su forma de ser—argumentó Felipe—. Es el tipo de hombre que se juega al límite, aunque nunca imaginé que fuera de los que esperan.

—Le interesas de verdad.

—Sí, parece que salí bien en las fotos después de todo.—Felipe se encogió de hombros.

—Bueno, de vez en cuando, es lindo encontrar un rival que se juega hasta la última pelota—agregó Ander. Una sonrisa se dibujó en Felipe.

—No tengo dudas.

Ander se sentó en el sofá, y dejó el celular de su amigo sobre la mesa ratona, hecha de vidrio y soporte de bronce antiguo.

—Es muy osado, creí que no resistiría cuando comenzamos a subir la apuesta—explicó Ander concentrado en el brillo de la mesa. Ahora tenía los brazos cruzados—.Me gusta, es el hombre para ti.

—Podría chantajearme—advirtió Felipe—. No debiste avanzar.

—Pues no me hubieras dado el celular.

—Me lo quitaste—aclaró Felipe.

—Excusas, excusas. Vamos—Ander abrió los brazos—, ¿me vas a decir que no te imaginaste ese miembro en la boca?

Felipe frunció los labios.

—Eres asqueroso.

—Perdone San Felipe.—Ander juntó las manos como si estuviera rezando—.Lamento ser tan pecador ante sus ojos.

—No te burles

—Entonces deja de burlarte de ti mismo—replicó Ander con severidad—. Eres un adulto, quieres sexo, y ese hombre te dará una gran experiencia. Ya deja de cuestionarte o criticarme por lo que hice. Te lo puse en bandeja de plata. Ahora relájate y disfruta. Carajo, es tarde. Debo irme.

Felipe abrió y cerró la boca varias veces. Ander dio un suspiro, se puso de pie, lo saludó con un abrazo y abandonó la suite. Felipe se sentó en el lugar en donde había estado su amigo. Agarró el celular y buscó la conversación.

Reprodujo el video en ese instante, y lo volvió a hacer durante toda la noche después de que regresó de cenar mientras se jodía a sí mismo con dos dedos y se imaginaba a ese hombre. Piel contra piel, y el calor que inundaría cada espacio de su recámara.

«Pronto».

Felipe dio un gemido muy suave cuando su esencia salpicó sus abdominales.

«Una noche, un desconocido, sin posibilidad de repetición».

Es todo lo que Eric estaba dispuesto a ofrecerle, es lo que aclaraba en su perfil, y Felipe no lo desaprovecharía.

9 Reuniones familiares

Eric aparcó su camioneta frente al antiguo edificio fuera de Londres. Sostuvo el volante entre sus manos y lo presionó con fuerza.

—Quiero avanzar, Bryce, quiero cerrar los ojos y dejar de ver imágenes de mi familia muerta.

—¿Sabes cuándo podremos descansar? Cuando cada Callum que conozcamos esté a dos metros bajo tierra.

—Nunca estarás conforme.

—Es hora de que decidas de qué lado de la historia quieres estar, Eric. Del lado de los muertos, o del lado de los sobrevivientes. Del lado de las víctimas, o del lado de los victimarios.

—¿Serías capaz de matar a la mujer que amas?

—Ella lo hizo, lo intentó al menos. Ella me quitó todo. Es hora de que conozca al «Demonio», no a Bryce Morgan.

Las manos de Eric temblaron. Tuvo unas ganas inmensas de un cigarrillo para calmar sus nervios. Agarró el abrigo que estaba en el asiento del acompañante, su arma y descendió de la camioneta. Cruzó la calle solitaria, el frío comenzaba a mostrar su presencia. Eric se colocó el saco gris e ingresó al edificio.

Tomó el ascensor y se dirigió al segundo subsuelo de esa especie de búnker que había construido con sus hermanos. Golpeó la puerta y su hermano menor salió a recibirlo.

—Llegas tarde.—Anael le reprochó.

—A mí también me da gusto verte, Anael—replicó Eric. El hombre entornó los ojos y se hizo a un costado para que pasara.

Caminaron al interior de la morada. Bryce estaba sentado a la cabecera de una mesa de madera oscura. Estaba cruzado de brazos a la espera de que sus ayudantes ocuparan su lugar, uno a cada lado de él.

—Llegas tarde.

—Anael ya lo aclaró—expresó Eric—. No necesito más recordatorios cuando ni siquiera son capaces de dar un puto saludo.

El silencio hizo eco, y el ambiente se tornó denso. Bryce encendió el televisor y señaló a la pantalla.

—¡Carajo!—maldijo Eric conmovido por el titular que atravesaba la pantalla de punta a punta.

—Theodor Callum ha muerto hace meses.

—¿Y recién lo dicen ahora? ¿Tus contactos no sabían nada de esa situación?

—Estos bastardos son buenos en ocultar cosas—explicó Bryce a su hermano—. Sí, incluso cosas muy importantes como esta. Todo ha estado en un total hermetismo en esa familia de psicópatas.

Fue inevitable sonreír ante la noticia. Eric habría sido capaz de abrir un champán para festejar si sus dos hermanos no tuvieran un aspecto tan sombrío.

—¿Se puede saber qué les pasa? El autor intelectual del asesinato de nuestra familia aparece muerto y ustedes no se inmutan.—Les recordó Eric—¿Es que no se dan cuenta?; Se

terminó! Ese hijo de puta dejó de formar parte del planeta. Esa familia ya no nos molestará.

—No vamos a descansar hasta que ningún miembro activo de ese clan quede vivo.—Las llamas salían de los ojos de su hermano mayor mientras hablaba—. Se lo prometí a nuestros padres, a nuestros hermanos, y a cada ser amado que murió esa noche. Además, puede que el viejo ya no esté, pero los que quedan no son débiles.

—Los hemos diezmado del mismo modo que ellos hicieron con nosotros—agregó Anael—. Son pocos los que pueden enfrentarnos y están desperdigados por el mundo. Es más, creo que, a varios, ni siquiera les interesa esta guerra. Nunca les importó.

—Anael tiene razón—argumentó Eric—. No todos formaron parte de la masacre.

—Ellos hicieron extinguir nuestro nombre.

—Ellos no—recalcó Eric—. Ese maldito viejo. Te lo vuelvo a preguntar. Bryce, ¿de verdad serás capaz de poner una bala en la cabeza de la mujer que amas?

—¿Por qué preguntas eso? ¿Por qué continuas diciendo que la amo?—indagó rabioso Bryce.

—Porque no lo has negado en ningún momento—expresó Eric—. Miéntete a ti mismo si quieres, a mí no vas a mentirme.

—La odio, ¿sabes?—dijo Bryce con dolor—. Odio a Mayka Callum con todas las fuerzas de mi alma. La odio por lo que me hizo, la odio porque me convirtió en esto.

—Está en Toledo—aseguró Anael a Eric quien los escuchaba con atención a ambos—. Bryce quiere que nos encarguemos de los más cercanos, y luego iremos por ella.

Eric le dio una mirada de soslayo a su hermano Bryce. La película de terror tenía tantas versiones. Nunca terminaba.

—Te enfrentaste a todos por ella—recordó Eric—¿De verdad has olvidado todo lo que provocaba en ti?

—Ella intentó matarme, ¿qué parte no has entendido, idiota?—balbuceó Bryce.

Eric comenzó a reír. Era triste ver en lo que el amor convertía a los seres humanos. Hombres fuertes y aguerridos desfalleciendo por el toque de un ser que nunca tendrían. Una rosa con demasiadas espinas, una rosa que no merecía nada.

—La amas—sentenció Eric—. Una razón más para jamás enamorarme.

Bryce se levantó como un resorte y lo zamarreó sujetándolo de la camisa, para luego presionar la mano derecha en su cuello.

—Jamás vuelvas a decir eso oíste. Respeta la memoria de nuestra familia.

Eric se mantuvo estoico. Las manos de su hermano abandonaron la tráquea de Eric, y el oxígeno volvió a pasar sin problemas. Anael, hasta ese momento, solo había sido un espectador.

—¿Para qué me llamaron?—preguntó Eric, cansado de la misma conversación desde hacía dos años.

—Hay un nuevo trabajo—explicó Bryce volviendo a sentarse—. Uno que nos dejará bastante dinero y que nos hará resurgir.

—¿De qué trata?—indagó Eric con curiosidad.

—Analyse Charpentier nos ha llamado.

—¿La dueña de la empresa de biotecnología?

—La misma—replicó Anael esta vez—. Resulta que ella y su hermana quieren la cabeza de Ian Callum y su nuevo amante. Es un trabajo sencillo.

—Un trabajo sencillo.—Eric comenzó a reír. Parecía que sus hermanos no habían aprendido nada—. Es un Callum. Nunca es sencillo cuando se trata de ellos.

—Vamos a arriesgarnos—explicó Bryce.

—¿Quieren saber si yo me arriesgaré con ustedes?

—¿Estás con nosotros o no?—Para Bryce, nunca existían los términos medios.

—Siempre estaré con ustedes, Bryce—aclaró Eric—,pero Jerome Charpentier era una víbora traidora ¿Por qué piensas que sus hermanitas no lo son? ¿Qué te hace pensar que no van a traicionarte cuando tengas la cabeza de Ian?

—Están desesperadas, y saben que además tenemos una motivación profunda cuando se trata de un Callum.—Al parecer, Bryce lo había analizado con cuidado—.Sería un accidente de tránsito, ni más ni menos. Una escoria menos en este mundo.

—Justos y pecadores medidos con la misma balanza—recalcó Eric—¿Crees que eso está bien? Ian Callum no participó en la masacre. Él no hizo nada en contra de nosotros.

—Su padre fue uno de los asesinos de nuestra familia—recordó Anael—¿Te olvidaste?

—No, yo no me he olvidado de nada, pero no quiero perder la poca cordura que me queda sumiéndome en la muerte de personas que no lo merecen.

—Antes no pensabas así—recalcó Bryce.

—Porque estaba cegado por la rabia—confesó Eric—Ardía de dolor, de tristeza. Me estaba quemando hasta que me di cuenta de que no podía seguir así. De verdad, no tengo fuerzas.

—Es decir que nos dejas de lado.—Anael afirmó como si nada de lo que Eric había dicho fuera significativo.

—Debo pensarlo.

—Somos lo único que te queda, Eric ¿De verdad no vas a apoyarnos en esto?

Eric le dio una sonrisa a Bryce.

—Estoy seguro de que papá te hubiera elegido su sucesor una y mil veces. Por tu fuerza, tu entereza, tu capacidad de ver el bien y el mal, más allá de lo que lo vemos todos. Tu talento de mirar las cosas simples sin juicios, pero ¿sabes qué?—remarcó Eric con tristeza—. Creo que ese hombre que habría sido un gran jefe ya no existe. Te estás equivocando, Bryce.

—Mientras ellos vivan jamás seremos felices—recordó Bryce. Sus ojos grises sin brillo. Eric se entristeció. Este hombre frente a él solo era una sombra del maravilloso hombre que él admiraba.

—Jamás seremos felices, Bryce, y no es por los Callums—sentenció Eric—Es porque simplemente, hemos perdido la capacidad de amar.

Bryce se puso de pie una vez más, y dio unos pasos hacia adelante. Estuvo a escasos centímetros de su hermano y le habló al oído.

—Hay rosas por las que vale la pena sangrar ¿Te acuerdas cuando te lo dije?

—Como el primer día—recordó Eric con un nudo en la garganta ¿Cómo aquello que había sido tan hermoso se pudo transformar en algo tan terrible? —. Estabas obnubilado por una jovencita de ojos azules trece años menor que tú. Jamás te vi más contento y pleno que cuando estuviste con esa mujer. No te importaba que fuera prohibida. Vivías.

Bryce puso sus labios en línea recta. Sus ojos grises brillaron. El corazón, ese órgano que había perdido fuerza, pero que aún le daba el empuje para sobrevivir, se sintió cálido por unos segundos.

—Tenía razón, Eric—argumentó Bryce con los ojos llenos de lágrimas—. La tuve en ese momento y la tengo ahora.

—¿A qué te refieres?

—Si debo desangrarme para marchitar cada puta rosa de Londres, lo haré—sentenció perdido en la ira—. Con tu ayuda o sin ella, vamos a sacar a toda esa familia de la faz del planeta.

Eric se estremeció. Sintió miedo de su propio hermano, de lo que llevaba dentro. Bryce y Anael salieron de la habitación después de esa declaración. Eric se quedó con su vista perdida en la blanca pared frente a él. Una grieta diminuta asomaba y le quitaba la perfección al muro.

Eric pensó en lo imponente de cada palabra salida de la boca de su hermano, del líder de su clan. Los ojos brillantes, una milésima de segundo lo delató. La pregunta que Eric le hizo a Bryce estuvo respondida desde el primer segundo.

Bryce amaba a Mayka Callum más que nunca. Sin importar el dolor, la muerte o la tragedia, sin importar una bala en medio del pecho. Eric se estremeció de solo pensarlo. El amor condenaba a los hombres a una muerte lenta y dolorosa.

«Nunca me pasará a mí».

Se juró a sí mismo no caer en esa infame estupidez humana, y pidió la muerte antes de condenarse a ese eterno sufrimiento.

10 Traiciones

—Bienvenido señor.

—Gracias Dalia.

Felipe le sonrió a la empleada que lo recibió cuando llegó a su casa después del torneo australiano. Jamás pensó que extrañaría tanto la nieve, que formaba parte de él de una manera simbiótica. Mientras padecía sus pies pegados a la superficie de la cancha de tenis, añoraba el color transparente y puro de esos pequeños trozos de hielo con los que jugaba cuando era niño.

Felipe escuchó el piano, la melodía de Tchaikovsky iluminaba cada espacio. A Felipe le tembló el corazón. Se sacudió en su pecho y sus manos hormiguearon.

—*Me harías tan feliz si aprendieras a tocar el piano.*

—*Pero es que no me gusta, mamá.*

—*¿Cómo lo sabes si nunca te sentaste frente a él?*

Felipe lo hizo. Se sentó frente a las teclas blancas y negras, y se sintió vacío. Aprendió a tocar solo por seguir los deseos de su madre.

¡Cuán frágiles y vulnerables somos en nuestra infancia! La necesidad de complacer a nuestros padres, que se sientan felices incluso si va en contra de nuestros propios deseos. Felipe se preguntó, ¿cuántas emociones de su tierna infancia lo perseguían hasta el día de hoy, aunque fuera un adulto? ¿Cuántas emociones rodeaban a esa mujer que ahora tocaba el piano con maestría? A esa muchacha que jamás se sintió digna de pertenecer a la familia.

«Raisha».

Felipe amaba a su hermana porque era mucho más que eso. Era su mejor amiga, su confidente. Fue su madre en numerosas ocasiones y le dio todo el amor que a ella misma le faltó.

Quizás, esa era la historia de Felipe. Un hombre roto rodeado por desastres emocionales que lo hacían sentir especial, que le mostraban su valía cuando él mismo, en numerosas ocasiones, era incapaz de mirarse al espejo.

«Tus fotos pueden provocar un infarto. ¿Eres consciente de eso?».

Felipe pensó en la frase de ese desconocido. Lo hizo sentir bien porque era la primera vez que alguien fuera de su familia, y de Ander, le decía que lucía hermoso. Le erizó la piel, ¿cuánto más podría lograr cuando escuchara su voz y estuvieran frente a frente?

La música continuaba. El eco deambulaba por los pasillos amplios y opulentos que gritaban riqueza y sofisticación, pero nunca amor y calidez.

A lo mejor, por eso a Felipe le gustaba la nieve. Lo gélido formaba parte de su vida, y el pobre se dio cuenta de que, solo contaba con una pequeña estufa de recuerdos para mantenerse calentito. Poco podía hacer ante las tormentas invernales que amenazaban con quitarle la endeble seguridad que tardó años en construir y que aún tambaleaba ante una crítica o una palabra desalentadora.

Llegó al salón de té en donde encontró a Raisha de espaldas a la puerta, concentrada en su melodía, con sus dedos en perfecta armonía mientras acariciaban las teclas y la luz la embargaba como si fuera un ángel. Felipe la observó en silencio. Su hermana todavía no notaba su presencia.

Raisha estaba muy delgada, cada vez más. Los huesos de la parte superior de su espalda

eran notorios y podían perfilarse en esa camisa blanca de seda. Su largo cabello negro estaba atado en una cola de caballo. La mujer se detuvo en ese instante y volteó hacia donde estaba su hermano.

—Felipe.—Raisha se puso de pie, y corrió hacia su hermano quien la recibió con los brazos abiertos.

Un abrazo intenso como si hubieran pasado años desde la última vez que se vieron, y tan solo fueron un par de semanas.

—¿Cómo ha estado mi campeón?

—Estoy bien.

—¿Feliz?—preguntó Raisha con entusiasmo.

—Contento—replicó Felipe con una media sonrisa—. Dudo que alguien en esta familia pueda responder que es feliz, al menos, no con sinceridad.

Raisha no iba a contradecir esa afirmación, ¿para qué mentir? Ella también lo pensaba.

—Ven, sentémonos un rato—dijo la mujer y lo llevó hacia el sofá donde solía sentarse Felipe a verla tocar—. Debes estar cansado.

—Un poco, aunque he dormido bastante bien. Ventajas de la primera clase—bromeó Felipe.

Se sentaron frente a la enorme chimenea cuyos leños crujían y se tornaban brasas.

—Hace frío hoy.

—¡No tienes idea cuánto lo he extrañado! —confesó Felipe—Estuve a punto de creer que había descendido al infierno.

—Exagerado.—Raisha le golpeó el brazo.

—¡De veras! —exclamó—¡Cómo carajo la gente se aguanta ese calor de mierda!

—Jorge odia este clima—recordó Raisha.

—Pues, al parecer, deben haberme cambiado en el hospital cuando nací—argumentó Felipe—. No hay una gota de sangre brasileña en mi sistema. Te lo aseguro.

—Tu belleza dice todo lo contrario. —Raisha le acomodó un mechón de su cabello ensortijado—. Tus ojos hablan de calor, de paraísos exóticos, al igual que lo hacen los de Jorge.

—Estás muy enojada con él, ¿verdad?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque solo lo llamas por su nombre cuando estás furiosa. —Raisha no respondió. Felipe tragó saliva y dio un suspiro—¿Cómo está él?

—Ocupado, para variar—replicó Raisha—. Negándose a compartirnos un momento de su presencia. Y eso no es lo peor.

—¿De qué hablas?

—Ruhr Levin Sarich ha estado aquí en estos días—susurró la mujer por miedo a que las paredes la escucharan—. Está ocurriendo algo grave, pero desconozco cuánto.

—Ese bastardo ni siquiera debería pisar esta casa después de lo que sucedió con mamá.

—¿Tú también lo crees verdad? —Raisha sabía que todos lo presentían.

—Me resulta obvio—respondió Felipe con el enojo vibrando en sus cuerdas vocales—. Mamá le tenía pánico a Jorge y a este bastardo. El abuelo siempre tuvo problemas con su familia pese a que tenían negocios en común. Ruhr estaba siempre ahí, como un fantasma, y Jorge hacía con él cada vez más negocios. Negocios que nunca entendimos, y de los cuales, nada sabemos.

—Jorge jamás me contó una palabra—agregó Raisha con respecto a su padre—, y cuando lo acusé de la muerte de tu mamá, él solo...

—Ya. —Felipe le sostuvo la mano con fuerza—. Sea lo que sea, ya no podemos cambiar

el pasado, pero no vamos a permitir que también condicione nuestro presente.

—Ahora eres una figura pública, Felipe—afirmó su hermana—. Debes andarte con cuidado, más que nunca.

—¿Cuidarme de qué? Desconocemos la raíz de esto. Ignoro quién podría ser mi enemigo, o el lugar del cual podría recibir un golpe—argumentó Felipe con rabia.

—¿Qué propones?—preguntó Raisha dispuesta a todo.

—Pienso que es hora de que tomemos las riendas del asunto en nuestras manos, y si ese hombre que está allí, al que llamamos padre, tuvo que ver con la muerte de mi madre o les facilitó el camino, pues, que se haga cargo.

—Tú le tienes pánico a papá—recordó Raisha.

—Lo sé—confesó Felipe—, pero no voy a permitir que el miedo me siga paralizando en este tema. Merecemos respuestas. Ha pasado mucho tiempo y el cuerpo de mamá es solo polvo, pero su recuerdo sigue intacto en mí. Duermo cada noche, y aún recuerdo lo último que sucedió entre nosotros, ¿entiendes? Mi padre nos debe respuestas.—Felipe se limpió las lágrimas que habían salido—. Necesito paz, y para eso necesito saber.

La voz de Felipe se entrecortó. Había ganado un torneo imposible y se coronó campeón. Era famoso, querido, deseado, pero nada de eso era importante cuando la maldita duda lo corroía como el ácido en sus entrañas.

—¿Crees que Jorge lo sabía?—preguntó Raisha con una voz muy suave y pequeña. Se sentía diminuta ante la imponente presencia de su padre, ante el poder para humillar que siempre ejerció sobre ellos.

—Tú también lo has pensado muchas veces. Notaba en la manera en que lo mirabas a veces.—aseguró Felipe confiando en su hermana—. Jorge nunca quiso que la investigación avanzara. Los hombres que lo visitaron aquella tarde luego del funeral simbólico. Acababa de perder a su mujer, al amor de su vida ¿Y tenía tiempo para negocios?

—Lo creí por mucho tiempo—confesó Raisha—, pero sentí que, si te lo decía, estaba envenenando tu cabeza.

—Estaba bañado en lágrimas y con el corazón destrozado—expresó Felipe sin miedo—. Esa es la verdad. Habían abierto una herida en mi pecho y la habían dejado así. Ardía, dolía, quemaba, pero, por alguna razón, la realidad a partir de ese momento se volvió más nítida. Veía, olía, sentía, escuchaba. Saboreaba cada segundo como si todo se moviera en cámara lenta.

»Me di cuenta de todo. De las personas que lloraban junto a nosotros porque de verdad amaban a mamá, de esos bastardos que estaban allí en busca de agradarle a Jorge, y hacer negocios con él, y luego aparecieron esos bastardos encabezados por Ruhr como una especie de sombra, y avasallaron nuestro hogar con guardaespaldas solo para hablar con él. Ni siquiera le respetaron el duelo, y él no hizo mucho por respetarlo tampoco.

»Recuerdo cada detalle como si estuviera sucediendo ahora mismo ,y quiero que pare, necesito que pare. Necesito que deje de doler.

Raisha lo atrajo hacia ella, ambos se mantuvieron abrazados. La chaqueta de Felipe comenzaba a humedecerse por los copos de nieve que se derretían sobre ella.

—¿Qué quieres que hagamos? Estoy contigo Felipe. —Raisha remarcó su posición—. Puede que tu madre y yo no lleváramos la misma sangre, pero ella me cuidó y me dio amor, mucho más que mi verdadera mamá.

Felipe se secó las lágrimas. Esas que parecían un río interminable y silencioso que lo acompañaba día y noche.

—Encontraremos la forma de acorralar a Jorge y que nos diga la verdad—dijo Felipe.

—¿Y si no lo hace?

Esa pregunta por mucho tiempo rondó en la cabeza de Felipe, Raisha la había hecho ahora, y el muchacho tenía certeza de cómo responderla después de años, pese al miedo.

—Yo mismo reclamaré que reabran la investigación del atentado, y que nuestro padre se atenga a las consecuencias.

—Eric Morgan.

Eric dejó el celular y se puso de pie en la cafetería para recibir a su amigo, mejor dicho, un amigo de la familia.

«Grégor Thibault».

Grégor era un expiloto el cual había trabajado en las Fuerzas Armadas y también en líneas comerciales hasta que la tragedia invadió su vida. Grégor perdió a su esposa e hija en un atentado en Yemen, y como si fuera poco, su hermana fue secuestrada por facciones rebeldes al gobierno en Somalia mientras realizaba una colaboración para una organización benéfica.

Después de meses de sufrimiento, un grupo de mercenarios contratados por Grégor logró rescatar a Marlén, como era el nombre de su hermana, quien sobrevivió a torturas inimaginables junto a su equipo de trabajo. Fue eso lo que lo impulsó a salir de su ostracismo y volver al juego. No podía cambiar el mundo, pero podía ayudar a que algunas personas vivieran un poco mejor.

Fue un comienzo cuesta arriba. Grégor llevaba demasiado tiempo fuera del orbe militar. Trabajaba con algunos especialistas en seguridad desde hacía un par de meses, y luego con el gobierno de Sudáfrica, sin intermediarios. El problema es que las cosas se habían complicado un poco.

O mucho, desde la perspectiva de Eric, quien escuchaba su relato.

Ambos hombres mantuvieron una charla amena, acerca del pasado y el dolor que los unía.

—Río no merecía ese final—expresó Grégor con tristeza—. Era un buen hombre.

—Mi padre era un tonto qué creyó que podía meterse con hienas sin recibir una mordida—agregó Eric.

—¿Continúas enojado con él?

—Digamos que, cuando me lo encuentre en el infierno, le voy a decir unas cuantas cosas—confirmó Eric. Grégor asintió y le dio una media sonrisa.

—Si soy sincero, creo que estás mejor que tus hermanos, sobre todo de Bryce.

—Eso es fácil—argumentó Eric—. A mí no me disparó la persona que amaba, después de ser testigo de la masacre de mi familia. Creo que es lógico que su cordura penda de un hilo.

—Yo me volví loco cuando perdí todo, y no quiero que esto le suceda a nadie más.

—Estoy de acuerdo contigo—dijo Eric entretanto bebía el café—, pero bueno dejemos el pasado en el pasado, y cuéntame ¿qué es lo que necesitas? ¿Qué te ha traído a Londres?

Grégor se humedeció los labios.

—Estoy trabajando con el gobierno de Sudáfrica ahora.

—Has vuelto a tus raíces.

—No lo habría hecho si existiera en otras circunstancias, pero Sudáfrica es mi hogar, más que Estados Unidos. No quiero abandonarlo. No he encontrado una buena razón para hacerlo.

—Me parece correcto—agregó Eric.

—La cosa es que tengo un infiltrado—explicó Grégor—, alguien que tiene contactos aquí en Gran Bretaña. Hay una especie de situación la cual debo resolver.

—¿De qué situación estamos hablando? —preguntó Eric con cautela.

—Están planeando el asesinato de un testigo, el cual, asegura que pronto habrá un atentado contra uno de los ministros de la presidencia sudafricana.

—¿Qué? —Eric se acercó a Grégor—. Carajo, ese no es un tema para hablar en público, ¿sabes? Tu impulsividad me encanta, pero no cuando se trata de arriesgar el culo de esta forma.

—Era la única manera en que no sospecharían—adujo Grégor.

—¿Por qué piensas que dice la verdad?

—Este ministro en particular tiene una relación muy cercana con el presidente. —Grégor intentó explicar el entramado político que los rodeaba—. Este planea derogar dos leyes que favorecen la extracción de recursos del país. Diamante, hierro, níquel. Hay una empresa en particular que no está para nada contenta. Lleva extrayendo minerales desde hace diez años, y está invirtiendo millones en nuevas exploraciones.

Eric cerró los ojos y negó ¿Por qué el destino siempre le ponía la misma maldita piedra en el camino? ¿Y por qué él siempre debía tropezar a lo tonto con ella? ¿Es que nunca aprendía?

—Déjame adivinar, ¿Olimpia Zeratos? —preguntó Eric conociendo la respuesta.

—Esos hijos de puta están detrás de todo esto, y el infiltrado puede corroborarlo—explicó Grégor.

—¿Quién está en el directorio ahora después de la muerte de Theodor Callum?

—Varios han tomado el mando—expresó Grégor—. El grupo en su totalidad se niega a perder el control de los yacimientos, y las pérdidas que puede acarrearles.

—Bien. —Eric tomó la taza y bebió de nuevo del café—¿Qué quieres que hagamos?

—Voy a darte un nombre, y necesito que tú y tus hermanos lo capturen, o al menos lo hagan hablar.

—Es un plan arriesgado, y desconozco si mis hermanos querrán participar.

—Es Olimpia Zeratos, Eric—argumentó Grégor—. Es la empresa por la cual tu padre perdió su vida. Vamos, ¿dime que el Demonio y el Ángel no se mueren por ponerle las manos encima a alguno de esos hijos de puta? O, al menos, perjudicarlos un poco.

Eric comenzó a reír, y Grégor lo acompañó en el sentimiento.

—Grégor, llevamos meses en la penumbra. No contamos con los recursos ni con la gente para llevar adelante esto. Lo que tú propones es demasiado grande para que nos hagamos cargo en la situación en la que estamos. Dudo que los tres seamos suficientes.

—Vamos a pagarles bien—declaró Grégor—. Los he visto realizar tareas imposibles. Confío en ustedes. No me importa cómo lo hagan.

Eric se rascó la barbilla, y luego presionó los dedos sobre ella ante la atenta mirada de su amigo.

—¿Cómo sabes que solo hay un infiltrado?

—No lo sé, pero si ustedes me dan un nombre, del resto puedo encargarme yo.

Eric pensó en sus hermanos y también en el dinero. Era una propuesta tentadora, una a la cual, a un hombre como él, no debería preocuparle.

—¿Tienes miedo de morir esta vez? —preguntó Grégor ante el crudo silencio. Eric se mordió el labio inferior.

—Eso es lo más gracioso de todo. He deseado la muerte desde hace dos años.

—He pasado por lo mismo. —Grégor sabía lo que Eric sentía—. No hay nadie que pueda entenderte mejor que yo. Cuando perdemos a la gente que amamos, perdemos la vida. Yo morí el día en que se fueron mi mujer y mi hija. El día en que me las arrebataron, pero ahora tengo la oportunidad de ayudar, y no la voy a desperdiciar.

Eric se puso de pie, y dejó el dinero del café al lado del plato.

—Te enviaré un mensaje con nuestras condiciones.

—¿Entonces aceptas? —preguntó Grégor con entusiasmo renovado.

—Sí, amigo. Aceptamos.

11 Amenazas

—Así que serás la nueva cara de *Claire*.

—Sí—respondió Felipe a su hermana mientras compartían la cena con su padre, quien apenas lo había saludado y ahora solo tenía atención para el celular.

De vez en cuando gruñía como si estuviera discutiendo. Felipe sujetó el tenedor con fuerza. Estuvo a punto de doblarlo ante la incapacidad de su padre de conectar con los dos seres humanos a su lado.

—¿Algo nuevo en los negocios papá? —Fue Raisha quién preguntó.

Jorge por fin se dignó a levantar la vista hacia sus hijos.

—Todo en orden. —Jorge se aclaró la garganta, y tomó los cubiertos para comer el pescado.

—En orden, significa que antes no lo estuvo. —Felipe indagó con cuidado. Jorge arqueó una ceja.

—Esas estúpidas suposiciones son tuyas. Todo estuvo perfecto siempre.

—Por supuesto, por eso ahora tenemos más monigotes que nos persiguen y se quedan con nosotros incluso cuando estamos en el baño cagando.

Jorge dejó los cubiertos y se enfocó en su hijo. Felipe controló la ola de terror que lo invadía cada vez que la mirada asesina de Jorge se posaba en él.

—Si eres incapaz de tener educación cuando estamos en la mesa, te ordeno que te retires.

—¿Educación? —Felipe frunció el ceño—. Es chiste, ¿no? Ni siquiera nos has dirigido una mirada, aunque sea por lástima, ¿y resulta que los irrespetuosos somos nosotros?

—¿Qué carajo te ha pasado? —preguntó Jorge ofuscado—. No eres mi hijo, te desconozco.

—Pues acostúmbrate, porque éste es el Felipe que ha llegado para quedarse y no lo vas a amedrentar con un grito, o una mirada de desdén. Yo no soy mi madre, Jorge.

El golpe fue tan violento que lo tiró de la silla.

—¡Felipe! —gritó su hermana.

—Siéntate ahí antes de que te golpee a ti también. —Jorge señaló a Raisha quien había saltado como un resorte de la silla para socorrer a su hermano.

—Eres un maldito asesino, eso es lo que eres. —Felipe se levantó y se sostuvo de la silla. Raisha se cubrió la boca. El labio inferior le sangraba y se estaba formando un enorme hematoma.

—¿Qué has dicho? —Jorge saltó encima de Felipe, y lo sujetó del suéter.

—¡Es lo que eres! —Felipe gritó para que todos los que estuvieran en esa casa lo escucharan— ¡Niégamelo! ¡Niega que tuviste que ver con la muerte de mamá!

—¿Cómo te atreves maldito bastardo? —Jorge dijo entre dientes y volvió a golpearlo. Esta vez el puñetazo fue más fuerte, pero Felipe ya estaba preparado por lo que no lo arrojó al suelo—. Yo amaba a tu madre. Era mi vida.

—Maldito mentiroso. —Fue Raisha quien se interpuso delante de su hermano—. Nunca quisiste que la verdad saliera a la luz.

Jorge tensó la mandíbula. Sus ojos inyectados en sangre como un perro rabioso.

—Muy bien, bastardos. Los quiero fuera de mi casa esta misma noche.

—Voy a pedir que reabran la causa del atentado en contra de mi madre—espetó Felipe—. Por años nos hemos callado. Eso no volverá a suceder.

—Si quieren jugar con fuego háganlo, pero cuidado porque pueden quemarse.

—¿Eso es una amenaza? —Felipe frunció el ceño.

—Tómalo como te dé la gana—sentenció Jorge—. Lo único que he hecho es protegerlos. Puse más guardaespaldas porque me interesa su seguridad porque los quiero, aunque aparentemente mi afecto por ustedes no es recíproco.

—Es una broma, ¿verdad? ¿Llamas afecto a la imagen que tengo en este momento? ¿A las humillaciones? ¿Al desdén? ¿A la indiferencia? ¿Ese es el afecto que tú sabes dar? Que te quede claro. No necesitamos ese tipo de cariño.

—Felipe. —Raisha temía por su hermano. Jorge se contenía para no volver a golpearlo.

—Nos iremos esta noche—agregó Felipe—, pero tranquilo, voy a volver a esta casa porque, para tu información, esta casa pertenecía a mi abuelo, y luego a mi madre. Tú no eres dueño de nada.

Felipe acomodó su maleta en el sillón de terciopelo que estaba ubicado a un metro de su cama en la suite del hotel que habían reservado junto a su hermana. Dio un suspiro y se cubrió el rostro. No quería llorar, pero la impotencia le terminaba ganando el juego.

El celular sonó en ese instante. Felipe respondió de inmediato.

—Carlos—dijo con su voz entrecortada.

—¿Se puede saber por qué no me has llamado? —reprochó—¿He debido enterarme de todo esto por Raisha?

Felipe se recostó en la cama. Tenía tanta vergüenza.

—No quería molestarte.

—Nunca es molestia y menos en esta situación—dijo Carlos sin dudarlo—. Iremos a buscarlos en este instante. Se quedarán con nosotros.

—Puedo pagar un hotel, ¿sabes?

—Por supuesto que sí—esbozó el mánager—. Estoy seguro de que puedes pagar mil habitaciones, pero tu padre acaba de golpearte y echarte de tu casa. Eso no es algo que debes pasar solo, ni tú ni tu hermana. No es negociable Felipe, vamos por ti.

Felipe se cubrió la frente, y ya no fue capaz de contener el vendaval que amenazaba con salir de sus ojos desde la discusión con su padre.

—Es un maldito hijo de puta, Carlos. Se merece lo peor del mundo.

—Felipe—interrumpió Carlos—, no digas cosas de las que puedes arrepentirte después.

—Nunca me arrepentiré—exclamó con todas las fuerzas. Su garganta escupía el veneno que había guardado durante años—. Es un asesino, estoy seguro de que lo es.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Carlos estupefacto. Felipe se arregló el cabello con sus dedos trémulos.

—Él tuvo que ver en el asesinato de mi madre. Estoy seguro.

—Felipe—dijo Carlos una vez más—, tranquilo. En diez minutos estamos ahí. Dile a tu hermana que se prepare también. No es buen momento para estar solos, y muchos menos con lo que me acabas de decir.

—Gracias.

—Ni lo digas.

La comunicación cesó. El estómago de Felipe tenía un nudo tan intrincado que se ajustaba un poco más a cada segundo. Había vomitado dos veces y se precipitaba a una tercera con mucha velocidad.

«Te odio».

Ese bastardo no tenía derecho a echarlos de su hogar. La fortuna de la cual Jorge se jactaba pertenecía a la madre de Felipe. El asiento pomposo en el que ponía su culo asqueroso, y desde donde impartía órdenes había pertenecido a su abuelo. No tenía derecho a despojarlos de sus bienes. No es que Felipe tuviera problemas económicos, al contrario, tenía una cuantiosa fortuna, fruto de su dedicación y esfuerzo o como le gustaba decir a su padre; tenía mucho dinero por andar corriendo detrás de una pelotita con una raqueta de tenis en su mano. Cada centavo lo había ganado con el sudor de su frente y con los buenos contactos comerciales que Carlos, y la agencia para la cual trabajaba, conseguían todos los meses.

Felipe se quedó en su cama. Le envió un mensaje a su hermana quien estaba en la otra suite para que se alistara. No iba a discutir con ella acerca de haber llamado a Carlos porque Felipe no era tonto, sabía que era lo más correcto. Ambos estaban destruidos. Merecían la contención de una persona que los amara, que los amara de verdad. Era un chico tonto de veintiún años con una mujer inexperta e inocente de veintiséis. Poco sabían de la vida.

El número de Eric fue lo primero que vio cuando abrió su WhatsApp. El hombre había cambiado su foto de perfil. Ahora, era de rostro completo y se podía apreciar cada facción en detalle. No es que a Felipe le quedarán dudas de que era perfecto, pero siempre era bueno corroborarlo.

«Te veré cuando estés en Londres».

Acarició el último mensaje de Eric. Sus dedos se movieron hacia el video que, con un completo detalle, y haciendo alarde de su fisonomía y buen manejo de su mano derecha, le había enviado.

Felipe se concentró en el movimiento de ascenso y descenso, en la humedad del pene que sobresalía en el agua cristalina. Con su dedo medio sobre la pantalla Felipe acarició las gotas de agua seductoras que decididas surcaban el cuello y seguían en su recorrido hasta los duros pectorales.

¿Le gustaría que sus amantes durmieran sobre su pecho? ¿Que escucharan su corazón? ¿Acaso tenía un corazón?

Felipe por momentos sentía miedo. No lo conocía, no sabía sus secretos, ni lo bueno ni lo malo, solo su belleza. Había algo más allá de su imagen, y el placer con el que envolvía a sus presas momentáneas.

«Sigue las reglas, si quieres una oportunidad conmigo».

El mensaje en su perfil de Tinder le pareció altanero, grosero, narcisista y, aun así, le encantó. Eric era un hombre que tenía en sí demasiadas banderas de advertencia. Como una playa repleta de tiburones cuyas aguas son tan cristalinas y sus arenas tan blancas que la tentación hará que finalmente todos caigan sin importar ser devorados.

«Eric».

El nombre le gustaba. Sonaba tan bien cuando apretaba la lengua en el paladar para nombrarlo.

«Te veré cuando estés en Londres».

Los días nunca pasarían demasiado rápido. Felipe ya quería estar entre sus brazos. Iba a tener sexo con un dios. Ese privilegio nadie se lo quitaría, y le agradeció a su amigo Ander la osadía de quitarle el teléfono y cerrar el acuerdo. Algo que Felipe jamás habría logrado.

Dos golpes en la puerta de la habitación lo sacaron de ese cálido y húmedo momento con él mismo y con la fantasía de tener a Eric en sus brazos. Felipe corrió hacia la puerta y encontró a su hermana demacrada.

—¿Crees que es lo mejor ir con ellos? Lamento haber tomado esta decisión sin consultarte.

—Está bien—Felipe le sonrió—. No quiero que pasemos la noche solos, no en este estado. —Raisha asintió y abrazó a su hermano.

Ninguno de los dos sabía con certeza cómo seguirían sus vidas a partir de ese momento.

12 Confesiones

—Siéntanse como en casa.

Carlos acompañó a cada uno hasta las habitaciones donde los hermanos pasarían la noche, o quizás, varios días hasta que decidieran qué rumbo tomar.

Luego de dejar su equipaje, bajaron a cenar junto con Carlos y su esposo Gabriel. La lasaña olía delicioso. El aroma de la salsa impregnaba la cocina y el enorme comedor. Gabriel se sentó a la cabeza, Carlos del lado derecho y Felipe del lado izquierdo. Junto a él, tomó lugar su hermana Raisha.

—Deben probar este vino. —Alentó Gabriel sirviéndoles una copa a cada uno—. Se supone que estoy en una dieta rigurosa ya que en un mes es mi pelea, pero bueno, mi vida está marcada por las excepciones.

Carlos entornó los ojos.

—Por favor no sigan su ejemplo—advirtió Carlos. Gabriel lo sostuvo del rostro y estampó un ruidoso beso en sus labios carnosos.

—Eres malo.

—Y tú un rebelde— dijo Carlos mientras se humedecía los labios y tomaba el sabor del cálido beso.

¿Cómo se sentiría que un hombre como Gabriel que, a simple vista era de hielo, te besara de ese modo? Felipe bajó la mirada y asió la copa para beber un trago. Raisha se mantenía con su vista en el plato. El tenedor iba y venía sobre el manjar, pero no hacía el intento de llevarlo a su boca.

—¿Estás bien? ¿No tienes hambre? —Raisha observó a Carlos y negó.

—Lo lamento. El estómago se me ha cerrado por completo. Se ve delicioso, pero soy incapaz de ingerir bocado. —Se excusó la muchacha.

—No te disculpes. Es más que entendible—añadió Carlos.

—Así es, y si se quedan por unos días más podrán probar otras delicias que hace mi esposo. No todas, tampoco abusen.

—Gabriel— pronunció Carlos entre dientes—. Cierra la boca.

—¿Qué?; Solo fue una broma!

—Puedes ir a tu cama, si gustas. —Carlos ignoró las desopilantes explicaciones de Gabriel—. Descansa.

—Gracias. —Raisha acarició la mano de su hermano quien estaba en silencio—. Buenas noches.

—Buenas noches. —Todos la despidieron y los tres hombres se quedaron cenando.

—A mamá le gustaba la comida italiana—dijo Felipe—. Decía que era exótica como mi padre y yo.

—Perder a una madre es de los sentimientos más dolorosos que debemos atravesar— esbozó Gabriel—. Cuando perdí a la mujer que me adoptó, perdí también el sentido de la vida. No fue una pérdida física, simplemente tuve que alejarme de ella porque mi secreto salió a la luz y mi familia no lo aceptó. Por años, deambulé de un lado a otro, sin motivaciones. Pelea tras

pelea. La violencia era lo único que formaba parte de mí. No sabía amar, no entendía cómo. En ese momento, me había enamorado de un hombre que me humilló e intentó hundirme de todas las formas posibles, solo porque él tenía miedo a amarme.

»Jamás me sentí amado después de mamá, hasta que un gnomo de cabello plateado y ojos azules se atravesó en mi vida y me noqueó sin darme cuenta.

—¿No habrá sido al revés? —Carlos recordó lo difícil que fueron sus inicios con Gabriel.

—Es verdad, fue al revés. —Los hombres rieron. Felipe no entendía de qué hablaban.

—Gabriel tenía graves problemas con Iván en ese momento—relató Carlos con entusiasmo a Felipe—. Resulta que este mastodonte que ves aquí decidió ir a increpar a mi cuñado en su propia casa.

Felipe fruncía el ceño, ¿de verdad esto les parecía gracioso?

—¿Y qué sucedió?

—Gabriel atacó a Iván. Yo salí corriendo, bajé las escaleras, y en un intento pobre y torpe de defensa, me trepé a Gabriel como un mono y lo sujeté del cuello. Este idiota para sacarme de encima dio pasos hacia atrás, y me golpeó contra una pared dejándome inconsciente.

—Jesús.

—Sí. —Gabriel sonrió—. Ahí lo vi por primera vez y pensé que era la chiquilla más bella que había visto en mi vida. —Gabriel levantó la Copa—.El problema es que era una chiquilla con pene.

—¿De verdad? —Felipe estaba atónito.

—Es como te lo cuenta. Gabriel pensó que era mujer. Y esa misma noche fue al hospital donde yo estaba internado para corroborarlo.

—No puedo creerlo—Felipe se sujetaba la cabeza mientras los hombres reían divertidos—¿Te enamoraste del tipo que te golpeó? ¿Que amenazó a Iván?

—Sí. Me besó en el baño de la habitación del hospital y me dejó sin aliento. Creo que en ese momento ambos supimos que sería nuestro fin.

—La sesión de fotos con Natalia Simonetti fue una locura—recordó Felipe quien todavía no creía esa anécdota y ahora sumaba una más.

—Ah sí, esa sesión—dijo Gabriel conteniendo la risa—.Fue de las cosas más calientes que hice en mi vida y créeme que no he sido un santo.

—Natalia todavía tiene varias de esas fotos en su estudio ¿No les da vergüenza?

—¿Sabes? A veces recuerdo lo sucedido y pienso que no me pasó a mí, sino a otra persona. A una persona más bella y osada. No a esta criatura flacucha bajita y coja—confesó Carlos, Gabriel entornó los ojos.

—Ya te he dicho que no me gusta escuchar que te dices esas cosas.

—Lo sé—Carlos se fijó en su esposo—, pero lo digo porque creo que Felipe y yo somos muy parecidos. Ninguno de los dos teníamos fe en nosotros mismos y mira hasta dónde hemos llegado. Solo quiero decirte que los sueños se cumplen, y todo aquello que en este momento te parece doloroso, sanará. Llegado a un punto, todo esto será lejano.

—Siento que mi mundo se rompe pedazo a pedazo y ya no puedo más—pronunció Felipe con angustia—.Siempre ha sido así. Todo lo bueno, lo pierdo.

—Un día vas a despertarte, y serás consciente de todo lo que has conquistado. Te sentirás pleno de felicidad—juró Carlos—. Gabriel y yo estuvimos ahí

—¿Te doy un Consejo? —Fue Gabriel quien habló esta vez—. Deja que el mundo se rompa, deja que se caiga pedazo a pedazo. Húndete en el miedo y el dolor si es necesario, pero no te quedes allí. No importa lo lastimado que estés, siempre hay un punto de quiebre, Felipe.

Siempre hay un punto que te permite cambiar el juego.

—La vida me aventaja por tantos sets que ya perdí la cuenta. —Felipe dio una sonrisa angustiosa—. Como si nunca fuera suficiente.

—Los cambios llevan tiempo, amigo—expresó Gabriel con seriedad—. La vida no te regala nada, pero si tienes paciencia y disciplina vas a conquistar aquello que anhelas.

—Lo que anhelo. —Felipe susurró con su mente perdida en su dolor y en todas las memorias que le relataban su mánager y su esposo.

—¿Qué deseas para tu vida Felipe? ¿Alguna vez te has preguntado eso? —interrogó Carlos.

—Quiero ser amado—dijo Felipe—. Quisiera que, por una vez, alguien me mire y le dé felicidad mi alegría. Alguien diferente de ustedes y mi hermana. Que me abrace por las noches y me diga que soy valioso, que nada va a ocurrirme y que los fantasmas quedaron en el pasado.

—Llegará. —Prometió Carlos—. No hoy, y quizás tampoco mañana, pero te aseguro que hay alguna chica en este mundo que desea lo mismo que tú.

Felipe le sonrió ante la ingenuidad de Carlos, de verdad tenía el peor gaydar del mundo.

—No sé si alguna vez tendré fe, pero el hecho de saber cómo se conocieron ustedes, me da esperanza.

Felipe dio vueltas en la cama una y otra vez sin poder conciliar el sueño. La discusión con Jorge era una constante en su mente. Los golpes, el maltrato físico y psicológico bajo el cual habían estado desde siempre.

Felipe buscó en su mente de manera incansable, y se preguntó si alguna vez había recibido de parte de Jorge una palabra de aliento. Algo que sopesara el dolor que cargaba en su interior ante la verdad insoslayable. Ante la verdad que se erguía no solo frente a sus ojos sino también frente a su alma.

Su padre, fuera por acción u omisión, había sido partícipe de la muerte de su madre. Fue él quien la abandonó a su suerte esa tarde. El que decidió no acompañarla a último momento. Jorge era un vil cobarde que se apropió de su fortuna y ni siquiera derramó una lágrima por ella.

Felipe se sentó en la cama cansado de revolotear entre las sábanas, harto de elucubrar mil escenarios donde el desenlace era el mismo. La muerte era irreversible, el daño provocado era un halo de oscuridad que iba a acompañarlos en lo que les quedara de vida.

Su garganta estaba seca, así que decidió dejar su habitación e ir a la cocina por un vaso de agua. Bajó las escaleras descalzo para no hacer ruido. El frío se colaba en sus huesos a pesar de que su bata era gruesa. Atravesó la sala vacía. La luz de la luna ingresaba por los enormes ventanales e iluminaba el espacio. Dio pasos hasta la cocina y buscó el dispenser de agua. Llenó uno de los vasos de vidrio con el líquido cristalino y lo ingirió de un solo tirón. Volvió a llenarlo, y esta vez, lo hizo con calma. Se cruzó de brazos y dio un suspiro. Era maravillosa la tranquilidad de la noche en medio de las penumbras. Se arregló su camiseta blanca y volvió a cruzar su bata. Sus pies estaban congelados, ingirió un nuevo trago de agua cuando el sonido de risas llegó a sus oídos. Felipe bebió de nuevo, y dejó el vaso sobre la isla de mármol negro. Colocó los mechones de cabello detrás de las orejas, sus rizos eran un desastre. Volvió a escuchar las mismas risas.

Felipe abandonó el espacio y se dirigió a la parte desconocida de la casa. Había estado allí en numerosas ocasiones, pero nunca fue más allá de la sala, la cocina, y los baños de la planta baja.

El pasillo, al dejar la cocina, lo condujo a otro ambiente de la casa, Felipe caminó. La luz de la luna y las luces artificiales del exterior le permitieron tener una visión perfecta. El piso blanco combinaba exquisito con las columnas griegas y algunas estatuas junto a enormes jarrones y arreglos florales que perfumaban cada rincón. Felipe se detuvo frente a un jarrón que estaba delante de un espejo de casi dos metros con marco de bronce. Acarició los pétalos de las flores blancas y luego puso la vista en su reflejo. Su cabeza estaba vacía de pensamientos cuando el sonido de una voz estremeció su piel. Una voz cargada de placer, extasiada. Felipe supo de quién se trataba en ese instante. Tragó saliva y el molesto rubor se concentró en sus mejillas, aun así, dio pasos hacia el sitio desde donde provenía el sonido.

«Un jardín interior».

Había plantas colgantes cuyas hojas verdes caían y decoraban las paredes, una cascada de sonido incesante que llevaba el agua hacia las flores ubicadas a manera de abanico en el suelo. Felipe ingresó al jardín que se extendía y cubría todo. Era una especie de microclima, un pedazo de trópico en el frío invernal de Rusia.

Felipe atravesó de manera diagonal el espacio. Siguió el sendero de piedra que lo llevaba a explorar más allá. El sonido del agua no abandonaba sus oídos, y entendió el motivo. Lo próximo que encontró fue una piscina de invierno, y al lado de ella, un enorme jacuzzi. Uno que estaba ocupado.

A diferencia del resto de la casa, la densa vegetación que había escalado sobre los cristales que daban al exterior impedían que la luz ingresara en su plenitud. La iluminación era más tenue y agradable. El sonido del agua burbujeando en la bañera y en su interior estaban los dueños de casa. Su mánager y su esposo.

Al menos, eso fue lo que Felipe pensó cuando observó a Carlos de espaldas hacia la puerta. Tenía sus brazos extendidos sujetos a los bordes del jacuzzi, su cabeza hacia atrás mientras alguien trabajaba sin descanso debajo del agua. Un nuevo gemido bajo, y Felipe supo que Gabriel no solo era un buen luchador sino un excelente buzo.

Felipe retrocedió con velocidad sin ser visto hasta la puerta de entrada para ocultarse detrás de la pared. Su corazón le palpitaba a un millón de revoluciones por minuto. Era algo así como una nave espacial, y comenzó a levantar temperatura incluso de manera involuntaria.

Se acarició el cuello y masajeó su pecho. Debía calmarse y volver a la cama, nadie lo había visto. Carlos volvió a gemir, esta vez el volumen fue mayor. Felipe apoyó la espalda en la pared, y se preguntó qué habría de malo si echara un vistazo.

«Te haces el mojigato, pero eres un perverso».

La voz burlona del idiota de Ander le llegó a los oídos.

Carlos gimíó una vez más. El sonido de besos ruidosos y húmedos terminó de romper la tranquilidad de la noche.

—¿Por qué es tan bueno contigo?

—Porque me gusta que estés satisfecho, enano. Solo por eso.

—Déjame a mí.

—No, date la vuelta. Te quiero follar.

—¿Por qué el apuro?

—Porque los dos debemos madrugar.

—Vaya, ¿quién diría que Gabriel Petrov era un hombre responsable?

—No me hagas enojar. Te voy a hacer muchas cosas de las que te vas a arrepentir.

—Sí, ¿cuáles?

Felipe se acercó al borde de la pared y fue testigo de la escena, de aquello que la escasa

luz le permitía ver. Carlos enredó sus manos en el musculoso cuello de Gabriel y se destrozaron los labios.

Es que ni siquiera fue un beso. Parecían dos bestias hambrientas que eran incapaces de saciar su voracidad por el otro. Gabriel mordió el labio inferior de Carlos. El hombre más bajo abrió la boca para recibir la gloriosa lengua.

Felipe cerró los ojos un minuto cuando se percató del bulto duro en sus pantalones. Cada palabra dicha por su amigo Ander era corroborada con su conducta.

Gabriel se puso de pie en el jacuzzi. Felipe se humedeció los labios, y se comió con los ojos al marido de su mánager. El agua destilaba sobre ese monumento que no tenía derecho a ser tan perfecto. Carlos se levantó, también estaba desnudo. El cuerpo blanquecino, húmedo y brillante, igual que el de Gabriel. El luchador lo sostuvo entre sus brazos. Carlos dio un salto y ajustó sus piernas a la cintura de su hombre. Volvieron a besarse, Carlos friccionaba su erección sobre el estómago de Gabriel quien dejaba sendos cardenales violáceos en su cuello y en su pecho. Las respiraciones agitadas, los susurros, los jadeos. Felipe se tragó un gemido ante la escena, ante la imperiosa necesidad de tocarse y amarse que tenían esos dos.

—Fóllame.—La desesperación de Carlos fue algo que a Felipe no le pasó por alto. Siempre parecía tan controlado.

—¿Lo quieres?

—Sí, lo quiero—replicó—.Te quiero dentro de mí.

El enorme pene de Gabriel se posicionó sobre la entrada. Felipe sintió un escalofrío que recorrió su columna vertebral. Iba a partirlo en dos. Resultaba imposible que alguien como Carlos albergara en su interior ese trozo de carne.

Fue el propio Carlos quien empujó sobre el miembro duro, fue él mismo quien lo llevó hasta que sus nalgas rozaron los testículos de Gabriel. Toda la extensión se alojó en su interior.

Felipe se cubrió la boca. Estuvo a punto de salir y aplaudir por la hazaña. Lo habría hecho, si Gabriel no hubiera comenzado a moverse como si sus caderas se mandaran solas.

Los gemidos de Carlos se transformaron en chillidos de placer cuando la velocidad y la potencia se combinaron en cada estocada. Gabriel lo follaba de pie, Carlos parecía solo un muñeco inflable que el luchador utilizaba para desfogarse.

«No hay combinación más perfecta a que te traten como un rey frente a los demás y como una perra en la cama. Si encuentras eso, Felipe. No lo dejes ir».

El maldito Ander tenía tantas frases memorables. Felipe las recordó todas. Las siguió recordando mientras Gabriel salía del jacuzzi con Carlos amarrado a su cintura. Su pene todavía en el interior. Gabriel empujó a su marido contra uno de los fríos ventanales para darle con todo lo que tenía. El cristal comenzó a empañarse.

El hielo había desaparecido del cuerpo de Felipe. Hervía del mismo modo que esos dos hombres que no solo eran esposos, sino más bien amantes fogosos incapaces de quitarse las manos de encima.

Terminaron en el suelo mojado. Carlos lo montó con hambre y bravura mientras la lengua de Gabriel saboreaba cada parte de su piel desde su rostro de ensueño, su cuello esbelto hasta sus lindos pezones que, a esa altura, estaban al rojo vivo. La manera en cómo los estiraba, y los succionaba. Lo iba a matar de placer. Ambos se vinieron en un grito, se besaron y se acariciaron con el mismo hambre que al principio.

Felipe corrió hacia su cuarto ante la posibilidad de ser atrapado. Cerró la puerta y descansó su cuerpo sobre ella por unos breves segundos. Se arrancó la ropa que le ardía. Buscó el consolador en su maleta, el lubricante y después tomó el celular donde encontró el número de

Eric. Pulsó grabar y decidió darle al hombre una panorámica de lo que tendría, de todo lo que Felipe ansiaba desesperado. Sus dedos temblaron una vez que el orgasmo lo embargó. Presionó enviar, y dejó que sus fantasías salieran de la jaula por completo.

Felipe yació desnudo con el pene gastado en su mano y su esencia embadurnando su estómago. Se enfocó en el techo blanco, esperó que su corazón volviera a la calma. Atrás quedaría el dolor que lo acurrucaba y le hacía la vida imposible.

Felipe estaba dispuesto a todo, incluso a renacer.

13 De villanos y algo más

Nueva York, dos años atrás.

—¿Eso es todo?

—Sí, señor Morgan. Bienvenido a la compañía. Esta es su casa a partir de ahora.

Bryce Morgan estaba en calma esa noche después de varias semanas de trabajo, dudas y negociaciones. Las palabras de bienvenida de sus nuevos socios fueron música para sus oídos cansados. Los negocios en Tanzania en el mercado de diamantes estaban dando excelentes frutos. Estaban dentro. Luego de innumerables obstáculos, idas y venidas, habían logrado el objetivo. Su padre estaba muy feliz, al menos lo parecía. Bryce ya no sabía qué pensar acerca de él. Era un hombre impredecible, mucho más que él en ocasiones.

—Papá, los Callums...

—Esto es nuestro, hijo. Ellos perdieron esta vez. Es tu logro. Felicitaciones.

Bryce pensó mucho en su padre desde las primeras horas de la tarde, cuando tuvo oportunidad de hablar con él.

«Ellos perdieron esta vez».

Era una frase más que contradictoria viniendo de su padre, ya que, según él, los Callums nunca perdían, solo se acomodaban y tomaban fuerza para darte una estocada mejor.

La historia de los Morgan con Olimpia Zeratos había sido una historia de traición, lujuria y muerte. Así como una musa seductora que lleva a los hombres a la perdición.

Olimpia Zeratos era una multinacional que tenía proyectos de extracción de minerales en toda África. Río, el padre de Eric, buscó la forma de ingresar al directorio hasta que lo consiguió. El problema fue que para lograr su cometido habían tenido que desplazar de la negociación a Theodor Callum, el patriarca de una de las familias más acaudaladas de Europa y, al interior, una fraternidad de asesinos a sueldo.

La venganza fue muy cruel. Theodor ordenó exterminar a los Morgan y todo lo que ellos significaban. Casi lo lograron. Casi. Theodor murió tiempo después.

Ahora, Eric esperaba en el restaurant del Four Seasons de Londres al hombre que le daría la información necesaria para descubrir al infiltrado del cual Grégor Thibault le había hablado. La idea era obtener la información por las buenas, aunque estaba preparado si esa opción no era viable.

Podía ser un trabajo más, sin embargo, para Eric, Bryce y Anael había más dolores de por medio. La dulce venganza destilaba miel y caos en su paladar. Causarle un mínimo daño a un monstruo como Olimpia Zeratos era casi un sueño.

Eric se acomodó la corbata y sostuvo la copa de champán en la mano, bebió un sorbo. La paciencia era un don que pocos Morgan tenían. Por fortuna, Eric era un poco diferente a sus hermanos en todos los sentidos.

Levantó la mirada hacia el espejo que estaba atrás del barman. Humedeció los labios y volvió a enfocarse en su copa.

—¿Novedades? —preguntó Bryce a través del auricular.

—Nada todavía. —Sus labios se movieron apenas, imperceptibles.

—¿Confías en la información de Grégor?

—¿A qué te refieres?

—No lo sé—dijo Bryce—. Hay algo extraño, es un milagro que Olimpia Zeratos sea foco de investigación por parte de él, y nos tenga a nosotros como amigos. Es una aguja en un pajar.

—Las casualidades existen, o al menos, eso quiero creer—agregó Eric—, además, no teníamos alternativa. Anael, sigue llenando mi copa.

—Claro, para que dentro de una hora seas un puto borracho.

El hombre rubio e imponente detrás de la barra se acercó y llenó la copa de champán de su hermano Eric, quien lo observó y frenó una sonrisa. Dios, le parecía tan cómico que su hermano soportara a personas pidiéndole cosas. Anael siempre se creyó un rey.

—Me siento un esclavo.

—Eres un exagerado—dijo Bryce, desde el edificio en frente.

Bryce estaba apostado con un rifle de mira telescópica, listo para borrar el objetivo si era necesario, después de obtener la información que Grégor necesitaba.

Un veinteañero de cabello castaño y ojos miel ingresó al restaurant en ese momento. Eric observó a través del espejo. Anael se giró y sonrió.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Eric se encogió de hombros.

—¿Seguro? Raro, pensé que se parecía a tu mocoso brasileño. Si estabas pensando en eso, tienes razón, Se parece mucho.

«Maldita la hora en que te conté».

Eric había cometido el enorme error de contarle a su hermano que el mismísimo Felipe Becerra tendría una cita con él. Anael primero se carcajeó porque pensó que era una broma, pero cuando su hermano se mantuvo serio entendió que era verdad.

—No es un mocoso. Tiene veintiún años. Y no es mi nada—replicó Eric de inmediato—. Solo es alguien a quien voy a follarme.

—Claro—se burló Anael—, por eso se te iluminan los ojos cuando aparece en televisión.

—¿De qué carajo estás hablando?

—Ayer cuando estábamos en el café apareció en conferencia de prensa. Estaba magullado, y estuviste a punto de ponerte de pie. No lo sé, a mí eso me parece sospechoso para alguien que solo busca follar.

—Cierra la puta boca, y sigue atendiendo a los clientes—balbuceó Eric, y Anael le guiñó un ojo.

—¡Vamos! Puedes contarle a tu hermano menor todo lo que mueve ese culito cuando lo ves. Prometo no reírme mucho.

—¿Cuántas veces debo decirte que dejes de inventar?

—¿Cuántas veces debo decirte que puedo parecer tonto, pero no lo soy?

—Cállense los dos y concéntrense. —Fue Bryce quién habló—. Esto no es una excusa para follar.

—Por supuesto jefe—ironizó Eric.

Anael puso los ojos en blanco y se alejó de Eric para atender al resto de los clientes que estaban en la barra, y lo llamaban con insistencia.

Las puertas del restaurante se abrieron de par en par y un hombre con cinco guardaespaldas ingresó. Eric se acomodó los anteojos de marco grueso y oscuro, y miró a través

del espejo detrás de la estantería con copas de cristal y licores.

—Aquí está— dijo entre dientes Eric.

—Perfecto. A tu señal, actúo.

Eric dio un suspiro. La sangre le circulaba como un volcán en erupción. Se prendió el último botón del saco, y caminó hacia el hombre que recién llegaba.

Era una jugada arriesgada.

Si el tipo se percataba de que era una trampa le volaría los sesos en ese instante, sin embargo, los Morgan contaban con una gran ventaja sobre el resto. No les importaba morir cuando ya no tenían nada que perder.

—Señor Cirulnik—dijo con voz amable—Soy Henry Zimmerman—. Mi compañero lamenta no poder asistir en el día de hoy.

El hombre de rasgos balcánicos lo observó y frunció el ceño.

—¿Dónde está Gaspar?

«Gaspar».

Eric sonrió mostrando su perfecta dentadura.

—¿Puedo sentarme? —preguntó con amabilidad. El tipo arqueó la ceja, y luego le señaló la silla.

—Adelante.

—Gaspar tiene algunas complicaciones. Lo están investigando en Sudáfrica. Por lo que me ha contado, Grégor Thibault le está pisando los talones.

Anael secaba unas copas en el bar, atento a lo que sucedía en la mesa central en donde estaba su hermano junto a esa tropa que lo circundaba.

—Ese bastardo—dijo con la mandíbula en tensión.

—Sí, ese hijo de puta de verdad nos está complicando la vida—aseguró Eric.

—Le queda poco de todos modos—aclaró el hombre—. Una vez que obtengamos el apoyo del poder legislativo, las leyes que requerimos se mantendrán y podremos seguir trabajando en paz.

Eric dio un suspiro y controló la adrenalina que le pedía a gritos que sacara el arma y le vaciara el cargador encima a ese bastardo que era igual que Theodor Callum y toda la escoria de Olimpia Zeratos.

El celular de Cirulnik sonó en ese instante y los cinco sentidos de Eric se pusieron en alerta. El hombre tomó el teléfono, y grande fue su sorpresa cuando fijó su vista en el nombre que aparecía en la pantalla del aparato.

—¿Gaspar? —El hombre frunció el ceño, y se enfocó en Eric cuyo rostro ilegible no falló ni siquiera un segundo—.Estoy aquí con tu socio—dijo para corroborar. Había llegado el momento de actuar. Ya tenían el nombre, Grégor se encargaría del tal Gaspar. Ellos solo debían salir vivos de ese restaurant.

—Prepárate. —Fue todo lo que dijo Eric.

Uno de los guardaespaldas intentó sacar el arma para dispararle cuando la bala que vino desde varios metros atravesó uno de los cristales del restaurant, y se incrustó en la frente del custodio.

A partir de allí, todo en ese mundo idílico se derrumbó. Como si se tratara de una imagen en cámara lenta, Eric observó la bala clavarse en medio de los ojos del gigante de dos metros. La sangre como en un cómic de ficción, estalló y roció a los comensales cercanos. Los sesos terminaron en la mesa contigua. Los gritos resonaron como un eco en una montaña. Profundos y angustiosos.

Eric se lanzó a un costado y los custodios comenzaron a disparar. Los comensales gritaron y se arrojaron al suelo, otros se agolparon en las puertas de entrada buscando salir de ese infierno. El temor marcaba cada línea y cada gesto de sus rostros. La gente tomaba un aspecto feo cuando gritaba, cuando la percepción del final inminente golpeaba sus cuerpos.

Anael desenfundó el arma que llevaba y abrió el fuego para cubrir a Eric. Las mesas rodaron ya que las personas, en su desesperación, las volteaban para protegerse de la lluvia de balas. Un custodio más cayó en ese instante.

Cirulnik se puso entre sus guardaespaldas y los usó como escudos. Eric llegó hasta Anael y ambos se escabulleron en el mar de cristales, espejos rotos y las botellas, cuyos vidrios y el líquido que contenían, volaban por el fuego abierto sobre ellos.

Se movieron hacia la cocina y desde allí a la puerta trasera. El sonido de las sirenas mostró que la policía había llegado.

Se quitaron los sacos, las gafas, las camisas, y solo quedaron en camisetas blancas. Caminaron por el callejón en donde estaban los contenedores del restaurant, donde tiraron la ropa que desecharon. Los gritos y la histeria continuaban en el interior del restaurant. Caminaron sin prisa, atentos a cualquier movimiento. Dos cuerdas más adelante tomaron un taxi y salieron de la locura.

—Demonio—dijo Eric.

—Estoy a cinco calles. Nos vemos en el búnker.

—Hecho—respondió entretanto se dirigían al edificio.

«Gaspar».

Fue el nombre del traidor que le entregaron a Grégor Thibault. A partir de allí, era su problema.

Eric llegó a su departamento dos horas después. Las sirenas de la policía iban y venían. Habían causado un gran revuelo. Dejó las llaves sobre la mesa del comedor y abrió una botella de whisky.

«Bebes demasiado».

Se sentó en el amplio sofá frente al televisor con el vaso en la mano, y comenzó a reír. Rio a carcajadas, hasta que el cansancio lo embargó, y después lloró. Eric lloró con amargura, con el dolor que le inundaba el pecho, con esa angustia que ya formaba parte de su piel, de cada célula de su cuerpo.

Habían vuelto al ruedo y la muerte les daba la bienvenida. Los recibía con los brazos abiertos, como la amante incansable que siempre estaba para ellos. Esa que los conocía y sabía que siempre regresarían a ella.

Eric se limpió los ojos y bebió el contenido del vaso de un solo tirón.

Tomó el teléfono y buscó la última conversación que había tenido con Felipe Becerra, con ese hombre por el que ardía de deseo un poco más a cada segundo. Era el único aliciente que tenía en su miserable vida.

—¿Me harás el amor muy duro? —Había preguntado Felipe después de haberle enviado el video más caliente con el que Eric se deleitó en su vida.

—No quiero hacer palidecer a Christian Grey, pero debo apropiarme de su frase. Yo no hago el amor, cosita. —Eric escribió saboreando entre sus dientes la piel de Felipe sin haberlo tocado— Yo follo, y lo hago muy duro.

14 Experiencia

—¿Cuántas horas entrenaste hoy?

—Cuatro. —Felipe hizo una mueca de dolor cuando Alejandro Ferrari, su fisioterapeuta, presionó su tobillo y luego su pantorrilla.

—Felipe, tienes una distensión.

—No es nada serio. —El tenista minimizó el problema—. No me siento mal.

—Has estado a punto de gritar cuando te he tocado. Te estás exigiendo demasiado, no me digas que no es nada serio ¿Tu entrenador lo sabe? ¿Se lo has comentado o debo hacerlo yo?

—No, no quiero que Mirás se entere.

—¿Carlos no te ha contado lo que le sucedió a él? —reprochó Alejandro—. Lamento decirte que no repito las historias y menos cuando tienen malos finales.

Los dedos presionaron en un movimiento de ascenso y descenso sobre la pierna. Felipe estaba en tensión, lo había estado desde la noche anterior por todo lo vivido. La violencia y el maltrato con su padre, las lágrimas y el dolor de su hermana y el propio cuando tuvieron que abandonar la casa que les pertenecía a ellos por derecho. Luego, estaba lo sucedido con Carlos y Gabriel.

«Eric».

Sus labios lo habían nombrado. Su cuerpo lo sintió incluso antes de conocerlo, antes de que profanara cada espacio de su piel.

«Falta poco para verte».

Felipe destinaba todos sus pensamientos a esa promesa. A una noche inolvidable, a una especie de conquista que le cambiaría la vida.

—Tierra llamando a Felipe. —El tenista pestañeó y se avergonzó—. Hombre, ¿dónde estabas? Pensé que nunca ibas a aterrizar. —Alejandro bromeó mientras continuaba masajeando sus piernas.

—Hablaré con Mirás respecto a la lesión—dijo Felipe—. No te preocupes, no me ocurrirá lo mismo que a Carlos.

—¿Qué te pasa hoy? Estás muy serio—preguntó Alejandro quien tomaba un poco de aceite y ponía sus manos sobre la espalda—¿Quieres hablar de esos magullones? Lo que sea, déjalo salir.

—Odio a mi padre—confesó Felipe—. Estoy seguro de que hizo algo imperdonable, y quiero castigarlo.

Las manos se detuvieron. Alejandro tomó una toalla y las limpió.

—Felipe, ¿qué está pasando?

—Es complicado—replicó sin ánimos de contar su historia—. Solo puedo decirte que Raisha y yo tuvimos que irnos de nuestra casa. Tuvimos una gran discusión con mi padre.

—¿Puedo darte mi opinión incluso si no quieres hablar conmigo? —indagó Alejandro.

—¿Lo harás de todos modos?

—Probablemente.

—Entonces, te escucho.

—He pasado bastantes cosas en mi vida. Tengo casi cuarenta años. He vivido muertes, culpas, infidelidades, traiciones y decepciones. Cosas que consideré imperdonables, pero con el tiempo me di cuenta de que solo eran parte de la vida. Cosas que debían sucederme para crecer, para encontrar la confianza en mí mismo, para perdonarme e incluso aceptar mis errores.

—Tengo tanta rabia, Ale. —Felipe se sujetó de la camilla y las lágrimas se deslizaron por su rostro—. Impotencia, deseos de venganza. No me gusta esta versión de mí, no me reconozco.

—Claro que asusta. —Alejandro volvió a poner sus manos sobre la espalda—. Nos hace sentirnos frágiles y nos damos cuenta de que no somos tan buenos y amables como pensábamos, pero ¿sabes qué? No es bueno actuar desde la rabia porque no solo le hacemos daño al otro, sino a nosotros mismos.

—Tú no sabes...

—Felipe—interrumpió—. Seamos honestos, tú amas a tu padre a pesar de todo, a pesar de que no ha hecho nada bueno en tu vida. Sea lo que sea que haya pasado entre ustedes ¿Por qué no le das el beneficio de la duda?

—¿Qué parte no entiendes de que me echó de casa? —Felipe se giró en la camilla para mirar a Alejandro quien dejó de hablar—. Mira cómo tengo el rostro. Me insultó, me...

Felipe se detuvo. Su garganta quería gritar tantas cosas, pero Alejandro no era culpable, y no tenía intenciones de desquitarse con él.

—Todos cometemos errores, muchísimos—respondió Alejandro—. No te digo que el enojo va a pasar, así como así, pero por favor tómate un tiempo antes de hacer algo de lo que puedas arrepentirte. Si mi esposo o yo hubiéramos desparramado nuestra venganza a diestra y siniestra jamás podríamos haber compartido una cena con Gabriel y mi hermano, o con Denis Lucas y Yevgeny Romanov. Un amigo que se portó muy mal con Iván, que lo traicionó en lo más profundo.

—¿Cómo logras perdonar su traición?

—Entendimos desde dónde lo hizo, su miedo y su falta de amor propio. Jamás lo justifiqué, Iván tampoco, pero lo comprendimos. Al mismo Iván le perdoné no haberme elegido en primera instancia.

—El amor no es suficiente a veces—agregó con tristeza Felipe.

—Depende. —Alejandro hizo que Felipe se recostara para continuar con el masaje—. Cuando se trata de Iván, es más que suficiente. Si pongo en la balanza lo bueno y lo malo, puedo asegurarte de que lo bueno es mayor. No hay un solo momento en que me arrepienta de haberle dado una segunda oportunidad.

—No recuerdo que mi padre haya hecho algo bueno en su vida.

—Te hizo a ti y a tu hermana ¿No crees que eso es bueno? ¿No te parece que es algo para celebrar?

Felipe se quedó en silencio y Alejandro dio un suspiro.

—El abierto de Londres está cerca. Concéntrate en el torneo, concéntrate en tu próximo objetivo. Deja que las cosas se acomoden de la mejor manera para ti.

—Me da miedo lo que no puedo controlar.

—Despierta amigo. —Alejandro se burló—. Pocas cosas son las que podemos controlar. Lamento decirte que las personas no son una de ellas.

Felipe se relajó y se concentró en las talentosas manos sobre su espalda cuyos dedos presionaban sobre la columna vertebral.

—Me parece increíble que tú e Iván hayan estado separados.

—Pues lo estuvimos—confesó Alejandro—. Fueron seis meses muy difíciles y dolorosos,

pero también de gran crecimiento para ambos.

Felipe enfocó sus ojos sobre el armario en el lateral de la habitación. Estaba repleto de cremas y aceites.

—¿Cómo fue?

—¿Qué cosa?

—Trabajar con Iván.

—¡Uf!—exclamó Alejandro—. Un sueño hecho realidad, una pesadilla y una tortura. — Alejandro entornó los ojos y luego sonrió—. Una deliciosa tortura, pero al principio costó. El odiaba mi apariencia.

—¿De qué hablas? Tú eres hermoso.

—Solía llamarme muñequita con pene.

—¿Qué? —Felipe comenzó a reír y también lo hizo Alejandro—¿Cómo lograste que cambiara?

—No lo sé. —Alejandro se encogió de hombros—. Todo comenzó como una locura sexual en donde ninguno podía sacarse las manos de encima. Yo me enamoré de inmediato, pero Iván tardó en aceptarlo.

—¿Tú crees que es posible? —preguntó curioso.

—¿Qué? ¿El amor?

—Que una noche de sexo se transforme en amor.

—¿Por qué no? —Abrió una pregunta Alejandro—. Si logré desviar a un hetero del buen camino, considero que todo es posible.

Volvieron a reír. El ambiente era menos denso ahora. Felipe parecía un poco más distendido.

«Londres está cerca».

La imagen de ese hombre desconocido volvió a su cabeza.

—¿Cómo te das cuenta? —preguntó Felipe—¿Cómo sabes diferenciar el sexo del amor?

Alejandro hizo una mueca de ternura.

—Confía en mí, sabrás la diferencia de inmediato.

—¿Estás seguro?

—Es fácil—explicó el fisioterapeuta—. Desnudar un cuerpo lo hace cualquiera, pero hacerle el amor a un alma es una experiencia que marcará el rumbo de tu vida para siempre.

15 Redefiniendo el juego

—El hombre valiente hace su aparición.

Jorge se paró frente a Ruhr Levin Sarich, su socio. El mismo que había estado en su casa días atrás.

—Mi hijo descubrirá la verdad—dijo sin siquiera darle un saludo e ignorando su ironía. El rostro de su socio cambió de la sonrisa burlona a un gesto de profunda seriedad.

—¿De qué estás hablando? —indagó Ruhr con molestia. Jorge tragó saliva.

—Tú sabes muy bien.

Ruhr se puso de pie, rodeó el escritorio y se colocó frente a Jorge quien había ingresado sin guardaespaldas. Le tocó el cuello de la camisa impecable de color gris, y le arregló la corbata verde. Le encantaba provocarlo.

—¿Te refieres a la muerte de tu deliciosa esposa?

—Vengo a pedirte que te alejes de mi familia—ordenó Jorge con firmeza—. Mi esposa y su padre están muertos. Se terminó. Ya no quiero más fallecimientos en mi familia.

—Pues parece que se te olvidan algunos detalles—replicó Ruhr—, de lo contrario, no me habrías tratado como basura la última vez que nos vimos.

—Mis hijos no tienen nada que ver. Son inocentes.

—¿Inocentes? ¿Alguien en tu maldita familia puede llamarse así? —El maldito se burló.

—Si la investigación se reabre, habrá muchas preguntas.

—¿Y? —Ruhr levantó una ceja y sonrió.

—¿Cuento contigo? —preguntó Jorge una vez más—¿Dejarás a mis hijos en paz?

—Depende, ¿qué hay de Xinaris?

—¿Por qué carajo eres tan codicioso? —Una estruendosa carcajada salió de la garganta del hombre.

—Que tú me digas codicioso es como si Judas me llamara traidor. No tienes sangre en la cara, bastardo.

—Voy a hablar con mi hijo—explicó Jorge—. Fue un arrebato echarlo de mi casa, pero voy a convencerlo de que se mantenga tranquilo.

—No lo hará. —Anticipó Ruhr—. El niño puede parecer tierno, pero tú y yo sabemos que esos son los peores. Los más peligrosos cuando deciden revelarse, y por lo que he visto en algunas imágenes, le has dado muchos motivos.

—Ruhr.

—Fue tu idea. —No le tembló la voz al decirlo—. Te dije lo que sucedería, pero tú no estabas conforme. Querías todo. No te bastaba con tener una hermosa mujer millonaria en tu cama, la cual follar cada noche. No te bastaba disfrutar de su dinero. Tenías que controlarlo tú mismo.

—Yo amaba a mi esposa—replicó Jorge.

—Por favor, Ruhr.—El hombre le golpeó la mejilla—. A mí no me vengas con cuentos de enamorados. De lo contrario, no hubieras pensado en hacerle daño a su padre.

Ruhr se alejó y volvió a su sillón de cuero donde cruzó la pierna.

—Quiero las acciones de tu empresa y ponles un bozal a tus perritos, de lo contrario, me encargaré de ambos. Yo no iré a la cárcel, ni escucharé a la gente hablar mierda de mí—advirtió Ruhr. Jorge apretó las manos en puños.

—No vas a tocar a mis hijos. —Estaba decidido a protegerlos. —. Las cosas salieron mal, lo reconozco, pero eso no significa que quiera deshacerme de mis herederos.

Ruhr levantó el dedo índice, y lo señaló.

—Encárgate de tus vástagos, de lo contrario, yo mismo lo haré.

—Tú no vas a hacer nada.

—No me pongas a prueba, Jorge. Sabes que las amenazas que han estado recibiendo dejarán de ser únicamente eso.

—Maldigo el día en que te conocí.

—¿Por qué lo harías? Ese día te volviste multimillonario. Hazme el favor y deja de ser hipócrita. —Ruhr le señaló la puerta.

Jorge dio la vuelta, ofuscado. Se dirigió a la puerta, estaba a punto de agarrar el picaporte. Respiró profundo y puso en la balanza todo lo que podría costarle su negativa.

—¿Para qué quieres las acciones? Tienes todo el dinero que me has pedido ¿Por qué me pides más? ¿Por qué la empresa? ¿De verdad vas a entregarle todo a esos hijos de puta?

—Tú solo asegúrate de cumplir, el resto es mi problema.

El maldito se mofó. Jorge solo pudo contener sus puños, los cuales, querían estrellarse en la cara de ese imbécil.

—*Quiero deshacerme de mi suegro.*

—*¡Vaya! Uno más con problemas con el suegro, pero tú lo estás llevando al extremo.*

—*Quiero que deje de perseguirme, que me deje respirar. Necesito el dinero para pagar las deudas de mis negocios, y él no me permitirá extraerlo. Tienes que encargarte de él, Ruhr.*

—*¿Y qué gano yo?*

—*Dinero de mis arcas de por vida.*

—*¿Todo el que quiera?*

—*El que quieras.*

Jorge bajó las escaleras de la compañía, y observó a tres de los guardaespaldas, los cuales, vigilaban desde afuera, ya que les habían impedido el ingreso.

—Andrej.

—Sí señor. —El hombre musculoso caminó a su lado mientras se dirigían a la Range Rover de color negro.

—Quiero que resuelvas el tema de la seguridad de Felipe y Raisha. Sé que van a estar molestos, pero te pido que los vigiles, que estés cerca.

—Estoy en eso, pero he tenido mis dudas con parte del personal.

—Pues, apresúrate—ordenó Jorge—. No me importa de dónde sea. Lo único que quiero es que mis hijos estén custodiados las veinticuatro horas.

—Ellos no van a permitir que ni siquiera los vigilemos de lejos.

—Voy a hacer el intento—agregó Jorge agotado—Me guste o no, son todo lo que me queda.

—Entonces no llamarás a tus abogados.

—No por ahora—afirmó Felipe entretanto hacía ejercicio en la caminadora del gimnasio—. Aumenta la velocidad. —Ander lo hizo, se mordió el labio inferior y sonrió—. Tampoco abuses.

Ander rio ante la advertencia de su amigo. Dio un suspiro mientras se sentaba en el banco para ejercitar con pesas.

—No puedo creer que Jorge te golpeará.

—Ni me lo recuerdes—bufó Felipe—. No es lindo ver mi cara destruida en los periódicos.

—¿Por qué no has entablado ya la demanda?

—Porque hablé con Alejandro y me aconsejó no actuar en frío.

—Alex es muy blando—agregó Ander colocando más peso para levantar—. Yo ya tendría a ese cabrón buscando excusas y rezando.

—Es mi padre, Ander—explicó Felipe—. Puede que sea una mierda, pero no hay razón para que yo sea igual a él.

—¿Y tu hermana?

—No ha salido de la habitación—dijo Felipe con preocupación—. Esto le ha afectado muchísimo.

—¿Seguirás en la casa de Carlos y Gabriel?

—Es lo mejor para Raisha y también para mí, además, no confío en mi padre, pero sobre todo en su entorno—confesó Felipe.

—¿Piensas que puede intentar algo en contra tuya? —Ander observó alrededor. Pocas personas asistían al gimnasio a esa hora.

—Después de su reacción anoche, lo creo capaz de todo. La manera en que se enojó, si lo hubieras visto Ander. —Felipe sintió escalofríos.

—¿Lo crees capaz de asesinar? —indagó Ander incrédulo.

Felipe detuvo la caminadora, su respiración agitada mientras se limpiaba el sudor.

—Puede que mamá no fuera perfecta, pero lo adoraba—recordó con dolor en el pecho—, sin embargo, el amor no era recíproco.

—Yo siempre creí que Jorge la amaba—añadió Ander pensativo.

—¿Cómo te das cuenta?

—La manera en que Jorge la miraba, Felipe. —Ander dio una sonrisa cargada de matices—. Recuerdo nuestra graduación de la preparatoria. Jorge la observaba como yo deseaba que mi padre mirara a mi madre. Con un amor infinito. —Ander se ató el cabello en una cola de caballo—. Lástima que mi papá prefería darle miraditas a la secretaria.

Felipe tragó saliva, ¿cómo era posible que su amigo notara esos detalles y él no? Era su familia después de todo.

—Lo lamento.

—No tienes por qué, Felipe. Lo que sucedió con su matrimonio fue responsabilidad de los dos.

—Tu padre era quien la engañaba.

—Sí—confirmó Ander—, pero mamá se quedaba en esa relación oscura en donde ella parecía plato de segunda y rogaba por las migajas de cariño de mi padre. Siempre odié eso de ella. No lo sé, a lo mejor tengo algo de culpa por haber tenido ese sentimiento ahora.

—¿Qué hay de ti? —preguntó Felipe.

—¿Yo qué? —replicó Ander a la defensiva.

—¿No actúas como tu madre acaso?

—Que me zurren no significa que me considere plato de segunda mano.

—No hablo de tus extrañas actitudes, Ander.

—¿Entonces?

—Emmanuel.

—¿Qué Emmanuel? — Ander frunció el ceño. Felipe dejó la toalla sobre la caminadora, y se acercó a su amigo quien continuaba en el banco de ejercicios.

—¿Crees que soy tonto? Puede que sea despistado, pero únicamente un ciego negaría la tensión sexual entre tú y ese maldito ruso—esgrimió Felipe. Ander colocó la pesa en posición para levantarla.

—No creo que exista en el mundo un ser más miserable, detestable, abominable, y todos los «ables» del mundo que Emmanuel Urich.

—Tienes razón—justificó Felipe—,pero te faltaron un par.

—¿Cuáles, genio?

—Deseable y follable.

—Vete al carajo—insultó Ander, y Felipe lanzó una carcajada. Desde que tenía noción era la primera vez que le ganaba una discusión a su amigo—. Lo voy a destruir en Londres. — Ander se crujió los dedos—. Ese hijo de puta va a padecer.

—Hay un problema con eso—dijo Felipe con una sonrisa—.Primero, debes vencerme a mí.

—Eso será fácil. —Ander se burló.

—¿En serio?

—Por supuesto. —Ander se encogió de hombros—. Le diré al inglés que te dé su vergota antes del partido conmigo. Vas a arrastrarte por la cancha.

—No me importa si me folla toda la noche—aseguró Felipe—. Me estás subestimando.

Ander lo observó sorprendido y luego asintió.

—¡Vaya que sí! Hasta ahora, nunca te había escuchado tan seguro. Tal vez, la llegada del tal Eric te haga bien, o la venida.

—Imbécil.

—¡Vamos! ¡Es una broma!

—Eric no llegará a mi vida. Solo será una noche. Él lo tiene muy claro.

—¿Y tú?

—Yo también. Acepté las reglas.

Felipe volvió a tomar lugar en la caminadora. Bebió de la botella de agua antes de poner el aparato en marcha una vez más. Ander se quedó con su vista celeste grisácea sobre las personas alrededor.

—¿Qué sucede?

—¿Cuántos de ellos serán gais o lesbianas? —preguntó Ander. Felipe también se detuvo en los hombres y las mujeres.

—No importa cuántos sean. Nunca podrán decirlo abiertamente. No si quieren vivir en paz en este país.

—Admiro a Iván y a Gabriel—confesó Ander—. Admiro que se hayan jugado el todo por el todo, aun cuando eso les complicara la vida, en cambio nosotros, ¿qué hacemos?

—No todo el mundo tiene las pelotas para asumir tamañas consecuencias—explicó Felipe—. Yo de momento me siento incapaz de hacerlo, pero más adelante no lo sé. Contarle a alguien este secreto que compartimos sería un gran paso.

—Yo nunca podría—confesó Ander—, y menos por alguien que me daría la espalda a la primera prueba—. Felipe estrechó los ojos.

—¿Qué pasa entre tú y Emmanuel? —Felipe volvió a preguntar. Ander sonrió y se encogió de hombros.

—Nada—replicó—, y todo.

—Lo has visto fuera de la cancha y las conferencias de prensa, ¿no es así?

—¿Te confieso algo? Grita más en la cama que en la cancha.

—¿Jesucristo! —Felipe agarró la botella de agua y bebió un trago—¿Me estás jodiendo?

—A ti no con seguridad—bromeó Ander—, pero a Emmanuel...—Felipe se agarró la cabeza. Siempre lo supo, ese odio desmedido no podía significar otra cosa—¿Te das cuenta? Tú te escandalizas y eres mi mejor amigo ¿Te imaginas lo que pensaría la opinión pública?

—Yo no estoy escandalizado. —Se defendió Felipe.

—Vamos, Felipe. Si estás a punto de atragantarte con la botella. Emmanuel tenía razón. Vivimos una locura que no puede salir de un cuarto de hotel.

—Eso no le da derecho a seguir insultándote. —Condenó Felipe—. A decir las barbaridades y calumnias que no se cansa de repetir en todos los medios de comunicación.

—No me importa.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Me cobro cada insulto, cada puta palabra que sale de su linda boquita. —Ander se mordió el labio inferior—. Él me hace replantearme todas las ideas que tengo acerca del sexo cada vez que lo veo. Lo que tengo con él es indescriptible.

—Eso suena escalofriante—dijo Felipe, y Ander le dio una sonrisa maliciosa.

—Estoy seguro de que tus virginales oídos no están listos para escuchar las cosas que hacemos.

—Pervertido.

—Claro que sí, de lo contrario, ¿dónde estaría la diversión?

—¿Y si los encuentran?

—Eso no sucederá. —Ander estaba tan confiado.

—¿Cómo lo sabes?

—Somos discretos, en el único lugar en el que nos juntamos es en la alcoba.

Felipe tragó saliva. Estaba asustado y ni siquiera era él el protagonista de esa fantasía. Ander lo observó unos segundos y volvió a recostarse en el banco de ejercicios. Sujetó las pesas e inhaló para levantarlas. Felipe se había quedado pensativo.

—¿Qué te pasa ahora?

—¿Crees que él sea así? ¿Como ustedes? —Felipe tenía tantas dudas. El hecho de no tener experiencia, a veces, lo hacía sentir como una especie de extraterrestre ¿Tenía veintiún años! A esa edad, no había hombres sin debut sexual.

—¿Tu hombre especial? —preguntó Ander en tono de burla—. Parece el tipo que tiene muy claro lo que quiere.

—Tengo miedo de no estar a la altura. Sé que suena patético—reconoció Felipe—, pero pienso mucho en eso.

—Déjalo tomar las riendas a él. Presiento que es lo que a él le gusta así que, solo gózalo.

—¿Y después? —Felipe cerró los ojos. Ander frunció el ceño, exhaló y dejó las pesas.

—¿Hablas después del sexo?

—Al día siguiente.

—¿Qué parte no te ha quedado claro de su acuerdo? Tú mismo dijiste que era solo una noche.

—¿Y si quiero más de él?

—Entonces te sucederá como a mí, y deberás aprender a vivir entre el anhelo y la decepción.

—Eso suena triste—dijo Felipe.

—Lo es, pero el amor es de a dos, y a veces, el otro no está preparado para correspondernos.

16 El placer de ser nosotros

El mundo es un lugar hermoso, está lleno de magia. Yo sé que ahora estás triste, y piensas que el dolorcito en tu pecho nunca se irá. Te prometo que el tiempo pondrá una bandita en tu corazón y dejará de doler así.

Raisha había observado a esa mujer de profundos ojos miel y pestañas abundantes, y se sintió segura. Su alma se cobijó junto al calor de esa desconocida que emanaba protección y hogar.

«Hogar».

Con Zaria Sharkova, Raisha encontró su refugio, uno que le fue arrebatado un día de invierno cuando el reloj marcaba las tres y media de la tarde.

Jorge nunca se comportó como un padre, pero su madrastra había sido mejor que su madre incluso. De hecho, no había encontrado similitudes con la mujer que la engendró mucho antes de que la cirrosis avanzara a pasos de gigante, y le arrebatara la vida. Zaria era una mujer única.

Raisha pensó que, a pesar de todo, había sido afortunada. Hay personas en el mundo que jamás son amadas. Hay seres humanos que, desde el primer segundo de vida, desde el primer latido, deben estar en lucha constante por su supervivencia, por su integridad física y emocional. Hambrunas, miserias, abusos, calor sofocante, frío polar. Raisha no era una tonta. Era consciente de que su situación era mucho mejor que la de cualquier ser humano subyugado por la escasez o la violencia.

Se sintió amada y valorada por poquito tiempo, no obstante, agradeció cada segundo junto a Zaria, junto a su propia madre incluso antes de que la enfermedad y las adicciones la consumieran hasta los huesos.

Raisha pintaba en el jardín interior del hogar de Carlos y Gabriel. Los trazos del pincel danzaban junto a decenas de colores para reflejar el contraste y la perspectiva. Era el único lugar en donde alcanzaba la plenitud, su propio paraíso, su tierra prometida. El placer de crear y sentir se unían para hacerla estallar en un orgasmo de creatividad y anhelo. Los dibujos nunca alcanzaban la perfección absoluta, sin embargo, ese sueño de poseer algo que nunca conseguiría, la inspiraba a alimentar el hambre voraz que solo se saciaba cuando el lienzo blanco quedaba cargado de vida.

La mansión la impulsaba a crear sin descanso, a buscar nuevas formas y colores. El hogar de Carlos y Gabriel impulsaba al amor y a la creatividad en cada lugar, en cada rincón. Raisha, después de mucho tiempo, supo que la pintura y la música corrían con furia lasciva en su torrente sanguíneo. Desataban sus pasiones.

—¿Cuándo vas a animarte a exponerlos? — Raisha se giró hacia su hermano quién caminaba hacia ella.

Ella se encontraba en una de las sillas de bronce con dibujos de flores en relieve. Una de las tantas que había en ese lugar, el cual, Felipe visitó entre penumbras.

—¿Te has dado cuenta la cantidad de flores de aciano que hay en todos lados? — preguntó Raisha, tomando un nuevo pincel y como una manera de desviar la pregunta incisiva de Felipe.

—Son las preferidas de Carlos—respondió Felipe quien se ruborizó. Raisha frunció el ceño.

—¿Qué te ha ocurrido?

—El idiota de Gabriel nos contó a modo de burla a Iván que la primera vez que él y Carlos tuvieron sexo fue en el propio jardín de su hogar, rodeado de esas flores—confesó Felipe. La chica enarcó las cejas.

—Eso es interesante. Innecesario, pero interesante, al fin y al cabo.

Felipe se sentó a su lado. La luz ingresaba de lleno por los ventanales. Los recuerdos de la noche anterior erizaron su piel.

—¿Has hablado con Jorge? —Quiso saber Raisha.

—He decidido que no entablemos demanda todavía. Mi mente divaga y elucubra demasiados escenarios. Lo que sucedió, el atentado, la conducta sospechosa, el aumento de guardaespaldas, los golpes, y todo lo que viene para mí.

—El torneo de Londres.

«El desconocido con el que pasaré la noche».

—Sí, el torneo de Londres—respondió Felipe.

Felipe alguna vez tomaría el coraje para contarle toda la verdad a su hermana acerca de su sexualidad, por ahora, lo mantendría en la sombra.

Había hablado con Eric un par de veces más y todo se reducía a lo mismo. Todas las palabras que giraban en torno a ellos eran sobre una noche de pasión y desenfreno en donde jamás volverían a ser los mismos, al menos, es lo que Felipe quiso creer.

—¿Sigues amando el tenis? — Raisha acarició los bordes del lienzo blanco.

—Es lo que siempre soñé, incluso cuando Jorge me decía que era un inútil que solo sabía correr con una raqueta en la mano.

—Fue tu desafío—declaró Raisha—. Tu provocación hacia un hombre que se creía un dios omnipotente. Le demostraste que tu talento valía.

—Él nunca lo aceptó—agregó con resentimiento Felipe.

—No importa si no lo dice frente a ti, él sabe que perdió—explicó Raisha—. Hizo todo lo posible para que abandonaras, del mismo modo que yo con la pintura. Esta es nuestra victoria.

Felipe se cruzó de brazos y detalló cada parte del paisaje pincelado con maestría por su hermana.

—Espero que alguna vez me dibujes a mí.

—Sabes que los rostros no son mi fuerte.

—Tu afán de perfección.—Se burló Felipe. Extendió su brazo, y le acarició la mano en la que tenía el pincel—¿Cómo has estado Raisha?

—Supongo que bien.

—Hace mucho tiempo que no hablamos.

—Es un poco difícil—argumentó—. Vives entrenando.

—Tener una pasión conlleva esfuerzo.

—Sacrificio—replicó la mujer—. Poco tiempo con la gente amada. Me pregunto si una vez que colocas todo en la balanza, vale la pena.

Felipe se quedó en silencio por unos segundos.

—¿Alguna vez has encontrado un placer tan grande que piensas que nadie puede quitarte ese espacio?

Raisha dejó la mano de Felipe y acarició el lienzo.

—Me ocurre cada vez que tocó mis pinceles.

—Cuando juego al tenis, me siento desnudo, expuesto, descarnado, y pienso que no hay mejor sensación que esa.

—Está claro que has puesto las cosas en la balanza hace mucho tiempo y no temes renunciar a lo demás por tu lugar en el mundo, Felipe.

—¿Y cuándo encontrarás el tuyo? —preguntó entristecido—¿Cuándo tu pasión gritará más fuerte que la voz de Jorge y de todos aquellos que dicen que tu arte es una pérdida de tiempo?

—No soy tan valiente como tú.

—¿De qué hablas? Yo soy un cobarde.

—No, cariño—respondió con su voz cargada de felicidad—. Has desafiado todo lo que representa nuestra familia. Te has abierto paso en el tenis sin ayuda. Has ganado dinero y tienes decenas de trofeos. Eso, a mis ojos, es un enorme acto de arrojo.

—Hay tanto que no sabes de mí, Raisha.

—Tiene secretos como todos. Eso no es del todo malo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó curioso.

—A veces, los secretos nos protegen de la locura.

Felipe se mordió el interior de la mejilla. Raisha volvió a su lienzo, a sus pinceles y colores. El tenista se quedó a su lado, y compartió su silencio por más de una hora. Un simple estar junto a la persona amada, con sueños y esperanzas, más allá de las palabras.

—¿Cuándo te vas a Londres?

—Mañana, debo acordar un par de contratos con dos nuevos patrocinadores ¿Por qué no vienes conmigo?

—Sabes que no me gusta salir de Rusia.

—Raisha.

—Estaré bien aquí. La casa está custodiada y me siento cómoda. Como si hubiera vivido aquí desde hace años.

—Sí, es un lugar único.

Su hermana dejó los pinceles, y lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Quiero que vayas tranquilo. Cuando regreses, estaré aquí. Nada malo va a pasar—prometió Raisha. Felipe sintió un nudo en la garganta.

—Tengo miedo esta vez.

—No, mi campeón. Abre las alas y vuela, que nadie te detenga, ni siquiera las personas que amas.

17 Jugadores

Londres, Inglaterra. Inauguración del Abierto. Dos días después.

Bajé del auto que me llevaba a la gran presentación inaugural del Abierto de Londres. Mi sonrisa automática hizo su aparición. Estaba feliz de estar allí, no iba a negar eso, sin embargo, la exposición y la prensa siempre fueron un gran obstáculo para mí y mis nervios.

Levanté la mano y saludé a las personas que se habían agolpado en el ingreso al estadio en donde se llevaría a cabo el evento. Me llamaron y decidí acercarme. Un poco de espontaneidad no iba a matarme, aunque a veces eso me aterraba. La timidez estaba tatuada en mi ADN. Después de varios cursos de oratoria y expresión corporal, lo entendí. No tenía remedio. Formaba parte de lo que era. Los periodistas, a veces, colocaban en sus noticias cursilerías como: « Felipe Becerra y su sonrisa tierna».

Inspiraba ternura a todo el mundo, mis colegas no eran la excepción. Era un problema cuando desde el minuto cero deseaba imponer respeto. Era como el tonto que busca pelea con el grandulón del barrio para hacerse notar y luego queda llorando cuando éste lo golpea.

Fui consciente de que era una analogía malísima, pero reflejaba lo que sentía en ese momento. Las chicas me agarraron de la camiseta blanca y me acercaron a ellas en la valla de contención. Volví a sonreír para las fotos, para decenas de ellas, una y otra vez.

Los gritos se tornaron ensordecedores cuando las verdaderas estrellas llegaron. El atardecer dejaba en el cielo reflejos celestes, azules, naranjas, y tintes morados rojizos. Ander descendió de uno de los Rolls Royce y saludó. Emmanuel Urich, en lugar de quedarse en el vehículo y esperar su turno, decidió bajar en ese instante.

Ander y yo sabíamos lo que pretendía. Cada uno de los tenistas estrella tenía su momento para mostrarse. La organización siempre intentaba evitar el conflicto de egos, sin embargo, a Emmanuel le encantaba el conflicto de todo tipo, y cuando se trataba de exponer o sacar de juego a Ander, el bastardo era un especialista.

—Ignóralo. —Le dije a Ander, aunque, mi consejo cayó en saco roto.

—No es tan fácil—confesó mi amigo.

—Vamos, es un idiota.

—No lo entiendes, es más fuerte que yo. —Era la primera vez que escuché a Ander impotente—. Es como si necesitara responder cada bravuconada.

«Dios, está tan perdido por él».

Sentí pena por Ander. Nunca le dije lo que pensaba acerca de su actitud, esta necesidad elemental que ambos tenían de estar con el otro, aunque fuese peleando, aunque fuese desafiando al otro a ir más allá.

Ambos se movieron rumbo a la entrada del estadio en esta especie de presentación de estrellas de Hollywood.

Emmanuel se dirigió hacia Ander. Observé que hablaba entre dientes, y mi amigo le

sonrió, solo eso. El idiota se quedó como estatua de hielo a la cual le acercan un lanzallamas. Fue cuando lo comprendí. Los sentimientos de Ander eran correspondidos. Este odio no significaba otra cosa que un amor y un deseo incontrolable, aunque Emmanuel nunca lo aceptara. Me pregunté de manera inocente o lujuriosa quizás, ¿cómo manejarían en la intimidad las llamas de pasión que a ambos los consumían?

Me humedecí los labios y sonreí a algunos fotógrafos que continuaban obteniendo fotografías hasta que decidieron moverse hacia las verdaderas estrellas.

«Los enemigos acérrimos».

Si supieran. Si todos estos idiotas supieran todo lo que yo sé. Como mínimo sufrirían un infarto. Debo reconocer que, a algunos, me encantaría provocárselos, aunque suene malévolamente.

Caminé a paso rápido hacia el interior del estadio donde se realizaría el evento principal. Los organizadores me guiaron y me encontré con Carlos quien hablaba con algunos patrocinadores. Mi mánager vestía un traje blanco y una camiseta del mismo tono. Su cabello rubio platinado caía en capas sobre sus hombros. A veces, creo que él vendería más productos para el cuidado facial que cualquiera de nosotros, aunque éramos más jóvenes.

Carlos levantó la mano para saludarme, decidí ir hacia él.

—No dejas de vendernos nunca, ¿verdad?

—Es mi trabajo—respondió Carlos—, es para lo que me pagan.

—¿Y Gabriel?

—Llegará la semana que viene.—Una mueca de decepción atravesó su cara—. Tiene que cerrar dos peleas. Vlad le pidió que estuviera presente en las negociaciones.

—¿Y Ander? Lo perdí de vista hace unos segundos.

—Ha ingresado recién—agregó Carlos y entornó a los ojos. —¿Adivina quién ha pedido cambio de asiento para estar a su lado?

—¿Es en serio? —Reí cuando lo escuché. Esto ya era el colmo.

—Emmanuel es el protegido de Isra, así que buscará complacerlo.

Isra Bréznev junto a Vlad Ullianov eran los dueños de la agencia para la cual Carlos Ferrari trabajaba. Cada uno tenía sus propias estrellas. El problema de Isra era que le encantaba sembrar discordia con Vlad sobre las figuras que pedían sus servicios. Cada vez más estrellas deportivas querían que la agencia los representara y eso generaba conflictos constantes a nivel interno.

—Ander debe haber maldecido a todas las generaciones y ancestros de Isra en este momento—agregó Carlos—. Y tiene toda la razón. He hablado con Vlad hace un momento y me ha pedido que no intervenga, pero te juro que estoy tentado a ir y decirle unas cuantas verdades ¿Por qué este acoso? Dios, a veces no entiendo a Emmanuel.

—¿Su odio? —pregunté. Necesitaba saber cuánto conocía Carlos a Emmanuel.

—Todo. —Carlos puso las manos en la cintura—. Busca la manera de enfadarnos a cada momento. La forma en que se acerca. Mira a Ander como si quisiera comerlo de rabia. —Me quedé en silencio, pero Carlos negó—. Olvídalo, ingresa ahora. No queremos que esta mierda se retrase y nos lleve más tiempo de lo necesario.

Dos miembros de la organización me mostraron dónde estaba mi ubicación. Me senté al lado de dos tenistas ucranianos más.

El evento comenzó y di un suspiro. En esos momentos, quise desaparecer.

—Te deseo suerte.

—¿Cuándo nos veremos?

—Pronto.

El reloj marca las dos de la tarde el día siguiente al evento. Mi rival y yo caminamos por el pasillo hacia la cancha central. El verdadero espectáculo está a punto de comenzar y me doy cuenta de que la cancha de tenis es mi lugar en el mundo. Me siento en mi banca y coloco a un costado mi bolso con las toallas y raquetas. El césped tiene un olor cautivante por momentos. Quiero descalzarme y sentirlo acariciando mis pies.

Me nombran por el altavoz y saludo. Luego, voy hacia el centro de la cancha donde está la red y el juez. Me saludo con mi rival. El juez tira una moneda para saber qué sector le corresponde a cada uno y quien comienza el servicio.

«Es tu enemigo».

Yo nunca podría ver a un desconocido como mi enemigo.

«Piensa que es una guerra y podrás hacerlo».

Me humedezco los labios y sujeto la raqueta con mis dos manos como suelo hacerlo siempre. Los consejos de Gabriel no están funcionando. Mi rival tiene el saque. Inclino mi peso de un lado a otro, estiro mis músculos. Mi adversario lanza la pelota hacia arriba y le da un golpe con la raqueta con fuerza. Me preparo a devolver la jugada.

El torneo ha comenzado.

18 Aclaraciones

Londres, Inglaterra.
Diez días después.

Felipe saltó cuando la última pelota de juego le dio la ventaja y se convirtió en el ganador del partido que lo llevaría a la final del Abierto de Londres. Se enfrentaría con Emmanuel Urich, el imbécil amante de su querido amigo Ander. Su amigo, ese que acababa de sacar de un torneo, por segunda vez consecutiva.

«Emmanuel Urich».

Lo menos que Felipe deseaba en este momento era enfrentarse con él, no después del último partido en donde Emmanuel fue claramente favorecido por el juez.

El adversario había reclamado, despotricado, pero todo quedó en la nada.

«Hay personas que no aprenden a perder con dignidad».

Maldito bastardo. Felipe bufó de solo recordar lo que había dicho acerca de las protestas del adversario. El partido no le correspondía, pero ahora le quedaba a Felipe la responsabilidad de hacer justicia en ese torneo.

—Eres el mejor, hermanito.

—Deja de decir eso. —Felipe intentó callar a su hermana en el teléfono.

—¿Por qué? Ante mis ojos siempre lo serás—esgrimió Raisha con felicidad. Felipe pensó en su hermana, en todo lo que le esperaba a su regreso. En las duras pruebas que todavía estaban pendientes—. Vive el momento.

—Ojalá fuera tan sencillo—replicó ya que se encontraba en medio de una terrible disyuntiva.

Sus manos temblaron mientras bebía una copa de agua mineral. Había ganado un partido decisivo, y esa noche recibiría algo más satisfactorio también. Todo aquello que su cuerpo anheló estaba a punto de suceder. Felipe pensó en ese desconocido que solo dejaba frases esporádicas en su celular, frases que no deberían significar nada, pero que Felipe ansiaba cada noche antes de cobijarse en su cama, tocarse con ansia desmedida, y después dormir como un ángel.

«Dos semanas».

Eso es lo que llevaba esperando tocar esa piel dorada y repasar con su lengua cada espacio de Eric.

—Felipe, has esperado quince días. Dile que no esta noche ¡No seas puta! ¡Tienes una final que ganar! ¡Me venciste a mí ahora debes ganarle a él!».

Era la primera vez que Ander ponía las alarmas cuando se trataba de Eric, y este juego que él y Felipe habían iniciado.

—Es tu culpa, ahora no puedo resistirme. —Felipe de verdad lo intentó, pero cuando ese mensaje llegó toda su voluntad se resquebrajó.

—Vas a dejar que el culo piense por ti.

—¿El tuyo no lo hace acaso?

Ander se sumió en silencio ante ese interrogante. A lo mejor, había sido un golpe bajo, pero la verdad es que Ander no tenía autoridad moral para reclamar o juzgar cuando se había follado a Emmanuel en los vestuarios durante la inauguración ¡Cualquiera podría haberlos descubierto!

Felipe comenzó a reír, ¿qué carajo le pasaba? Él no era como su amigo. A él, todo lo que le sucediera le afectaría.

«Y aun así no vas a negarte».

Mirás, su entrenador, lo había felicitado del mismo modo que Carlos quien estaba exultante.

—*Descansa mañana es un gran día.*

—*Sí, entrenador.*

El problema es que Felipe ya no solo esperaba la final del juego más importante de su vida. Felipe anhelaba entrar en precalentamiento de otras maneras, de formas que solo habían estado al amparo de su creativa y elusiva imaginación.

«¿Te das cuenta de que podrías fallarle a todos?».

Se dirigió a la recámara y buscó el celular una vez más. Había dos mensajes. Uno de Ander, uno más de los cientos que ya le había enviado, y uno de ese inglés fogoso, el cual, no salía de su mente desde que ganó el partido.

**Felipe, tú sabes que siempre estoy
a favor del sexo enloquecedor,
pero pasa de eso esta noche.
Has esperado veintiún años, maldita sea.
¿Qué más te da esperar una semana más?**

Felipe entornó los ojos. Mierda. Ander al parecer persistiría en el mensaje.

**No puedo negarme ya te dije,
además, él no es del tipo que te pregunta,
sino del tipo que lo hace y ya.**

Felipe tragó saliva. A su mente vinieron las imágenes que el tal Eric venía compartiendo con él desde hacía dos semanas.

**Estás como un horno por ese video
puedo entenderlo, de verdad,
pero has trabajado duro
para llegar a dónde estás.
Me venciste la puta madre.
¡No puedes dar marcha atrás ahora!**

Con seguridad Ander debía querer matarlo. Lo tenía merecido, pero no iba a claudicar, sin importar lo que su amigo le dijera.

Voy a presentarme a la final.

**No entiendes
cómo funciona hombre.
¡No vas a tener fuerza para hacerlo!**

¿Por qué piensas eso?

«Nos encontraremos esta noche».

Esa promesa tenía escrito sexo y lujuria en letras fosforescentes luminosas. Felipe tenía miedo de no cumplir con las expectativas de un hombre cuyo cuerpo recordaba a los guerreros espartanos. Su mirada, la manera en que manejaba la situación. Felipe pensó que, si el video estuviera en YouTube, habría alcanzado como mínimo ocho millones de visualizaciones y todas habrían sido de él. Sería tendencia. Felipe jamás había visto un hombre más hermoso a sus ojos.

Felipe estaba a punto de sufrir un infarto cuando leyó el nuevo mensaje. No pertenecía a Ander.

¿Estás en el hotel?

Felipe respiró, Dios, ni siquiera se había depilado bien.

Sí.

Felipe replicó de inmediato ¿Habría parecido demasiado ansioso?

Estoy allí en diez minutos.

OK.

Felipe apretó el celular entre sus manos, y luego pensó, ¿cómo carajo sabía en qué hotel estaba si nunca se lo había dicho? ¿O sí?

Ander debo dejarte.

Eric llegará en diez minutos.

Pues que te den por zoquete.

Es la idea.

Felipe rio ante su propia broma. La pregunta acerca de cómo sabía Eric dónde se encontraba quedó rezagada a su mente lógica, esa que no estaba usando en ese momento.

Debía arreglarse, y ¡solo tenía diez minutos! Corrió al baño y buscó la rasuradora para depilarse el pene y las piernas, aunque ya tenía escaso vello. Su cara estaba perfecta, así que solo se colocó crema humectante y un poco de bálsamo labial. Luego, buscó un pantalón de chándal blanco y una camisa holgada del mismo color. Sus rizos eran un desastre con la humedad ¡Qué mierda!

Se miró en el espejo, temblaba, ¿y si de pronto Eric le daba la espalda y salía de allí?

«Ya te ha visto desnudo, amoratado, y no lo espantaste. Deja de pensar idioteces».

Ambos se habían comido con los ojos, se habían follado con la mirada incluso antes de decirse sus nombres. Las fotos de Felipe habían hecho posible eso.

«Respira, todo saldrá bien».

Colocó unas gotas de perfume en su cuello y las muñecas. El timbre de la habitación sonó. Eric estaba allí. Felipe se observó por enésima vez en el espejo, luego dio pasos apresurados fuera de la recámara. Respiró profundo frente a la enorme puerta de madera. Tomó valentía para abrirla.

Una vez que la puerta se abrió, su mundo se detuvo. Eric tenía su mano derecha afirmada en el marco. Carajo, ¡estaba sucediendo! ¿Estaba mal estar así de eufórico?

—Hola, Felipe—dijo con su claro y sexy acento inglés.

—Hola—. Levantó la mano y sonrió con nerviosismo. Eric le devolvió la sonrisa, su mano abandonó el marco, y le acarició su mejilla.

Felipe estuvo a punto de chillar de emoción ¡Era vergonzoso! ¡No era un adolescente!

Decir que Eric era hermoso, era cometer blasfemia. Era, sin duda, el sueño húmedo de cualquier ser humano o alienígena de la galaxia. Vestía un saco, una camisa y un pantalón de color negro. Los dos primeros botones de la camisa desprendidos dejaban entrever piel suave y bronceada que le hizo a Felipe agua la boca.

Eric, en una combinación entre delicada y firme, apartó a Felipe de la puerta e ingresó a la suite. El muchacho lo observó desde atrás, el pantalón oscuro se amoldaba a su trasero tonificado del mismo modo que a sus muslos. Eric puso sus manos en los bolsillos y recorrió la suite con la mirada.

Un silencio abrasador llenó cada espacio de la habitación. Este hombre tenía algo diferente, además de su belleza. Eric se giró hacia Felipe quien había quedado atontado al lado de la puerta. Tragó saliva y cerró la puerta de la habitación. Felipe caminó hacia donde estaba el hombre, de pronto, se sintió minúsculo. Maldijo a su autoestima que, al parecer, había salido huyendo.

Eric le dio una sonrisa ladeada.

—¿Qué te pasa? —preguntó con un toque de diversión y seducción.

—¿Cómo sabías dónde estaba? —Una pregunta incisiva, esta vez, Eric mostró una amplia sonrisa

—¿Piensas que te estoy acosando? —indagó con la burla vibrando en su voz. Felipe negó y se rascó el brazo. Todo su cuerpo hormigueaba de anticipación.

—Solo preguntaba.

Eric pensó en lo idiota que sonaría si le dijera que llevaba atento a su itinerario desde que llegó, en lo empalagoso que sonaría si le contara que imaginó ese encuentro en su cama.

Eric estuvo tentado a decirle que su cuerpo, más de una vez, se había mandado solo, y estuvo a punto de presentarse en la suite apenas Felipe llegó a Londres, pero su trabajo lo había detenido. Sus estúpidos hermanos ávidos de venganza. Ojalá ellos encontraran algo más en lo que recrear su mente, del mismo modo a cómo Eric lo estaba haciendo.

—Eres más lindo en persona—mencionó Eric para esquivar la pregunta de Felipe.

—Tú también, mucho—. Felipe frunció los labios ¿Los halagos y los comentarios dulces estaban permitidos?

Las manos de Felipe sudaban, se enfocó en el piso alfombrado, y se pasó las manos por el pantalón de chándal para secarlas. Si Eric intuyó los nervios de Felipe, lo disimuló muy bien.

El británico no dijo nada. Caminó hacia la mesa que estaba en la sala de la suite, y arrastró una silla de su lugar para sentarse. Le hizo una seña a Felipe para que lo acompañara. Este lo siguió. Se ubicó a su lado, las manos del tenista estaban en su regazo. Por momentos, Felipe tenía escalofríos. Eric era una roca. Imperturbable. Esa tranquilidad no podía ser humana. Felipe pensó que, con tantos avances de la inteligencia artificial, su casi amante podría ser un androide.

Felipe se sentó con sus piernas juntas. Levantó la vista, y notó que Eric lo examinaba en detalle. Esta vez, sus miradas se encontraron. Felipe agradeció estar sentado para no caer de rodillas en ese instante. Esos ojos verdes eran penetrantes.

—Estuviste muy bien en el triunfo. —Eric cortó la incomodidad del momento.

—¿Me viste?

—Fui al partido.

La sonrisa de Felipe cubrió su cara. Había pensado por momentos que él estaría allí, después lo descartó. Eric, de seguro, tenía mejores cosas que hacer.

—A mi padre no le gusta mucho el tenis, de hecho, lo detesta.

Felipe desconocía el motivo por el cual había vomitado ese comentario personal frente a alguien que solo buscaba placer.

—Al mío le encantaba—dijo Eric—. Era uno de sus deportes favoritos—. Felipe se mordió el interior de la mejilla.

—¿Él murió?—preguntó con timidez. Eric puso la mano sobre su propio mentón y lo acarició.

—Los padres no siempre son ejemplos para tomar en cuenta—recalcó, sin responder lo que Felipe había preguntado una vez más.

—Mi padre no es malo—respondió Felipe.

Estaba ofendido, carecía de sentido, pero por algún motivo, le dolía. Como si ese hombre frente a él no le estuviera diciendo la pura verdad. Una que él mismo había corroborado.

—Si no es capaz de acompañar tus sueños, definitivamente no es el mejor tampoco.— Felipe quedó en silencio, de pronto su rostro se endureció y Eric se humedeció los labios— ¿Te molesta que te diga la verdad?

—No conoces a mi familia. No tienes idea de lo que hemos pasado.

—Es verdad, pero por tu enojo, al parecer, he dado en el clavo—esgrimió Eric. Felipe se hinchó de ira, tanta que se puso de pie para alejarse de la mesa.

¿Quién carajo se creía para hablarle así? ¿No se daba cuenta de que eso lo atormentaba?

«No te conoce».

Felipe, por primera vez desde que Eric se paró en su puerta, fue capaz de formular dos pensamientos seguidos.

—Creo que será mejor que te vayas.

En un rápido movimiento, el inglés lo sostuvo del brazo y lo lanzó hacia la orilla de la mesa, acorralándolo. Los ojos de Felipe estaban a punto de salirse de sus órbitas.

—No lo haré, porque no he venido a hablar de tu familia o de la mía—dijo acariciando los labios de Felipe con el pulgar—, de hecho, no estoy aquí para hablar.

La mirada de Felipe se encontró con la de Eric, una vez más. El muchacho tragó saliva, el enojo quedó en segundo plano. Acarició el cuello de la camisa, su dedo pulgar descendió y raspó sobre uno de los botones.

Sus respiraciones se agitaron. Eric acarició su mejilla con sus labios, e inhaló profundo.

—Me gusta tu aroma.

—Carolina Herrera. —Felipe respondió con un hilo de voz. Sus dedos trémulos se extasiaron con la suavidad de la tela oscura. La realidad lo golpeó y le demostró que estaba a punto de tornar sus fantasías en realidad.

—Una cosa más que conozco de ti—. Y sin nada más que agregar, Eric lo sostuvo de la nuca, y se perdió en la boca del tenista que estaba tan hambrienta como la suya.

19 Fuego

«Permítele dejar su marca en tu piel sin límites, que la única regla sea el placer, que el único precepto sea el gozo infinito de su cuerpo ,de su lengua, de sus besos, que tu único límite sea el calor infinito de éxtasis ebullendo en tu vientre, que tu única meta sea arder en el fuego de la lujuria y el placer».

Ambos sabían que Eric no estaba allí para debatir acerca de sus problemas familiares, sino para hacerlo olvidar del mundo. Hacerlo perder de esa realidad que, muchas veces, odiaba. Los besos de lengua lo enloquecieron. Felipe, de pronto, no supo el día, ni la hora, solo entendía que ese momento sería inolvidable.

—Lo haces con mucha prisa—susurró Eric y besó las comisuras de los labios—, déjate guiar.

Felipe lo hizo. Se entregó a los besos profundos, a esa lengua que escudriñaba su boca sin descanso. Le gustaba el modo en que jugaban. Apoyó sus manos sobre los fuertes pectorales de aquel hombre que por lo menos le llevaba veinte centímetros de estatura.

Felipe desconocía si, para los hombres, perder la virginidad era un trámite o una memoria perpetua. Su amigo Ander apenas recordaba al chico con el cual tuvo su primera vez. Sus compañeros de gimnasio ni siquiera albergaban en la memoria a sus aventuras de hacía veinticuatro horas atrás, sin embargo, Felipe era diferente, siempre lo había sido. Tenía una sensibilidad que pocas personas entendían.

Eric lo estrechó en sus brazos, entretanto sus bocas no se daban descanso. Felipe se cobijó en el cuerpo musculoso todavía vestido. Era enorme, el tipo de hombre que a él le gustaba. Acarició su pecho envuelto en la tela suave. Eric también lo hizo, hasta que atrapó uno de los pezones con sus dedos índice y pulgar, y lo retorció. Felipe gimió.

La lengua de Eric abandonó su boca para pasearse por su cuello, y su mandíbula cuadrada. Los besos húmedos se transformaron en succiones. Felipe jadeó, sus piernas trémulas en cualquier momento le fallarían. Un fuerte chupetón resonó en la base de su garganta.

—Por favor.

—¿No te gusta? —preguntó Eric con su voz agitada, volviendo a la tarea de pincelar con su lengua su mandíbula y su cuello.

—No es eso—replicó Felipe sin dejar de acariciar el cuerpo magro y fibroso—. Se verán las marcas en mi cuello y no quiero habladurías. Mañana debo competir en la final. Si no me presento, con seguridad mi mejor amigo, a quien vencí hoy, no me lo perdonará.

Eric comenzó a abrir la camisa blanca de su amante. Lo hizo con suavidad, y una vez que se deshizo de los botones, la deslizó por los brazos suaves y delgados.

—*Você é uma beleza*—expresó Eric, haciendo caso omiso a todo lo que Felipe le había dicho. El arbol que tomaron las mejillas del tenista lo deleitó.

—*Obrigado*—replicó Felipe con cierta vergüenza. Pocas veces hablaba en portugués.

—Los brasileños siempre me parecieron muy sexis. Debo confesar que nunca he estado con uno.

—¿Soy el primero? —Felipe interrogó con entusiasmo. Eric no dejaba de besar su cuerpo. Felipe se mordió el labio inferior.

—¿Lo ves? —Eric dio un chupetón sobre uno de los pezones—. Ambos somos primerizos. ¿Interesante no?

—Yo no soy virgen—Gimió Felipe que ya tenía una erección terrorífica.

—Por supuesto.

La risa socarrona hizo a Felipe sonreír con timidez. Eric se desabotonó él mismo la camisa. Felipe no perdía de vista ni el más mínimo detalle. Quería memorizar todo de él. Cada lunar, peca y músculo. El bello tatuaje de una calavera rodeada por una serpiente y rosas en su brazo derecho. El dibujo era imponente. Felipe lo acarició, los músculos del brazo de su amante se tensaron.

—Es bellissimo—pronunció Felipe.

—Es una sentencia de muerte. —Parecía como si Eric lo dijera en serio—. Eres más hermoso sin estas cosas. Recuérdalo siempre.

—¿Y estos?

Sus miedos internos afloraron cuando atestiguó varias cicatrices que parecían de balas, o de algún instrumento cortante. Felipe apoyó las yemas de sus dedos sobre ellas. La fascinación y el asombro cubría cada gesto de su cara.

—¿Qué sucede?

—¿A qué te dedicas? —Felipe frunció el ceño.

—Solo para que lo sepas, no voy a matarte, al menos, no de la forma en la que temes.

Había algo en Eric que lo llamaba a indagar. Una fuerza centrípeta, una fuerza de gravedad que Felipe era incapaz de ignorar. Sus labios volvieron a unirse. Felipe respondió con maestría, a su amante le encantó lo rápido que aprendía.

—Confío en ti—señaló Felipe sin miedo. Una risa genuina abandonó la garganta de Eric.

—Cosita—musitó en su oído—, no tienes idea de lo que hablas.

—Ya lo sé—replicó Felipe—,pero, por alguna razón, tus palabras me inspiran confianza, pese a que estoy seguro de que no eres una buena persona.

—Una buena persona—repitió Eric. La hiel se instaló en su boca. Había tantas connotaciones para esa frase.

Eric se consideraba a sí mismo muchas cosas, pero jamás bueno. Felipe estaba en lo cierto.

Felipe se desajustó el cordón del pantalón, el cual cayó, dejándolo en un bóxer blanco de ensueño. Lucía hermoso, apetecible, follable, pero había más.

Eric necesitaba explorar, ansiaba colonizar cada célula de ese cuerpo masculino firme y virginal. Quería concretar todas sus fantasías. Sería la única vez que lo tendría en sus brazos. Esa noche, le gustase o no, no sería una más. Felipe no era un amante cualquiera. Esta fue la razón por la que se armó de paciencia durante dos tortuosas semanas. Eric había esperado demasiados días por ese cuerpo tierno, por la blancura y perfección de un joven dispuesto a todo.

—¿Aún quieres explorar los límites del placer? —preguntó con voz ronca, cuando sus ojos verdes recorrieron cada retazo de piel disponible mientras él se desajustaba el cinturón, y bajaba la cremallera de su impecable pantalón negro.

—Sí—sentenció Felipe cuando el pantalón y el bóxer de Eric cayeron al suelo. Ambos quedaron desnudos frente al otro. La enorme verga que había visto en ese video estaba frente a él —. Llévame a donde tú desees.

—Tengo ganas de jugar—propuso Eric—¿Estás dispuesto?

—¿Qué tipo de juegos?

—Solo te diré que puedes pedirme que me detenga, y lo haré. El resto, es una sorpresa.

¿Cómo pensar cuando ese maldito hombre no le quitaba la boca de cada centímetro de su piel? Felipe ardía.

—Está bien—respondió—, hagámoslo.

Media hora después, estaban en la recámara. Eric había vendado los ojos de su inexperto amante con una pomposa corbata que llevaba en su bolsillo para la ocasión.

—Eric. —Felipe estaba nervioso.

—Cuando quieras que pare, lo hago. —Le dio un lametón sobre los labios y se alejó.

Felipe estaba de rodillas sobre la alfombra de la habitación, al lado de la cama. Las palmas de sus manos apoyadas en sus muslos. La textura suave y pegajosa empapó sus labios. No era saliva.

—Abre la boca—ordenó Eric, y Felipe lo hizo. Estaba entregado a esa experiencia a ciegas. Sus sentidos se intensificaron. El enorme trozo de carne se alojó en su boca. Felipe lo recibió gustoso. Comprimió su paladar contra su lengua, y fue inevitable succionar con fuerza—. Dios.

Un gemido ronco abandonó la garganta de Eric, y comenzó a deslizar su miembro sobre la húmeda cavidad. Felipe se sujetó de las caderas, y volvió a succionar. Le encantaba esto, su erección goteaba entretanto atendía a la de su amante.

Eric la quitó, un fino hilo de saliva se deslizó por la mandíbula de Felipe, recorrió su cuello, y cayó sobre su pezón derecho. Su amante se puso de rodillas frente a él, y barrió con su lengua los rastros de saliva.

—Vamos a intentar algo más—susurró sobre sus labios antes de besarlo con locura. Felipe asintió con seguridad.

Eric volvió a arremeter con su pene sobre su cavidad bucal, lo sostuvo del cuello, y lo impulsó hacia adelante. Felipe estuvo al borde del ahogo.

Le encantó.

Felipe era incapaz de quitar su lengua de Eric. El hombre empujó su verga en la boca caliente y dispuesta. Eric apoyó la planta de su pie derecho en la cama para impulsarse con más fuerza al interior. No le tenía piedad. Se hundía con tal intensidad que Felipe pensó si el pene tocaría su estómago en algún momento. Era la experiencia más fantástica que había tenido en su vida.

—Las medias y el ligero de la fotografía—dijo Eric en medio de un gemido cuando Felipe continuaba trabajando, y sus embistes eran irrefrenables—¿Lo tienes?

Deslizó el pene fuera de la boca, y Felipe respiró ansioso.

—Sí, están debajo de la almohada. —Gracias a Dios, Ander se los había obsequiado después de la sesión. Felipe, por algún motivo, supo que su encuentro terminaría con él usando esas prendas. Lo anhelaba.

Eric volvió a introducir su pene en la dulce boca, que lucía promiscua y lasciva con esa barra de carne entre sus labios.

—Esta noche es especial. —Eric le acarició el rostro—. Vamos a vestirte para la ocasión.

Una vez más, abandonó su boca, y Felipe respiró. Continuaba de rodillas, escuchó a su amante buscar las prendas.

—Siéntate en la cama. —Felipe se puso de pie, y se sentó con sus piernas juntas. Apretó su erección goteante, y se quejó. Necesitaba liberarse—Levanta tu pierna derecha.

Felipe lo hizo, luego la pierna izquierda. Eric le colocó el ligero, y las medias. Ajustó el sexi atuendo, y le dio una nalgada tan potente que hizo aullar a Felipe. Lo llevó hacia su cuerpo sudado. El tenista gimió con el simple contacto, con su perfume. El haber perdido el sentido de la

vista hacía que todo lo demás fuera más intenso. Los sabores, el aroma a limón de Eric, los jadeos de ese hombre al cual le había hecho un oral sin descanso.

—¿Seguro que nunca has chupado una verga? —Felipe sonrió y deslizó la mano sobre el pene húmedo sin responder—Acuéstate en la cama, tengo una idea mejor.

Eric le dio un empujón, y Felipe cayó sobre la estructura mullida. Se movió hacia el centro. Su amante fue tras él y esta vez, se montó sobre su pecho. Era más cómodo para ambos. Felipe volvió a abrir la boca, y Eric inició un vaivén lento y erótico. El tenista le acarició los muslos, y por primera vez, desde que este juego caliente había comenzado, quiso deleitarse con su imagen. Las luces del cuarto estaban encendidas. No quedaba nada a la imaginación entre ellos.

Felipe masturbó el pene de la mejor manera que pudo, siguiendo su instinto, para luego llevarlo de nuevo a su boca, y que su amante continuara follando la cavidad sin contemplaciones. La saliva corría por su barbilla, combinada con finos hilos de líquido cristalino que expulsaba la erección de Eric.

El hombre quitó su pene de esa boca hermosa, solo para reemplazarla por su lengua. Felipe gimió de una manera intensa. Estaba recibiendo una sobredosis de placer, y creyó que moriría de un infarto. La lengua de Eric recorrió su cuello, ascendió, y sus bocas volvieron a encontrarse. Fue allí cuando el inglés le quitó la corbata que tenía sobre los ojos.

—¿Te gustó chuparla? —preguntó besando el lóbulo de su oreja. Las manos apretaban las nalgas y los dedos se deslizaban entre ellas.

—Sí—respondió Felipe sin dejar de mirarlo. Era un deleite a los ojos.

—¿Quieres que te lo haga yo?

Felipe asintió. El hombre se arrodilló en la cama, para después ponerse entre sus piernas. La primera succión hizo temblar sus extremidades y gemir alto. Eric, mirándolo a los ojos, tomó el pene en sus manos y lo barrió con su lengua desde el tronco a la punta.

—Necesito sentirte más—susurró Felipe sosteniéndose del cuello del enorme hombre para acercarlo y dejar un beso picante. Eric tiró de la orilla de una de las medias, para luego besar su pecho.

—¿Te gusta que te haga mío?

—Sí—replicó sin miedo, sus manos iban y venían sobre la musculosa espalda, desnuda y sudada.

Eric se sentó sobre sus talones en la cama, y le lanzó un tubo de lubricante que Felipe había tenido junto al ligero y las medias.

—Prepárate—ordenó Eric. Felipe miró el tubo cristalino y lo abrió. Lo había hecho antes, pero nunca con público, con un espectador tan caliente.

—Eric.

—Hoy seré tu público. Sé que te avergüenza—aseguró como si lo conociera desde siempre—. Te cohibes cuando la gente se enfervoriza y grita tu nombre, pero también sé con absoluta seguridad que, cada vez que me enviabas un video tuyo, ese sentimiento se diluía. Quiero que hagas lo mismo que hiciste cuando te envié mi primer video.

Felipe tragó saliva viendo como ese hombre, ahora con un pie en la orilla de la cama, y el otro en el suelo le daba una panorámica de su verga brillante. Su mano iba y venía sobre esa delicia que a Felipe le encantó probar. Abrió la botella de lubricante y desparramó el contenido en sus dedos, para luego acariciar entre sus nalgas y abrirse de piernas por completo. Eric jadeó ante del delicioso paisaje. Ninguno de los dos bajó la mirada, ninguno de los dos se amedrentó.

El dedo medio ingresó despacio y las caderas de Felipe, poco a poco, empezaron el

vaivén. Un movimiento que, al cabo de diez minutos y con tres dedos en su interior, era continuo. Eric era un espectador atento al tiempo que tocaba su pene. Felipe ya no podía más.

—Fóllame—dijo desesperado.

Eric, tan necesitado como él, trepó de nuevo a la cama.

—Date la vuelta, y coloca esa almohada debajo de tus caderas.

—Vamos a ensuciarla—dijo Felipe. Eric se ubicó detrás de él, y hundió dos dedos en su entrada. El tenista se estremeció.

—Hazme caso—ordenó—. Vas a amarlo.

Felipe, al borde del delirio, obedeció cada orden. Eric se mordió el labio inferior, y apretó las nalgas y las abrió. El lubricante se deslizó entre ellas. Eric untó su pene con el líquido espeso y resbaladizo.

—Voy a explicarte con un ejemplo práctico las ventajas de poner una almohada allí.— Eric apoyó sus brazos a cada lado del cuerpo de Felipe, llevó su pelvis hacia adelante, y se hundió en él. Felipe cerró los ojos, y gimió.

Eric se deslizó despacio hasta que sus testículos rozaron las nalgas redondas y turgentes. Salió por completo, y volvió a embestir. Felipe se sostuvo de la almohada.

—Cuando tu culo está en esta posición. —Eric explicó entretanto le chupaba el lóbulo de la oreja—. Puedo enterrarme por completo, y tener mejor acceso a tu próstata.

—Yo no siento que...—Eric dio una estocada, y Felipe estuvo a punto de desmayarse del placer.

—Bueno, ya sabemos en dónde está.

Eric le mostró todo lo que su talentosa verga podía hacer. Una estocada firme llevó toda la extensión a su interior, y salió, repitió la acción una y otra vez. La columna de Felipe se arqueó de placer, empujando más su trasero perfecto decorado con el ligero. Y ese fue solo el principio.

Eric se olvidó por completo de que Felipe era virgen en el momento en que ingresó en él. Lo jodió sin restricciones, ni contemplaciones. Felipe se sujetaba de las sábanas y ahogaba los gemidos mordiénolas. Cuando se cansó de empotrarlo de esa manera bestial, hizo que se girara en la cama, solo para llevar las caderas a engarzarse con su cintura, mientras Eric estaba sentado sobre sus talones. Los dedos se tatuaron en las caderas. Eric empujó, empujó, empujó y Felipe agradeció cada segundo por la idea de Tinder.

La fricción rápida y ruidosa se combinaba con caricias en su pecho, caricias que Felipe amaba mientras le sujetaba las manos a su amante y le indicaba las zonas erógenas. De pronto, las manos fueron insuficientes y Eric comenzó a usar su boca, su lengua, para deslizarla y colmar cada parte con su saliva. Cada chupetón de Eric dejaba salir un poderoso gemido en Felipe. Las embestidas se tornaron rápidas y salvajes.

Estaban frente a frente. Eric profundizaba en su interior, y sostenía los brazos de su amante sobre la cabeza. Felipe llevó su rostro a un costado. Su amante se sacudió en su interior, y le sacó un alarido de placer.

—Mírame—ordenó Eric—, mírame cuando te follo.

Felipe volvió su vista hacia el poderoso hombre sobre él. Sus piernas estaban abiertas al límite recibiendo cada estocada bendita. Estaba abrumado, perdido, drogado. Felipe no alcanzaba a dilucidar todas las emociones que traspasaban cada célula de su cuerpo. Los embistes se tornaron más rápidos, Eric tocaba ese punto mágico, lo estaba volviendo loco. Felipe se vino y sus ojos se llenaron de lágrimas. Fue tan intenso, ¿cómo carajo podía lograr eso un desconocido?

Eric continuó empotrándolo, minuto tras minuto de furia lasciva. Felipe volvió a

endurecerse al cabo de unos diez minutos, y el inglés dejó su ardua tarea para darle un oral.

¡Qué oral! Felipe pensó que todo el hotel se enteraría de lo que sucedía en la suite. Lo hizo venirse una vez más y toda la esencia que había tomado su boca la desparramó sobre su sexo. Felipe se mordió el labio inferior ante la escena de tintes pornográficos. Eric volvió a ubicar su pene en la bien usada entrada y arremetió. Felipe, por una milésima de segundo, pensó en el partido, en que las horas no le alcanzarían para recuperarse. No le importó, mientras ese hombre estaba en sus piernas, todo era mágico.

La almohada debajo de las caderas fue lo mejor que le pasó en la vida. La posición le permitía a su amante darle con todo lo que tenía. Eric lo sostuvo del cabello, y lo inmovilizó. Felipe tenía su cabeza hacia atrás. Eric lo observó cuando lo embestía encima de él, y besó su frente. Felipe eyaculó una vez más, antes de que Eric lo hiciera. Estaba extenuado. Su cuerpo ardía bañado en sudor. Eric se arrojó a su lado, y Felipe se arrinconó contra el enorme hombre. Eric lo observó por unos segundos, y lo envolvió entre sus brazos.

Durmieron por cerca de media hora, cuando la boca de Eric sobre su pene volvió a despertarlo. El hombre olía a jabón, y su cabello estaba húmedo. Había tomado una ducha, se había refrescado solo para continuar con su ardua tarea.

Esta vez posicionó a Felipe de costado. Rodeó su cuerpo delgado con sus impresionantes brazos, e ingresó de nuevo en él. Felipe sollozó de placer, Eric atenazó sus piernas de tal modo que el tenista estaba atrapado entre su cuerpo.

—Cosita—susurró en su oído. Felipe llevó su rostro hacia el hombre, y se devoraron los labios.

—Sigue—rogó con desespero—, más fuerte.

—¿Más fuerte?

—Sí, quiero sentirte por días.

—Lo harás. —Eric le dio un chupetón en el cuello—. Carajo, nunca me cansaría de hacértelo.

Su amante lo folló durante toda la noche. Felipe cerró los ojos por un momento y sintió como ese hombre lo cubría con su impresionante estructura por última vez y le daba un embiste lento y profundo, disfrutando su cuerpo, besándolo, chupándolo.

Eran las cinco y media de la mañana cuando Eric se vino por última vez y cobijó en su cuerpo resbaladizo por el sudor a Felipe. Sus cabellos húmedos adheridos a su frente, la boca de ambos estaba hinchada y cada porción de su piel lucía marcas de lujuria que perdurarían por días.

Felipe estaba encantado, pensó que Eric compartía ese sentimiento. El inglés podría haberlo apartado, pero no lo hizo, al contrario, lo abrazó, lo besó, lo observó como si fuera lo más hermoso que sus orbes verdes tuvieron el privilegio de mirar.

Felipe estuvo a punto de lanzar una risilla ¿Cuánto de ese pensamiento era verdad? ¿Cuánto de ese pensamiento era solo un anhelo? Un impulso de su corazón para retener algo más que pasión ensordecedora. Suspiró con tristeza. Tener demasiado corazón siempre le trajo problemas. Esta vez, no sería la excepción.

Pequeñas gotas lumínicas destellaban en el cielo marcando el inicio de un nuevo día. El sol comenzaba a mostrar su rostro. Felipe aguantó las palabras hasta que su corazón las gritó.

—Me ha gustado hacer el amor contigo.

—Esto no es...

—Ya lo sé—interrumpió con voz dulce el discurso que Eric iba a lanzar acerca de sus condiciones. Reglas que Felipe sabía de memoria porque las leyó cada día. Como si su corazón

fuera a entender, llegada la mañana, lo que su mente comprendía a la perfección—.Déjame quedarme con el idilio de esta noche. Déjame con el recuerdo, con esta ilusión que se irá desvaneciendo con el transcurso de los minutos y las horas. Si no habrá nada más entre nosotros, déjame dormir en tus brazos.

«Y soñar que siempre será así».

En ese momento las palabras sobraron, pero las caricias eran insuficientes, así que Eric cubrió la necesidad de ambos. Lo atrajo hacia su cuerpo y lo abrazó con fuerza. Dejó un beso sobre sus rizos abundantes. Felipe cerró los ojos, exhausto.

Más tarde, soñaría con un susurro muy suave, y un beso en los labios.

«Eres una cosita tan bella».

Sus oídos alimentaron la esperanza cuando le dieron acogida a esas palabras. Una frase inventada porque, de ningún modo, un hombre como Eric, la diría.

Era un sueño, uno del que Felipe no quería despojarse en una eternidad.

Cuando despertó horas más tarde, la habitación se sintió más enorme que nunca.

Eric se había marchado para siempre.

20 Vergüenza

*Si solo este momento fuera eterno,
si las almas pudieran hablar,
más allá del cuerpo físico.
Si tan solo el anhelo fuera un hecho,
si con un beso pudiera borrar las distancias.
Si este encuentro fuera más que carne.
Si, solo si.*

Un golpe fuerte en la puerta trajo a Felipe a la realidad de una cama enorme y vacía. La luz daba de lleno en su rostro, y sus ojos dolían por el resplandor. Un nuevo golpe. Felipe intentó despabilarse, hizo un esfuerzo enorme por abrir sus ojos entrecerrados. La luz ardía. Quiso incorporarse cuando un dolor sordo atravesó su cuerpo como un relámpago. Felipe gritó y cayó a la cama. Se sentía como si lo hubiesen mutilado. El ardor escurría y le provocaba temblores en las piernas. Los golpes en la puerta de la suite eran incesantes. Felipe luchó con su cuerpo, sus extremidades no respondían a las órdenes de su cerebro.

—¡Ya voy! —gritó a viva voz, cansado de los golpes y la prisa que no lo estaba ayudando en nada.

«No vas a tener fuerza para presentarte en el partido».

El último mensaje de Ander resonó en su cabeza. Lo había advertido, y Felipe hizo oídos sordos. Subestimó la situación, la pasión de ese hombre y la suya.

Con las escasas fuerzas que le quedaban se puso de pie. Se colocó una bata para cubrirse, y se sostuvo de la pared hasta llegar a la puerta. Fue en vano querer mantenerse erguido, le dolía hasta pensar.

«Puedes hacer esto».

Respiró profundo y abrió la puerta a su entrenador quien lo miró de arriba abajo horrorizado. Felipe parecía una víctima de algún accidente de tránsito. Era como si un camión lo hubiera arrollado.

—Carajo ¿qué te ha sucedido? —preguntó Mirás.

—Mi estómago—. Fue lo mejor que se le ocurrió, ni siquiera podía caminar.

El hombre quiso dar pasos hacia el interior de la suite, pero Felipe no se lo permitió.

—Déjame ayudarte.

—Quiero estar solo.

—Felipe, el torneo...

—Mirás, no voy a ir. Solo vete y déjame solo.

—Van a descalificarte no puedes faltar—advirtió el entrenador desesperado.

—No puedo dar un paso, Mirás—añadió Felipe con tristeza—. Por favor vete

El entrenador asintió sin ganas y salió de la habitación. Felipe caminó hasta la recámara una vez más. Buscó un par de analgésicos, y los ingirió.

«Has perdido el torneo más importante del año por un polvo».

Felipe se enfocó en las sábanas desordenadas. Él era un desastre de fluidos, por dentro y

por fuera.

Se cubrió el rostro, y se derrumbó en llanto. Se refugió en las sábanas sucias, las aprisionó contra su cuerpo. Todavía olían a él. El olor a jabón y limón de Eric estaba en cada fibra de algodón. La ira lo invadió, no por haber perdido la final de uno de los torneos principales de la ATP. Le dolía tanto saber que nunca más estaría en los brazos de ese hombre de nuevo.

Ni siquiera había usado un condón, ¿y si el maldito tenía alguna enfermedad? ¿Cómo carajo había sido tan descuidado?

«Búscalo».

Asió el celular y se decidió a llamarlo. Necesitaba verlo, despedirse de él, aunque fuera, pero la respuesta nunca llegó. Eric jamás respondió el teléfono, y el perfil de Tinder tampoco estaba.

Felipe sabía que esto era solo una noche, sin embargo, por un momento pensó que tenían una oportunidad. Fue un segundo, un cruce de miradas en medio de una follada descomunal en donde creyó que ese hombre sentía algo más que lujuria. Eric no solo había arrasado con su cuerpo. Felipe no lo aceptó por varios días, hasta que entendió que ese hombre lo había marcado de por vida.

—Por Dios hombre. —Ander estaba afirmado sobre el tocador de la habitación, entretanto Felipe continuaba hecho un ovillo en la cama, cubierto hasta la cabeza. Había pasado todo el día así—. De haber sabido que ibas a reaccionar tan mal, jamás te habría alentado a conocer a ese imbécil.

—No es un imbécil. —Lo defendió Felipe.

—Lo es.

—No digas eso por favor.

—Felipe. —Ander prosiguió—. Es un tipo experimentado. Debe haber estado muy consciente de lo que estaba provocando en ti, de la reacción de tu cuerpo, de tu mirada. Es un tipo de más de treinta años si se parecía a las fotos y los vídeos que te envió. Por su forma de ser, ha estado con muchos amantes. Tú no eras el primero ni por asomo, entonces si de verdad él...

—Basta—rogó Felipe. —Él no es culpable de generar cosas en mí. Yo le pedí ir al límite. Solo obedeció.

—Mierda—Ander estaba anonadado—, te enloqueció en una noche ¡Te ha hecho perder la oportunidad de ganar el torneo con el que has soñado toda la vida!

—No iba a ganarle a Emmanuel, de todos modos—replicó Felipe angustiado. Ander entornó a los ojos.

—Me encanta ese pensamiento positivo.

—¿No te das cuenta de que nunca voy a ser suficientemente bueno? —Felipe se giró en la cama y se sentó cómo pudo. Estaba tan molesto que la ira anestesió un poco el dolor de sus caderas y el trasero—. Nunca voy a llegar a su nivel. Estoy luchando contra la corriente desde hace años. Estoy hartos.

Ander dio un suspiro y bajó los hombros, ¿cómo razonar con una persona desecha?

—No puedes hacer que Eric te quiera—sentenció Ander—. No puedes cambiar las cosas que te ocurrieron, pero puedes mirarte al espejo y decirte que mereces una oportunidad.

—No ahora—dijo Felipe con los ojos llenos de lágrimas—. No puedo ser como tú. Soy incapaz de fingir que no me importa.

—¿A qué te refieres?

—Por favor, Ander. —Felipe dio una risilla irónica—. Eres un hipócrita. Finges delante de las cámaras, finges que has superado tus problemas de adolescencia e infancia. Finges que no

te castigas cuando vas a ese club donde te atan, y todos esos desconocidos te toman por turnos. Eres un experto en mentirle a los demás, pero sobre todo a ti mismo. Mientes cuando niegas que estás perdido por Emmanuel, cuando evades mis preguntas y las que tu propia mente hace. No soy como tú. Si me siento miserable, no voy a negarlo. No voy a mentir y mucho menos a mí mismo.

Ander lo observó. Lo hizo con cuidado, como si desconociera a ese muchacho frente a él. Le había dado tantas bofetadas emocionales que lo dejó tambaleando. Ander se arregló la camiseta, el ambiente se tornó incómodo y denso. Felipe se quedó en silencio, se dio la vuelta y volvió a acurrucarse en la cama.

«Lárgate».

Ese fue el mensaje implícito que Ander recibió a la perfección. Caminó despacio hacia la puerta de la recámara. Iba a girar el picaporte, pero antes volteó una vez más en dirección a su amigo.

—No me enorgullezco de lo que soy—confesó—. Mucho, o quizás todo lo que me has dicho es verdad, pero no por eso tú también debes quedarte en el fango. Por favor, no sigas mi ejemplo, sin embargo, tampoco te juzgues a ti mismo como si fueras una escoria que no merece nada.

Felipe lo ignoró. Ander salió de la habitación. Felipe sintió que se desmoronaba en llanto una vez más ¡Cuánta soledad había en su corazón! Eric solo le había venido a mostrar lo débil que se sentía en su interior. Era imposible enojarse con un hombre que le había hablado con claridad desde el primer momento.

«Break point».

Eric solo fue un punto de quiebre, un giro inesperado que le mostró el cielo y desató el infierno. Las explicaciones que Carlos y su entrenador dieron acerca de su estado de salud fueron escuetas. Ambos decidieron tratar el tema con la mayor discreción posible. La realidad es que Mirás desconocía que le había sucedido realmente. Carlos lo supo en el momento en que se encontró con él.

Recordó su primera vez con su esposo. La rudeza y la pasión con las cuales se dejaron llevar. A Felipe de seguro le había sucedido algo similar, sin embargo, no estaba en su mente forzarlo a salir del clóset y contar su verdad. Si Felipe alguna vez estaba listo, de seguro lo haría.

21 Cosas que nunca entenderías

Londres, Inglaterra.

Tres meses después.

Eric se frotó las manos frente al volante después de su quinta cita fallida.

—*¿Qué sucede cariño? ¿No te pongo?*

—*Lo lamento, será mejor que me vaya.*

—*Por favor, si habíamos quedado...*

—*No estoy de humor para esto.*

«Maldito bastardo».

Sus labios todavía tenían el sabor de Felipe Becerra. Un sabor único, uno que lo llevaba a creer en cosas que escapaban a su imaginación, en cosas que nunca entendería. La voracidad y el hambre continuaban allí. Esa noche, sin importar las veces que estuvo en su cuerpo, el deseo no mermó, ni siquiera un poco. Una llama a la cual rociaron con combustible, y generó una ola expansiva capaz de incinerar todo lo que tocaba.

«¿Qué mierda te pasa?».

Se lo preguntó más de una vez ese día y todos los que vinieron después. La rutina dejó de ser rutina y se transformó en un escape. Entrenaba todas las horas posibles con el objetivo de que el cansancio le quitara lugar al pensamiento, a ideas cochambrosas que tenían un único protagonista. Decidió cambiar su número de celular y borrar su perfil de Tinder el mismo día que salió del cuarto de esa estrella de tenis que era mucho más que las fotos y los vídeos con los cuales se había extasiado.

Ahora, todo tenía un sabor diferente. Cada imagen de ese hombre desnudo y envuelto en fino encaje representaban más que lujuria. Eric, por primera vez desde hacía mucho tiempo, tuvo miedo.

El temor a este sentimiento que poblaba su pecho, que le quitaba la poca cordura que le restaba después de luchar para salvar su vida durante meses. Sus enemigos ya no molestaban, al contrario, los que quedaban se replegaban bajo la sombra de los negocios, no obstante, Eric estaba roto física y psicológicamente.

—¿Qué pasa hermanito? ¿Te has enamorado que andas cabizbajo?

Era una mala broma, una pésima, de las peores que se le habían ocurrido a su hermano Anael, el cual, se colocaba las vendas en las manos para entrar en combate o para golpear la bolsa de box, La misma que Eric aporreó con puños y patadas hasta que cada músculo llegó al límite.

—No te esperaba por aquí—dijo Eric con seriedad mientras caminaba hacia donde estaba su bolso y sacaba una toalla—. Yo podría sugerir lo mismo, ya que no has aparecido en estos días.

—He estado abocado a la tarea de investigación—dijo ufano—.Tú sabes que el demonio está muy enfocado.

—¿Y qué encontraste? —preguntó dispuesto a esquivar cualquier interrogatorio incisivo por parte de Anael.

—La perra de Mayka Callum sigue en España—esgrimió Anael con una sonrisa—. Uno de mis contactos en Inteligencia me confirmó. —Eric chasqueó la lengua.

—Era de imaginarse que todavía estaba en Europa—agregó—¿Qué ha dicho Bryce?

—Nada—. Anael le dio una sonrisa irónica—, como si no le importara, o quizás estoy malinterpretando las señales.

—La ama, Anael—sostuvo Eric—, y la odia por eso. Por lo que significa para un Morgan amar a un Callum, por las consecuencias que ha tenido en nuestras vidas.

—Todavía me parece increíble que se haya enamorado de alguien tan despreciable como un Callum. —Anael estaba exasperado—. Él sabía que ese apellido es veneno. Somos como el agua y el aceite. No nos mezclamos.

—Ella es una mujer hermosa—declaró Eric—. Dudo que algún hombre pudiera resistirse a alguien como ella, sin importar el apellido que lleve.

—¿Y por qué carajo no se la folló y ya? ¿Por qué metió sus sentimientos en lugar de conformarse con meter su verga? —preguntó Anael. Eric cerró los ojos y dio una sonrisa para sus adentros. Mierda, lo que daría por tener esa respuesta—. Es débil, yo jamás habría pasado por algo así.

—No puedes alegar eso—replicó Eric—. Tú no sabes cómo es.

—¿Yo no sé cómo es? —Anael arqueó una ceja, divertido—. Eric, ¿me he perdido de algo en este tiempo?

—No seas imbécil. —Eric se defendió—. Intento entender el punto de vista de Bryce, solo eso.

—En lo único que puedo pensar es en lo buena que debe haber sido esa mujer en la cama para atraparla.

—Solo piensas con tu cabeza inferior—declaró Eric.

—Vaya, el señorito al parecer se despertó sensible. —Se burló Anael—. Partida de idiotas, nunca aprenderán de mí.

—Gracias a Dios por eso—señaló Eric—. Ahora deja de hablar estupideces ¿Has venido a luchar o a hablar?

—Ambas cosas. —Anael se acercó a la bolsa de Box y la sostuvo con ambas manos—. Bryce está reuniendo un equipo de profesionales.

—¿Para cazar a la mujer?

—De hecho, no. Está pensando en aceptar el trato con las Charpentier—explicó Anael.

—No me parecen confiables. Creo que ya se los dije.

—Son mujeres, ¿a ti alguna te parece confiable?

—Deja tus comentarios cavernícolas misóginos—reprochó Eric—. Todo lo que tiene que ver con Charpentier Technologies me da mala espina. Una empresa que lucra traficando órganos no es alguien a quien me gustaría tener de enemigo, pero tampoco de amigo.

—Las mujeres quieren la cabeza de Ian Callum, y mientras sea un Callum, Bryce tomará la oportunidad.

—No me gusta esta versión—sostuvo Eric—. Esta versión que solo piensa en la muerte.

—Vamos, ¿acaso a ti no te ocurre lo mismo?

—No lo sé—confesó Eric—. He tenido sentimientos encontrados estos últimos meses. Ya no quiero seguir del mismo modo.

—Aquí pasa algo que no me estás diciendo—señaló Anael, intrigado.

—Nada que te incumba—respondió Eric. Anael estrechó los ojos.

—Eric, ¿qué te está pasando? —preguntó con preocupación genuina como pocas veces—
Has decidido aislarte de nosotros. A duras penas nos contestas el celular, ¿qué te ocurre?

—Estoy cansado de estar en guerra. Creo que te lo he dicho—respondió, enojado.

—¿Esto tiene que ver con ese tenista?

—¿Qué tenista?

—El mocoso brasileño.

—¿En serio?—fingió Eric—. Eso ocurrió hace meses ¿Por qué que me acordaría? No hay nada que contar—replicó—. Tuvimos sexo, ni más ni menos.

—¿Cuántas veces te has acostado después de él?

—¿Desde cuándo te preocupa mi vida sexual? —Eric se puso a la defensiva.

—No es tu vida sexual, eres tú—aclaró Anael—. Cada vez que he hablado contigo, encuentro cosas que me hacen ruido, es como si...—Anael abrió los ojos con sorpresa. Su cabeza atando cabos a la velocidad de la luz. Eric quería que la tierra se lo tragara—¿Te has enamorado?

Fue una pregunta que encerró tantos matices. Desde el asombro hasta la burla genuina y transparente que era el sello del «Ángel», como solían llamar a su hermano.

—¿Cómo carajo voy a enamorarme de alguien a quien no conozco? —Eric intentó mostrar repulsión ante la idea. No estaba funcionando.

—Rayos. La debe chupar muy bien para dejarte así de trastornado.

La sangre hirvió en el cuerpo de Eric. Este bastardo sacaba una a una sus propias conclusiones, y él se encontraba indefenso, sin posibilidad de negarlo. Estaba a punto de obligarlo a exponer ese músculo deshecho en medio del pecho, el cual, Eric pensó que ya no latía hasta esa noche.

Esa noche que había sacado de su cabeza, pero nunca de su corazón.

—Es una maldita aspiradora. —Eric se concentró en la pregunta que su hermano formuló.

—¿Qué?

—No tienes una idea de las cosas que esa boquita puede hacer.

—¡Lo sabía! —Anael se carcajeó y Eric sonrió. La respuesta era genuina. Felipe era grandioso en el sexo oral, pero ese no era el motivo por el cual su vida seguía gravitando en torno a un recuerdo—. Debiste haber quedado un par de veces más con él, así lo habrías olvidado.

—Yo no me acuesto más de una noche con la misma persona.

—Si me hicieras caso, ya lo habrías sacado de tu sistema y seguirías tu vida como antes.

Eric reflexionó ¿Sería posible que Anael tuviera razón? ¿Sería posible que de seguir los consejos de su tonto hermano las ganas de ver todos los días a Felipe mermarían?

—Bien amigo. —Anael se había quitado la camiseta y caminaba rumbo al cuadrilátero—. Prepárate, porque voy a destruirte. —Eric hizo una mueca.

—Ya quisieras.

22 De pasiones y amores verdaderos

Su nuevo departamento le gustaba. Felipe contaba con los recursos económicos para adquirir una mansión con las comodidades y lujos que le placiera, pero no estaba convencido de que eso fuera una gran idea.

«Nadarán en sangre igual que tu madre y tu abuelo muy pronto»

Fue su hermana Raisha quien recibió el mensaje de un teléfono desconocido esta vez. La policía estaba investigando, pero no había certezas acerca del autor del hecho. Felipe dudaba que fuera Jorge quien estaba detrás. Era un hijo de puta, pero ¿hasta dónde sería capaz de llegar? Raisha y Felipe se mantuvieron alejados de él. Carlos le aconsejó que cambiaran de guardaespaldas, y les consiguió dos departamentos en el mismo edificio. Tenían custodia de la policía veinticuatro horas. Jorge quiso intervenir también en su seguridad, incluso habló con Carlos, pero éste le dijo que nada tenía que ver con los chicos ahora.

«Jamás querría que les pasara nada malo. Son mis hijos».

Sus palabras sonaron sinceras, pero Jorge siempre tuvo un gran don para la manipulación, y considerando que la última vez, casi había molido a golpes a Felipe, este prefirió no arriesgarse.

—¿Qué relación tienes con Ruhr?

—Es mi socio

—¿Y qué más?

—No entiendo a dónde vas con esas preguntas.

Felipe agarró su bolso. Debía pasar por la agencia de Carlos antes de ir a entrenar. Se observó en el espejo de cuerpo completo ubicado al lado de la puerta, se arregló la camiseta blanca impecable. Se enfocó en sus propios ojos y fue consciente de que la tristeza en ellos había llegado para quedarse.

Habían pasado tres meses desde aquella noche que cambió su vida para siempre. Los dolores, las marcas, los cardenales rojizos y violáceos habían desaparecido. Toda memoria física se desvaneció con el transcurso de los días, pero en su cabeza, el recuerdo de Eric y su cuerpo continuaba intacto.

«Siempre supe que algo mágico me ataba a Gabriel. Llegó a mi vida y supe que nunca lo dejaría marchar».

Pensó en lo afortunado que Carlos fue en ese momento. Gabriel había sentido lo mismo por él. En cambio, Felipe se encontraba tirando de un lazo en donde nada había del otro lado.

Se arregló los rizos que caían en su frente y dio un suspiro profundo. Uno de los muchos, uno de los tantos para amortiguar la pena que a veces quedaba atascada en forma de palabras no dichas y en sus pulmones.

¿Cómo se había enamorado de un desconocido?

Felipe se lo preguntó varias veces. Habló con Raisha acerca de su sexualidad, de lo sucedido, y ella le hizo la misma pregunta, pero Felipe se encogió de hombros sin explicación. Necesitaba contarle a un ser humano que no le hiciera preguntas complicadas, y le diera respuestas. Alguien que le diera, aunque fuera, un alivio efímero.

Carlos, su mánager, fue el elegido.

Felipe condujo hasta la oficina. Se detuvo frente a la puerta cuando escuchó risillas y sonidos de besos. Carlos no estaba solo. A su mente volvió la escena de la cual fue testigo silencioso. Sus mejillas se incendiaron por la claridad con la cual atesoraba cada imagen.

«Eso pasa porque tú sueñas con alguien así para tu vida».

Antes de que su cabeza tomara el control, Felipe dio dos golpecitos en la puerta.

—Pase—dijo Carlos con prisa, como si lo hubieran sorprendido a punto de hacer algo. Felipe ingresó y levantó la mano—.Felipe, no te esperaba.

—Amigo—saludó Gabriel, quien tenía los labios hinchados del mismo modo que su esposo.

—Lamento interrumpirlos. —Se disculpó Felipe—. Necesito hablar contigo.

—¿Estás bien? —indagó Carlos, con preocupación.

—Nos hablamos más tarde, cuídate. —Gabriel le dio un beso a Carlos, y luego, un apretón en el hombro a Felipe—.Oye, sea lo que sea, lo arreglarán ¿De acuerdo?

Felipe asintió con la cabeza. Tenía tantas ganas de llorar. Guardaba ese dolor desde hacía tres meses. Ya no lo resistía.

La puerta se cerró detrás de él, y Carlos le hizo seña para que se sentara. Felipe lo hizo. Su mánager se acomodó el saco azul y la camisa blanca. Tenía el cabello algo revuelto.

—Tuviste sexo aquí.

—¿Qué? —Carlos dio una risita de confusión.

—Nada—replicó Felipe sin ganas de indagar en la vida sexual de su mánager—. Debo contarte algo muy vergonzoso. Sucedió hace tres meses atrás.

Carlos tragó saliva. Bien, al parecer, se había decidido.

—¿Sucede algo?

—Te he mentado—replicó Felipe—. Te dije que estaba con problema estomacales antes del partido por la final en Londres, y no fue así. Lo que pasa es que tenía mucha vergüenza.

—¿Entonces?

—Me lesionaron, se podría decir. —Las mejillas de Felipe estaban al rojo vivo—. Dios, no sé si contarte. Ni siquiera lo creo.

—Lo que sea, sabes que cuentas conmigo.

—Yo descargué Tinder a mi celular hace un tiempo, y tuve un encuentro en Inglaterra. Se llama Eric.

—¿Y qué sucedió?

Felipe se humedeció los labios y luego se mordió el inferior.

—Me acosté con él la noche antes del partido. Sé que es poco profesional, pero apareció en mi cuarto. Fue tan extraño, yo nunca le dije dónde iba a hospedarme, sin embargo, buscó la manera de encontrarme y...

—Está bien—interrumpió Carlos—, creo que ya entendí.

—A la mañana siguiente no podía moverme.

—¿Y qué te dijo él?

La sonrisa nerviosa de Felipe se desdibujó en ese segundo.

—Desapareció, no he sabido más de él. Al parecer, el encuentro no le afectó como a mí. Yo no me lo he podido quitar de la cabeza. Lo llamé varias veces ese día y los días posteriores, le escribí mensajes, nada. Se desvaneció.

—Mierda, ¿qué situación fea! —señaló Carlos.

—¿Sabes qué es lo peor? —dijo con tristeza—. Nunca me pude despedir. Eric nunca sabrá lo que sentí en sus brazos. No alcancé a decírselo.

—Desde ya te digo que el tal Eric no te merecía—argumentó Carlos con rabia y decepción—, tienes toda una vida por delante. Habrá miles de experiencias más. Eres guapo, adinerado, famoso. Mil viajes te esperan, mil playas en las que reposar todo ese amor que tienes dentro.

—Pero en ninguna estaré con él.

—Escucha—Carlos se sentía tan mal por Felipe—, ese inglés idiota se lo pierde. Quizás, ahora te parezca lo peor del mundo, pero sanarás. Ten paciencia, el tiempo curará ese dolor.

—Tú dices que voy a olvidarlo—explicó Felipe—, pero ¿si eso no ocurre? ¿Si es lo mejor que me pasó y lo perdí?

—Él no será lo mejor que te pasó Felipe. Cuando tenía diecisiete años, hubo en mi vida una chica que era un ángel dulce y delicado. Todo fue maravilloso con ella. La amaba, pero al final no resultó.—Carlos sintió que su garganta se oprimió como la primera vez—. Como te conté, yo era un imbécil egocéntrico, y no la valore. Ella pasó muy rápido de página, pero yo no. Me arrepentí, la busqué, pero nunca obtuve respuesta.

»Si me preguntas si fue lindo, claro que lo fue, pero solo fue un paso. Uno que me preparó para el amor de mi vida, el único que tendré, y aunque sea cursi y melodramático, me acompañará en todas las otras vidas también.

—¿Como un alma gemela? —Felipe mostró entusiasmo por primera vez desde que había entrado a esa oficina.

—Más que eso—confesó Carlos, sin vergüenza—. Es un amor que nos atraviesa y nos hace más fuertes. —Felipe lo escuchó con atención. Algunas lágrimas rebeldes resbalaron por sus mejillas—. Nunca tengas miedo de amar y de aprender lecciones. Eso es lo que el tal Eric fue para ti. Una lección, una preparación para tu amor.

Felipe se humedeció los labios y se preguntó el motivo por el cual Eric no le parecía solo una lección.

«Lo superaré».

Se juró a sí mismo después de las palabras de Carlos. El mánager le tomó la mano sobre el escritorio para infundirle confianza.

—El mundo está lleno de cobardes. Tú no eres uno de ellos, y descubrirás que, aunque son pocos, hay valientes que todavía creen en el amor.

23 Vidas en riesgo

Milán, Italia. Tres meses después.

Si alguna vez alguien le hubiera dicho a Felipe «flacuchento» Becerra qué posaría junto a dos modelos de élite para una campaña publicitaria se habría carcajeado hasta mearse en los pantalones.

Pues, estaba ocurriendo.

—Felipe, ubícate más adelante. A ustedes chicos, los quiero uno a cada lado.

«Claire» era una de las marcas de cuidado de la piel más prestigiosas del mundo. Carlos consiguió que tanto Felipe como Ander fueran embajadores de la marca. Carlos estaba cruzado de brazos a varios metros y sonreía con orgullo. Felipe, a veces, lo sentía como si fuera un padre. Ese padre tierno y protector que nunca tuvo.

Los flashes lo sacaron de la ensoñación. Felipe sonrió con seducción mostrando la belleza de sus rasgos latinos y europeos. La mezcla prodigiosa de la selva y lo salvaje junto a la frialdad y la pulcritud rusa.

—Maquillaje y cabello. Quiero que retoquen, y un poco más de iluminador debajo de los ojos.

El fotógrafo era una especie de Mussolini de la moda. Manejaba todo el mundo con puño de hierro. El personal se movió deprisa. Felipe estuvo a punto de ahogarse con tanto aerosol para el cabello. Los dos modelos hablaban entre ellos e ignoraban a Felipe. Estaba claro que no formaba parte de ese mundo.

¿Por qué toda la gente hermosa era imbécil?

Felipe tenía algunas excepciones a la regla, pero se dio cuenta de que eran pocas, y con seguridad, estos dos idiotas componían la generalidad.

Los ayudantes colocaron un sofá de color gris. El fotógrafo le hizo seña a uno de los modelos para que se ubicara en él. El idiota número uno abrió un poco su camisa color naranja y escuchó las instrucciones del fotógrafo.

—Piensa en el dinero.

Felipe se giró hacia dónde venía esa voz conocida y sonrió.

—¡Por Dios hombre! Has llegado muy tarde—reprochó Felipe—. Francisco te desollará vivo.

—Ni tanto—expresó con tranquilidad—. Eso les pasa solo a los mortales.

Felipe entornó los ojos, a veces, Ander se pasaba de presumido. Carlos negó, también estaba molesto con él.

—Ander, ¿te parecen horas de llegar? —Francisco le señaló el reloj—. Nos has retrasado a todos.

—Creí que eras el mejor, Francisco—aludió con tranquilidad Ander—. Si no puedes resolver algo tan nimio, entonces, esta marca se equivocó al elegirte su fotógrafo.

Felipe controló la risa. Carlos entornó los ojos y salió del estudio. Era demasiado. Los otros dos modelos fruncieron los labios para no reír. Francisco quedó perplejo.

—Bueno, ya no perdamos más tiempo—expresó sin amedrentarse Ander—. Dime, ¿dónde me pongo?

—Matilda—Francisco llamó a la maquilladora—, prepara a Ander para la sesión.

El fotógrafo se dirigió hacia donde estaba el modelo del sofá, y continuó con sus indicaciones. Ander le guiñó el ojo a Felipe.

—¿Lo ves amigo? Así se trata a las perras que se creen mejores que tú.

—Tú te comportaste como una perra hace unos segundos—recalcó Felipe con una sonrisa.

—Sí, pero soy una perra justiciera. Anda, dime que no lo disfrutaste. —Felipe negó con la cabeza, pero por su sonrisa, la respuesta era afirmativa—¿Sabes cuál es tu problema? Está bien que no te guste el conflicto, pero si el conflicto llama a tu puerta, tienes que sacar la espada y el escudo.

—Creo que los he perdido. —Se resignó Felipe.

—Pues, encuéntralos porque este mundo en el que nos movemos es para los fuertes, y no quiero que lo aprendas de la peor manera.

Felipe quedó en silencio. Francisco llamó a Ander y le explicó los próximos pasos. Este se ubicó en el sofá en medio de los dos modelos que le sonreían embobados.

Carajo, ¿por qué era incapaz de imponerse de ese modo? Desde muy pequeño, Felipe se sintió débil en comparación a los otros. Callado, incluso sombrío. Había sido un niño gris, y ahora era un ser humano del mismo color.

Francisco le hizo seña para que entrara en escena. Las luces estaban tan cerca que la nitidez de la fotografía revelaría hasta las hélices del ADN. Felipe se enfocó en la cámara y sonrió. Ander bromeaba y movía sus manos explicando, y por supuesto, contradiciendo a Francisco quien estaba a punto de sufrir un infarto y una embolia, todo junto.

Si no se hubiera comportado como un imbécil, Felipe habría sentido pena por él.

—Buen trabajo estaremos en contacto. —Francisco le comentó a Felipe quien ya había terminado con la sesión.

Felipe agarró el bolso y guardó sus pertenencias. Ander se acercó y lo estrechó de la cintura por detrás.

—Salgamos esta noche—musitó—. Conozco un antro en donde podremos divertirnos y nadie va a reconocernos.

—Mi avión sale a las ocho de la noche—dijo Felipe—, y después de lo sucedido en Londres, intento no seguir tus ideas.

—¡Vamos! —exclamó enojado—¡Esta idea es genial! Los italianos follan fuerte como a ti te gusta.

—¿Cómo sabes que me gusta así?

—Porque no pudiste caminar en dos semanas. —Ander le dio un guiño de ojo.

—Ander, todavía no logro quitarme de la cabeza a Eric. No quiero agregar a alguien más.

—¡Es que esa es la solución! ¡Necesitas conocer a otro!

—¿Así solucionas tu enamoramiento? —Felipe se colgó el bolso en el hombro derecho—. Discúlpame, pero creo que no ha estado funcionando.

—Tengo mi sarcasmo y mis bromas pesadas. —Ander apuntó a su amigo—. El sexo raro como tú lo llamas. Por ahora eso es suficiente para seguir viviendo. No pretendas quitarme mis escapes.

—Nunca lo haría—afirmó Felipe—. Cada uno lo lleva como puede, pero no trates de que los demás somaticemos los problemas igual que tú.

—Eres un niño sensible.

—Tengo veintiún años. Deja de llamarme así. —Felipe le golpeó el brazo—. Nos vemos después. El chófer me está esperando.

—El mío era muy guapo, ¿y el tuyo?

—No tanto, pero conduce bien—expresó Felipe—. Así que con eso me basta.

—¿De verdad no piensas quedarte ni siquiera por mí?

—Creo que ya te di mi punto de vista—señaló Felipe.

—Todavía me queda una hora más aquí. Nos vemos en Moscú. Buen viaje.

—Buena noche para ti, y buen viaje cuando regreses.

Los hombres se despidieron. Felipe se dirigió al auto que la empresa había contratado para su traslado. Carlos se quedaría para terminar de acordar algunas presentaciones para los meses venideros en Italia. Le tocaba regresar solo a casa esa noche.

Milán no era una ciudad cualquiera, al menos no para Felipe. Era un icono de la moda, el buen gusto y la sofisticación. Desde su arquitectura, sus catedrales, castillos, estadios de fútbol, todo en Milán era mágico.

Felipe se acomodó en el asiento trasero del Mercedes y respiró para darle calma a su sistema. Se deleitó con el paisaje a través de la ventanilla. La tensión por la sesión fotográfica había pasado. Lo esperaba la tranquilidad del avión.

El Mercedes negro aumentó la velocidad a medida que se alejaban del estudio. Felipe observó el paisaje, quedaban pocas cuadras para llegar al hotel. Unas cuatro o cinco calles. Esto es lo que había contado desde que salieron. De pronto, el hombre se salió de la avenida principal que transitaban y se dirigió a uno de los estacionamientos para aparcar. Felipe frunció el ceño.

—¿Pasa algo? —preguntó confundido. El hombre no le respondió—¿Todo bien?

—Nada está bien.

La puerta del lado opuesto de Felipe y la del copiloto se abrieron. Dos hombres armados ingresaron al vehículo. El tipo a su lado lo encañonó, la punta del arma tocó su estómago, y Felipe se paralizó.

—Muévete ahora—ordenó el copiloto al chófer. El hombre asintió y comenzaron a transitar de nuevo.

Felipe estaba estático. Se había olvidado de cómo respirar. En un momento pensó que, si sus inhalaciones eran muy profundas, el arma se hundiría un poco más en su hígado.

Era una pesadilla. Sí, con seguridad todavía estaba en la cómoda cama de la suite del hotel y esta era una burla de su mente. Una broma pesada como las que le jugaba Ander. Felipe se enfocó en el sujeto a su lado. Llevaba anteojos negros, era un hombre corpulento de raíces africanas, se asemejaba a una estatua. Felipe dudaba incluso en preguntar qué era lo que buscaban, aunque resultaba obvio que el motor económico los impulsaba.

Pasaron el hotel donde Felipe estaba alojado. El celular vibró en su bolsillo. Si tan solo pudiera sacarlo y avisar a quien quiera que fuera lo que le sucedía. El tipo a su lado se percató de la vibración, ya que el bolsillo de la campera estaba cerca del arma. Presionó la punta de la pistola en el hígado.

—Contesta ahora. —Su voz parecía llena de arena—. Cuidado con lo que dices.

Felipe asintió con la cabeza y sacó el teléfono.

—Hola—dijo a punto de hiperventilar.

—Amigo—Era Ander—, sé que no quieres saber nada con nadie, pero las dos perras de la sesión fotográfica me han invitado a salir. Vamos, tienes que postergar el viaje.

—Lo siento, no puedo. —Felipe balbuceó. Estaba a punto de llorar.

—Hombre, ¿estás bien?

—Sí, ¿por qué?

—Parece que has corrido una maratón.

—Hablamos después Ander, ¿sí? —El tipo presionó el gatillo. Felipe tembló.

—¿Todo está bien? —preguntó Ander una vez más.

—No—replicó—,hablamos después. —Felipe le entregó el celular al tipo y éste lo guardó en el bolsillo—¿A dónde vamos? —Se animó a preguntar—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren?

—Nada de lo que tienes nos sirve—replicó el chófer que había parecido dulce y amable—. Tranquilo, el paseo no va a durar mucho más.

Felipe dirigió su vista hacia afuera, más allá de los cristales polarizados. Era inútil gritar o actuar, pero lo intentaría.

«Un segundo».

Felipe respiró profundo. Le dio un empujón al tipo de al lado, se impulsó hacia adelante en el asiento para colgarse del cuello del conductor.

—¡Detente! —gritó el copiloto dándole un golpe en el tabique nasal con todas sus fuerzas.

El dolor punzante hizo a Felipe gritar, pero no se soltó. El auto zigzagueó, el acompañante le dio un golpe seco en la sien con la culata del arma. Felipe quedó inconsciente. El tipo lo tomó del cabello y lo arrojó al asiento.

—Maldito bastardo—pronunció con ganas de mandarlo al otro mundo de una vez por todas. Felipe estaba inconsciente. La sangre corría de su nariz hacia su boca, y desde allí al cuello, empapando su camiseta y su suéter.

—No se preocupen. Le avisaré al jefe que lo tenemos. —El copiloto se arregló la corbata.

—¿Qué quiere el jefe?

—Que nos deshagamos de él, pero quiere un video como prueba antes de pagarnos.

—Pues hay que apurarse—expresó el chofer—. Cuanto antes nos saquemos a esta escoria de encima, mucho mejor.

24 Un hombre diferente

Felipe no podía respirar. La sensación de ahogo lo invadió como sucedía en sus pesadillas. Dio un respiro ahogado, el oxígeno lo trajo de nuevo al mundo, a una realidad de la cual quería escapar. Su garganta estaba llena de sangre. El dolor pulsó y se instaló en su cabeza.

El auto se detuvo en ese instante. Felipe, intuyendo lo que le esperaba, buscó huir una vez más. Esta vez, el tipo que iba a su lado lo jaló del cabello y lo arrastró fuera del vehículo. Felipe gritó, pero al parecer, estaba en una especie de subsuelo. Nadie movería un dedo para ayudarlo.

Lo arrojaron al piso polvoriento. Había cientos de paquetes. Felipe dedujo que lo habían llevado a un depósito abandonado. Cayó en medio de algunas cajas, y como pudo, con el dolor sordo de su rostro por la rotura del tabique, se puso de pie.

—¿Quiénes son ustedes?

—Los últimos que verás en tu vida—dijo el hombre que había sido el copiloto.

Felipe estaba rodeado. Uno de los hombres lo estaba filmando con el celular. El copiloto lo apuntó, dijo algunas palabras en italiano para luego reír. Felipe sintió que las lágrimas corrían por su rostro desfigurado y se mezclaban con la sangre.

Cerró los ojos y para su sorpresa e indignación, el último pensamiento que llenó su cabeza no fue para su hermana, ni para Ander, o incluso para el imbécil de su padre. Su último pensamiento fue para él, para ese bastardo que le rompió el corazón, y que nunca lo sabría.

¡Qué irónica era la vida! A Felipe le dolía saber que cualquier esperanza de volverlo a encontrar se desvanecía en ese momento.

Uno, dos, tres disparos, y luego muchos más. Tantos que perdió la cuenta. Felipe se desmayó y cayó al suelo mientras se perdía en una cruenta melodía de proyectiles y gritos. Había más personas. Habían llegado más hombres. Felipe desconocía sus intenciones. Su mente, en un punto apagada, en un punto consciente, procesaba la cruel realidad que lo atravesaba.

No pensó en culpables o inocentes solo rogó por una oportunidad de salir de allí.

—Rápido, debemos llevarlo al hospital. —Fueron las últimas palabras que resonaron en los oídos de Felipe.

El cuerpo débil y golpeado fue cargado con agilidad. Escuchó unos gritos de una voz conocida. Carlos estaba allí.

Carlos estaba en la puerta del edificio junto a la policía cuando vio a los dos hombres enormes salir del edificio. El más joven traía a Felipe en brazos. Era un horror. Carlos se cubrió la boca y ahogó un grito ante la macabra escena.

—¡Dios! ¿Qué le ha sucedido?

—Tiene el tabique nasal roto, por eso la sangre. Deprisa, no hay tiempo que perder. —El hombre esquivó a Carlos y se movió hacia la camioneta estacionada allí desde hacía unos minutos atrás.

—No confío en ustedes—dijo Carlos—. No confío en nada que Jorge Becerra pueda proporcionarnos. Es un hombre capaz de traicionar a su propio hijo.

—Puede que Jorge nos haya contratado, pero créeme, jamás permitiría que me usen para una traición. Lo he vivido en carne y hueso.

Carlos tragó saliva cuando el hombre se enfocó en él. Sus ojos verdes y amarillos profundos. Obnubilaban a cualquiera. Subieron a Felipe en la camioneta.

—Síguenos en tu auto—dijo el hombre mayor.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Cómo sabían que esto sucedería?

—Mi nombre es Grégor Thibault—dijo el conductor, entretanto abría la puerta del piloto.

—Yo soy Eric Morgan, y nuestra misión es proteger a Felipe y Raisha Becerra.

Carlos tenía un millón de preguntas. Las tuvo desde que recibió la llamada de Jorge Becerra una hora atrás. Jamás esperó que las cosas llegarán tan lejos. Carlos corrió a su deportivo y condujo hasta el hospital. Llamó a Raisha, a Vlad, y a Gabriel apenas llegó.

—No le brindes datos a la prensa todavía. —Pidió Vlad, el jefe de Carlos—. Hay que preparar una estrategia. Una palabra de más y podríamos exponer a Felipe a una venganza de no sabemos quién.

—Ya lo sé. —Carlos caminaba de un lado a otro—. Felipe no corre peligro por lo que me dijeron los médicos, pero su cara está desfigurada. Van a operarlo en una hora. Le avisé a Raisha, ella está con Gabriel en este momento. Gracias a dios que él se quedó, de lo contrario, la pobre estaría sola.

—Carlos, tranquilízate. Sea lo que sea, todo se arreglará.

—Las autoridades están al tanto de todo, pero por algún motivo, nadie ha venido. Es como si no importara ¡Estamos hablando de un tenista famoso! —gritó Carlos que ya no controlaba la ira.

—¿Y los guardaespaldas?

—Se han comportado de manera impecable. Me parece increíble que los haya contratado Jorge.

—Carlos, si Jorge quisiera a su hijo muerto ya lo estaría—Concluyó Vlad—. Confío en sus buenas intenciones en este caso.

—Yo también—rogó Carlos—. Espero que Grégor y Eric estén de nuestro lado.

—Llámame si necesitas algo.

—Lo haré.

—Y cuídate.

—Tú también.

Carlos cortó la llamada, caminó hasta el pasillo y se cruzó de brazos. Los dos guardaespaldas que Jorge había contratado estaban en la puerta de la habitación.

Grégor hablaba por celular con alguien mientras que el tal Eric se mantenía en silencio con su vista en el piso y se frotaba las manos. Había preocupación en su rostro, no era hipocresía.

Carlos pensó en los hombres que asesinaron ¿Habían contemplado los riesgos de las represalias?

Eric lo miró de frente, sus ojos verdes ardían de furia. Carlos mantuvo la distancia. Se sentó en una de las sillas de los laterales e intentó calmarse. Jorge estaba metido en un gran lío si había contratado a dos leones para cuidar a sus cachorros.

¿Cuánto conocían Grégor y Eric del verdadero Jorge Becerra?

—*Mi hijo corre peligro. No me importa si lo considera innecesario. Tengo a dos hombres en Italia que irán por él.*

—*¿Qué es lo que pretende Jorge? ¿Por qué no habla con su hijo? Deje de invadirle la vida.*

—*Él no quiere verme, pero yo nunca me perdonaría si le sucediera algo por mi culpa.*

—*Me está poniendo en un compromiso que no deseo asumir.*

—*Por favor, señor Ferrari. Si la vida de su esposo estuviera en riesgo y él no quisiera saber nada de usted, ¿acaso no movería cielo y tierra aún sin su consentimiento?*

Carlos se percató de que sostenía tan fuerte el celular que estaba a punto de romperlo.

—¿Darán una conferencia de prensa?

Carlos levantó la mirada y se encontró con Eric frente a él. Se puso de pie en ese momento para no verse tan minúsculo a su lado.

—Se está evaluando.

—Pues deben hacerlo cuanto antes y explicar todo lo sucedido.

—Mi jefe me recomendó que todavía no dijéramos nada.

—La prensa debe enterarse—recomendó Eric—. Eso activará todas las alarmas. No sabemos de dónde puede venir el ataque. Necesitamos toda la atención posible.

—Jorge Becerra es quien los ha contratado, ¿verdad?

—Me vale verga Jorge Becerra.

Carlos arqueó una ceja.

—Es el que te paga, ¿recuerdas?

—¿Y qué con eso?

Carlos frunció el ceño. Aquí había algo raro. Era como si de verdad Felipe le importara.

—¿Conoces a Felipe?

—No—replicó—, y te aconsejo que te apresures a dar nuestra versión de los hechos.

Eric se pasó la mano por la boca, la barbilla y el cuello. Estaba nervioso y enojado, una mezcla potente.

—¿Sabes quién está detrás de esto?

—Tenemos sospechas, pero nada confirmado. Te aseguro que lo averiguaremos.

—¿Y si es Jorge Becerra después de todo?

—Yo mismo le volaré los sesos. —Eric volvió a la silla en donde había estado. Hablaba en serio.

Dos preguntas quedaron en el aire. O era muy profesional, o le mintió al decirle que no conocía a Felipe.

—*Me lesionaron, se podría decir.*

—¿Quién? ¿Cómo?

—*Dios, no sé si contarte. Ni siquiera lo creo.*

—*Lo que sea, sabes que cuentas conmigo.*

—*Yo descargué Tinder a mi celular hace un tiempo, y tuve un encuentro en Inglaterra, él vive allí, al menos es lo que me dijo. Se llama Eric.*

—¿Y qué sucedió?

—*Me acosté con él la noche antes del partido.*

«Mierda».

Carlos puso sus ojos una vez más en Eric. Parecía el tipo de hombre por el cual arriesgarías un título de tenis y muchas cosas más ¿Sería posible?

Carlos frenó una risilla histérica. No, era una casualidad. Había muchos hombres que se llamaban Eric. Este hombre contratado por Jorge Becerra no podía ser el amante secreto de Felipe.

25 Cabos sueltos

Londres, Inglaterra. Quince días antes.

El frío se había instalado en Londres aquel fin de año. Eric miró hacia el cielo gris y negó. No había mucho que hacer durante esa temporada, por lo que pensó varias veces en tomarse unos días en alguna isla del Caribe. Sin embargo, llevaba unos meses sintiéndose extraño. Nada había sido igual desde aquella noche en la suite del Hilton junto a Felipe Becerra.

—¿De verdad te has enamorado?

—¿Cómo carajo me enamoraría de alguien a quien no conozco?

En uno de esos días en donde no la había estado pasando bien, se decidió a hablar con su hermano Anael, gran error. Este solo se había limitado a burlarse. A decirle que era débil, que eso les sucedía a los idiotas.

Eric tragó saliva y pensó que el amor no les sucedía a los idiotas como afirmaba su hermano, sino a personas diferentes a ellos. Personas que merecían amor, que merecían a un compañero para cuidar y proteger. Eric ni siquiera fue capaz de proteger a su propia familia, ¿por qué sería merecedor de una ahora? ¿Por qué debería quedarse con algo tan hermoso y tierno como Felipe Becerra? ¿Acaso estaba a la altura de las circunstancias?

Despertar con Felipe en sus brazos fue lo más parecido al hogar que Eric buscó en sus treinta y tres años de vida. Felipe sería el mundo de alguien más después de seis meses. Seguro tendría un hombre que lo amara por lo que valía, por esa luz emanaba de él, por la pasión desbordante, más allá de la inexperiencia.

Eric era consciente de que su deseo fue devastador, como un tsunami que ataca a las costas de una isla virgen la cual se entrega al mar y a las olas, pero ignora las consecuencias.

Felipe se entregó sin reservas esa noche, en cuerpo, pero también en alma. Se abrió con su inocencia a un hombre que ni siquiera recordaba el significado de esa palabra. Felipe había sido la cosa más caliente, dulce y tierna que Eric probó en su vida. Fue como tocar un ángel, uno que no sabe lo que hace, pero confía y aprende, confía y ama, confía y enloquece a un triste mortal que encontró en esas horas, nuevo aliento para seguir vivo.

Eric con el transcurrir de las horas, de los días agradeció a Felipe su fuerza. La magia de darle esperanzas, de demostrarle que el mundo no solo era negro y gris, todavía albergaba toques de luz.

«¿Te has enamorado?».

La pregunta de su hermano Anael fue recalcitrante. Entró como una tromba y arrasó con algunas capas de seguridad y miedo. Eric no buscó darle respuesta, después de todo, ya no importaba. Felipe nunca sería suyo

Se culpó por el abandono del torneo por parte de Felipe. Dolores estomacales y fiebre fue lo que indicaron en el comunicado, pero Eric Morgan conocía la verdad. El cuerpo de Felipe había quedado al borde del colapso, pero es que simplemente no había podido

contenerse. Quería todo de él, y lo había tomado a su antojo porque Felipe no se negó, y tampoco se arrepintió en ese instante.

¿Cómo te niegas a un sorbo de agua fresca y cristalina en medio del Sahara? ¿Cómo te aferras a lo malo cuando frente a ti tienes un tesoro con monedas de oro y diamantes?

Eric se bañó en esas aguas cristalinas, en ese manantial fresco del que brotaban la ternura, la pasión, y la lujuria, en la misma medida. Nadie se arrepiente de intentar saciarse de algo maravilloso que jamás espero encontrar.

Recorrió la piel tersa en el silencio de su departamento noches enteras. La firme curva de su cintura, su abdomen plano que bajaba y subía en medio del vaivén tumultuoso al que Eric lo había orillado. El escaso vello castaño que llegaba a su pene rosado, el cual, degustó una y otra vez. Las líneas en su cuello, el dibujo simétrico de sus clavículas, y claro, luego estaba su rostro y eso, en la mente pecaminosa de Eric, tenía un capítulo especial.

Cada gesto de Felipe le gritaba que lo hiciera suyo, le rogaba que lo hundiera en los profundos placeres que jamás había probado.

El celular sonó en su bolsillo y observó el número. Genial, no tenía ganas de hablar con ese idiota. Ya habían cumplido con creces ¿Qué buscaba?

—Grégor—Ladró al teléfono y el hombre del otro lado de la línea dio una risa profunda.

—Al fin Eric Morgan nos da el privilegio de escuchar su voz—. Eric puso los ojos en blanco mientras se dirigía a su camioneta—Me has estado evadiendo, eso no se hace con los amigos.

—¿Qué quieres? —preguntó Eric, cansado de los juegos.

—Un favor, uno de los tantos que me debes—. Genial, era lo que le faltaba.

—Yo no te debo nada. Hemos negociado, tu pagaste y te entregamos lo que necesitabas.

—Hay un problema.

—Tu problema—se burló Eric—. Grégor, llama a tus amigos sudafricanos o a quien quieras. A mí no me interesa.

—He perdido mi puesto en el gobierno—confesó Grégor.

—¿Qué?

—Me están investigando por un complot en contra del presidente, y uno de sus ministros. Me traicionaron.

—Vaya. —Eric arqueó una ceja—. Lo lamento, de verdad, pero no sé qué podría hacer.

—Necesito un favor. Hay una persona que puede ayudarme, pero para ello, debo proteger a sus hijos. Es la única condición que me ha puesto.

—Y sigues confiando.

—Conozco a este hombre desde hace tiempo. No es una buena persona, pero sé que no va a traicionarme. Ha estado recibiendo amenazas—explicó Grégor.

—Bienvenido al club—ironizó Eric—. Lo lamento, ya terminé.

—Teme por su familia, especialmente por su hijo.

—Pues que le ponga un custodio.

—Ahí es donde entras tú.

—¿Guardaespaldas? ¡No me digas! —dijo con gracia mientras subía a la camioneta.

—Serán unos meses. Viajarás con el muchacho a varios países. Tu primera parada será Milán.

—Yo no hago esos trabajos, eso lo puede hacer cualquiera. Lo que me propones es demasiada mierda, Grégor.

—Eres uno de los mejores. El muchacho es muy talentoso, pero muy tímido. Deberás

estar con él en el hotel y durante los torneos. Ser su sombra. Yo me encargaré de su hermana.

—¿Torneos? —. El corazón de Eric comenzó a latir con fuerza.

—Sí, es muy bueno en el tenis. Está en tercera posición—. Eric miró su imagen en el espejo retrovisor y sonrió.

—Dime su nombre—dijo solo para corroborar lo que ya sabía.

—Felipe Becerra, es brasileño y vive en Rusia. Su padre es Jorge Becerra, es el único que puede ayudarme a limpiar mi nombre. Sus hijos corren un grave peligro.

—¿Qué te hace pensar que yo sería un buen custodio?—Eric pensó que ese pobre hombre no tenía idea de que estaba dejando a un lobo cuidando a su oveja.

No importaba de todos modos, el destino los estaba volviendo a reunir y Eric no iba a desaprovechar esa oportunidad.

—Eres eficiente y mucho más empático que la mayoría de los desequilibrados mentales que conozco. Felipe es una buena persona, no te causará problemas.

«Si supieras».

Eric chasqueó la lengua, de pronto, su personalidad gélida adquirió otra temperatura. Felipe poseía la capacidad de calentarlo con solo traerlo a su mente.

—¿Estás en Londres?

—Sí, amigo—confirmó Grégor. Eric encendió la camioneta.

—Acepto, nos vemos en una hora y arreglamos los detalles del acuerdo.

—Pensé que no eras guardaespaldas de nadie.

—Querido Grégor. Hasta un Morgan puede tener excepciones.

Milán, Italia.

Conferencia de prensa.

Carlos explicó lo sucedido con lujo de detalles. A su lado estuvo Ander quien contó acerca de la última conversación con Felipe. Ander estaba custodiado hasta los dientes. No había tenido la posibilidad de acercarse a su amigo, y por lo que le habían dicho, pasarían varias semanas hasta que tuviera algún contacto con él, excepto telefónico. La policía estaba siguiendo pistas.

Eric pensó que solo era una pantalla de humo. Carecían de los elementos que los llevaran a los verdaderos asesinos, a los hombres que sacaron del medio a Grégor Thibault, y pensaban liquidar a todo aquel que pusiera en peligro el manejo de uno de los yacimientos minerales más grande del planeta.

«Olimpia Zeratos».

Los disparos todavía sonaban nítidos cada vez que ese nefasto nombre llegaba a su mente. Eric tenía tanto fantasmas que lo rodeaban, y se cargó algunos más al aceptar ayudar a Grégor.

Eric sonrió y negó. Se estaba mintiendo a sí mismo.

No estaba allí por nadie más, excepto Felipe. Si era incapaz de reconocerlo frente a otro ser humano, al menos, debía tener la valentía de aceptarlo para sí mismo.

La cirugía facial fue todo un éxito. Felipe volvería a ser el de antes cuando las magulladuras y las vendas dejarán su rostro.

«Nunca será el de antes».

Los seres humanos tenemos una conexión tan especial con el pasado. Eric pensó que

pasar toda una vida al lado de sus padres sería suficiente para cubrir la imagen de ambos bañados en sangre y con los ojos abiertos. Estaba equivocado.

Sus treinta y tres años solo se resumieron a ese instante de la memoria, a los gritos y a los hombres armados que ingresaron a la casa de sus padres el día de su aniversario de bodas. Y de pronto, la mente solo necesitó tiempo. Minutos, horas, y segundos que Eric destinaba a un recuerdo que le rompía el alma, una y otra vez, y le mostraba lo débiles y minúsculos que somos los seres humanos.

¿Cómo podría salir de la guerra si volvía de manera constante al campo de batalla?

En todos esos meses de absoluta tristeza, un hecho lo sacó por completo de la amargura. Un ser humano que lo miró más allá de sus heridas sangrantes, traspasándolo con su dulzura y sus besos.

Hubo un instante mágico en medio de la follada más brutal de su vida. Eric se ahogó en esos iris color miel que le pedían más, que le pedían todo. Eric tembló ante la posibilidad de fallarle. Eso nunca pasaría, porque, según sus cálculos y su acérrimo modo de vida, nunca volvería a estar frente a frente con Felipe.

Entonces, Grégor Thibault apareció y el mundo oscuro que le sirvió de refugio comenzó a tener fisuras en las capas externas que lo recubrían.

—Felipe ha despertado. —Carlos y Raisha, quien había viajado junto a Gabriel, estaban a su lado. Grégor ya estaba de pie—. Quiere conocerlos, pero, sobre todo, desea la verdad.

Un rayo se disparó por la columna vertebral de Eric Morgan. Una vez más estaría al lado del hombre que, sin saberlo, le dio esperanzas a su vida. El hombre que, sin pensarlo, con su ternura y pasión, lo rescató de la muerte.

26 Aléjalo de mí

El tiempo se detuvo para Felipe Becerra esa mañana de martes en Milán. Las imágenes de su tragedia llegaban cruentas y le impedían a su mente que otro pensamiento llegara. Raisha había llorado al lado de su cama. Carlos también.

Felipe los percibió como si se trataran de dos extraños a los cuales conoció en una realidad paralela, una que jamás volvería. Pasó ambas manos sobre su nariz que, a esa altura, estaba cubierta y rellena de algodones y gasas.

El médico le aseguró que su rostro quedaría intacto, pero ¿qué había de su mente? ¿Cuánta terapia necesitaría? ¿Qué había de su alma? ¿Qué sucedería cuando encontrase en la calle algún Mercedes negro? ¿Le recordaría el hecho tal y como lo tenía en ese momento?

Felipe se apoyó en el respaldo de la cama y jugó con sus pulgares. Todavía estaba algo mareado por la anestesia. El rostro aún estaba adormecido.

Dos golpecitos en la puerta y estuvo a punto de dar un salto fuera de la cama. Su cuerpo todavía no se había relajado, y seguía sin entender que ya no estaba en peligro.

Carlos abrió la puerta.

—Felipe—dijo el hombre—. Los dos guardaespaldas que querías conocer están aquí. Formarán parte de tu custodia a partir de...

—Eso ya lo veremos—interrumpió Felipe—No quiero nada que venga de Jorge Becerra.

—Cariño—Carlos hizo una mueca de angustia—, gracias a ellos estás vivo ¿No crees que se merecen al menos un gracias o el beneficio de la duda? De lo contrario, ¿para qué quieres hablar con ellos si ya los has condenado?

—¿Tú crees en mi padre?

—Creo que tu padre está buscando protegerse aún en contra de tus deseos, incluso sabiendo que lo aborreces.

—Jorge es un hijo de puta.

—No lo dudo, pero a mi entender, hace muchos esfuerzos por alguien a quien no le importa, ¿no crees? —Felipe quedó en silencio. Carlos presionó la mano del muchacho con la suya—. No voy a obligarte a que los aceptes, pero al menos, dales una oportunidad.

Felipe observó la ventana. Afuera, dos jóvenes hablaban cerca de un árbol. Uno de ellos estaba en silla de ruedas.

—Está bien, pueden pasar, pero solo si están dispuestos a contarme todo.

—Bien, se los diré. Ingresarán en un momento.

Carlos salió de la habitación. Felipe se quedó jugando con sus pulgares de nuevo. Se fijó en el ramo de rosas rojas que habían puesto al lado de su cama. Escuchó pasos nítidos que llegaron hasta la puerta.

Felipe continuó perdido en el color rojizo de las flores.

—Buenas tardes, Felipe. Mi nombre es Grégor Thibault. —Una voz gruesa y ronca. Felipe tragó saliva—. Él es mi compañero, Eric Morgan. Estamos aquí para protegerte.

«Eric».

Estuvo a punto de dar una risilla, ¿sería el destino tan cruel que uno de sus custodios se llamaba del mismo modo que aquel hombre inolvidable? Se giró hacia los custodios, y con

seguridad, estuvo a punto de desmayarse. Era un jodido chiste de Dios.

—Es un placer conocerte Felipe. —Eric le estrechó la mano.

Felipe lo observó sin entender qué estaba pasando, y si de verdad esto era una pesadilla, una muy mala. Finalmente, levantó la mano y la recibió. La piel de Eric hervía. Felipe apenas lo tocó.

¿Qué iba a responderle? ¿Fingir que eran dos desconocidos? ¿Pretender que no estuvo debajo de ese hombre por horas?

—Lamentamos que debas pasar por esto—habló Grégor—. Es una experiencia que ningún ser humano debería atravesar, pero ten la confianza que...

—Confianza—interrumpió con burla Felipe sin quitarle la mirada a Eric—. Ustedes trabajan para mi padre, para un asesino.

—Tu padre no es perfecto—aseguró Grégor—, pero sé que no te haría daño.

—Estuvo implicado en la muerte de mi madre. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Nos ha tratado como una mierda toda la vida a mí y a mi hermana. No tienes idea el monstruo que estás defendiendo.

—Felipe.

—Les agradezco la preocupación. —Se limpió la cara como pudo debido a todos los vendajes—, pero no los necesito. Les agradezco su intervención, Me las arreglaré solo. Contrataremos nuestra propia seguridad. No necesitamos nada de Jorge.

—¿En serio? —Eric arqueó una ceja—. Si no fuera por mí, estarías muerto.

—Si no fuera por ti, no cargaría con el corazón más roto que como lo tenía—replicó sin vergüenzas, ni filtros—¿Qué pasó con lo de una noche? ¿Te entró remordimiento?

—Te enamoraste de un hombre que ha perdido la capacidad de amar. Lamento que no te hayas dado cuenta antes.

Grégor frunció el ceño. Observó a Eric, y luego a Felipe.

—¿Ustedes se conocen? —interrogó Grégor. Eric le dio una sonrisa de labios cerrados.

—Algo así—replicó Eric. Esa respuesta no iba a satisfacer la curiosidad de Grégor—¿Podrías dejarme a solas con Felipe? Solo serán unos minutos.

Grégor dio un suspiro. Levantó el índice señalando a su amigo.

—Me debes una explicación de esto. —Golpeó con el dedo índice el hombro de Eric—. Más vale que sea buena.

—Seguro. —Eric ni siquiera le dirigió la mirada. Su atención puesta en ese muchacho recostado en la cama.

La puerta se cerró detrás de ellos. Eric le dio una media sonrisa, el estómago de Felipe se contrajo.

—¿Quién mierda eres? ¿Un asesino como mi padre?

Eric colocó sus manos en los bolsillos y dio pasos más cerca de Felipe. Su cuerpo ardía. El muchacho se sentía sofocado.

—Tuve una empresa que brindaba servicios de seguridad e investigación hasta hace dos años atrás. Ocurrieron algunos hechos que me obligaron a dejarla, pero mis habilidades todavía me acompañan. Grégor es un viejo amigo de mi familia. Está en problemas, tu padre y su testimonio pueden ayudarlo.

—¿Por eso supiste aquella vez en que hotel me alojaba? ¿Por eso el hermetismo? ¿Sin apellidos ni nada por el estilo?

—Sí, y no—respondió con sinceridad—. Estoy en una posición en la que solo busco sexo, no una relación. Me pareció entender que tú querías lo mismo.

A Felipe le costaba respirar cerca de ese hombre. Su maldita cabeza le traía a la memoria sus besos y sus caricias.

—¿Estás aquí por Grégor y por mi padre? —preguntó Felipe. Eric tragó saliva.

—Sí, esa es la razón por la que estoy aquí.

Felipe comenzó a reír a carcajadas Eric se mantuvo estoico.

—Dios, esto es una pesadilla.

—¿Tanto te molesta tenerme cerca?

—Veamos. —Felipe se aclaró la garganta—. Nos enviamos decenas de fotos y vídeos calientes, luego apareces en mi habitación de hotel y me dejas en coma durante mi primera vez. No quieres más nada. Lo entendí, sin embargo, al día siguiente, mientras proceso el dolor físico en cada célula de mi cuerpo, intento verte ,porque necesitaba saber de ti. Es cuando me doy cuenta de que tu perfil de Tinder ya no existe, y tampoco respondes el celular.

»Paso semanas enteras preguntándome dónde estarás, qué estarás haciendo, qué estarás almorzando o cenando. Me paso todas las horas en la cancha intentando borrar tu imagen, tus besos, el sexo que, por Dios, fue lo más alucinante que tuve en mi vida.

»Entonces, cuando comienzo a volver a mi vida gris, unos hijos de puta me secuestran y mi caballero de reluciente armadura aparece para salvarme después de seis putos meses de ausencia. Dime Eric, ¿todavía tienes el descaro de preguntar si tanto me molesta tenerte cerca?

»Me jodiste la vida, me jodiste como nadie en este mundo, y no estoy hablando de follar por si tu cerebro no lo entiende.

Felipe respiró aliviado. Sentía como si una tonelada de mierda hubiera salido de su sistema. Eric estaba allí como una estatua, impecable con su traje gris, camisa verde agua que combinaba con sus ojos y sus manos en los bolsillos.

—Felipe.

—Aléjate de mí—ordenó—, haz lo que tengas que hacer para ayudar a tu amigo, pero mantén la distancia. No te quiero formando parte de mi vida. —Tiró de la sábana y se puso de pie—. Si me disculpas, debo descargar mi vejiga.

Felipe intentó pasar al lado de Eric cuando éste tironeó su cuerpo hacia él y lo sostuvo de la cintura.

—Suéltame—ordenó Felipe. El agarre de Eric se intensificó. Una mezcla de euforia y excitación invadió su torrente sanguíneo—¿Eres sordo? ¡Déjame en paz!

—¿Tienes una idea la fuerza de voluntad que tuve esa mañana para alejarme de ti? ¿Para no arruinarte la vida al quedarme a tu lado? —Eric estaba furioso. Los ojos de Felipe parecían dos platos—. Cada hora debo contener a mi cuerpo que me dice que solo necesita el tuyo. No sabes el autocontrol que me impongo en este momento para no desarmarte la boca de un beso y causarte una lesión mayor en tu hermoso rostro que no merece estar como está.

«Claro que quería quedarme contigo esa mañana ¡Nadie en su sano juicio querría apartarse de alguien como tú! Luego pensé en que tú no te mereces a un tipo trastornado como yo. No tengo nada para ofrecerte, Felipe, ¿cómo carajo iba a quedarme?

Las mejillas de Felipe estaban al rojo vivo. Estaba a punto de quebrarse.

—Acabas de decirme que no sabes amar—replicó Felipe—¿Qué te hace pensar que quiero alguien así en mi vida? Suéltame.

—Oblígame.—Desafió Eric.

La poca cordura que ambos tenían salió disparada por la ventana. Eric lo sujetó del rostro con ambas manos y le devoró la boca. Felipe se quejó por el dolor, porque su cara era un cúmulo de cardenales violáceos que dolían de solo mirarlos, y los efectos de la anestesia estaban

desapareciendo. Sus manos fueron al saco gris y lo atrajeron más hacia él. Sí, dolía, ¿para qué mentir? Dolía y le gustaba. Con Eric Morgan siempre se trataba de dolor y placer.

El hombre invadió su boca como un ejército que llega a una pacífica aldea. La saqueó, chupó sus labios y arremetió con su lengua con voracidad. Felipe respondió con el mismo hambre, con el mismo desenfreno de encontrar al fruto de tus deseos más oscuros y desatarlos por fin.

Felipe se quejó, y Eric se detuvo. Su mente volviendo a tomar el control.

—Lo siento—dijo con su voz agitada—, no debí hacer eso. Se supone que estoy para protegerte, no para lastimarte.

Felipe tenía los ojos entrecerrados, acarició con su pulgar derecho los labios húmedos e hinchados de Eric ¡Cómo le gustaban! Esta vez fue él quien tomó las riendas, y una vez más se embarcaron en un placer sin retorno.

Eric estaba ahí, lo tenía en sus brazos. Había sufrido como él, a su manera, pero también lo hizo.

—¿Me cuidarás?—preguntó mientras sus manos recorrían la camisa—¿Estarás conmigo todo el tiempo?

—Sí—Eric musitó y le chupó el lóbulo de la oreja—, si me lo permites te juro que nada malo va a pasarte. Soy bueno en mi trabajo. Fallé solo una vez y no volverá a suceder.

Eric lo presionó contra su cuerpo para volver a besarlo. Felipe creyó que de sus ojos se desataría un vendaval. Una amalgama de emociones sacudió su cuerpo. Apenas podía respirar, ya que su nariz estaba cubierta. Felipe aprovechaba los pequeños respiros que Eric le brindaba antes de volver a arremeter. Ese hombre lo había salvado de sufrir una muerte segura a manos de sus secuestradores.

—Felipe, me gustaría que viéramos...—Carlos quedó boquiabierto ante la escena. El tenista se agachó y se limpió la boca.

—Debo ir al baño. —Felipe pasó entre ambos y se escondió en el baño.

Carlos observó al enorme hombre que se arreglaba la corbata y el cabello.

—Eres Eric—dijo todavía en estado catatónico.

—Sí, ese es mi nombre.

—Eres «el Eric».—Carlos remarcó las comillas. El hombre contuvo la risa.

—Veo que me conoces.

—Y créeme que no tengo una buena opinión de ti—aseguró Carlos. Eric se cruzó de brazos.

—Si mal no recuerdo, tú eres el esposo de Gabriel Petrov.

—¿Y qué con eso?

—Que le diste una «dispensa kármica» a Gabriel. Todo el mundo lo sabe. No veo por qué Felipe no me puede perdonar a mí.

Carlos chasqueó la lengua. Ese fue un golpe bajo. No existía en el planeta un imbécil más egocéntrico que su esposo y aun así lo amaba.

—Ha sufrido mucho por ti. Desapareciste.

—Lo sé.

—No te atrevas a romperle la poca estabilidad mental que tiene.

—No lo haré.

—Ha sufrido cosas que tú no tienes idea. Si te vas a ir, deja las reglas claras ahora y apártate.

—No voy a irme—replicó Eric y Carlos dio un suspiro.

Eric se quedó en los rasgos faciales de Carlos y entendió los motivos por los cuales Gabriel agitó su bandera blanca. Él también lo habría hecho. Carlos frunció su boquita.

—Escúchame bien, guapo idiota. —Carlos presionó su índice en el pecho de Eric. Al parecer, todos estaban acusadores—. Puede que yo no inspire miedo, pero no quiero que olvides quién es mi esposo y mi cuñado. No dudes en que te destrozarán si se los pido.

—Sé que no me conoces y que las cosas que Felipe debe haberte dicho no fueron alentadoras, aun así, estoy dispuesto a enmendar mis errores.

—¿De verdad? —preguntó Carlos con suspicacia—¿Por qué no lo buscaste antes? ¿Por qué aparecer seis meses después?

Eric quedó en silencio. Felipe salió en ese momento del baño. Carlos se acercó y le tocó el brazo.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien. —Felipe se tocó la nariz.

Carlos vio calma en Felipe. Eso, después de lo vivido, era muy valioso, y le gustara o no, Eric contribuyó a su tranquilidad.

—Nos vamos en dos días—aseguró Carlos—. Vamos a continuar tu tratamiento en Moscú.

—De acuerdo—dijo Felipe sin quitarle la mirada a Eric. Era como si el resto no existiera—Aún queda algo.

—¿Qué? —preguntó Eric.

—Quiero que me digan toda la verdad acerca de mi padre.

—Grégor puede explicarte lo que él sabe, el asunto que nos ha traído aquí.

—Bien—señaló Felipe—, me conformaré con eso por ahora. Mi padre deberá responder por el resto.

27 Legado familiar

—*Lo lamento Bryce, pero no formaré parte de esto.*

—*Somos tu familia.*

—*Yo lo sé, pero estoy vivo. Me gustaría que ustedes vivieran también.*

—*Todo lo que hemos logrado...*

—*¿Qué hemos logrado según tú?*

—*Venganza.*

—*Ya no quiero estar ahí, Bryce. Espero que en, algún momento, tú también te decidas a salir de allí del mismo modo que Anael.*

Para renacer, una parte de nosotros debe morir. Eric comprendió que ahora estaba dispuesto a vivir otra vida. Una de verdad, una parecida a la que tuvo antes de la masacre de su familia. Había muchas cosas que lo unían a Felipe Becerra, a ese tenista de mirada inocente y labios carnosos. La ambición de sus padres los llevó a ambos a puntos irreversibles.

Bryce y Anael, sus hermanos sobrevivientes de aquella fatídica noche, clamaban sangre del enemigo. Tenían la posibilidad de eliminar a un miembro más de la familia que les arruinó la vida. Eric entendió que, si no era capaz de romper el círculo, ¿para qué continuaba en este mundo?

Le dolía saber que lo más probable era que sus hermanos murieran en enfrentamientos con los enemigos, pero respetaba su decisión.

—*Ojalá encuentren lo que buscan.*

—*La muerte es a lo único que podemos aspirar, Eric. Y ya deberías saberlo.*

Ahora estaba en una habitación de hospital. En ella estaba Felipe, su hermana Raisha, Grégor y Eric. Carlos los dejó solos para que hablaran en calma.

—*Voy a decirte cosas que no me corresponde.*

—*Mi padre nunca lo hará así que, te escuchamos—agregó Felipe. Raisha la bella hermana del tenista estaba a su lado.*

—*Trabajo desde hace tiempo para el Gobierno de Sudáfrica, actualmente hay una investigación acerca de la explotación de minerales y los riesgos de la comunidad. Miles de personas han fallecido en las zonas de extracción por sueldos míseros, y condiciones casi de esclavitud. El gobierno quiere cambiar eso y para ello debe quitar algunas concesiones. Me aboqué a mi trabajo después de la muerte de mi familia. Fui piloto durante mucho tiempo y no estuve vinculado a ninguna otra tarea hasta que mi vida dio un vuelco. —Grégor se aclaró la garganta. Felipe y Raisha lo observaban callados del mismo modo que Eric—. Uno de los contratos que el gobierno busca invalidar es el de Olimpia Zeratos.*

—*¿Olimpia Zeratos? —Raisha frunció el ceño—. Me suena conocido, Jorge ha hablado de esa empresa varias veces—. Grégor asintió. Aquí venía una parte complicada.*

—*Jorge es el accionista principal de Xinaris. La idea de Olimpia Zeratos es absorber la empresa, pagarle a Jorge y que éste quede como un títere en el mejor de los casos. Los accionistas de Olimpia tienen un firme aliado en Ruhr Levin Sarich, socio de Jorge. Xinaris es*

una empresa en expansión. Olimpia la necesita para sus operaciones en Rusia.

Las piezas del enorme rompecabezas comenzaban a encajar. Felipe pensó como un simple jugador de tenis estaba involucrado en un problema político de escala mundial.

—Ruhr le ha prometido Xinaris a la gente de Olimpia Zeratos y hará lo que sea para conseguirlo—explicó Grégor.

—¿Puedo hacer una pregunta?—indagó Raisha—¿Qué tienen que ver ustedes en eso? ¿Por qué Jorge los eligió?

—He sido despedido de mi puesto del gobierno—señaló Grégor. —.Me acusan de traición y falsificación de documentación. Olimpia continuará operando en la zona sin límites, quedándose con los recursos estratégicos del país y ahora buscará su lugar en Rusia. Jorge se lo dará por la presión de Ruhr. Él sabe cómo opera Olimpia desde adentro. Jorge es el único que se animará a hablar de lo sucedido. Con ello, yo podría acusar a esos bastardos ante los tribunales internacionales pese a que en mi país me ignoraron. Si a mi país no me da respuesta, la presión internacional lo hará. La gente conocerá a los monstruos que hay detrás de esa empresa.

—Jorge no te ayudará sin una contraprestación—sostuvo la chica. Grégor asintió.

—Lo sé, Jorge no quiere perder su empresa, pero, sobre todo, no los quiere muertos a ustedes. Atestiguaré a mi favor si soy capaz de defender a lo único que tiene en el mundo.

Los ojos de Raisha se llenaron de lágrimas. Presionó fuerte la mano de su hermano.

—Ruhr apareció como socio después del asesinato de Zaria y su padre—recordó Raisha—¿Jorge tuvo que ver en ello?

—Lo negó, pero su enfado nos corroboró lo sucedido—añadió Felipe convencido—. La violencia y el maltrato son sus armas. Me parece increíble que un ser tan nefasto haga algo por nosotros.

Grégor estaba en una encrucijada. Había cosas que debía contar Jorge, era su derecho.

—No puedo mentirles. Jorge no es una blanca palomita, pero en palabras de él, amaba a tu madre, Felipe. Él lo confesó.

—¿Fue él quien la mató? —La voz de Raisha se entrecortó—. Por favor, si tú lo sabes, dínoslo.

A Grégor se le encogió el estómago ante la belleza y la angustia de esa mujer. Le recordó tanto a su esposa, esa mujer que había perdido tiempo atrás, a la que había amado con locura. Una profunda amargura surcaba el rostro de Raisha.

Grégor maldijo a Jorge en ese instante por su infinita ambición.

—Jorge no pretendía matar a tu madre—confesó sin ganas de encubrir el crimen de la única persona que podía sacarlo de la mierda. Era incapaz de mentirle a esa chica, no podía mentirle a esa cara que solo le pedía la verdad—. El objetivo era el abuelo de Felipe.

Los hermanos quedaron con la boca abierta. Sus cerebros intentaban procesar todo lo que escuchaban.

—Tu abuelo era el dueño legítimo de todas las empresas y no le cedería el control a un advenedizo como Jorge que no tenía dónde caerse muerto. El día del atentado, Jorge pidió a Ruhr un favor. El idiota lo hizo, solo que no le explicó cómo lo haría, así como tampoco le dijo que el plan, una vez en marcha, no podía detenerse. Fue un imprevisto que ese día en el helicóptero viajara la madre de Felipe también.

—Tantos años de mentiras. —Felipe estaba destruido.

—Si Jorge confesaba lo sucedido, Ruhr también hablaría, y ambos terminarían en la cárcel.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Llevo tiempo investigando las conexiones de Ruhr, y las de Jorge.

—¿Cuál es la diferencia ahora? —Quiso saber Raisha—. Cuando la verdad salga a la luz, irá a la cárcel de todos modos.

—Voy a enfocarme en Olimpia Zeratos y en sus manejos. Ruhr no sabe que ha sido Jorge quien me ha entregado la información. Su identidad será reservada.

—Creo que lo subestimas—dijo Felipe.

—Él también subestima a Jorge—señaló Eric que estaba apoyado al lado de la ventana—,pero mientras todo esto sucede, la vida de ustedes corre peligro. Ruhr quiere demostrarle a Jorge quien manda.

—Tengo varios torneos que no pienso postergar—aseguró Felipe—. No voy a quedarme en casa hasta que ustedes logren encontrar todas las pruebas.

—Estás herido.

—Voy a sanar. Son solo unas cuantas semanas.

—Felipe—Eric se acercó a la cama—, yo estaré contigo al igual que tres guardaespaldas más. Seremos tu sombra. Grégor acompañará a Raisha con la misma cantidad de hombres.

Felipe sonrió, con su rostro magullado todavía lucía bello. Estrechó la mano hacia Eric, este la tomó y en un acto inconsciente, la besó. Grégor y Raisha presenciaron la escena, pero no dijeron nada.

—No me van a vencer. —La voz de Felipe sonó firme—. No me importa lo que ese hombre haga o lo que esa empresa que ustedes nombran haga. No voy a permitir que destruyan lo que queda de mi familia.

Felipe apretó la mano de Eric. Soñó con ese momento innumerables veces, aunque nunca imaginó las causas que permitirían que su destino y el de Eric se cruzaran de nuevo.

—Lo primero que haremos cuando lleguemos a Rusia será aclarar algunos términos con mi padre.

—¿Estás seguro? —indagó Raisha.

—Más que nunca. No más mentiras—replicó Felipe—. Estoy harto de ellas.

—Sabía que había algo más aquí. Eric Morgan haciendo altruismo, ¿cómo no! —dijo Grégor mientras estaban en la cafetería del hospital—Joder, parece una novela romántica. Pasan las cosas más locas.

—Ni tanto—agregó Eric—, aunque sí, nunca pensé que tendría una excusa para ver a Felipe de nuevo.

—Eres un puto cobarde—sentenció Grégor—. Deberías pagarme ahora que encontré a tu ratoncito.

—¿Ratoncito? —Eric arqueó una ceja.

—Sí, él y la niña parecen unos ratoncitos.

—No es una niña—aseguró Eric—, y te he visto como la miras. A ti tampoco te parece.

—No hables mierda. —Grégor se molestó—. Soy viudo. He enterrado a una esposa y a una hija. Ten respeto.

—Dos cuestiones. En primer lugar, Raisha Becerra es muy parecida a tu esposa, en segundo lugar, eso ocurrió hace mucho tiempo atrás, que mires a otra persona que te parezca linda no hace que las quieras o te duelan menos. —Eric revolvió el café. Grégor entendió el mensaje.

—Ese es tu problema, Morgan. Dejaste de vivir por lo que le sucedió a tu familia, supongo que hasta ahora no encontrabas las excusas necesarias.

—Ahora me he quedado sin ninguna—confirmó Eric—. Felipe ha bajado todas mis barreras y ni siquiera me percaté. —Grégor reía. Le parecía una broma tan buena.

—¿Qué te sucede?

—No creí que te iban tan jóvenes, Morgan.

—La mayoría de los veinteañeros no quieren compromisos. Eso era bueno para mí. De hecho, ese fue el trato con Felipe.

—Y el bastardo se quedó en tu piel.

—Voy a contarte algo, pero no te rías—advirtió Eric, y Grégor entornó los ojos.

—No voy a prometer algo que desconozco si lo cumpliré. Cuenta, a lo mejor tienes suerte.

—Olía la camisa que llevé la noche en que me acosté con él. No la lavaba para que no perdiera su olor ¡Ya está! ¡Lo dije! —Eric se tocó el puente de la nariz, esperando las carcajadas, pero nada de eso sucedió. Grégor lo observaba como si fuera una especie de criatura amorfa— ¿Qué?

—Dios, eso es pasar todos los niveles de patético. —Se compadeció de Eric.

—¿Sabes qué es lo peor? Ni siquiera me da vergüenza.

—¿Te has dado cuenta de que tienen el mismo legado familiar? —preguntó Grégor, Eric se encogió de hombros.

—Lo sé, pero no somos culpables de eso.

La hiel tocó la garganta de Eric. Había demasiadas cosas que Felipe desconocía de su vida.

—¿Estás enamorado? —Grégor conocía la respuesta. Solo necesitaba confirmarla.

Eric sonrió y negó, una y otra vez.

—No sé cómo responder eso todavía.

—Veamos—explicó Grégor—, estás aquí, metido en un gran lío poniendo en peligro tu vida. Yo diría que sí.

Eric bebió del café, y luego sonrió. Grégor le golpeó el hombro para quitarle la incomodidad al momento.

Sí, Eric lo amaba, y daría la vida por él, si eso era preciso.

28 Colisión

Moscú, Rusia. Ocho años antes.

Dicen que la vida nos cambia de un segundo a otro. Yo descubrí la voracidad de esa teoría a mis trece años. Aquella mañana fui testigo de que la vida y la muerte son caras de una misma moneda desgastada y cruel que, de vez en cuando, lanza una carcajada.

También comprendí solo con trece años que la maldad no tiene límites, que puede apretarte el cuello y mirarte a los ojos con una sonrisa sádica. La maldad y la muerte se burlaron de mí hasta el cansancio esa mañana. Se jactaron al dejarme sin un céntimo de alegría, demostrándome que todo lo atesorado podía caer en saco roto y perderse en el camino.

—Felipe. —Mamá me buscaba por los pasillos y las habitaciones.

El piano hacía eco en la mansión desde muy temprano. Mi hermana había recibido la visita de su profesor de piano.

Zaria en la mitología eslava era la diosa de la belleza, aquella vinculada al amanecer y al cielo. Tal vez fue una ironía del destino, tal vez hizo un complot con la muerte y la maldad para hundirme en este pozo sin fondo, en el que jamás encontré un mísero rayo de sol.

—Aquí estamos mamá—dije en voz alta.

Estaba sentado frente al sofá blanco mientras Raisha se encontraba en el banco de piano y su profesor a su lado. Raisha ya mostraba talento innato para la música, el lugar en donde quedó su corazón junto a la pintura.

—Tengo que irme.

Raisha dejó de tocar y prestó atención a mi madre. Yo me puse de pie.

—¿Por qué? Me prometiste acompañarme al torneo ¡Me haces todas las veces lo mismo!

—Tu abuelo tiene un negocio pendiente—explicó, pero yo le resté importancia. Quería que se quedara conmigo y cumpliera su promesa. Nunca las cumplía—. Escucha, yo te prometo que...

—¡No quiero que me prometas! —grité enojado sin importarme que había un extraño en la habitación—. Tus promesas son vacías, son mentiras que me dices, una y otra vez para contentarme.

Salí corriendo de la sala y mi madre fue detrás de mí. Estaba furioso. Me arrojé sobre mi cama. Ella ingresó a la habitación blanca que combinaba con su atuendo.

—Mi amor—dijo con voz dulce.

Pensar que esas fueron las últimas palabras que me dirigió me destrozan el alma.

—Vete, no te quiero. Mientes todo el tiempo, dices una cosa y luego haces otra. Lo único que te importa es tu trabajo y el dinero.

Me giré a ella y la observé. Algo se rompió en su semblante aquel día. Mis palabras se incrustaron en su alma tan profundo.

Mi madre cambió su postura esbelta en tacones y solo se entregó al momento. Se rindió. Dio un suspiro profundo, su expresión corporal me develó que la carcomieron las ganas de acercarse, besarme y abrazarme. No lo hizo, a veces, en el silencio de la noche o mientras los

murmillos en la cancha se apagan, pienso en ese momento, en ese segundo que no habría cambiado su destino, pero sí el mío.

Volví a acostarme. Le di la espalda en mi cama, escuché los tacones dar pasos y alejarse. Mi madre abandonó la habitación.

«Un minuto».

Fue lo que me llevó arrepentirme de mi actitud y correr hacia ella. Escuché la puerta cerrarse cuando bajé las escaleras. Raisha estaba en medio de la sala.

—¿Y mamá?

—Va rumbo al helipuerto. Irán en helicóptero.

Las puertas del auto se cerraron. El helipuerto de la mansión estaba a dos kilómetros, así que corrí a través de los jardines y las flores. Necesitaba despedirme, decirle que lo sentía, que la amaba, que la próxima vez lo haría mejor, que era una buena persona, que haría todo por ella.

—Mamá. —Levanté la mano y grité viendo como las hélices comenzaban a dar vueltas. Ella estaba en la puerta junto a mi abuelo. Le sonrió. Había tristeza en su mirada. Esa que me acompañará para siempre—¡Mamá!

Fue inútil, el sonido del helicóptero impidió que ella me escuchara. Mamá subió y yo me detuve con lágrimas en los ojos. Pensé en su regreso, me disculparía cuando volviera. Haría todo bien.

«Dos minutos».

Ese fue ese el tiempo que pasó entre el despegue del helicóptero y que se tornara una bola de fuego en el cielo.

Los pedazos en llamas comenzaron a caer. Mis ojos empañados fueron testigos de la crueldad de la vida, de la falta de perdón y clemencia para un niño que se equivocó.

«Mi amor».

Nunca me perdonaré haberle negado a mi madre un beso, por haberme negado a mí mismo la última oportunidad de un abrazo.

Quizá, en el fondo, siempre merecí que las cosas terminaran de ese modo, ¿por qué será que a los seres humanos nos cuesta tanto la felicidad? ¿Por qué será que algunos no son capaces de verla ni siquiera cuando la tienen frente a sus narices?

Moscú, Rusia.

Horas más tarde.

—La camioneta nos estará esperando en la entrada del aeropuerto. Colócate detrás de mí, y no me sueltes ¿Quedó claro?

Observé los labios del hombre que se había transformado en mi guardaespaldas. Podría reírme a carcajadas de las vueltas irónicas de la vida.

Alejandro tenía razón, el amor se siente. Nunca había estado enamorado antes, pero supe que le pertenecía a este hombre desde el momento en que llegó esa noche a la suite del Hilton. El sexo me enloqueció, lo reconozco, pero no es eso lo que me llamó a cobijarme en su cuerpo. Era algo más allá del candente aroma que desprende su piel, incluso sin perfume. Era simplemente él. Su esencia.

Asentí con la cabeza. Eric se quedó en mis rasgos, y luego se humedeció los labios. Se moría por probarme, y, a pesar de que el mundo se me había caído encima, yo también.

—¿Qué somos?
—¿Eh? —Eric enarcó una ceja, divertido. Estábamos a punto de salir al ruedo de dejar el avión.
—No estás sordo, ni eres tonto. Entiendes lo que te estoy preguntando.
—Soy tu guardaespaldas—agregó con su hermosa sonrisa que en ese momento quería borrar de un golpe porque me molestaba.
—¿Nada más?
—Cuido de ti—pronunció muy cerca mío—. Te cuido, te protejo, y puedo hacerte sentir muy, muy bien.
—Eso no suena a algo que haga un guardaespaldas.
Eric guiñó un ojo. El idiota sabía que estaba perdido por él.
—Eric Morgan tiene el talento para hacer todo eso por ti—expresó con su arrogancia característica—¿ Te he dicho que eres muy afortunado de tenerme?
—Ni tanto. —Bufé algo enojado.
Una suave risa escapó de sus labios. Era genuina, no premeditada. Este era el verdadero Eric Morgan, y esperaba alguna vez conocerlo por completo.
Eric acarició mi mano y entrecruzó nuestros dedos ¿Así era cómo se sentía la redención? Porque fue la manera en que lo sentí.
Íbamos en un avión privado contratado por mi padre. Carlos me dijo que era una buena opción para evitar la prensa, y otras personas en el aeropuerto.
Raisha iba a algunos asientos de mí junto con Grégor. Conversaron todo el viaje. Ella se arregló el cabello y le dio una mirada coqueta.
Jamás vi a mi hermana interesarse por nadie. Este hombre casi la doblaba en edad. La gran alianza de matrimonio en su dedo me impidió negar la realidad. Sabía que su familia murió, pero él aún continuaba casado con esa mujer, en cuerpo y alma.
Raisha nunca se enredaría con un guardaespaldas, jamás lo había hecho, y eso que habíamos tenido de todas las razas, credos, y edades. El piloto nos avisó que podíamos descender del avión. Odiaba este momento, y ahora un poco más.
—¿Tu nariz? —preguntó Eric, quien también estaba nervioso. Lo noté de inmediato.
—Estoy bien.
—¿Duele?
—Muchísimo.
—Vamos, pronto estarás en casa.

—Felipe, ¿qué nos puedes decir de tus secuestradores?
—¿Cuándo volverás a la cancha, Felipe?
—¿La policía ya tiene los sospechosos?
Soporté los flashes de las cámaras. Si esquivar periodistas siempre me pareció una tortura, ahora, me parecía un padecimiento letal.
Me concentré en el hombre que me acompañaba. Me sostuve de él y mantuve mi vista en el piso. Tenía que salir de ahí. Raisha venía a algunos metros de mí junto con Grégor y el resto del equipo de seguridad.
«Mis enemigos creen que ya no existo. Será gracioso mostrarles que estoy más vivo que nunca».
Desconocía la gente con la cual había luchado Eric, pero se estaba arriesgando por mí. Empujó a los periodistas para que nos permitieran el paso.

—¿No tienes miedo de sus represalias?

—Nada me importa más que tú.

Me resultó inverosímil que este hombre dijera cosas como esas ¿Era tonto pensar que siempre lo quería a mi lado? ¡Ni siquiera sabía si saldríamos vivos de esa situación!

Fui secuestrado y golpeado. El trauma estaba ahí, agazapado, esperando el momento para emerger a la superficie como un gran tiburón blanco en busca de su presa, pero Eric me mantuvo seguro. No sufrí un ataque de pánico.

Salimos del tumulto y subimos en la camioneta. La prensa nos siguió. Era consciente de todo lo que vendría. Acamparían fuera del edificio donde vivo, estarían allí a todas horas. Sería imposible tener un segundo de paz.

Una vez en la camioneta percibí el celular que vibraba en mi bolsillo. Sonreí al leer el nombre en la pantalla.

—Ander.

—Estoy a punto de matar a Carlos Ferrari. No me permite acercarme a verte. Estoy rodeado de monigotes ¡No tienes idea de cómo estoy!

—Tranquilo, es por tu seguridad también.

—¿Tranquilo? ¡Casi me dio un infarto cuando vi tu cara en las fotografías! ¡Un triple infarto!

—Estoy bien, Ander—dije para frenar el ataque de histeria de mi amigo.

—¿Y tú guardaespaldas? No lo sé, pero estoy viendo tu llegada al aeropuerto ¿Es posible que tu custodio se parezca a un protagonista de cierto video de hace seis meses atrás?

No podía hablar. Tenía Eric a mi lado.

—Escucha, ven a verme cuando el arresto domiciliario se termine.

—¿No irás a entrenar?

—Vete al carajo, ¿me has visto la cara? No puedo pisar una cancha hasta dos semanas, por lo menos. —Era lo que más me molestaba de esta situación.

—Necesito que me cuentes toda la situación, zorra.

—Está bien—repliqué—, si las cosas mejoran, nos veremos mañana.

—Espero tu mensaje. Cuídate.

—Tú también.

—Amigo.

—¿Qué?

—Me da gusto escucharte.

—A mí también, nos vemos.

Sonreí cuando corté la llamada. Me quedé con mi vista sobre el celular.

—¿Quién era? —preguntó Eric a mi lado.

—Ander. Quiere que nos veamos.

—No vas a salir—agregó—. Es peligroso y además el médico dijo...

—Sé lo que ha dicho el médico, Eric—interrumpí—, pero voy a ser sincero. Comenzaré a entrenar lo antes posible. Tengo torneos por delante, y quiero estar a la altura. No voy a perder mi posición.

—Lo harás cuando estés mejor.

—Lamento decirte que tú no me mandas—dije algo molesto.

Eric se quedó en silencio, de hecho, los dos lo hicimos. Los dos guardaespaldas que nos acompañaban se mantuvieron callados. Detrás nuestro, venía Raisha en otro vehículo.

—Esto es importante para mí—esgrimí en un intento de retomar la conversación. Eric

asintió, y apretó mi mano.

—Lo sé, y será como tú digas. Tus actos, tus consecuencias. —Me pareció un trato justo —¿Hablarás con Jorge?

—No es solo una decisión mía, sino también de Raisha. Si te soy sincero, no me creo capaz en este momento de mirarlo a los ojos después de todo lo que hizo.

—Está bien, si es lo que consideras correcto.

—¿Tú qué piensas? —pregunté debido a que él tenía más experiencia en esto.

—Tu padre es un asesino, pero en este momento está tratando de hacer las cosas bien por ustedes. No voy a justificar lo que hizo, pero quiero que mires todo el bosque, no solo el árbol ¿Comprendes?

—Es difícil.

—Por supuesto que lo es. De una manera u otra, es el autor intelectual del asesinato de tu madre. No me gustaría estar en tus zapatos, ni en los de Raisha.

Afirmé mi espalda en el asiento. Me sentía cansado, angustiado, emocionado ¿Cómo sentimientos tan diferentes eran capaces de coexistir en el mismo cuerpo?

—¿Te quedarás conmigo esta noche? —Eric giró su rostro hacia mí. Mis párpados pesaban. Le dio una caricia sutil a mi mejilla izquierda.

—Estaré contigo el tiempo que me lo pidas.

29 Deseos al descubierto

Moscú, Rusia. Dos días después.

—Lo mejor será que te quedes en casa hasta que todo esto se resuelva.

—Carlos, no puedo ocultarme. Es lo que esos bastardos quieren ¿Qué hay de malo en que me reúna con Ander?

—Ander tendrá que esperar. Es tu amigo y él también corre peligro, de hecho, todos lo hacemos. Hasta que no capturen a los culpables, todos estamos en el ojo de la tormenta. Si no te cuidas tú, piensa en los demás.

Carlos tenía razón. En su desesperación Felipe quería huir. Volver a su vida normal cuando, en realidad, nada de su vida tendría normalidad después de lo ocurrido.

—¿Cómo está tu cara? —preguntó Eric y lo sacó de sus pensamientos lúgubres.

Eric cortaba algunas verduras para hacer una sopa. Felipe sonrió. Era lo único bueno de esa situación, estar encerrado con ese hombre.

—Está bien—replicó Felipe y dio un suspiro.

Estaba en uno de los asientos frente a la isla de la cocina. Eric se desplazaba en la cocina con soltura, como si toda la vida hubiera vivido allí. Era surrealista.

Felipe se tocó las vendas, las magulladuras todavía dolían pese a los analgésicos. El celular de Eric que estaba sobre la isla sonó y de inmediato respondió.

—Grégor—Eric escuchó con tranquilidad—, perfecto. —Cortó la llamada y continuó con su tarea. Luego de un par de minutos de silencio, Eric habló—.Grégor dice que el perímetro está asegurado. Nadie pasará, de todos modos, hay que hacer reformas en este departamento y en el de tu hermana.

—¿Como cuáles?—preguntó Felipe.

Eric sacó dos copas de la alacena, fue al refrigerador y asió una botella de vino blanco. Llenó las copas para ambos.

—Vidrios blindados, de igual modo las puertas. Cualquier proyectil las atravesaría.

—Sería como una cárcel—adujo Felipe—,además no es mucho el tiempo el que paso aquí. Raisha sí, pero yo con los torneos viajo todo el tiempo.

—Cuando estés aquí, debes estar seguro—afirmó Eric—. No voy a discutir contigo acerca de las reformas a implementar porque vamos a hacerlas.

—¿Y mi opinión? ¿Qué hay sobre la idea de que debo tomar mis propias decisiones, y me agunto las consecuencias?

—No si tu vida está en riesgo.

—Quiero comenzar a entrenar cuanto antes.

—Por Dios, no llevas ni una semana de la cirugía—sostuvo Eric— Tienes la nariz obstruida, apenas puedes respirar y no te has puesto suficiente hielo como te recomendaron.

—Estoy bien con el analgésico.

—Felipe, si quieres recuperarte al cien por ciento debes seguir todas las indicaciones del

médico al pie de la letra, todas.

«Nada de actividad física fuerte durante, por lo menos, una semana».

Felipe se mordió el labio inferior. Eric se limpió las manos y puso los vegetales en la olla hirviendo. Mierda, le gustaba incluso cuando lo regañaba.

—Jamás pensé que sabías cocinar y menos sopa.

Eric dio un suspiro y se arregló la manga de la camisa, la cual, había doblado en su brazo.

—Esta sopa es una receta de mi madre, y, según ella, era el único digno para realizarla porque me salía exquisita, así que, probarás mi segundo mejor talento.

—¿El segundo? —Felipe frunció el ceño—¿Cuál es el primero?

Eric pasó la lengua por sus labios y luego se mordió el inferior mientras observaba a Felipe.

—El primero lo conociste hace medio año.

Las mejillas de Felipe se incendiaron. Eric continuó con su tarea. Comenzó a sacar los platos. Felipe tenía mucho calor.

—Regreso en un minuto. —Felipe se movió con velocidad rumbo al baño. Llegó y se observó en el espejo.

Respiró profundo por la boca. El maldito tapón no le dejaba fluir el oxígeno por la nariz. Apretó la entrepierna y descubrió su erección.

«Mi primer talento lo descubriste hace medio año»

¡Qué carajo! Sacó su erección y la apretó en su mano, como si eso fuera a calmar el deseo que ebullicía en su torrente sanguíneo. Tenía en su mano la muestra de lo que Eric Morgan significaba para él. Su guardaespaldas.

«Un desconocido».

Eric era un amante divino que perdió a su familia. Eso era todo lo que sabía acerca de él.

Felipe empuñó su pene despacio.

«Nada de ejercicios pesados».

El médico fue tajante, pero ese idiota desconocía lo tentado que Felipe estaba a romper las reglas. No había vuelto a besar a Eric desde el hospital. El hombre no se había acercado, al contrario, siempre encontraba la forma de esquivarlo.

¡Cómo había disfrutado esos besos! Incluso con la cara hinchada y adolorida. Los labios de Eric fueron mejores que todo el ibuprofeno y el paracetamol.

Felipe empuñó su pene. La respiración, y el corazón se aceleraron a un punto que pensó que iba a explotar.

Dos golpes en la puerta del baño que estaba abierta. Felipe se contrajo.

—¿Todo bien? —La cara de Eric no traicionó cuando recorrió su cuerpo con sus impresionantes ojos verdes.

—Sí—Felipe guardó su erección, y abrió el grifo—,voy en un minuto.

Eric se alejó. Felipe se secó las manos y con la toalla se cubrió la cara y se quejó ¡Qué vergüenza! Eric fue testigo de sus deseos al descubierto.

Felipe salió del baño y, en vez de volver a la cocina, se sentó en la sala frente al televisor con el celular en su mano. Tenía que distraerse y mantener a Eric lejos.

El custodio caminó hacia él media hora después con una bandeja, la sopa y dos copas con agua.

—No debemos beber más alcohol. —Eric se ubicó a su lado con su propia bandeja para tomar la sopa.

La imagen se ponía cada vez más surrealista. Después de haberlo visto pajeándose en el

baño, Eric solo se limitaba a tomar una sopa de verduras a su lado. Felipe se humedeció los labios y emuló la acción.

Este no se parecía al hombre que conoció seis meses atrás. Felipe se preguntó cuál era el verdadero.

—¿Está buena?

—Sí—Felipe asintió y cargó la cuchara de nuevo—, está muy sabrosa.

—Mamá le ponía espárragos. Salía mucho más suave. Es una lástima que tú no tengas.

—¿Tu madre murió hace mucho?

—Dos años atrás.—Recordó Eric y volvió a llenar la cuchara—. Mis padres y tres de mis hermanos.

—¿Fueron los de Olimpia Zeratos? ¿Por eso Grégor te ha pedido ayuda?

—Algo así. —Eric tomó unas cucharadas más de la sopa, y alejó el plato—. Estoy cansado.

Eric disimuló con una sonrisa. Bebió la copa de agua. El resto de la sopa la llevó en la bandeja hacia la cocina. Felipe lo siguió. Se paró en el umbral de la puerta mientras Eric lavaba su plato.

—No es malo sentir dolor—afirmó Felipe—. Es la muestra única de que ellos eran amados por ti, que te importaban, y que tocaban tu alma. El dolor demuestra que estás vivo.

—Estoy cansado de sentir dolor. —Eric levantó la voz y dejó caer sus hombros afirmado en la encimera. Una gota de agua caía del grifo—. Quiero, por un momento, volver a ser yo. Lo que era antes de este desastre.

Felipe dio pasos hacia él, se apoyó sobre su espalda, y le rodeó la cintura con sus brazos. Eric se sostuvo de sus brazos para después cerrar los ojos. Se giró hacia él y lo abrazó.

—Solo alguien que ha vivido y padecido el dolor podría entender cómo me siento. Tú lo hiciste sin siquiera conocerme.

Las manos de Felipe recorrieron los pectorales firmes sobre la camisa blanca.

—Quiero que me hagas el amor—susurró cerca de sus labios y dejó besos en las comisuras. Eric presionó el cuerpo grácil contra el suyo.

—Yo no sirvo para eso. Soy bueno en el sexo, no haciendo el amor.

—Eres bueno. —Felipe le besó el mentón—. Me has cuidado, me has preparado una sopa deliciosa. Yo diría que eres excelente. Ahora vamos a mi recámara.

—El médico...

—Sé lo que ha dicho el médico—interrumpió Felipe sin dejar de tocarlo—, pero él nunca va a entender lo que es tener a alguien como tú a su lado y estar en abstinencia.

—Te estabas masturbando en el baño—afirmó Eric y le besó las mejillas—¿Sabes cuánto me costó no empotrarte sobre el lavamanos?

—No quiero que te controles—respondió Felipe—. Quiero sentirte, quiero que me hagas tuyo.

—La última vez no pudiste salir de la cama—señaló Eric arrepentido—. Cuando te tengo en mis brazos, mis límites se desvanecen. Y ahora estás lastimado de verdad. No puedes respirar bien.

—Te quiero en mí. —Felipe lo sedujo con una voz suave y besó sus labios despacio una y otra vez—. Quiero que nos olvidemos de la angustia y el peligro que nos rodea. Por favor, Eric.

Los dedos de Eric se presionaron en el suave cuero cabelludo y se enredaron en los rizos castaños. Felipe gimió cuando el hombre tironeó. Eric lo besó.

Felipe gimió de dolor y placer cuando el hombre le devoró la boca y lo sujetó con fuerza

de su rostro. Los besos eran cortos para que Felipe recibiera oxígeno, pero no por eso fueron menos intensos.

Felipe también sostuvo el hermoso y masculino rostro con ambas manos. Le acarició la mandíbula, sus dientes se engancharon sobre el apetitoso labio inferior. Sus ojos estaban oscurecidos. La excitación hablaba en cada mirada, en cada caricia.

—Ven a mi recámara—rogó Felipe, entretanto se apoyaba en el caliente toque de esas manos habilidosas—. Por favor.

—Dilo de nuevo.

—¿De verdad te pone que te ruegue? —Se burló Felipe.

—Muchísimo.

—Por favor—Felipe palpaba la erección de Eric entre su pantalón de vestir—, por favor.

Eric estuvo a punto de correrse en ese instante que había cambiado todo entre ellos.

—Bien, bebé—susurró en su oído—.Muéstrame tu alcoba.

30 Tentaciones

Felipe y Eric tropezaron con la cama en la cual cayeron. Las cortinas estaban abiertas y las luces apagadas. La luz de la luna ingresaba y permitía que las sombras de la lujuria y el danzar de dos cuerpos dispuestos fuera visible. Eric levantó la camiseta azul de Felipe y salpicó besos en el abdomen. Su lengua se hundió en un caliente itinerario, en donde cada lugar albergaba puro placer.

Felipe gimió cuando la lengua pinceló sobre el pezón derecho. La boca se cerró sobre el botón rosa y lo succionó con intensidad. La sensación se expandió por todo su cuerpo. Sus dedos se atenazaron al cuello de ese hombre musculoso para después surcar la espalda vestida.

Eric jugaba con su pezón derecho, y sin despegar la lengua de su piel caliente, ascendía para deslizarse por el cuello, el mentón, y encontrar sus labios. Felipe desabotonó la camisa de su amante como pudo. Los últimos botones estaban rebeldes así que, dio un tirón y estos se desprendieron de la tela.

—Acabas de romper una camisa que me gusta mucho. —Se burló Eric. Felipe la deslizó por sus brazos.

—Ella tuvo la culpa, no quiso ceder.

Felipe hizo un puchero que encendió la libido de Eric. Buscó el cinturón del pantalón y lo desajustó. Felipe bajó su propia cremallera, y levantó la pelvis para que su amante pudiera deshacerse de la molesta prenda.

Felipe enganchó su pierna derecha a la de Eric. Lo tumbó de espaldas sobre el mullido colchón, se humedeció los labios con seducción, y Eric le sonrió.

—Dime, quién eres y qué has hecho con el dulce Felipe Becerra.

—Digamos que he tenido un gran maestro en las artes amatorias.

—Pensé que se había comportado como una mierda—dijo Eric. Felipe tragó saliva cuando sujetaba la verga húmeda en sus manos.

—En realidad lo hizo, pero ya lo perdoné.

—Pues ese imbécil es muy afortunado—agregó Eric. Felipe se encogió de hombros. Sus dedos resbalaban por el trozo de carne desde la base a la punta. El pulgar jugó con el glánde.

—La verdad no podría decir que es afortunado. —Felipe se inclinó sobre el trozo de carne y deslizó su lengua sobre él—. Le toca arriesgar su vida por mí ahora.

—Créeme, de seguro lo hará gustoso, si la chupas como aspiradora.

—¿Así? —Felipe introdujo el miembro completo en su boca y succionó.

Eric gimió, sus brazos cedieron para caer por completo en el colchón. Felipe se ahogaba por momentos. El oxígeno era insuficiente, pero el hecho de ver así de excitado a ese hombre divino valía el esfuerzo.

Eric, de vez en cuando, lo observaba. Felipe era consciente de que no lucía atractivo. Su cara parecía una bolsa de box de color morado y rojizo. Tenía toda la nariz y parte de las mejillas surcadas por vendas blancas.

Eric levantó su pelvis. Felipe pensó que el pene quedaría atascado en su garganta. Apoyó las manos en las caderas de Eric y le permitió avanzar. Felipe dejó que sus labios se expandieran al límite. Eric tenía sus ojos felinos concentrados en esa boca talentosa.

—Succiona, hazlo ahora—ordenó. Felipe lo hizo. Eric gritó y echó su cabeza hacia atrás —¿Sabes? Si alguna vez dejas el tenis, deberías dedicarte a esto.

Felipe sostuvo el pene y lo sacó de su boca para respirar. Pasó su lengua en círculos por el glande. El líquido preseminal se conjugaba con su saliva.

—¿Tú me dejarías? —preguntó ufano.

—No soy del tipo de compartir, pero tampoco me gusta quitar libertad.

Felipe sonrió y fue hacia arriba. Sus labios se unieron a los de su amante que ahora lo giraba en la cama. La lengua de Eric descendió por el cuello al pezón que no había recibido sus estímulos todavía.

Felipe se mordió el labio inferior. Eric continuó su recorrido hacia el sur. Lo abrió de piernas y dejó un chupetón sobre su ingle.

—Eres tan hermoso.

—Eric.

Una contracción de placer. La boca gloriosa del hombre se cerró sobre su pene como la primera vez. Lo comía con devoción, como un manjar exótico. Felipe gimió alto. La luz de la luna ahora se reflejaba en su pecho. Felipe pensó en cuántos orgasmos atestiguaría esa noche.

Eric era ruidoso, gemía en medio de la felación, disfrutaba. Felipe se entregó a las manos y a la boca de ese hombre cuya experiencia hablaba por sí sola.

Eric Morgan era igual de letal con un arma entre sus manos, o con lo que llevaba entre sus piernas. Lo orilló al orgasmo dos veces. Felipe sollozó en una mezcla de excitación y protesta que a Eric le pareció de lo más divertida.

—Gírate. —Eric susurró y le dio un nuevo chupetón en el pezón—¿Todavía tienes ese lindo consolador?

—Está en el cajón de mi mesa de noche junto con el lubricante—confesó Felipe.

—¿Lo usas seguido?

—Sí—afirmó Felipe sin miedo—, me gusta cómo se siente.

—¿Alguien más lo ha usado en ti?

—Pensé que no eras del tipo posesivo. —Felipe se burló.

Eric lo agarró de la cintura y lo dejó boca abajo en la cama. Felipe contuvo la risa. ¿De verdad se había molestado?

Una nalgada y luego un fuerte apretón. Felipe aulló.

—¡Oye! —protestó Felipe.

—Eso es por andar de libidinoso.

—Vamos, seguro tú te has mantenido virgen e intacto todo este tiempo. —Le reclamó a Eric.

El hombre buscó a tientas en la penumbra el lubricante y el consolador. Lo embadurnó con el líquido espeso y rozó las nalgas. Felipe se contrajo.

Lo sintió en su entrada, frío y resbaladizo. Las paredes musculares cedieron. Felipe tenía la mejilla apoyada en la almohada. Eric buscó otra para colocar debajo de la pelvis. La sensual curva que hacía la cintura y el culo fue irresistible.

El consolador se deslizó en el interior con soltura. Conocía ese espacio. Felipe se mordió el labio inferior. Mientras que con una mano movía el aparatito, con la otra acariciaba las nalgas turgentes, la estrecha cintura y seguía el recorrido hasta el cuello.

La pelvis de Felipe acompañó el vaivén. Su pene despierto y ansioso se acariciaba en la firmeza y suavidad de la almohada. Observó la mano y el brazo de Eric que presionaban la almohada donde apoyaba su mejilla. El peso conocido y anhelado se extendió sobre su cuerpo.

Felipe cerró los ojos. Quería guardar este instante, el momento en que se volvía uno con ese hombre.

El consolador abandonó su entrada y fue reemplazado por algo más grande caliente y resbaladizo. Eric se deslizó en su interior y cubrió su cuerpo por completo. Respiró en su mejilla y lo besó.

—No he vuelto a estar con nadie más desde hace seis meses.

—¿Qué? —En medio de una tormenta de lujuria, Felipe giró su rostro hacia el hombre. Sus miradas se encontraron.

—No ha habido nadie después de ti.

Eric lo besó y embistió. Felipe se sostuvo de la almohada.

«Una bestia».

El único vocablo que calificaría a Eric Morgan en el sexo. No tenía límites. Sus caderas impusieron un ritmo feroz que sacudía la cama y tenía Felipe gimiendo en un estado de descontrol. Su miembro ingresaba profundo y sus testículos golpeaban las nalgas.

Un ritmo rápido y profundo. La pelvis tenía vida propia. Eric decidió sentarse sobre las nalgas y afirmarse en el respaldar de la cama para embestir más duro. Felipe creyó que lo mataría.

Aguantó un chillido que iba del dolor al placer cuando el agarre en sus caderas se intensificó. Uno, dos, tres, diez, quince, veinte estocadas rápidas, duras y contando. Felipe se sentía una gacela indefensa en manos del león hambriento de la Sabana, que llevaba meses sin devorar una presa y se le notaba.

El orgasmo comenzó a gestarse en su cuerpo. Felipe rasguñó el brazo de Eric, se sostuvo de él cuando la esencia salpicó la almohada de plumas. Su cuerpo convulsionó, vibró ante las ráfagas de poder de un dios del sexo.

Eric no cedió, no frenó, al contrario, se impulsó con más fuerza.

—Quiero verte. —Felipe se enfocó en su hombre—. Fóllame de frente.

Eric asintió como un animal perdido en el cielo. Salió de su interior, escrutó el lugar donde había estado y lo invadió una sensación entre poderosa y morbosa.

Felipe cayó de espaldas en la cama y abrió las piernas para recibirlo. Eric se empujó en él una vez más y se perdió en sus labios. Felipe lo alejaba un segundo para respirar para luego volver a la faena. El ritmo se volvió constante. Las caderas de ambos respondían, se encontraban, se llamaban en este danzar salvaje.

El semen escurría en el abdomen de Felipe. Eric lo acarició y tomó un poco de la esencia. La llevó a su boca, succionó e hizo un ruido erótico. Felipe no se perdía detalle. Sus cuerpos escurrían sudor y fluidos.

—Yo tampoco he estado con nadie. —Felipe enredó sus brazos, sus piernas y sacudió sus caderas junto a Eric—¿Cómo podría? Y para que lo sepas, no me arrepiento. Nunca lo hice. Fue la primera vez que me sentí vivo.

—Felipe—Eric unió su frente a la del hombre. Sus alientos se mezclaban—, no voy a abandonarte.

El orgasmo escalaba en sus cuerpos. Eric arremetió con la fuerza de un tornado. Gimieron y se vinieron juntos esta vez.

—Eric. —Un gemido ronco en su nombre para hacer más erótico el momento.

Su amante le dio un chupetón en el cuello. Su erección se desvanecía a medida que se descargaba, gota a gota, en el interior de esa belleza.

—Eres una cosita tan rica cuando estás cachondo—susurró Eric. Felipe presionó las

caderas y lo impulsó para que no saliera de allí.

—¿Crees que el médico se refería a esto cuando dijo que no podía someterme a ejercicios intensos? —preguntó Felipe con diversión. Eric lo recorrió con su lengua del cuello al mentón. El orgasmo solo les demostró que la sed por el otro seguía intacta.

—El doctor nunca se imaginaría que ibas a hacer esto con tu guardaespaldas.

—Sería un pecado no hacerlo con semejante hombre—dijo Felipe acariciando la espalda sudorosa y recibiendo los besos—¿Está mal que quiera una nueva follada?

—Es probable—Eric se burló—, pero ¿quién soy yo para juzgar?

—Tengo un jacuzzi que no he estrenado—dijo Felipe con entusiasmo.

—¿Qué quieres que hagamos ahí?

—Tengo una fantasía en mente—señaló Felipe—. Una que no he podido sacarme de mi cabeza, ¿te animas?

Eric sonrió y lo nalgueó.

—Estás con un Morgan, cosita. No hay nada a lo que no me anime en el sexo.

31 Sangre y cenizas

—Recuerdo una vez que estuve así de sudado. Fue en Australia.

—¿La estabas pasando tan bien como ahora? —musitó Eric y le chupó el lóbulo de la oreja.

Felipe tenía las piernas enredadas a su cintura. Con seguridad, le costaría levantarse al día siguiente. Era una sensación tan romántica y erótica. Una mezcla indescriptible que los llamaba a continuar adherido al otro, incluso cuando estaban extenuados.

Eric se colocó de costado en la cama. La pierna de Felipe continuaba enganchada a su cadera. Se deslizó fuera del cuerpo tibio y lánguido de su amante. Felipe lo retuvo del cuello y una vez más sus labios se unieron. Jugaron con sus lenguas como si la noche apenas comenzara, como si las brutales tres horas solo hubieran sido un precalentamiento.

—Me encanta tu cuerpo. —Las manos serpentearon por el torso tonificado—. No estás nada mal para ser un viejo.

—Tengo treinta y cuatro años—afirmó Eric—. No me considero viejo.

—Lo eres. —Felipe se burló—. Eres un viejito que sabe muchos trucos en la cama.

—Creo que te he dejado bastante satisfecho a pesar de mis años, ¿no te parece?

—Es una broma. —Felipe le chupó el mentón—. Eres el hombre más increíble que he visto en mi vida. —Las uñas romas de Eric trazaron líneas en la cadera sudada. Felipe observó los cardenales violáceos que había en ella—. Eres una bestia.

—Gracias.

—No lo dije como un cumplido. —Felipe le golpeó el pecho. Eric lo atrajo hacia él

—¿Qué? No te vi muy molesto en el jacuzzi hace media hora atrás. O tal vez, necesitas un muchachito como tú, suave y tierno.

—Nada de suavidad y ternura—aclaró Felipe—. Me gusta duro y salvaje.

Eric, esta vez, le dio un beso en la frente y peinó sus rizos húmedos. Las penumbras creaban una atmósfera silenciosa y romántica. Eric se abrazó al hombre dulce y entregado que había disfrutado hasta el cansancio. Cerró los ojos y respiró el perfume de Felipe. La colonia dulce que yacía en su piel incluso después de todo el sudor.

Eric tenía tantas palabras e imágenes en su cabeza.

—¿Qué sucede?

Hermosos ojos miel verdosos lo observaban, manos suaves lo acariciaban con ahínco. La boca de Felipe se arrastraba en su cuerpo dorado. Eric tomó una bocanada de aire, un escalofrío lo sacudió.

—Los detalles de lo que voy a contarte no los sabe nadie, excepto mis hermanos. Son los recuerdos que me persiguen a mí y a los que quedan vivos.

Felipe frunció el ceño, sintió el cuerpo trémulo abrazado al suyo. El amante sagaz y perfecto que ahora se tornaba un muchacho débil y necesitado.

—Lo que sea que me cuentes, te prometo que está a salvo conmigo.

—Comprometerte a eso es igual a pedirte que entregues el alma al diablo.

—No me importa. —Felipe estaba decidido a romper con ese monstruo que lo separaba de Eric—. Soy más fuerte de lo que parezco.

Eric le sonrió con ternura tomó los dedos de sus manos y los besó.
—Ya lo sé. Siempre lo supe.

Barbados, América Central.
Dos años atrás.

Había una gran diferencia entre ser un guerrero y haber nacido para la guerra. Los Callums eran del segundo grupo. Los Callums destruían y profanaban, pero este trabajo tenía un sabor distinto. Se trataba de poder y dominio. De demostrar de una vez por todas que con ellos no se jugaba. La guerra fría había dado lugar a una hoguera ardiente, donde sus almas se consumirían.

Eric aprovechó la confusión y corrió hacia donde estaba Bryce, y ambos huyeron en medio de una lluvia de balas.

—¿Y Anael?

—No lo sé —contestó Eric. El corazón le golpeteaba el pecho—. Son muchísimos.

—Hay que buscar a los demás. —Bryce le dio un golpe en el brazo e intentó avanzar cuando Eric lo frenó.

—Mayka está aquí. Es uno de los asesinos.

Bryce tragó saliva y asintió.

—No me sorprende. Al fin y al cabo, ella protegerá a su familia —replicó—, y yo haré hasta lo imposible para proteger a la mía.

Eric se quedó sin palabras. Bryce lo alentó a continuar y buscar a los demás miembros de la familia. Atravesaron el salón vacío, con un tendal de muertos, entre ellos sus hermanos menores. Bryce tomó entre sus brazos a Kent. Un hilo de sangre salía de su boca. Sus ojos grises estaban muy abiertos, vacíos.

—Solo eran unos niños. —Eric estaba abatido—. No tienen derecho.

Bryce sostuvo entre sus manos el arma y se puso de pie.

—Vamos por esos hijos de puta. Asegúrate de que no quede ni uno vivo.

Sostuvieron las armas y corrieron hacia el interior de la mansión, en donde los disparos continuaban. Anael estaba atrincherado en el pasillo que unía la sala a la cocina. Las ametralladoras molían las paredes de madera mientras el hombre se mantenía detrás de una de las columnas de yeso. Se levantó y disparó varias veces, hasta que su pistola quedó seca.

—¡Maldición! —Anael sabía que era cuestión de tiempo.

Las carcajadas y silbidos de burla resonaron en el estrecho pasillo. Sariel, uno de los Callums, y su grupo ingresaron a la cocina, que era el último bastión que le quedaba al «Ángel» en la planta baja.

—¿Hay un lindo gatito aquí? —cuestionó con voz burlona.

Anael cerró los ojos y esperó el momento.

Más disparos, un sonido estrangulado, unos pasos y su mundo volvió a tener color. Eric apareció a su lado, mientras que Bryce ahorcaba a Sariel, y este luchaba por zafarse del agarre. Un crujido seco, los ojos desorbitados y un cuerpo lánguido. El demonio arrojó al hombre con el cuello destrozado al piso.

Anael los abrazó y se movieron hacia la planta alta.

—¿Algún sobreviviente?

—Han asesinado a la mayoría —respondió Anael a Bryce.

—Nuestros hermanos...

—Lo sé —dijo Anael con un hilo de voz—. Vi cuando los ejecutaron.

Corrieron por las escaleras cuando los disparos cerca de sus pies les revelaron que los habían descubierto. Saltaron hacia los costados. Eric se sostuvo del lateral de la estructura de madera mientras Bryce y Anael cayeron a planta baja.

Owen, otro de los enemigos, disparó a mansalva. Abrió un surco en la madera. Las astillas y los pedazos volaban hacia todos lados. Entretanto, Eric se balanceaba en ella.

—¡Salta! —gritó Bryce, y apuntó al bastardo que tenía dos rifles de asalto, uno en cada mano.

Eric se balanceó por última vez y cayó sobre un sofá, el cual volteó y rodó por el suelo. No podrían subir por allí. Eso solo les dejaba una oportunidad: la parte trasera de la mansión a través de la escalera de servicios.

En su marcha se toparon con Abel y May. Se quedaron estáticos frente a ellos cuando Abel sonrió y abrió la mano. En ella tenía el anillo de bodas de su madre.

—Tu padre es un inútil, Morgan. Al parecer, nunca puede cuidar de las mujeres. Por eso lo abandonan.

Era el padre de Mayka, el padre de su amor, y en ese momento el fuego ardió en Bryce como nunca lo había hecho. Dio un grito de guerra y se abalanzó sobre el tipo. May quiso disparar, pero Eric y Anael fueron más rápidos. La mujer huyó en medio de las balas.

Bryce tenía a Abel en el piso. Lo sostuvo del cuello mientras se enfocaba en esos ojos negros que aborrecía.

—Es tu culpa, hijo de puta —pronunció Bryce con los dientes apretados—. Todo esto es tu maldita culpa.

La cabeza dio contra la madera una y otra vez. Cada vez con más fuerza. El rojo pintó la superficie a medida que el cráneo de Abel se molía bajo las garras del demonio. Eric fue quien sostuvo a su hermano y lo obligó a ponerse de pie cuando ya había hecho añicos al enemigo. El apuesto rostro de Abel solo era un cúmulo de sangre, huesos expuestos y ojos desorbitados. Eric le dio una bofetada para que volviera en sí. Bryce respiró y miró a sus dos hermanos.

—Aquí nos separamos.

—¿Qué? —indagó Eric, que todavía no podía creer que le hubiera pegado a su hermano mayor.

—Váyanse de aquí.

—Estás de coña. —Anael negó mientras le quitaba las armas y un cuchillo a Abel.

—No podemos ganar —dijo Bryce, y sostuvo a sus hermanos entre sus brazos—. Se terminó. No podemos desaparecer. No voy a darle ese gusto al hijo de puta de Theodor.

—Y nosotros no queremos perderte, así que no vamos a ningún lado.

—Estoy orgulloso de ustedes —susurró con ganas de irse de ahí también. Jamás pensó que el miedo doliera de esa manera—. Largo, ¡es una orden!

Y dicho esto le quitó las armas a Anael y a Eric, y corrió hacia fuera.

Eric quiso seguirlo, pero Anael lo detuvo.

—¿Qué? ¿Lo vas a dejar morir?

—Bryce tiene razón. No podemos dejar que la familia de Río Morgan se extinga.

Eric volvió a mirar hacia donde su hermano había ido y dio un suspiro.

—Ni en mis peores pesadillas pensé que mi familia terminaría así.

—Yo tampoco —replicó Anael—, pero la realidad es una sola, y no la podemos cambiar. Los disparos cesaron a medianoche. Las idas y venidas dejaron de escucharse en el

pequeño sótano donde Eric y Anael esperaron atrincherados su final, el cual nunca llegó.

El enemigo dejó su estela de muerte y venganza, y se retiró tan rápido como había llegado. El olor a quemado les reveló que pronto ese espacio dejaría de existir y que las cenizas de los cuerpos de sus familiares y amigos se las llevaría el viento.

Salieron del escondite y se movieron con velocidad, buscando sobrevivientes. Los Callums y su equipo no se caracterizaban por la piedad, y mucho menos por dejar testigos de sus masacres. Subieron por la escalera de servicio y a quien primero encontraron fue a su madre. Estaba sentada, con su espalda pegada a la pared. Tenía dos orificios de bala en su pecho. Las gotas de sangre se esparcieron en toda la superficie blanquecina y en el piso de madera.

Anael se frenó frente a la imagen. Eric intentó hacerlo reaccionar.

—Los mataré —juró Anael con todas las fuerzas que le quedaban—, aunque sea lo último que haga en mi vida.

—Vamos, hay que seguir.

Eric no reparó demasiado en la imagen. Si lo hacía, jamás podría dormir de nuevo, jamás podría recordar a su madre como lo que fue, una mujer hermosa. Su mente solo viajaría al momento en que la encontró bañada en sangre en el primer piso de su mansión en Barbados.

No bajaron la guardia. Iban habitación por habitación, y la respuesta siempre era la misma: nada. Fue cuando llegaron a la quinta puerta que el mundo terminó de derrumbarse sobre sus cabezas. En el piso yacía su prima Michelle, de solo quince años, junto a Diana, su madre y su esposo. Río estaba sobre una silla. La camisa blanca impoluta se había teñido de púrpura. El olor a quemado y pólvora se hacía cada vez más intenso.

Bryce yacía en el piso de madera al lado de la ventana, de costado.

—Lo pusieron de rodillas. —A Eric se le quebró la voz—. Mira la forma en que ha caído.

—Bastardos. —Anael se apresuró a tocar el pulso pese al orificio en el centro de sus pectorales. El hombre se puso de pie como un resorte.

—¿Qué?

—Está vivo. —Su voz se llenó de incertidumbre—. Tócalo.

—Imposible. —Eric se puso de rodillas y constató lo que su hermano le había dicho—. Ha perdido demasiada sangre.

—No, no es imposible —rebatió Anael mientras luchaba para levantarse—. Debía quedarse para dar fin a los asesinos de su familia. Y ahora, cada uno de esos bastardos debe prepararse.

«Sangre y cenizas».

—Así se titula la historia de nuestra familia y los Callums. La historia que nos hizo quienes somos, la que no nos deja vivir.

—¿Volviste a ver a los asesinos de tu familia?

—Ellos creían que estábamos muertos. —Eric miraba el techo. Felipe se limpió las lágrimas a su lado. Un dolor inefable, eso es lo que es la historia transmitía—. Theodor Callum murió, bueno, dicen que fue asesinado. El resto se dispersó, pero aún tienen aliados en todas partes. El poder que tienen es inimaginable. Son los sicarios del mundo moderno. Han matado a tantos que no alcanzamos la cuenta. Todo el mundo les debe favores. Mis hermanos van por uno más.

—¿Cuándo?

—Muy pronto, tienen un par de clientas muy ansiosas por su cabeza.

—¿El tipo que persiguen es uno de los asesinos de tu familia?

—No, supongo que tenía mejores cosas que hacer que ir y matar a personas desarmadas.

—¿Tu hermano mayor perdió la cabeza?

—Todos lo haríamos si pasáramos por una experiencia similar. Si la mujer que amamos nos traiciona y nos pone una bala en el corazón.

—¿La mujer no lo buscó?

—Pensó que Bryce estaba muerto, aunque es obvio que ella se debe a su bando.

Felipe lo abrazó con fuerza, como si pudiera unir todas las partes desperdigadas de un hombre roto.

—Me costó entender, pero Dios me dejó vivo por una razón. Quiere que viva, que viva de verdad.

Felipe besó su cuello. Besos muy cortos que ahora se mezclaban con las lágrimas de ambos, lágrimas que habían callado, que cantaban día y noche sobre la profunda agonía. Desparramó besitos en su mentón, la comisura de sus labios, la nariz respingada, sus párpados, en su frente.

—Gracias por contarme tu dolor. —Felipe susurró cerca de su boca—. Te prometo que vamos a curarnos. Este no es el final, es solo el principio.

Eric respondió el beso con hambre. Se enredaron en la cama desecha, esa cama en donde no quedaba ni un mísero centímetro por colonizar. Felipe se montó sobre él y lo cabalgó despacio, sin perder detalle de la mirada del otro, de cada gesto de placer.

Sus cuerpos dolían. Eric y Felipe estaban exhaustos, pero sus almas querían más. Escudriñar y llegar a donde nadie más había estado.

—Te amo. —Felipe susurró contra sus labios y se vino.

Eric se liberó en el cuerpo de ese hombre que era puro amor, al que había dejado con el corazón roto. Lo abrazó y jadeó cuando cada gota de semen abandonó su ser para llenar el de Felipe.

Estaban en paz.

32 Daño colateral

Moscú. Rusia. Una semana después.

—¡Mi mejor amigo decide visitarme! ¿Qué clase de milagro es este?

Ander dio aplausos mientras caminaba rumbo a la red. Felipe le mostró el dedo del medio.

—Vete al carajo.

Ander lo abrazó con fuerza. Felipe sintió toda la preocupación y el dolor que su amigo estaba sosteniendo.

—Casi me muero, hermano—dijo contra su mejilla—. Si hubiera salido a tiempo contigo ¿Por qué siempre pienso en mí y nada más? Te juro que me he hecho tantas preguntas.

—Estoy bien.—Felipe le respondió el abrazo con la misma intensidad—. Tuve mucho dolor, miedo, tristeza, pero ahora estoy bien, al menos, puedo salir a la calle sin sufrir un ataque de pánico.

Ander que había tenido los ojos cerrados, los abrió. A unos seis metros de dónde estaban, Eric los observaba con su vista de halcón.

—Miren a quién tenemos aquí. —Ander se burló—. No me extrañaría que hayas fingido el secuestro con tal de que apareciera.

—No soy tan psicópata como tú, pero sí, no puedo negar que estoy contento—señaló Felipe.

Ander se humedeció los labios. Recorrió con sus manos la espalda de su amigo, y le apretó una de las nalgas con la mano izquierda. Los ojos verdes de Eric parecían dos dagas afiladas que, de un momento a otro, lo dejarían desangrado. Felipe le golpeó el brazo.

—¿Qué carajo estás haciendo?

—Solo marco mi territorio.

—Pues, para tu información, el territorio que acabas de marcar es propiedad de él.

—¡Ah mierda! —Ander enarcó las cejas—¿Ya estamos formales y todo? —Felipe se encogió de hombros—. Entonces, debo ir y saludar

Ander rodeó la red y dio pasos hacia Eric. El hombre se arregló el saco y se puso de pie. Felipe se quedó en el banco. Iba a dejar su bolso de entrenar y sacar las raquetas. Tenía mucho tiempo de inactividad. El médico le había exigido que no llevara adelante tareas pesadas.

Mirás, su entrenador, le dijo que comenzara caminando en la cancha. Tenía por delante un torneo exhibición y luego Frankfurt. Un torneo en el que Felipe se coronó campeón el año anterior.

Ander se acercó a Eric, se detuvo frente a él, y ladeó la cabeza.

—Tú—Eric estaba serio. Ander dio una risilla—, así que le cuidas el culo a mi amigo. Tendrás trabajo, tiene un culo muy gordo. Mi nombre es Ander Kovac.

—Sé quién eres. Mi nombre es Eric Morgan. Soy custodio de Felipe.

La cara de Eric no traicionaba ni en una mínima expresión. Ander chasqueó la lengua,

debía presionar un poco más.

—Vaya, tienes una voz muy sexy ¿Sabías?

—¿No tienes un partido que jugar? —cuestionó Eric, cansado de las idas y vueltas.

—Ni tanto, pero bueno, al menos mi compañero esta vez puede caminar. No fue la misma situación hace seis meses atrás. —Ander arqueó una ceja. Eric bajó la mirada y luego volvió su vista hacia Ander. Este se cruzó de brazos—. Más te vale que lo cuides porque, esta vez, voy a ir a Londres en persona y te voy a cortar la verga, aunque me parezca muy bonita ¿Quedó claro?

—Te estás metiendo en cosas que no te importan. Lo que tengo con Felipe es nuestro problema, además te agradeceré que dejes de apretarle el culo y hablar de él de la forma en que lo hiciste.

—No me digas. —Ander se rio—. Tienes que hacer mucho mérito para que te respete, así que seguiré haciendo lo que me dé la gana.

Eric pasó la mano por su nariz y se rascó la barbilla. Dio pasos hacia Ander y lo sostuvo del musculoso brazo. El tenista quedó estupefacto.

—Bien, niño bonito, vamos a dejar las cosas claras. —Eric todavía lucía imperturbable, solo su mandíbula estaba en tensión—. Vuelves a tocar a Felipe y te vació el cargador del arma en la cabeza ¿Eso sonó mejor para ti?

Ander chasqueó la lengua.

—Un cavernícola celoso. Me encanta, pero no puedes matarme. Felipe nunca te lo perdonaría por lo que lamento informarte que tu amenaza no resultará conmigo.

Una mueca de una sonrisa. En menos de un segundo, Eric sacó el arma y la colocó en la cabeza de Ander. Su dedo índice resbaló por el gatillo. El sonido hizo que el corazón de Ander se detuviera. Levantó sus manos en señal de rendición.

—De acuerdo creo que la conversación terminó, ¿verdad? —añadió Ander—. Cielos, te veías mejor en el video en el que te masturbabas en la bañera. Al menos no parecías tan mal de la cabeza.

Felipe, por su parte, estaba perplejo. Ander corrió hacia la red una vez más. Eric guardó el arma.

—¿Qué fue eso?

—A tu novio no le gustan las bromas, eso es todo. Vamos a comenzar como nos dijo Mirás, ¿te parece?

—¿Y tú entrenador?

—Vendrá en un momento. Ha tenido algunos inconvenientes con su esposa.

—Bien, empecemos entonces.

—Dime si estás muy cansado.

—Estoy bien—Felipe se arregló el cabello—, ahora puedo respirar sin problemas sin todas esas vendas.

Practicaron cerca de una hora. Felipe se agachó y sintió una punzada en la cabeza. Estaba mareado. Las alarmas se activaron en Eric. Corrió hacia dónde estaba.

—¿Qué te pasa?

—Nada, creo que me he excedido.

—El médico dijo que solo caminaras, y te has puesto a tontear con ese idiota.

—Estoy bien, solo fue un mareo. —Felipe observó a Ander quien ponía ojitos burlándose. Dios, a veces, era como un adolescente—. Vamos a pasar un momento al gimnasio.

—¿Qué parte de comenzar despacio no has entendido? —Eric estaba molesto y Felipe se preguntó el motivo. Estaba claro que no era solo por el entrenamiento.

—Está bien, vamos a casa. Me despido de Ander.
Su amigo ya venía hacia él.
—¿Vas a dejarme solo?
—Eres tan dramático a veces. —Felipe le dio una sonrisa—. Nos vemos mañana.
—Claro que sí, nos vemos ¡Adiós psicópata!
Ander levantó la mano y saludó a Eric. El custodio no le respondió. Felipe se mordió el labio inferior.
—No es malo, solo inmaduro.
—¿Qué hay entre ustedes? —Eric de verdad estaba enojado.
—Es mi amigo.
—¿Le mostraste los vídeos que te mandé? —Felipe frunció el ceño. Iba a matar a Ander.
—¿Sabes? Si lo miro desde su perspectiva, te diría que, en vez de enojarte, deberías estar agradecido.
—¿Qué cosa debo agradecer? ¿El haberme visto desnudo o que te manosee?
—Fue él quien concretó mi cita contigo. Yo jamás podría haber dado un paso hacia adelante.
—¿Qué? —Eric apenas lo creía.
—Estaba muy nervioso y sabes que soy muy tímido. Todas las ideas han sido de él. Desde las fotos, el ligüero, el antifaz de encaje hasta los vídeos eróticos y las charlas provocativas. Estás conmigo gracias a él.
Eric se arregló el saco. Cielos, esto era muy vergonzoso.
—¿O sea que él está más al tanto de nuestra intimidad que la cama?
—Eric—Felipe le acarició el saco—, mi amigo no es malo, solo te estaba molestando. Ander es un alma noble.
—Está trastornado.
—¿Nosotros no lo estamos acaso? ¿Quién dice que nosotros estamos bien y él está mal?
—No te pongas filosófico.
—Y tú no te pongas como un celoso estúpido.
—Te tocó el culo—argumentó Eric—. Creo que mis celos están justificados.
Felipe se mordió el interior de la mejilla.
—Ya, no te molestes—dijo a Eric—. Vamos al departamento. Voy a pasar por Raisha. Quiero que hablemos con papá.
—¿Estás seguro?
—Ya no quiero esperar más. Sea lo que sea, quiero que definamos las cosas. Necesito tenerlo frente a frente.
—Está bien. —Eric asintió. Felipe lo sujetó del brazo.
—Este traje te queda muy caliente.
Eric entornó los ojos y luego le dio una sonrisa. Felipe era un diablillo cuando se lo proponía.
—¿Vas a las duchas?
—No, vamos directo a casa. Me ducharé allí, además quiero quitarte la ropa—musitó Felipe. Eric enarcó una ceja con suspicacia
—¿Has estado a punto de caer rendido por el cansancio hace un minuto? Eso debería ser una advertencia.
—Una hora más de ejercicio no hará la diferencia.

Felipe golpeó la puerta del departamento dos horas después. Estaba cambiado, bañado, y bien follado.

La seguridad que tenía en el edificio era estricta. Eran escasas las personas que los visitaban en sus departamentos. Iban acompañados a todos lados. Un descuido podía ser fatal.

Raisha abrió la puerta. Llevaba un vestido negro y tacones, el pelo suelto y estaba maquillada. Parecía otra persona. Lo era desde hacía un par de semanas.

Raisha siempre estuvo en conflicto con su femineidad. Ahora, explotaba cada rasgo de su cuerpo, desde su cuello esbelto, su rostro ovalado y simétrico, hasta su estrecha cintura y su gran trasero.

Los hermanos salieron rumbo a la camioneta que los esperaba en el estacionamiento.

—¿Estás nervioso?—preguntó Raisha.

—Es increíble que todavía le tema—sostuvo Felipe—. Ya no soy un niño, no puede hacerme daño.

—Algunas costumbres no se olvidan y algunos recuerdos nos persiguen toda la vida.

—Ya no quiero eso, Raisha.

Ella lo entendía, ¿cómo no hacerlo si le sucedía lo mismo?

Llegaron a la mansión media hora después. Fueron recibidos por un tumulto de personas, ambulancias y patrullas de policía, las cuales, rodeaban el lugar.

El corazón de Felipe se saltó un latido. Grégor frenó la camioneta y aparcó a varios metros de la entrada. El gentío era una cosa imposible. Era un gran espectáculo. Todos descendieron del vehículo. La prensa ya estaba apostada en el lugar.

Un policía les frenó el paso. Había decenas de mantas blancas en el jardín cubriendo cuerpos. Eso les reveló la angustiante verdad.

—No pueden ingresar.

—Es mi padre. Soy el dueño de esta casa—dijo Felipe y luchó por ingresar. Otros policías se acercaron y los contuvieron—. Por favor.

—Tiene derecho a saber—dijo Eric viendo la escena.

Tantos recuerdos volvían a su mente. Fue como explotar una granada y que todas las esquirlas volvieran a lastimarlo. Las memorias eran una gran ola, la cual, retrocede hacia el interior del mar, solo para dar impulso y rebalsar las costas. Los policías negaban.

—Jorge Becerra está muerto. Lo encontraron en su despacho. Todos sus guardaespaldas fueron acribillados. Estamos recabando información para la investigación. Les pedimos que tengan paciencia. No pueden ingresar en este momento.

Felipe se cubrió la cara. Eric lo abrazó. Grégor contuvo a su hermana. La prensa se acercó para tomar fotografías. El resto del equipo de seguridad actuó para alejarlos de los chicos.

—Vamos a la camioneta. —Eric llevó a Felipe y a Raisha para estar lejos de los flashes.

Grégor intentaba averiguar un poco más acerca de la situación. Los hermanos lloraban con desconsuelo. Tenían sentimientos encontrados.

Una de las personas que más daño les había hecho ya no formaba parte de este mundo. Era su padre, el único miembro de su familia que les quedaba vivo. Ahora estaban solos.

Eric sostuvo la mano de Felipe, y entrecruzaron los dedos. Sus ojos estaban rojos e hinchados.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Esperar seguros—contestó Eric—, e intentar obtener la mayor cantidad de información posible.

—Grégor no tiene oportunidad ahora para demostrar su inocencia.—Fue Raisha la que

denotó su preocupación—¿Qué puede hacer ahora?

—No lo sé.—Eric dio un suspiro de resignación—.No lo sé.

33 Duelo y comienzo

Todo cierre de ciclo implica dolor. Toda persona que soltamos nos enseña nuestra fuerza. Nos enseña que siempre podemos salir adelante, incluso en el más cruento de los infiernos.

Felipe miró la urna con las cenizas. Era de color negro, el color preferido de Jorge.

Cuando alguien que amamos muere, parte de sus raíces se secan y es una labor complicada mantener reverdecidas las nuestras. Felipe había sido la más insulsa de las flores, la más triste.

Jorge fue el causante de la muerte de su madre. Tenía como socios a seres despreciables. La pregunta era ¿por qué Felipe estaba llorando? ¿Por qué le importaba? ¿Por qué le dolía tanto no haberle respondido ninguna llamada de las que le hizo en todo ese tiempo?

La mente es un laberinto tan complejo, con un entramado en el que los seres humanos, a veces, se pierden.

Su cabeza le dijo que había numerosas razones para odiarlo. Su corazón le susurraba que era su padre y que lo protegió cuando su vida estuvo en riesgo. En un riesgo que él mismo lo había puesto al hacer tratos con el diablo.

Raisha y Felipe se sentaron en uno de los bancos del jardín. En el mismo lugar en el que lo hicieron muchas veces cuando el dolor les ganaba, y el recuerdo de su madre se tornaba una tortura. La angustia dolía menos en medio de los rosales y las flores blancas.

Felipe tenía la urna en la mano y no la soltaba.

—¿Qué haces? —preguntó Raisha.

—Estoy esperando.

—¿Qué cosa?

—Que a mi mente venga un recuerdo de él que me llene de alegría.

Raisha tragó saliva. La tarde caía, el sol se escondía entre las nubes, el aroma a humedad y flores llenaba sus sentidos.

—Tu madre se enamoró de un hombre que no sabía cómo amar. Alguien que buscaba tenerla prisionera y manejarla como un títere. —Raisha describió todo lo que había atestiguado a lo largo de los años en esa casa—. Quizás tú lo sufriste menos, pasabas poco tiempo en esta prisión. Los torneos te permitían evadirte de esta realidad. Tenías algo de esperanza.

—Lo lamento.

—No—Raisha se limpió las lágrimas—, no fue tu culpa. Yo le permití hacerme prisionera. Mi madre intentó escapar con alcohol y drogas. Fue tan grande su necesidad que entiendo el motivo por el cual se quitó la vida. Jorge hacía la vida de todos un infierno.

Todo sonaba lógico y entendible, desde un punto de vista racional. El problema era que el corazón no entendía de esas cosas, así como la mente jamás comprendería el agujero en el pecho que ambos tenían.

Felipe dio un suspiro, se aferró a la urna. Se puso de pie y esta vez decidió abrirla.

Desparramó las cenizas en el jardín en medio de los rosales, los mismos que Jorge había despreciado y su madre amó. Entendió que muchas veces no hay recuerdos felices, pero Jorge le había dado la vida a él y a su hermana. A eso se aferraría a partir de ese momento. Iban a luchar por la justicia que Zaria Sharkova se merecía.

Grégor y Eric estaban a varios metros de ellos. Les respetaron su momento de duelo.

—¿Estás bien? —preguntó Grégor quien tenía las manos en los bolsillos.

Eric estaba enfocado en los dos hermanos que volvieron a sentarse en ese banco en medio de las flores y les daban la espalda. Estaban uno al lado del otro, sus cabezas inclinadas, tocándose.

—Pensaba en mi familia—agregó Eric—, en que ni siquiera quedaron cenizas. Solo una lápida de cemento que me hace recordar que es una fantasía inútil ir al cementerio, pero que a algunos les da paz saber que, al menos, los restos físicos están allí.

—Cuando el auto quedó en llamas—recordó Grégor—, supe que había perdido todo. No me importó ni una lápida, ni una parcela en el cementerio. Ya no estaban, es lo que único que sabía. Había perdido a mis amores.

El silencio los envolvió en un manto blanco. La manera en que todos estaban unidos y el destino se encargaba de entretejer lazos entre seres que sufrían lo mismo. Tenía algo de magia y misterio.

—¿Qué harás ahora, amigo?—preguntó Eric—. Tu único testigo ha muerto.

—¿Por qué carajo tienen que ganar siempre los malos?—Grégor estaba enojado—. Te juro me gustaría ver un final feliz, aunque fuera por una vez en mi vida.

—Es la vida real amigo, no una novela romántica—aclaró Eric—, por momentos me gustaría que lo fuera, de verdad.

—Felipe y Raisha son los herederos del imperio de Jorge Becerra. Xinaris les pertenece ahora, quizás todavía tenga una oportunidad.

—¿Crees que ellos estén dispuestos?

—Por lo poco que conozco a Raisha—argumentó Grégor—, ella no se va a detener ante nada. Es una mujer excepcional. Me aseguró que contaba con su apoyo incondicional.

—Te encanta.—Eric le dio una sonrisa. Grégor hizo una mueca, un intento de una sonrisa, pero lo contuvo.

—Me hace sentir cosas que había olvidado, incluso en semanas.

—¿Y ella?

—Es buena, pero no creo gustarle de ese modo, además mi lugar es protegerla, no acompañarla en su cama. Soy un hombre de cuarenta y dos años. Eso tampoco estaría bien.

—¿De qué tienes miedo?

—¿Ahora? De perderla por completo, aunque ni siquiera me pertenece. No es solo la niña buena que pinta y toca el piano como los dioses. Es multimillonaria. Yo solo soy un fugitivo que intento limpiar mi nombre.

Raisha y Felipe continuaban en el mismo banco. Se notaba que hablaban, pero no hacían el intento de separarse todavía.

—Nadie debería pasar por un dolor semejante.—Eric reconoció.

—Jorge cavó su propia tumba—reconoció Grégor—. Puede que le tuviera estima, pero soy consciente de que él nunca me habría ayudado si no fuera porque estaba con la mierda hasta el cuello.

—Debemos desenmascarar a Ruhr Levin y con él, Olimpia Zeratos también caerá. Ese debe ser el objetivo.

—Eso suena genial, pero ¿cómo lo hacemos?—preguntó Grégor escéptico.

—Ruhr vendrá hacia nosotros, amigo—agregó Eric—. Debe negociar con los nuevos dueños de Xinaris.

Felipe y Raisha se pusieron de pie y caminaron abrazados rumbo a los custodios. Eric fue

quien dio dos pasos adelante y abrazó a Felipe, luego a su hermana.

—¿Quieren ir al departamento? —preguntó Eric.

—No podría estar un segundo más aquí, aunque lo quisiera—esbozó Felipe—. Este lugar me causa una tormenta de emociones.

—Lo venderemos cuanto antes— expresó Raisha mientras daba pasos hacia Grégor.

Grégor mantuvo las manos en los bolsillos en busca de un autocontrol que esa muchacha desvanecía. Raisha humedeció los labios, estiró su mano, y tocó el brazo de Grégor por sobre su saco.

—Antes de ir al departamento, necesito que visitemos las oficinas de Xinaris.

—Papá casi nunca iba allí, Raisha.—Felipe se abrazó a Eric. Necesitaba tanta contención y su custodio pareció entenderlo.

—Lo sé, pero quiero saber cuánta información hay en el lugar.

—La investigación todavía no se ha levantado. Está prohibido el ingreso—advirtió Grégor—. Estás a punto de hundirte en la mierda sin retorno, ¿eres consciente de eso?

Raisha llevó sus ojos a recorrer el pecho y los brazos de su guardaespaldas. Era tan fuerte y musculoso. Le gustaba tanto, aunque sabía que era una locura. Ese hombre jamás se fijaría en alguien como ella.

—Creo que mi hermano y yo nos merecemos un mejor futuro, y para ello, hay que terminar con el pasado de una vez por todas.

—Bien—Grégor sacó la mano del bolsillo y tomó la de Raisha—, cuentas conmigo, siempre. Vamos ahora.

—Voy con ustedes—dijo Felipe.

—No—agregó la mujer—. Déjame lidiar con Jorge y toda su basura. Por favor, Felipe, concéntrate en los torneos que vienen. Ya bastante tienes con el hecho de que debes presentarte a la lectura del testamento. Por favor, confía en mí.

—Raisha.

—El tenis siempre ha sido tu amor, Felipe. —Raisha se enfocó en Eric y sonrió—. Sin ofender, guapo.

Eric se aclaró la garganta. La verdad es que no era su idea competir por el amor de Felipe con nadie, ni siquiera con el tenis.

—No quiero dejarte sola. —Felipe tenía tanta culpa—. Nunca he estado para ti de verdad.

—Lo has hecho cada día, aunque tú no te dieras cuenta. Cada vez que me llamabas, cada vez que regresabas de los torneos. Cuando me abrazabas, y te sentabas a mi lado mientras tocaba el piano o pintaba. Eres lo mejor que me pasó en la vida, Felipe. Por eso quiero que sigas viviendo. Te prometo que todo estará bien, pero esto es algo que debo resolver yo.

—Habrá tiempo para que estés con ella—juró Grégor—. Pronto encontraremos la paz, pero por ahora hay que salir de la tormenta. Tu hermana tiene razón. Si tenemos algún tipo de problema legal, vamos a necesitar de ti para que nos saques de la cárcel.

—Está bien. —Felipe cedió—. Solo cuídense.

Grégor coordinó un grupo de cuatro guardaespaldas que acompañaría a él y a la mujer hasta el edificio. Los restantes seguirían a Eric y Felipe.

Llegaron al departamento. Eric le preparó a Felipe un café bien cargado junto a una porción de pastel de limón que compraron en la panadería donde se detuvieron porque Felipe quería comer algo dulce y engordador.

—Los nervios me dan hambre ¿Tú no quieres? —preguntó Felipe quien lo señalaba con una cuchara a Eric. Este negó.

—No tranquilo, no tengo hambre.

—Estás más delgado. —La verdad es que Eric venía en caída libre en su peso desde hacía dos años. Esa situación no había cambiado—Anda, una probadita, ¿piensas que vas a engordar?

—No, es solo que...—Eric frenó el pensamiento. Felipe sonrió, y le acercó la cuchara. El manjar se deslizó por su boca y su garganta.

—¿Te gusta?

Los enormes ojos miel y verdosos, la energía arrolladora que transmitía, ¿cómo un bastardo como Eric Morgan podía ser merecedor de alguien así? ¿Una belleza de veintiún años que apenas comenzaba a vivir?

Felipe no solo había tenido su cuerpo virgen, su corazón todavía lo era. Eric, con su falta de decoro y respeto lo había avasallado. Lo había roto. Felipe le dio una oportunidad a esto que sentía, y solo con ese gesto, le demostró que nunca sería digno de él. Felipe se había lanzado sin salvavidas a aguas infestadas de tiburones, y, aun así, confiaba. Confió cuando nadie más lo hizo, ni siquiera el propio Eric.

—Es un perfecto equilibrio entre la dulzura y la acidez. Es un postre elegante.

Fue todo lo que Eric pudo decir ¿Qué más había? Era incapaz de lanzarle toda una perorata de angustias y asuntos sin resolver. Felipe no lo merecía.

—¿Sabes? A mí me recuerda a ti—dijo Felipe. Eric se quedó sin palabras.

—¿Por qué?—Se animó a preguntar incluso cuando tenía un nudo en la garganta.

—Fácil—expresó Felipe—, tienes la dosis justa de maldad, dulzura, y comentarios sarcásticos de la que uno se enamora.

—Eres cursi y lindo.—Eric le acarició los rizos que siempre estaban en un estado de completo descontrol, y luego paseó sus dedos por el rostro de porcelana—Si supieras al patético infeliz que le dices esas cosas. Si tuvieras una idea de la clase de monstruo que tienes en frente.

Felipe se quedó en silencio, y comió dos cucharadas más del delicioso postre.

—No eres un monstruo—dijo tajante—. Ruhr Levin Sarich lo es. Mi padre en parte lo era. Tú eres un buen hombre.

Eric fue incapaz de contener la risa que burbujeaba en su pecho. La repentina felicidad que lo embargaba cuando estaba junto a Felipe Becerra.

—Pensé que los deportistas no comían estas cosas.

—Los deportistas no—aclaró Felipe y le dio un guiño de ojo—. Yo sí.

—¿No te consideras a ti mismo un deportista?—Felipe continuaba comiendo.

—Lo que diferencia a un verdadero deportista es su profesionalismo, y yo he dado claras muestras de que no lo soy. No me presenté a la final de uno de los torneos más importantes de mi carrera, solo por pasar la noche con un hombre, al cual, nunca más volvería a ver.

—Perdón por eso.

—¿Por qué? Yo no me arrepiento.—Felipe se encogió de hombros—.Hubo un tiempo en que solo vivía para el tenis. Era disciplinado, siempre listo para cumplir con las expectativas de los demás. Ahora solo puedo pensar en ti. He perdido a mi padre, y pese al dolor que de vez en cuando me invade, lo único que deseo es pasar tiempo contigo.

»Deseo que mi hermana esté bien, que encuentre felicidad, así como yo la tengo. ¿Entiendes que mis sueños han cambiado? Ahora es más humano, más imperfecto, pero no por eso deja de ser maravilloso. Todo lo sucedido me forzó a hacer un break point en mi propia vida.

Eric lo abrazó con fuerza ante la catarata verborrágica. Besó sus mejillas despacio, una y otra vez. Y cuando Felipe iba a responder, se apartó.

—Perdona, interrumpí lo que estabas diciendo. —Se disculpó Eric. Felipe sonrió.

—Tú también has llegado a un break point, ¿Verdad?

Eric entendió el significado del amor solo con esa palabra. El verdadero amor no es aquel que te roba el corazón sino aquel que, sabiendo que no le pertenece, se permite cuidarlo mientras aun late en tu pecho. El verdadero amor es el que da calma en medio de la más devastadora tormenta.

—Tengo tanta experiencia en el sexo, pero tan poca haciendo el amor—confesó Eric y volvió a abrazar a Felipe. Este le correspondió el gesto. Sus manos recorrieron su espalda. Sus ojos estaban cerrados y sus respiraciones profundas y gozosas.

—Me gusta saber que soy el primero que he llegado tan lejos.

—Lo eres.—Eric le dio un beso corto en los labios, luego otro y otro—. Adoro hacer el amor contigo, porque contigo todo lleva lo mismo. Desde tus ojos, tu sonrisa, el postre de limón.

Los ojos de Felipe se llenaron de lágrimas. Todo se sentía tan intenso y mágico. Lo hacía olvidarse de los monstruos que lo esperaban más allá de las puertas de ese departamento.

—¿Sería mucho pedir que me llevaras a la cama? —preguntó Felipe.

—Lo haré, incluso si no lo pides.

Eric lo puso en sus brazos y lo cargó. Ambos abandonaron la sala del departamento y se movieron a la recámara. Eric lo dejó en el suelo. Felipe estiró sus rizos con la mano y empezó a quitarse la ropa. Eric también lo hizo, frente a frente, observando cada gesto y cada expresión del otro, cada rasgo de su cuerpo.

Felipe dio pasos temblorosos como la primera vez hacia su hombre.

«Su hombre».

Le gustaba cómo sonaba en su mente, en su corazón y en su cuerpo.

Felipe cayó de rodillas frente a ese monumento de carne y hueso. Se sentó sobre sus talones y con su mano derecha acarició el miembro que empezaba a endurecerse. Cuando la lengua lo surcó desde la base a la punta, el pene estuvo duro por completo. Felipe lo envolvió en sus tibios labios. Su boca se llenó de toda la carne disponible, y luego succionó como él sabía.

Eric tiró la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y se mordió el labio inferior. Felipe lo comía con avidez y entusiasmo, en busca de nuevos sabores, de la textura de su piel. Eric gimió cuando el paladar se comprimió con fuerza y lo hizo tambalearse.

—Eres una aspiradora, lo digo de verdad—replicó mientras bajaba la vista y se enfocaba en esa belleza que se deleitaba con su miembro en la boca.

Felipe lo sacó de su boca e hizo un erótico sonido. Lo masturbó con ambas manos y su lengua se movió presurosa en toda la extensión. Eric lo sujetó de ambos brazos e hizo que se pusiera de pie.

—Si sigues con ese ritmo, la fiesta va a durar poco tiempo.

Felipe negó con una sonrisa pícar.

—Me gusta darte placer, ¿está mal?

—Para nada—Eric unió el cuerpo de Felipe al suyo. Sus erecciones húmedas se sentían lo más delicioso del mundo—, pero a mí también me gusta hacerte gozar. He descubierto que contigo soy incapaz de ser egoísta.

—Porque me amas.

—Eres un puto presumido, Becerra.

—Me amas, me amas, me amas. —Felipe enredó sus brazos al cuello de Eric dio un salto y lo trepó. Ajustó sus piernas a la cintura.

Eric lo sostuvo de las nalgas. Sus dedos firmes y masculinos se tatuaron en la piel. Felipe le dio un beso en la nariz, en una mejilla, en la otra. Las lágrimas resbalaron incontrolables por el

rostro de Eric, de ese hombre que aguantó el llanto tantas veces. Felipe las limpió con la yema de los dedos.

La intensidad del momento fue similar a una bomba de acción expansiva que destruyó todo a su alrededor.

Eric preparó a Felipe con el lubricante de la mejor manera posible. Le urgía entrar en su cuerpo, meterse en su piel. Felipe engarzó sus piernas a la cintura del hombre y respondió a los poderosos embistes con fuerza y desesperación.

Eric no dejó de llorar. Felipe no dejó de besarlo, de lamerlo. Se embarcaron en una peligrosa aventura en aguas desconocidas. Ambos estaban en peligro, la vida podía terminar al día siguiente, entonces, había que vivirla, sentirla con el corazón. Sin miedo, sin segundas intenciones, sin la estúpida mente susurrándoles que jamás serían capaces de afrontar el pasado.

Follaron sin contemplaciones sus cuerpos y le hicieron el amor al alma del otro. La cama se sacudió en un erótico sismo que terminó con Eric tomando a Felipe contra la pared. Las piernas le temblaron. Su cuerpo marcado de chupetones y mordidas que solo revelaban la voracidad del encuentro.

—Házmelo en la alfombra. —Felipe pidió cuando las estocadas directo a la próstata lo hicieron gemir.

Eric le obedeció. Terminaron enredados sobre el frío piso de la habitación con un hambre salvaje nunca conocido.

Sus bocas no se soltaron. Apresaron a la otra con posesividad, sus manos recorrieron el cuerpo de su amante con vehemencia. Fue una experiencia tan sensual como novedosa. Entregarse por completo a otro que te hace sentir que eres magia.

Felipe lo cabalgó como si estuviera en un prado lleno de flores y deseo. Eric lo atrajo hacia él y cerró la boca sobre su pezón derecho. Felipe se estremeció, su pelvis se contrajo por el gozo infinito. Eric estiró la protuberancia rosada. Felipe sollozó en una tortuosa y magnífica combinación de dolor y placer. Eric emuló la acción con el pezón izquierdo. Sus caderas llevaban un vaivén frenético.

Felipe se vino y cayó rendido sobre el cuerpo tonificado. Eric dio un par de estocadas más, antes de sentir que su esencia espesa era liberada en el interior de Felipe. Había algo morboso y posesivo en cargar el semen de este hombre en su interior. Le encantaba, excitaba. Lo transportaba a una nube en la cual solo existía el delirio.

Yacieron abrazados en el piso. Media hora después se pusieron de pie y fueron a la ducha. Se limpiaron y volvieron a ensuciarse, solo para volverse a limpiar. Eran incapaces de sacar las manos del otro. Cuando la faena empezaba era interminable. Se acostaron y acariciaron despacio. Cansados, pero nunca saciados.

—Házmelo de nuevo—rogó Felipe cuando los besos escalaban en pasión por enésima vez.

—Debes entrenar. Por Dios, estamos rompiendo todas las reglas que nos ha impuesto el médico—recordó Eric que apenas podía controlar su erección.

—Lo sé—Felipe ya buscaba el pene de Eric en el bóxer—, pero no voy a poder dormir si no tengo de ti una vez más.

Eric se colocó sobre él. Felipe abrió las piernas. Sonrió ante el poder que tenía sobre ese hombre. Eric lo sostuvo de las mejillas y lo besó.

—Está bien—dijo Eric cuando pudo separarse de su boca—, pero es la última vez.

34 Libertad o soledad

—Felipe vienes de una cirugía, de la cual, no te has recuperado por completo. Has sufrido la pérdida de tu padre, yo creo que...

—Estoy bien, Mirás. —Felipe se cambiaba para comenzar con el entrenamiento—. Voy a salir adelante. Tengo la exhibición y Frankfurt en la cabeza. No voy a perder más tiempo.

—No tienes que demostrar nada, ¿sabes?— Su entrenador estaba cruzado de brazos.

—Lo sé—replicó—, y con los golpes de la vida me he dado cuenta de que no debo demostrarle nada a nadie. Soy yo mi mayor competencia, mi peor adversario siempre fui yo.

Mirás le sonrió. Al fin lo entendió.

—¿Sabes cuánto tiempo he esperado para que te dieras cuenta de ello?

—Y habrías seguido esperando, pero para mí alegría o mi tristeza, o un poco de las dos, apareció alguien que en un primer momento me causó mucho dolor, pero ahora me hizo más fuerte. Soy valioso, me lo demostró, y lo entendí—explicó Felipe. Mirás omitió hacer preguntas. Siempre fue muy reservado de la intimidad de sus deportistas.

Felipe corrió al lado de Mirás. Eric iba un poco más atrás, y le seguía el paso. El entrenamiento principal lo hacían fuera de Moscú. Eric movilizaba parte de la custodia para asegurar el perímetro. Nunca lo dejaba solo. Desde allí iban al gimnasio y comenzaban con ejercicios de fuerza.

Felipe almorzaba algo liviano junto a Eric y volvía al entrenamiento. Alternaba velocidad y recorría de punta a punta la cancha. Mirás daba las indicaciones.

Eric se mantuvo sentado en las gradas. Le encantaba ver a Felipe entrenar. Era increíble la fuerza y vitalidad que tenía, incluso después de toda una noche de sexo. Felipe era insaciable, no conocía límites cuando se trataba de entregarse y tomar todo lo que su amante le daba.

Las sábanas estaban sucias y mojadas al día siguiente. Las dos empleadas que hacían el servicio doméstico eran discretas y siempre se mantenía imperturbables, pero de seguro pensaban que Felipe Becerra era una máquina sexual en la cama.

Nadie se imaginaba que Eric y Felipe estaban juntos, a excepción de su entorno más íntimo.

—Y aquí estás como un buen perrito guardián ¿Vas a mover la colita también y poner tu barriga para que te la acaricien?

Eric entornó a los ojos cuando esa horrible voz lo sacó de los pensamientos. Ander se sentó a su lado sin siquiera preguntar. Carlos llegó un minuto después y lo saludó.

—Hola, Eric—saludó Carlos.

—Carlos—replicó de manera escueta.

—¿Cómo está Felipe? —preguntó el mánager—. Él me asegura que está mejor que nunca pero no lo sé. Es algo muy difícil lo que le ha sucedido, por eso te pregunto a ti. Espero que no te moleste.

—Descuida—señaló Eric—, no me molesta. Con respecto a su estado anímico, solo puedo decirte que un duelo es un duelo. No importa si su padre era una mierda, aun así, creo que no miente. Está bien.

—El partido exhibición es en dos semanas. Mirás me ha dicho que estará en forma para ese día. El médico tiene sus reservas, así que, en definitiva, me toca esperar—afirmó Carlos—. Tiene dos partes. Una individual y también tendrá dobles.

Eric frunció el ceño.

—Pensé que solo era una hora. —Eric frunció el ceño—. Alguna estrategia de promoción y recaudar dinero, nada más. Carlos, es peligroso que esté expuesto frente a tantas personas. No considero que pueda llevar adelante mi tarea con completa eficiencia.

—La policía intervendrá—aseguró Carlos—. Habrá mucha custodia cerca.

—No confío en nadie—replicó Eric.

—Eric, esto es un negocio. La agencia necesita este evento—argumentó Carlos—. Suena difícil, pero lo es. Yo tampoco estoy de acuerdo, aunque si lo suspendiéramos tampoco le gustaría a Felipe.

—Yo lo entiendo, sin embargo, la seguridad de Felipe es primordial. Los hijos de puta que atacaron a Jorge no se van a quedar con los brazos cruzados. Raisha ha averiguado cosas escalofrantes ayer cuando fue a las oficinas centrales de la empresa.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ander que, por algún milagro, había estado callado.

—En todas las empresas de Jorge han ocurrido muertes inesperadas o suicidios. Jorge ha trabajado con Ruhr Levin Sarich por mucho tiempo.

Eric se quedó con su vista en Felipe quien recibía indicaciones de su entrenador. Ander lo asió del mentón e hizo que se concentrará en ellos.

—¿No vas a contar nada más? —preguntó curioso.

—No me corresponde a mí hacerlo. Debes preguntarle a tu amigo.

—¿Qué hay de tí?

—¿Qué pasa conmigo? —indagó Eric.

—¿Vas a cuidarlo todo este tiempo o piensas volver a desaparecer y dejarlo con el corazón y el culo roto?

—Ander. —Carlos quiso hablar, pero este levantó la mano para que no se inmiscuyera.

—Felipe es como mi hermano. Nos conocemos de toda la vida ¿Vas a quedarte esta vez?

—¿Por qué debería responderte eso a ti? —cuestionó Eric. Carlos se rascó la cabeza. Ander tenía su vista en el custodio.

—Mi amigo no es un muñeco inflable al que puedes dejar en coma e irte como si nada.

—¿Quién carajo te crees para juzgarme? —El tono de voz de Eric aumentó—. No tienes idea de lo que siento por él y de todas las cosas que he pasado.

—Pobrecito, de seguro sufriste mucho. —Le dio una risa socarrona.

—Ander, ya basta. —Una voz firme se escuchó detrás de él. Felipe observó a Carlos y a Eric—¿Me pueden dejar un momento con él, por favor?

—El tiempo que quieras—balbuceó Eric quien se puso de pie y bajó las gradas. Carlos se acercó y abrazó a Felipe.

—Tengo novedades del partido. Cuando termines nos vemos en el vestuario.

—Claro.

Eric y Carlos se marcharon. Ander estaba cruzado de brazos, sentado, a la espera de la reprimenda de su amigo.

—Es idiota me provocó.

—¿Seguro?

—No le dije nada malo. —Se justificó Ander—¿Acaso no te dejó llorando y luego no dio la cara por seis meses?

—Lo hizo, y ahora entiendo sus motivos.

—¡Claro! ¡Justifícalo!

—No lo estoy justificando, dije que lo entiendo. Y sé que esta vez será diferente—replicó Felipe. Ander lanzó una carcajada.

—Claro, tú también te has comprado lo del buen muchacho sufriente.

—Un escuadrón asesinó a toda su familia cuando celebraban el aniversario de bodas de sus padres. Escuchó los gritos de sus hermanos mientras éstos los apuntaban como en un videojuego y regaban de sangre el piso y las paredes. Solo sobrevivió él y sus dos hermanos. La familia de asesinos todavía los acecha, y con todo eso, ha preferido salir de la clandestinidad para protegerme. Eric no solo arriesga su vida al estar conmigo, sino también la de la poca familia que le queda. Si con eso no me demuestra que me ama, no sé con qué más lo haría.

Ander tragó saliva abrió la boca y la cerró varias veces.

—No puedo creerlo—susurró con cargo de conciencia.

—Cualquiera de nosotros en esa situación nos suicidaríamos, pero él desea salir adelante. Mientras sus hermanos buscan la manera de tomar venganza o morir en el intento, Eric quiere una vida conmigo.

Ander se rascó la barbilla y volvió a cruzarse de brazos.

—Que haya sufrido no le da vía libre para causar dolor a los demás.

—Que te hayas enamorado de Emmanuel Urich no te da derecho a pensar que ningún hombre puede ser sincero—replicó Felipe al notar que su amigo quería justificar su actitud.

—Yo no estoy enamorado de ese idiota. —Ander se ofendió—. Es un maldito sociópata, un cabrón imbécil.

—Lo amas—confirmó Felipe—, y está bien. Supongo que es doloroso lidiar con una verdad así, pero no por eso tienes derecho a insultar a Eric. Sí, se equivocó, pero todos los días busca la forma de enmendarlo. Confío en él y espero que tú, como mi amigo, también lo hagas.

Ander estaba avergonzado. Sus mejillas pálidas tenían un color rojizo. Jamás en la vida esperó que Eric tuviera una historia de vida como esa.

—¿Vas a entrenar un rato más? —preguntó para cambiar de tema.

—Sí, hablaré con Carlos primero—afirmó Felipe—. Si quieres, puedes esperarme en la cancha.

—Mi entrenador acaba de llegar, así que, me mantendré ocupado.

Felipe asintió y se marchó hacia los vestuarios en donde estaban Carlos y Eric.

Carlos tenía su mano izquierda en la frente. Felipe pensó que el hombre nunca se imaginó estar metido en un problema mayor al que tenían. Hablaron acerca de lo que venía, y los problemas que podrían llegar a tener.

—No voy a esconderme, Eric—respondió a su custodio quien pedía la suspensión del evento—. Sé que sus amenazas no son tonterías, pero no voy a vivir preso del miedo. Te tengo a ti, a Grégor, a sus hombres. Estaremos bien.

—¿Cómo resolverán esto? —Carlos preguntó a Eric con preocupación—. Si este hombre del que me hablas tuvo que ver en la muerte de Jorge...

—Nos encargaremos—señaló Eric—. Felipe quiere participar, y no puedo contradecir su voluntad, aunque sea peligroso. Sin embargo, creo que las cosas pueden resolverse antes del partido exhibición.

—¿A qué te refieres? —preguntó Felipe.

—Confíen en mí. Estamos a punto de descubrir a Ruhr Levin de una vez por todas, y si no podemos enviarlo a la cárcel, o al otro mundo, al menos dejará de jodernos la vida.

**Moscú Rusia. Oficinas centrales de Xinaris.
Veinticuatro horas antes.**

—Es una zona bajo investigación. Está prohibido el ingreso—dijo uno de los policías que custodiaban el enorme edificio vidriado que había pertenecido a Jorge Becerra.

—Soy la hija del director de esta empresa. Creo que tengo bastante derecho de ingresar—argumentó Raisha ante la negativa de ingreso.

—Lo lamento, son las órdenes.

Grégor se había mantenido callado a pocos pasos detrás de la mujer. Bien, ya habían tolerado bastante. Caminó hacia el policía, quien por instinto retrocedió. Grégor era imponente. Tenía por lo menos veinte centímetros más que el policía en estatura.

—Escucha amigo—dijo con tranquilidad—. Solo serán quince minutos ¿Qué más te da dejarla pasar? Es la dueña de la empresa. Te estamos pidiendo que seas un buen ciudadano y nos permitas hacer el ingreso.

—No puedo, si les permito el paso, puedo perder mi empleo.

—Si eso sucede, yo voy a contratarte—aclaró Raisha—, por favor, es solo un momento, El hombre no sabía qué hacer. Observaba hacia todos lados.

—No diremos nada. —Grégor afirmó—. Si nos atrapan será nuestra responsabilidad. Te doy mi palabra.

—Por favor. —Raisha juntó sus manos en señal de ruego. El policía dio un suspiro.

—Diez minutos, de lo contrario, voy a llamar refuerzos y notificaré lo ocurrido.

—Hecho.

Grégor asió la mano de Raisha y caminaron a paso rápido hacia las escaleras. Atravesaron la puerta giratoria, y desde allí, se dirigieron al ascensor que los llevaría al piso veinte. La puerta del ascensor se cerró. El mecanismo de ascenso se activó. Raisha jamás estuvo más nerviosa en toda su vida. Grégor le tocó el brazo.

—Tranquila—dijo con voz suave—, estamos haciendo lo correcto.

—Todavía no soy la propietaria. No hasta que se lea el testamento—recordó la mujer.

—Eso es en dos días—explicó Grégor—. No vamos a darle tiempo a la policía local de eliminar todo rastro que vincule a Ruhr con la muerte de Jorge.

Los ojos de Raisha se encontraron con los de Grégor, ella de inmediato bajo la mirada. El hombre pensó que era demasiado dulce y tímida. Una verdadera belleza. La cantidad de prospectos que llegarían cuando se convirtiera, junto a Felipe, en los dueños de la fortuna de Jorge Becerra.

—Me siento como una ladrona, ¿sabes? —Raisha confesó con tristeza. —. Mi madre era una muerta de hambre, al igual que mi padre. La fortuna es de la madre de Felipe y resulta que ahora...

—Jorge era el heredero y era tu padre—interrumpió Grégor—. Ahora tú y Felipe tendrán el dinero. Es lo justo, estoy seguro de que tu hermano lo piensa así.

—De hecho, a Felipe no le interesa nada de esto—esgrimió Raisha—, tampoco lo necesita.

—Tú también podrías venderlo si quisieras. —Grégor le dio aliento—. Te he visto dibujar y tocar el piano. Tienes un talento increíble.

—Nadie se gana la vida con eso—argumentó—. Jorge siempre me lo decía.

—Jorge ya no está. —Grégor le recordó—. No tienes que estar bajo su sombra, ni tampoco la de tu hermano. Eres una mujer fantástica, Raisha.

—Me conoces de hace solo semanas.

—No necesito más para saber el gran ser que eres, y el poder que tienes—explicó Grégor.

—Dices cosas lindas porque eres mi guardaespaldas.

—Justamente porque soy profesional no debería decirlo, pero es imposible mantenerme apacible cuando escucho la manera en que te menosprecias a ti misma. Eres valiosa, inteligente y muy hermosa.

Raisha dio una risilla. Estaba avergonzaba. Grégor la observaba embelesado.

—¡Qué gracioso! Solo Zaria y Felipe me han llamado hermosa. El único novio que tuve no tenía muchas muestras de afecto.

—Porque debe haber sido un chiquillo inútil—afirmó Grégor—, y el resto de los imbéciles que te rodeaban no saben apreciar la hermosura cuando la ven, o quizás tenían demasiada envidia.

—¿Tú aprecias esas cosas? ¿Aprecias la belleza de una mujer?

Grégor dio un suspiro. Los ojos de Raisha brillaban.

—Debo confesar que desde que falleció mi esposa jamás volví a mirar a una mujer y catalogarla como hermosa hasta que te conocí. Supongo que eso responde tu pregunta.

Algo se sacudió en el interior de Raisha. El ascensor se detuvo y se abrió en el piso indicado. Grégor salió al pasillo primero para verificar que todo estuviera en orden. Luego se movieron hasta la oficina del director. La puerta estaba con llave.

Grégor pudo abrir la cerradura con un cortaplumas que siempre cargaba con él. Ingresaron a la enorme oficina cuyos cristales estaban cubiertos de cortinas color bordó. Se movieron hasta la biblioteca, revisaron el escritorio de roble cuyos cajones también estaban con llave. Grégor pudo abrirlos del mismo modo que a la puerta, pero no encontraron nada importante. Sacaron carpetas de los estantes de la biblioteca. Raisha revisaba la computadora que tenía la clave almacenada.

—¿Por qué alguien que tiene tanto que esconder sería tan descuidado con la clave?

—Porque en esa computadora no hay nada importante—argumentó Grégor.

—Esta es la que lleva a todos lados. No lo entiendo. —Raisha no le encontraba sentido. Se dirigieron al baño y al vestidor que tenía al lado. Había un placard con algunos trajes—. Siempre debía estar impecable.—Recordó Raisha.

Abrieron los cajones los cuales tenían algunos perfumes y desodorantes. Grégor golpeó el cajón del final y el sonido fue extraño. Volvió a hacerlo.

—¿Qué es eso? —Raisha estaba de cuclillas a su lado.

Grégor comenzó a golpear los costados y la fina estructura de madera se desprendió. Una computadora portátil estaba guardada allí.

—Te aseguro que esta no tiene la clave guardada.

Sacaron el aparato negro y lo llevaron al escritorio. Grégor puso un par de claves, pero ninguna resultó.

—¿Alguna palabra importante para él? ¿Fecha de nacimiento?

Raisha se mordió el labio inferior y negó. Habían probado con sus nombres, sus fechas de nacimiento, las de Jorge.

—Break point.

—¿Qué?

—Jorge odiaba el tenis—explicó Raisha—. Prueba con esa palabra.

Grégor lo hizo y pudieron ingresar.

—¡Bingo! —Grégor golpeó las manos en señal de triunfo . Accedieron a la bandeja de correos. No era el correo que Jorge usaba normalmente.

«Querido Jorge, ¿estás pensando en mi propuesta? El tiempo se agota, sobre todo para ti»
Era Ruhr Levin Sarich.

«El grupo está algo ansioso. Ya sabes las consecuencias. No quieres terminar como cada persona que se negó a participar, ¿ verdad? Es simple, vende tu parte. Ganas tú y ganamos todos»

Grégor y Raisha continuaron leyendo.

—Debemos sacar esta computadora de aquí. Por algo tu padre la guardaba, mejor dicho, la escondía.

—¿Y cómo hacemos? El policía no va a dejarnos pasar con ella.

—Tengo una idea.

Grégor salió de la oficina y buscó en el resto de los cubículos hasta que encontró cinta de embalar. Regresó, se quitó el saco, y comenzó a desabotonarse la camisa.

—¿Qué haces? —Raisha estaba hipnotizada con los duros pectorales. Sus mejillas ardían.

—Vas a adherirla a mí.

—¿Qué?

—Yo la sostengo—explicó—, tú envuélvela alrededor de mi torso.

—Tienes pelo en el pecho—expresó Raisha—. Va a dolerte como el infierno cuando la saquemos.

—La vida de ustedes y mi reputación está en juego. Créeme, una pequeña depilación no me hará daño—respondió Grégor.

Raisha lo envolvió con cinta abundante. Presionó la computadora en su cuerpo, y lo ayudó a abotonar la camisa, la cual, le quedaba muy pegada.

—Debiste usar un taller más—dijo Raisha—. Los botones saldrán volando.

—Con un talle más no se me vería tan sexi—bromeó. Raisha hizo una mueca.

—Es verdad, aunque es una razón de fuerza mayor.

Grégor se desajustó el cinturón, el botón del pantalón y bajó la cremallera para introducir la prenda, y arreglarla. Raisha podría haberse girado y dejar de comerlo con los ojos. Fue imposible. Grégor llevaba un bóxer azul del mismo color de su camisa. Una vez que se arregló, Grégor suspiró.

—Vamos, en cualquier momento el idiota de la puerta nos delatará.

—Sí.

Ambos caminaron hacia el ascensor. Grégor se observó en el espejo del ascensor.

—Tienes razón. Debí usar una talla más.

—Tranquilo, no se nota. —Raisha le dio la mano. Grégor giró su vista hacia ella y asintió.

Salieron del edificio, saludaron al tipo y hasta les correspondió el saludo. Subieron a la camioneta y se dirigieron al edificio.

—Deberíamos contarles a los chicos ahora.

—No lo creo es tarde.

—Los despertamos.

—Estoy seguro de que deben estar despiertos.

Raisha no hizo caso y se acercó al departamento. Golpeó un par de veces y pegó su oído

a la puerta. Grégor se afirmó a la pared de al lado con los brazos cruzados y una sonrisa.

—Están ocupados, déjalos.

—Mi hermano sabe que no debe hacer ejercicios intensos.

—Por supuesto—Grégor le dio una risa socarrona—, por eso cojea cada día por medio.

—No lo hace. —Raisha frunció el ceño.

—Si prestaras atención, te darías cuenta de que tengo razón. Vamos al departamento, quiero que me ayudes a sacarme esto.

—Soy muy mala con la depilación—bromeó la mujer.

—De seguro lo vas a disfrutar.

—Hablas como si fuera una sádica.

—Los depiladores lo son, solo que no tienen las agallas de decirlo.

Raisha comenzó a reír cuando estuvieron en la sala. Grégor se quitó la camisa. Se notaba nervioso.

—Prométeme que no vas a insultarme.

—Por supuesto que prometo insultarte mucho, pero solo serán maldiciones internas. —Raisha dio el primer tirón y Grégor cerró los ojos. Parecía una momia—. De un solo jalón. Eso que vas con delicadeza me pone nervioso.

—Como tú quieras.

Grégor contuvo un grito cuando se despegó el material. Raisha se reía.

—¿Ves? ¿Te das cuenta la vena sádica que también tienes? —confirmó Grégor. Raisha terminó de despegar y sacaron la computadora. La mujer buscó un paño mojado y comenzó a limpiar los restos en el torso musculoso—. Puedo hacerlo yo—dijo Grégor.

—No te preocupes. Me gusta hacerlo. —Los ojos iban y venían por la estructura—. Eres enorme.

—Entreno para serlo—explicó el custodio. Raisha acarició uno de los pezones y sintió que Grégor se tensaba—. No hagas eso.

—¿Por qué?

—Tú sabes, Raisha. —La mujer se humedeció los labios. Grégor estaba hipnotizado con ellos—. No podemos.

—Dame una razón.

—Soy casado.

—Eres viudo.

—Es lo mismo para mí.—La respuesta de Grégor fue lapidaria. Raisha asintió. La desilusión invadió su rostro. El hombre se odió por causarle más sufrimiento a esa muchacha.

—Ya está, puedes ponerte la camisa.

La mujer se sentó frente a la computadora y volvió a abrir la casilla de correos. Había muchos más para leer todavía. Se concentraría en su tarea, dejaría de pensar en su guapo guardaespaldas que se marcharía cuando su misión finalizara.

—¿Cuándo presentaremos esto?

—Una vez que se haga la lectura del testamento—explicó Grégor—. Es importante dejar en claro tu posición y que no compartes nada lo que Jorge hacía, al igual que sus socios.

—Ruhr arderá de furia. Si no nos ha matado todavía, te aseguro que hará hasta lo imposible ahora.

—Perfecto—añadió Grégor—, eso lo llevará a salir de su escondite y atacar.

35 Corazón y mente

—*Algún día seré número uno del mundo. Viajaré mucho y seré feliz.*

—*Sí, mi vida. Eres especial, vas a conquistar todo lo que te propongas.*

Felipe estaba junto a Mirás y observaba los vídeos de Emmanuel Urich.

—¿Por qué piensas que es el número uno?

—Ni puta idea—dijo Felipe con enojo a su entrenador—. Ander es cien veces mejor tenista.

—Estoy de acuerdo—agregó Mirás. Detuvo el video y pasó al siguiente—¿Qué diferencia a Emmanuel del resto?

—¿Su egocentrismo? —Felipe arqueó una ceja. El entrenador comenzó a reír.

—¿Sabes cuál es tu problema? Eres incapaz de observar sin juicio las virtudes de tu adversario. Te aseguro que el mismo Ander ve talentos en él.

«Sí, dice que le gusta apretar la verga dentro de su culo y luego sacudirlo».

Felipe hizo una mueca de una sonrisa a ese pensamiento. Si su pobre entrenador supiera lo multifacético que era Emmanuel con Ander. Felipe se estiró hacia adelante en la silla y afirmó sus antebrazos en las rodillas

—¿Qué lo hace diferente? Dímelo tú, porque yo no lo voy a averiguar así me quede toda la tarde sentado aquí.

—No solo busca la debilidad del rival para explotarla. Es un arte.—Admiró el entrenador—. En el caso de Ander, Emmanuel sabe que es más rápido. Contigo es más simple, solo le basta con hacerte enojar. Grita cosas, hace gestos, y tu pierdes el control del juego. De pronto, ya no te importa quién gane. Solo quieres hundir tu puño en esa cara, o tu pie en su trasero.

—Nunca lo encontraría—balbuceó Felipe.

—¿Cómo dices?

—¿Cómo coño puedo solucionar eso? —Esquivó el tema Felipe.

—¿Quieres ser número uno?

—Sí.

—Pues ve por él, que tu mente solo tenga eso rondando. Sin burlas, ni enojos. Esto no se trata de ser más hábil, sino de tener mejor entrenamiento mental. A partir de este momento, solo piensa en el primer puesto. Nada de miedo o crisis de conciencia. Necesitamos que seas mente y corazón.

—Está bien, lo intentaré.

—Felipe—Mirás le golpeó el brazo—, no quiero que lo intentes. Hazlo.

Felipe lo hizo. Entrenó más duro que nunca, corrió más kilómetros y le dedicó tantas horas en el gimnasio como jamás en su vida. Esa semana fue crucial.

«Debes hacer caso a las indicaciones del médico».

Su tabique nasal ya estaba bien. No iba a preocuparse por eso.

—De un lado a otro. Te quiero ver moverte. —Mirás apuntaba la máquina lanza pelotas. Felipe se desplazaba de un lado a otro, concentrado en llegar a las esquinas antes.

Eric estaba en las gradas como siempre, inamovible e inquebrantable. Felipe se secó el sudor, y levantó la mano para saludarlo.

—Concéntrate.—Reprendió Mirás—. Cuando te dije mente sobre corazón también me refería a tu guardaespaldas.

Felipe tragó saliva y sostuvo la raqueta con las dos manos.

—¿De qué hablas? —Felipe sonrió nervioso. Mirás puso las manos en la cintura y negó.

—Felipe—recalcó su entrenador—, me vale mierda lo que hagas en tu vida privada, pero si sigues mirando a tu guardaespaldas como si quisieras arrancarle la ropa, la gente va a sospechar.

—Deja de decir tonterías. —Felipe frunció los labios para no reír.

—Concéntrate—repitió Mirás sin ganas de avergonzar un poco más a Felipe—, tu mente en estas bolas.—Mirás señaló la pelota de tenis y Felipe negó.

—Ese es un chiste muy malo.

—Perdón, es que debía hacerlo. —Mirás se encogió de hombros.

Una nueva ronda de saques comenzó. Felipe golpeaba con todo lo que tenía, y, aun así, parecía insuficiente.

—Relaja el hombro—ordenó su entrenador—. No pretendas sacar con la fuerza de Ander, eso no es lo tuyo.

—Tengo que ser capaz de obtener puntos así.

—Entrena tu velocidad. Eres más veloz que ellos dos. La exhibición servirá de entrenamiento. Frankfurt es tu meta.

—Sí, acercarme al número uno—dijo Felipe, y volvió a sacar con potencia—. Mañana en la mañana abrirán el testamento.

—¿Estás nervioso?

—No lo sé—explicó Felipe—, jamás pensé llegar a este momento ¿Qué puede pasar? ¿Es posible que Jorge haya decidido dejarle todo a Raisha? De verdad no me importaría.

—Tu padre era un hombre sorprendente, y no en el buen sentido—esbozó Mirás—. Puede que termine dejando todo a caridad.

Felipe comenzó a reír, haciendo rebotar una de las pelotas en el suelo.

—No, Jorge Becerra jamás le daría algo a una persona necesitada. Era demasiado egoísta para eso.

Para Felipe, lo mejor de finalizar el día era que el cansancio físico no se comparaba al deseo. El tenista solo deseaba llegar a su departamento y terminar con los pantalones cortos en los tobillos mientras Eric lo empujaba en la mesa de la sala. Rudo, ardiente y salvaje solo se trataba de saciar instintos, las ganas que los consumían y se acumulaban cuando Felipe corría en la cancha de un lado a otro, se agachaba y estiraba en ese pantalón corto apretado. Lo hacía a propósito. El custodio ya lo había notado. Eric contenía los profundos deseos de tomarlo allí mismo contra la red y al diablo la audiencia.

Se arreglaron lo mejor que pudieron. Raisha llegó con Grégor media hora después. Ambos tenían el cabello húmedo. Ese fue un detalle que a Eric y a Felipe no les pasó desapercibido.

—Habrá un equipo de diez hombres fuera del estudio—explicó Grégor—. Nosotros estaremos a su lado. El abogado nos dijo que no era necesario, pero le remarqué la importancia.

Eric enarcó una ceja.
—¿Eso en tu lenguaje qué sería?
—Le dije que si algo le sucedía a Felipe o a Raisha le sucedería lo mismo a él.
—¡Qué bueno que apostaste a la racionalidad! —ironizó Eric—. Los vehículos estarán listos a las siete de la mañana. A esa hora partimos.
—¿Alguna novedad de Ruhr? —preguntó Eric.
—Ninguna—replicó Grégor—, pero descuida esa rata aparecerá tarde o temprano.
Felipe tomó la mano de Raisha y ambos asintieron. Era hora de enfrentar a los fantasmas y alejar el pasado.

Moscú Rusia. Edificio Ratzin.

Igor Ratzin fue el abogado de Jorge Becerra desde que tomó el control de las empresas de Zaria Sharkova y su padre. Era un hombre amable, pero tenía esa aura que infundía respeto. No parecía del tipo que se amedrentaba fácil, pero Grégor tenía sus técnicas, del mismo modo que Eric.

El hombre los recibió con una sonrisa esa mañana. Felipe se arregló la corbata, la cual, lo asfixiaba. Eric y Grégor estaban detrás de la puerta, atentos a cualquier situación que pudiera presentarse.

—Bien—El abogado tomó asiento en su cómodo sillón de terciopelo—,solo falta una persona más y comenzamos.

—¿Qué? —Felipe y Raisha preguntaron al unísono.

La puerta se abrió en ese instante y ambos jóvenes quedaron paralizados.

—Señor Ruhr—expresó el abogado con una sonrisa de oreja a oreja—, lo estábamos esperando.

36 Sin máscaras

—¿Qué carajo haces aquí? —preguntó Felipe. Ruhr ingresaba con una sonrisa. Eric y Grégor le cubrieron la pasada a sus guardaespaldas.

—¡Vaya! ¡Cuánta hostilidad! —se burló—. Pensé que los vería tristes y demacrados. Resulta que los encuentro aquí, rozagantes, preparados para la guerra.

—Vete a la mierda—dijo entre dientes Felipe—. Deberías estar en la cárcel o muerto, infeliz.

—Señores, por favor. —El abogado se puso de pie—. El señor Ruhr ha sido citado porque es parte fundamental en la lectura, del mismo modo que ustedes.

—Esto es una locura. —Raisha no lo podía creer. El bastardo tomó asiento a su lado.

Grégor observó a la mujer y esta le asintió con la cabeza. Fue en el momento en que cerró la puerta. Raisha se acomodó en la silla con ganas de golpear a Ruhr.

El abogado se ubicó de nuevo en su sillón.

—Les pido tranquilidad, voy a proceder a la lectura del testamento.

Felipe cerró los ojos imaginándose lo peor.

—¿Qué carajo sucede aquí? —cuestionó Eric al lado de Grégor.

—Sea la que sea, no se saldrán con la suya. Tengo la información que va a hundirlo en este momento.

—¿Lo trajiste? —Eric frunció el ceño.

—Todos los archivos los transferí a un pendrive que tengo en mi bolsillo. No confiaba en que continuarían en esa computadora si caía en las manos equivocadas, o incluso con la policía. Era un riesgo muy grande que no pensaba tomar.

Eric se humedeció los labios. Esto iba a ponerse feo.

Hay situaciones ,a las cuales, nunca les encontraremos una explicación válida. Cuestiones que carecen de lógica.

El hecho de que Zaria Sharkova se enamorara de mí fue una de ellas. Soy consciente de que ella era demasiado. Lo era para cualquier hombre, aun así, la conquisté.

Me permitió estar con ella, me aceptó a mí y te aceptó a ti, Raisha, como una hija más. Te cuidó y te dio tanto amor como solo ella puede dar. Luego llegaste tú Felipe, con tu sonrisa y tu timidez, con tus ganas de oponerte al mundo, pero sobre todo a mí.

Te odié por momentos, por instantes en donde me quitabas a Zaria, por segundos en que te negabas a seguir el camino que, según mi parecer, tenías la obligación de seguir.

Felipe, nunca te di amor o una muestra de afecto. Debías ser fuerte y dejar de depender de las personas que, de un día para otro, no estarían o quizás te engañarían. No se puede confiar en la gente. Espero lo hayas aprendido.

Es mi turno de partir y espero que, aunque dolió, hayas aprendido la noción de independencia y valor que quise inculcarte, Felipe.

Te amo a ti y a tu hermana. Puedes dudarlo si quieres, pero es la verdad.

Vamos a la razón por la que están aquí. Estoy muerto en este momento y es hora, de que tomen posesión de las cosas que les pertenecen.

Las acciones en Varis en Suecia y Noruega, los departamentos en París, Berlín, y Madrid quedarán a manos de Raisha. Sé que ella aprenderá a lidiar con todo lo que se avecina. Es una mujer fuerte, aunque nunca se lo dije. Mucho más fuerte que su madre.

Las acciones en Dominico Group en la costa amalfitana, mi mansión en Moscú, los departamentos en Barcelona, Marbella y Hong Kong junto a los condominios de Florida y Nueva York quedarán a manos de mi hijo Felipe. Nunca tuviste talento para la administración, así que confío en que buscaras un buen asesor que hará crecer la fortuna que te dejo.

Con respecto a las acciones de mi empresa más importante Xinaris Energy, considero deben quedar en manos de un hombre que sepa navegar las tormentas y soportar los naufragios. Xinaris es una empresa que solo puede ser gobernada con mano de hierro, por lo tanto, las acciones quedan a manos de Ruhr Levin Sarich, mi socio y mi gran amigo. Alguien que conoce mis puntos fuertes, pero, sobre todo, mis debilidades.

Espero entiendan mis motivos. Los amo y los amé siempre.

Jorge.

—¿Es una maldita broma? —Felipe volteó hacia el bastardo que reía—. Tú no vas a quedarte con esa empresa.

—Primero muertos—dijo Raisha.

—Eso puede arreglarse. —Sonrió el hombre triunfante.

—Claro—Grégor ingresó con el ímpetu de un mar embravecido—. Tú siempre «arreglas» las cosas, así es como has asesinado a muchas personas y también a Jorge Becerra.

—Momento, señores. —El abogado intentó frenar a Grégor, pero éste lo ignoró.

—Lo encontramos—confesó Grégor mientras tomaba la silla de Ruhr y la giraba hacia él—. Tenemos cada correo que le has enviado a Jorge donde confiesas tu participación en la muerte de Zaria y las amenazas hacia él. A nadie le extrañará que hayas empujado a cambiar el testamento. El secuestro de Felipe en Milán tampoco fue al azar. Te jactabas de eso, pues ahora, tenemos todas esas pruebas.

—Eso no es posible. —Ruhr estaba perplejo—. Mis hombres revisaron todo, eso no puede ser.

—No importa cuánto intentaste tapar el sol con un dedo, fue imposible. Irás a la cárcel.

Raisha y Felipe se pusieron de pie. Los custodios de Ruhr intentaron ingresar. Eric les apuntó con su arma. Grégor levantó a Ruhr de la silla y le puso el arma en la cabeza.

—¡Exijo que se calmen! —enfaticó el abogado, pero nadie lo escuchó.

—Diles que bajen las armas, o te vuelo la cabeza—advirtió Grégor.

—No vas a quitarme lo que es mío—maldijo Ruhr.

—Le prometiste a los monstruos de Olimpia Zeratos la empresa que les corresponde a Felipe y a Raisha, pues lamento decirte que no está a la venta. El abogado aquí presente redactará un acta donde renunciarás a tu parte del testamento.

—¿Crees que eso va a detener a Olimpia Zeratos? ¡Eres más tonto de lo que creí!

—No, pero tengo pruebas suficientes para demostrar ante la Corte Internacional de La Haya la violación a los derechos humanos que hace la empresa en África y como los gobiernos convalidan su accionar. Voy a exponer a cada cerdo ambicioso, aunque la vida se me vaya en ello. Tú y Jorge van a ayudarme.

—No voy a firmar nada. —Ladró Ruhr. Grégor movió el gatillo. La punta del arma estaba en la sien—. Espera, por favor.

—Yo no tengo nada que perder amigo—replicó Grégor—, ahora prepárate. Toma asiento mientras el abogado escribe el acta.

—Bien, ¿qué espera? —preguntó Felipe al abogado, y éste se sentó temblando.

Redactó en la computadora a toda velocidad. Sus dedos estuvieron a punto de resbalar por el sudor. El clima espeso se cortaba con un cuchillo. Eric se apuntaba con tres hombres en la puerta. Grégor tenía sujeto a Ruhr. Los hermanos sentían que el corazón se les iba a escapar del pecho.

—Señor Ruhr—dijo el abogado—, por favor, firme.

Ruhr observó el trozo de papel membretado. Había perdido, pero se negaba a darse por vencido.

—¿Usted es consciente que firmaré bajo coacción?

—Por supuesto—explicó Grégor—, y si no quiere ser cómplice y compartir celda contigo, cerrará el culo.

Ruhr se enfocó en el papel. La realidad lo golpeó con brutalidad.

—No se saldrán con la suya—amenazó con la furia brotando—. Me voy a encargar de cada uno de ustedes.

—Por ahora deberías encargarte de esconderte para no ir a la cárcel. —. Se burló Grégor.

Ruhr firmó, y arrojó el birome sobre el escritorio. Se arregló la chaqueta y salió de la oficina junto a sus guardaespaldas.

Raisha se abrazó a Grégor y Felipe a Eric.

—¿Terminó? —preguntó Felipe.

—No lo creo—respondió Eric convencido de que Ruhr tomaría venganza, incluso si eso lo llevaba a la cárcel.

37 Exhibición

Moscú Rusia.

Una semana después.

Era una locura pensar que los cuatro tenistas más talentosos del mundo pertenecían a Europa oriental. Los partidos exhibición eran tan disfrutables.

Por lo general, todos reían sacándose fotos y bromeando con los rivales acerca de quién hacía el mejor saque, cómo se vestían, o su peinado.

La agencia de Vlad tenía a tres de los mejores tenistas del mundo, aquellos que acaparaban todas las miradas y estaban como imagen de numerosas campañas publicitarias. Era una mina de oro. La agencia crecía a pasos agigantados y estos eventos contribuían a crear una imagen más cálida de los tenistas a los que la prensa, en reiteradas ocasiones, denominaba hombres de hielo.

El rival de Felipe era Ciro Abrazov, un muchacho ruso de la edad de Felipe que era la gran promesa del tenis. Su entusiasmo y energía eran avasallantes, pero aún le faltaba la técnica necesaria. Felipe lo venció seis a cuatro, seis a cuatro, en dos sets corridos.

El partido de Ander y Emmanuel fue una cosa memorable como todas las contiendas entre ellos. Desde insultos hasta obscenidades que terminaron en un partido para Emmanuel, quien le dio un guiño de ojo a Ander, y volvió a burlarse con gestos irrespetuosos.

Los partidos de dobles estuvieron muy caldeados después de todo lo que había pasado en los individuales. Los jugadores se acercaron a la red. Emmanuel iba con Ciro, y Ander formó equipo junto a Felipe.

—Vaya, amigo. Ni siquiera en una exhibición dejas de estar debajo de mí. —Se burló Emmanuel.

—Bueno, hay veces que estar debajo puede ser placentero. —Fue la contestación de Ander y la sonrisa de Emmanuel se esfumó.

—De seguro a ustedes siempre les gusta estar debajo, par de maricones—insultó Emmanuel.

Ciro los observaba perplejo. Estaba al tanto de la rivalidad entre Ander y Emmanuel, pero nunca creyó que llegara a ese nivel de falta de respeto.

—Vamos, cariño—provocó Ander—. Cuéntales a los chicos que a ti también te gusta estar debajo. Varias veces por semana, de hecho.

Los ojos de Ciro parecían dos platos voladores. Felipe lanzó una carcajada. La gente no escuchaba la conversación, pero pensó que era algo muy gracioso por lo que todo el mundo rio ante la risa contagiosa de Felipe. Emmanuel ardía de ira.

—Maldito hijo de puta, me las voy a cobrar.

—Me gusta que me nalgueen y me azoten, así que tú verás—dijo Ander con socarronería. Emmanuel le mostró el dedo del medio y se alejó de la red.

—¿Y tú vienes o qué? ¡Apresúrate! —Le gritó a Ciro.

—Calma. Perra que ladra no muerde. —Felipe le guiñó el ojo y Ciro se rio.

Ander y Felipe se alejaron de la red dando risillas.

—Nos odia—aclaró Felipe.

—Con seguridad.

—¿Cómo puedes follar con eso? —preguntó Felipe sin entender los gustos de su amigo.

—Simple, folla como habla. Sucio y sin filtro.

—Quiero que vigilen cada entrada, ¿entendieron? —explicó Grégor a sus hombres—. El enemigo va a camuflarse, y tenemos muchas personas aquí.

La prensa ignoraba todo lo que estaba sucediendo en ese momento. Habían estado encima de Felipe después del atentado y el secuestro, pero los ánimos se habían calmado.

El gobierno los ayudaba. Les había garantizado apoyo, pero Grégor era consciente de cómo funcionaba todo. Ruhr tenía amigos en las esferas políticas que lo apoyarían. Si Olimpia Zeratos desembarcaba con su poderío, muchos políticos saldrían beneficiados. Grégor se colocó por encima de las gradas y observó con binoculares. Eric estaba en el sector sur con la otra parte del equipo.

—¿Alguna novedad? —preguntó Eric.

—Nada por ahora—respondió Grégor por el auricular.

—Ruhr vendrá. Esta es su oportunidad.

—Lo sé y eso me preocupa.

Ander tenía el servicio. Emmanuel estaba cerca de la red, mientras Ciro y Felipe aguardaban más atrás para cubrir en caso de que a sus compañeros los rebasara una pelota cuando se encontraban al frente. Ander hizo rebotar un par de veces la pelota verde flúor y lanzó al aire para golpear con la raqueta con una potencia extraterrestre.

El término le quedaba. Ander parecía de otro planeta, su belleza, el talento y su fuerza. Emmanuel no buscó la pelota, confiado de que caería fuera del área, cuando la bola decidió rebotar cinco centímetros adentro de la línea blanca. El público los ovacionó. Ander hizo una reverencia y Emmanuel insultó en un idioma desconocido. Los muchachos y la prensa se sorprendían de la cantidad de insultos en diferentes lenguas que manejaba.

Ander no se sorprendía, las conocía a todas, sobre todo en la cama.

Continuó con el servicio. Esta vez Ander lanzó con potencia, pero Ciro logró devolver la pelota. Emmanuel y Felipe entraron en juego. Se movieron cerca de la red. Ciro y Felipe estaban unos metros más atrás en caso de que la pelota pasara a la primera línea de batalla de Ander y Emmanuel. Fue un toque y toque que enloqueció a los aficionados. El mismo Ander silbó ante la destreza de los hombres. Emmanuel se levantó en un salto y le dio de lleno a la pelota. Ander corrió hacia la izquierda. Al notar que no llegaría, se arrojó y logró devolverla, pero el golpe fue débil y por un centímetro no logró atravesar la red.

—¡Sí!—gritó Emmanuel y le hizo una seña simulando una felación. Ander caminó hacia Felipe.

—Maldito bastardo.

—No te preocupes—dijo Ander a Felipe—. A éste le voy a romper el culo, y no de la manera en que a él le gusta.

¿Cómo carajo un tenista profesional podía hacer gestos así, y que nadie lo sancionara?

Eric estaba a punto de entrar a la cancha y golpearlo. Le llevó varios minutos controlar las emociones y darse cuenta de que no estaba allí para ver jugar a su novio, sino para protegerlo.

«Novio».

La palabra todavía le sonaba extraña. La lengua se le congelaba cuando la quería pronunciar en voz alta. Felipe era su novio para cuidar y hacerle el amor muchas veces en la noche.

Los ojos verdes iban de un lado a otro. Sus hombres merodeaban en el punto bajo y medio de las tribunas. La gente estaba enfocada en el partido, reía y aplaudía.

El idiota de Ander tenía el saque. Eric tuvo que reconocerle que tenía un brazo fulminante. Emmanuel volvió a frenarlo y la pelota regresó a su área. Felipe corrió y devolvió la bola.

Ciro la golpeó. Ander se acercó a la red e intentó doblegarlo con un tiro largo, pero Emmanuel corrió hacia atrás y alcanzó la bola para rematar.

Fue Felipe quien se desplazó corriendo marcha atrás, sin descuidar la pelota y la golpeó con toda la fuerza que pudo reunir. La pelota superó la red y cayó a unos cinco centímetros de ella. La ovación no se hizo esperar. Eric se cruzó de brazos y sonrió.

Su novio era brillante.

—Bien, amigo—Ander con su voz agitada—, es hora de que le demos quién manda.

—Hecho.

Felipe se preparó en su sector izquierdo y Ander en el derecho. Emmanuel tenía el saque.

—¿Lo quieres ver desorientado? —preguntó Ander con picardía. Felipe empezó a reír.

—Eres el diablo en persona.

—¿En serio? La gente dice que luzco como un ángel.

—La gente no tiene ni puta idea de quién eres en verdad. —Felipe lanzó—¿Qué tienes pensado?

—Nada—replicó Ander—, darle de su propia medicina.

Emmanuel era muy conocido por manipular el juego a su antojo, ahora era el turno de ellos. Emmanuel hizo el saque. Ander lo recibió y lanzó un grito extraño cuando lo devolvió. Algo así como un gemido.

Felipe frunció el ceño, es más, le dio hasta vergüenza. Emmanuel se desplazó con velocidad y golpeó la bola que regresó al terreno de Felipe y Ander. Ander volvió a gemir, es decir, a gritar. Felipe estaba sonrojado. Giro remató en el sector opuesto. Felipe la alcanzó como pudo y rebasó la red. Emmanuel se impulsó hacia adelante para alcanzarla y lo logró, pero no tuvo la fuerza suficiente y quedó atrapada en la red, cayendo de su lado de la cancha.

Ander levantó las manos. Felipe reía mientras Emmanuel, tirado en el piso, destrozaba la raqueta con furia, ante la vergüenza ajena del pobre Giro.

—¿Qué carajo fue eso? —preguntó Felipe desconcertado mientras lo abrazaba.

—Así me gusta gemir cuando estoy con él, supongo que algunos recuerdos le alteran la imaginación, y también la concentración.

—El hombre de hielo se derrite—bromeó Felipe y volvieron a abrazarse.

Después de festejar y darle la mano a Ciro, porque Emmanuel no se quedó en la cancha, los muchachos se dirigieron a los vestuarios. Eric bajó las escaleras y lo siguió, pero se quedó afuera.

—¿Han revisado la zona? —preguntó a uno de sus hombres.

—Es segura—respondió.

Eric se paró cerca de la puerta. Ander y Felipe ingresaron para darse una ducha e ir a la premiación.

—Te juro, me encanta más ganarle que follármelo—bromeó Ander y Felipe dio un suspiro.

—Es increíble que ustedes tengan química sexual.

Ander buscó su bolso en el banco del vestuario cuando, del sector de las duchas, salieron tres hombres armados. Ander y Felipe levantaron las manos. Ruhr venía un poco más atrás.

—Felicidades *garoto*. —Ruhr se burló—. Tu papito en el cielo debe estar muy orgulloso, igual que tu mamá.

—De seguro se pusieron más orgullosos cuando te dejamos fuera de la empresa—replicó Felipe sin amedrentarse.

Ruhr levantó el arma y le apuntó al rostro de Felipe. Este se mantuvo impávido.

—No voy a ir a la cárcel ni a sufrir las represalias de Olimpia Zeratos por tu culpa, bastardo—dijo enojado—. Me vas a entregar la empresa, de lo contrario, vas a pasar al otro mundo.

—No lo haré—respondió Felipe. Los hombres levantaron las armas apuntando en su dirección.

—¿Vas a perder todo? ¿Estás dispuesto mocososo?

—Este juego siempre fue a todo nada—dijo sin miedo Felipe. Ander se enfocó en una de las sillas del vestuario.

—Tu padre siempre tuvo razón en llamarte inútil.

—Es un cumplido viniendo de seres como él o como tú.

Ruhr tensó la mandíbula. Levantó el arma y Ander pateó la silla de madera con toda su fuerza en dirección al hombre.

—¡Cuidado! —gritó uno de los hombres y se arrojaron el piso.

Todos comenzaron a disparar. Eric, Grégor y su equipo ingresaron en ese momento. Los disparos cruzados hicieron que Ander y Felipe se mantuvieran en el piso. Se cubrieron la cabeza con sus manos y rogaron que terminara. Ruhr fue el último en caer. Eric le asestó un disparo en el pecho. Miró a Felipe con los ojos abiertos.

No se sintió como una venganza dulce y placentera. Felipe pensó que esa imagen lo atormentaría por muchos años ¡Cuánto dolor ese hombre les había causado! Ahora yacía en el piso, exhalando su último aliento.

Felipe se puso de pie y ayudó a Ander. Eric fue hacia él y este lo abrazó.

—¿En qué momento se escabulleron? —Eric lo mantenía aferrado a su cuerpo—Dios, estuvo muy cerca.

—Ya no importa.—Felipe no lo soltaba—. Te amo—susurró entre lágrimas—, prométeme que nunca me dejarás.

—Lo prometo. —Eric le besó la frente y le juró estar para él, aunque desconocía lo que les deparaba el destino—. Eres parte de mí.

38 Quédate

«Te has enamorado de un hombre que ha perdido la capacidad de amar».

Felipe sintió que esa frase perdía sentido y se deshacía como el hielo de un río al llegar la dulce primavera. Eric Morgan formaba parte de su pasado, pero sobre todo de su presente, y Felipe se animó a vivir sin límites cada segundo con él.

Raisha renovó el contrato de Eric. Al principio, no le gustaba mucho, pero se dio cuenta de que era lo mejor que le había pasado a su hermano. Los dos hombres continuaban manteniéndolo en secreto. Estaban bien con eso. Nadie tenía por qué saber lo que pasaba entre las cuatro paredes de la habitación.

La locura de la prensa después de lo sucedido en Moscú fue incontenible. Felipe apenas respiraba sin tener a un periodista, o fotógrafo cerca. Prefería pasar tiempo en su departamento o entrenando en el gimnasio. Había perdido el gusto por las salidas. Con tristeza, a veces, se preguntó si todas las estrellas se sentirían así de hastiadas. Él lo hacía, quería respirar con libertad.

—¿Por qué te enojas? Es la vida que elegiste—dijo a Alejandro Ferrari, su fisioterapeuta.

—Ni siquiera puedo salir a tomar un café antes de que lleguen a invadir el lugar. Son insoportables. —Felipe contaba su tragedia a todo aquel amigo que prestaba su oído.

—Son parte del juego de ser famoso y estar entre los mejores.

—Antes no era de este modo.

—Porque antes no habías pasado tantas tragedias juntas, y eso a la prensa la erotiza.

Felipe estuvo a punto de reír ante el concepto. Alejandro presionó con más fuerza sus dedos en las pantorrillas.

—No has estado elongando bien—reprochó el médico—, te lo he dicho un montón de veces.

—Es que estos últimos días intento salir rápido del gimnasio.

—¿Qué dice Eric?

—Nada, solo me acompaña. Creo que no le agrada demasiado, pero es consciente de que forman parte de mi vida.

—Gírate.

Felipe lo hizo. Alejandro esparció más aceite sobre su pierna derecha. Alejandro había levantado su cabello en una media cola. Los anteojos de marco celeste combinaban tan bien con sus ojos. Los Ferrari eran muy bellos.

—¿Qué sentiste cuando el video de ti y de Iván salió a la luz? —preguntó con curiosidad Felipe. Las manos de Alejandro se frenaron.

—Nos destruyó—recordó—, rompió la relación que recién estaba comenzando. Perdimos todo, y al mismo tiempo, renacimos. Iván aceptó que me amaba, lo hizo delante de decenas de fotógrafos y periodistas. Fue por mí, se la jugó. Nada de todo ese descubrimiento e iluminación habría sucedido si yo me hubiera quedado en penumbras.

—¿Piensas que Eric está bien con esto que tenemos?

—Eric es del tipo que le vale mierda lo que los demás piensen, pero comprende lo que sientes tú, así que, por lo que conozco, él estará bien con todo lo que tú le propongas.

—Lo amo mucho, ¿sabes? —confesó Felipe con timidez—. Nunca creí que pudiera sentir esto. Tenías razón. Es un sentimiento único, como si estuvieras flotando todo el tiempo.

Alejandro le dio una gran sonrisa.

—Me alegro de que lo hayas encontrado. Lo importante no es como empieza, sino cómo termina. El final es lo más importante de la historia, y tú has conseguido ser feliz con él.

Felipe miró al techo. La verdad es que tenía el corazón lleno.

—Este viaje a Frankfurt será diferente.

—Confío en que vas a ganar, incluso mi marido dice que estás jugando a un nivel increíble.

—¿Iván «el Magnífico» ha dicho eso? —Felipe se incorporó en la camilla. Alejandro asintió.

—Como lo oyes—explicó Alejandro—. Dice que llegas mejor preparado físicamente que el resto, aunque él asegura que se debe a tus sesiones maratónicas de sexo.

—Cállate, no son maratónicas—replicó Felipe. Alejandro arqueó una ceja—. Bueno, sí tenemos varias veces, pero no es lo único que hacemos.

—Por supuesto, Felipe—afirmó Alejandro con sarcasmo—, todos te creemos.

Raisha estaba en la oficina que había pertenecido a Jorge Becerra en la empresa. Felipe, como era de esperarse, dejó en sus manos todos los bienes. Raisha lloró en ese momento. Felipe le dijo que merecía todo lo más maravilloso del mundo. La mujer cambió su equipo legal y contrató a una firma pequeña que, según su criterio, contaba con abogados más aptos al perfil que buscaba.

Las primeras dos semanas fueron un caos. La prensa hacía que tanto ella como Felipe se replegaran a sus departamentos. Todos pujaban por entrevistas millonarias. La mujer estuvo a punto de mandar todo a la mierda, pero si Felipe aguantaba el asedio infernal y continuaba entrenando, ella también podría.

No estaba sola. Tenía a Felipe más cerca, y también lo tenía a él. A ese hombre que entró sin permiso, que tenía demasiadas capas sobre su piel, pero, por alguna razón, le despertaba una ardiente curiosidad.

Grégor no era ni por asomo parecido a los novios que tuvo en el pasado. Estos habían sido jóvenes como ella, pero jamás la hicieron sentir importante, nunca la hicieron sentir mujer. Una mujer de verdad.

Solo se dieron un beso. Bueno, si se podía llamar beso. Ocurrió cuando Raisha resbaló en la ducha aquella tarde y se golpeó la pierna. La mujer había llamado a su guardaespaldas. Este se mojó su impecable traje, la envolvió en una toalla y la llevó a su cama. Grégor le tocó la pierna, la movió y la acarició. No había fracturas.

—*Deberías tener más cuidado.*

—*Lo sé.*

Raisha, con sus mejillas incendiadas y su cuerpo sonrosado por el agua caliente, era un manjar. Uno prohibido para Grégor. Fue ella quien rozó apenas sus labios con el hombre. Este se puso de pie y se marchó.

Grégor no había llegado ahí para enamorarse, ni para acostarse con una jovencita quince años menor que él. Estaba allí para salvar su propio pellejo, pero su cuerpo no entendía razones. Tarde empezó a darse cuenta de que su corazón tampoco.

Él, un hombre que jamás pensó en volverse a enamorar sentía un nudo en la garganta. La

misión que lo había llevado hasta Raisha y Felipe estaba terminando.

«Quédate».

Su cuerpo se lo pedía a gritos, sin embargo, Grégor estaba convencido de que era una lucha en vano. Raisha era una mujer que tendría el mundo a sus pies, ¿por qué se fijaría en un don nadie como él?

El momento de la verdad llegó. Ahora estaba frente a esa mujer de traje blanco y pollera tubo impecable.

—Grégor. —Raisha le dio una sonrisa cargada de ternura.

—He recuperado mi trabajo para el Gobierno de Sudáfrica.

Era irónico, un momento que debería ser de alegría para Grégor le resultaba nefasto. La sonrisa de Raisha se desvaneció.

—¿Te irás?

—Ya no tengo motivos para estar aquí. —El hombre se humedeció los labios—. Nunca fui bueno para las despedidas.

Todo el entusiasmo y la felicidad de Raisha cayeron a pedazos.

—¿Qué hay de nuestra seguridad? —preguntó en un intento por frenar una decisión ya tomada.

—Tienes un equipo de diez hombres que te cuidan. Ya no me necesitas. —Grégor estaba tan cerca. Sus manos picaban por acariciar su cabello, su mentón y sus mejillas—. Fue un gusto conocerte Raisha Becerra—dijo con una sonrisa angustiosa—. Me has devuelto la vida en muchos aspectos. Me has hecho creer de nuevo en cosas que...

—¿Qué? —Raisha estrechó su mano y la apoyó en el musculoso brazo del hombre.

Grégor se congeló. Raisha frenó el miedo. Ese tirano del que había sido prisionera toda su vida. Apretó su mano delicada en el brazo, se puso de puntitas de pie y sus labios volvieron a rozar los de Grégor por segunda vez. El hombre se mantuvo estático por unos segundos, pero para Raisha fue una eternidad.

Las enormes manos la recorrieron desde el cuello hasta su trasero bien formado. Grégor respondió el beso y Raisha, por fin, fue capaz de respirar.

—Quédate—susurró cuando sus labios se soltaron—. Quiero que te quedes conmigo.

—Somos muy diferentes.

—Me gusta que lo seamos—dijo la mujer—. Me gusta tu forma de ser, tu osadía, tu fuerza y determinación. Quiero aprender de ti. Quiero que seas mi maestro en todos los sentidos.

Grégor profundizó el beso. Sus labios corrieron presurosos a lo largo de la mandíbula hasta el cuello.

—Mi caché no es barato. Debemos renovar el contrato—bromeó Grégor.

—Seguro que sí—Raisha también le dio una sonrisa—,habrá que ajustar algunos términos. También la cuestión de las horas extra nocturnas.

—Descuida, el trato será beneficioso para los dos.

—¿Entonces te quedas? —Raisha le dio una enorme sonrisa.

—Sí, me quedo. —Sus labios volvieron a unirse. Raisha tendría una reunión en solo media hora. Gimió cuando Grégor abrió su camisa y se encontró con el sostén de encaje blanco. El hombre salpicó besos sobre el pecho pálido—. Me quedo todo el tiempo que desees. —Grégor iba a deslizar el sostén hacia abajo, y Raisha lo detuvo.

—Espera.

—Cierto, estamos en la oficina. —Grégor entendió.

—No es eso.

—¿Entonces?

—No tengo senos.

—¿A qué te refieres?

—Mira mi sostén, está vacío. —La mujer se cubrió el rostro. Grégor contuvo la risa y le apretó el trasero entre la falda ajustada.

—¡Qué bueno que siempre fui un hombre de traseros!

Y dicho esto volvió a besarla. Ya no hubo más objeciones, solo piel tocándose y un deseo ferviente de fusionarse con el otro. Grégor la arrojó sobre el escritorio, deslizó hacia arriba la falda, y llevó la tanga hacia un costado.

Las enormes manos recorrieron su cuerpo desnudo. Su camisa estaba entreabierta, su sostén en la cintura, la falda también era un desastre. Raisha estaba encantada. Se mordió el labio inferior cuando Grégor hizo círculos con su lengua sobre uno de los pezones y luego succionó.

—Me gustan—expresó el hombre deleitando su lengua—, son como cerezas. Saben muy dulce.

—Dices cada cosa. —Raisha estaba avergonzada. Grégor la besó. Un momento de cordura le mostró la realidad.

—¡Carajo!

—¿Qué pasa?

—No tengo condones.

—En mi cajón hay dos. —Grégor frunció el ceño—. No tienes idea las veces que he fantaseado con este momento. Debía estar preparada.

—Eres una bandida. —Grégor le besó la nariz—. Me encantas, has traído a la vida a un hombre muerto.

Grégor estaba completamente vestido. La mujer le acarició la espalda sobre el saco negro. No era lo más romántico, pero le gustaba la escena.

Se sostuvo de la madera cuando Grégor bajó su cabeza y se metió entre sus piernas. La lengua hizo círculos alrededor de su vulva, rodeó los labios vaginales con deleite para después succionar. Raisha dio un gemido, era imposible no hacerlo cuando todo su cuerpo se estremecía. Solo fue el principio. Grégor succionó con ímpetu. Raisha le retuvo la cabeza allí. Quería más, necesitaba todo.

—¿Solo tenemos media hora? —preguntó Grégor con voz agitada e introdujo un par de dedos en la entrada húmeda. Raisha asintió, y se contrajo de placer. Arqueó la espalda en la dura madera—. Entonces solo será un precalentamiento.

Grégor se desajustó el cinturón, bajó la cremallera, deslizó el pantalón y el bóxer a mitad de la cadera. Enfundó el pene en el condón, y con él, acarició el clítoris. Lo recorrió de arriba hacia abajo sin ingresar. Raisha pensó que se volvería loca.

—Basta, por favor.

—Está bien, solo porque tú me lo pides.

Grégor ingresó despacio y sintió como las paredes vaginales lo comprimían. Cerró los ojos y dio un gemido ronco. Las estocadas comenzaron casi de inmediato. Raisha lo sostuvo del impecable saco y lo arrojó sobre ella para besarla.

Sus caderas se movieron al unísono, ambos buscaban el orgasmo. No apartaban sus bocas porque, de lo contrario, sus escandalosos gemidos le mostrarían a cada uno en esa empresa lo que estaba sucediendo en la impecable oficina de la señora Raisha Becerra. La flamante dueña.

Le encantaba el sonido que hacía. Raisha estaba tan húmeda que la fricción era ruidosa, la prueba de excitación de lo que cada uno significaba para el otro.

Grégor aceleró el ritmo y golpeó en el punto erógeno de su amante, quien arañó de la mesa de madera y se vino. Se mordió el labio inferior para no gritar, pero su cuerpo convulsionó. Lo apretó con tanta fuerza en su interior que Grégor se vino junto con ella.

El hombre descansó sobre su cuerpo. Raisha lo acarició entre la ropa.

—Te quiero ver desnudo, besarte, chuparte. Dejar mi marca en ti.

—Te prometo todo eso cuando lleguemos al departamento, Señorita Becerra.

—¿Lo juras?

—Más que nunca, Raisha. Tenemos muchas cosas por descubrir.

—Me encanta cómo suena.

Felipe y Eric escribían su historia. Raisha era consciente de que estaba reescribiendo la suya, y todo valía la pena.

39 Miedo

Torneo de Frankfurt, Alemania. Dos semanas después.

—¿Qué pasa flacucho? ¿Tienes calor? —La voz burlona de Emmanuel hizo que Felipe le hirviera la sangre.

La caída en el primer set fue brutal. Un demoledor seis a cero en donde todos creían que Felipe la única corona que recibiría sería de flores. Estaba muerto.

—Eres mejor que él, Felipe. Siempre lo fuiste.

Mirás le había golpeado la espalda infundiéndole valor ¡Qué cosa rara los gestos de los seres humanos! ¡Tan simples y a veces significaban tanto!

Felipe no le fallaría a Mirás, así como tampoco se fallaría a sí mismo.

La vida era un bosque oscuro lleno de fantasmas, pero también era flores y verdes prados, pájaros cantando y ciervos que corrían entre los árboles. Felipe conocía lo profundo de ese bosque. Se limpió el sudor con la toalla, entretanto estaba en descanso. Miró hacia las gradas enfrente y se encontró con él, con todo lo que representaba ese hombre.

Eric le sonrió. Estaba sentado en la parte baja de la tribuna y se enfocaba en él. La victoria no solo fue un sueño, sino una realidad.

Felipe ganaría ese torneo. Había entrenado duro para ello, le había ganado una vez más a su amigo Ander. Un Ander que estaba a las puertas del número uno, pero que ahora requería de un triunfo de Felipe para destronar a Emmanuel.

Si fue capaz de vencer a su mejor amigo, todo era posible. Era el dueño de su realidad. Tenía el talento para vencer a un gigante que a esa hora se deshacía en el calor de la misma forma que él.

Eric movió sus labios. Felipe sintió que las lágrimas corrieron por sus mejillas.

«Te amo».

Esas fueron las palabras que le dijo. La primera vez que lo hacía. Allí, a varios metros de él. Felipe tuvo ganas de correr a sus brazos y besarlo como nunca.

«Emmanuel».

Cierto, todavía debía ganar ese set para forzar uno más y desempatar. Ambos tenistas se levantaron y caminaron, cada uno a su propio sector.

—Cerdito huérfano—susurró Emmanuel cuando pasó cerca de él. Felipe se giró hacia el idiota que siguió caminando como si nada.

Se limpió el sudor que no lo dejaba y sostuvo la raqueta con sus dos manos. Emmanuel sacó.

Fue una lucha épica, una de las que Felipe les contaría a sus hijos y nietos alguna vez. A todos esos pequeños que tendría junto a Eric Morgan cuando se casaran. Felipe tenía la capacidad de ser muy cursi. Tendría muchos pequeños rubios, de hermosos ojos verdes.

Cada punto le costó sangre. Emmanuel rompió dos raquetas con su ira desmedida cuando

comenzó a perder puntos.

Emmanuel golpeó la bola desde el centro con toda su fuerza. Felipe corrió y la alcanzó. Pasó por apenas un centímetro por encima de la red.

«Siete a cinco».

Ese fue el resultado del segundo set. La ovación no se hizo esperar. Felipe levantó las manos en señal de triunfo. Ahora debían desempatar.

—Hazlo correr—susurró Mirás a su lado—, está a punto de desgarrar su abductor.

—¿Cómo sabes? —preguntó Felipe mientras se limpiaba el sudor con la toalla blanca.

—Hazme caso, confía en mí.

Felipe lo hizo correr. Fue una lucha de resistencia porque ambos forzaron al otro a moverse de un lado a otro. Llevaban dos horas y media de juego cuando Emmanuel comenzó a cojear. Se sentó, se trató con una crema muscular y continuó.

—Aprovecha el tiempo, no dudes Felipe.

Mirás otra vez le golpeó el brazo. Felipe observó a Eric quien ahora mantenía las manos unidas a modo de plegaria. Estaba de pie y luego se sentó. Felipe estuvo a punto de reír, jamás lo había visto nervioso hasta ese momento.

Cada músculo dolía, pero iban a continuar.

Cada punto fue una lucha descarnada. En un momento Felipe pensó que lo más justo habría sido un empate, pero Emmanuel era un idiota y no merecía nada.

Felipe hizo rebotar la pelota y realizó el saque. Estaban seis a cinco.

«Match point».

Felipe estaba a un paso del triunfo. Tenía el servicio y por primera vez disfrutó la cara de desazón y dolor de su adversario.

El saque fue potente. Emmanuel lo recibió y Felipe lo devolvió. Emmanuel corrió hacia adelante para reducir espacios. Felipe se mantuvo un poco más atrás. Una pelota suave, la sonrisa del idiota antes de tiempo, una corrida fenomenal, un arrojo sublime, y Felipe alcanzó la pelota para pasarla por encima de la red y dejar Emmanuel con cara de payaso.

El público volvió a gritar. Felipe cayó de rodillas y lloró con desconsuelo.

No era por el triunfo sobre Emmanuel. Felipe entendió que, en ese estadio repleto, con su amor que lo aplaudía y se secaba las lágrimas, con Raisha y Grégor que saltaban y se besaban, con Carlos y Gabriel enloquecidos de felicidad, con Alejandro e Iván que apenas creían lo que estaba sucediendo, la mayor victoria de Felipe fue sobre sí mismo.

Felipe dio un suspiro entre las sábanas. El aroma a menta y frescura de Eric estaba en ellas. Abrió los ojos, observó a su hombre sentado en el sofá ubicado delante de la cama. Pestañeó, acostumbrándose a la luz solar que ingresaba por las ventanas.

—Eric—dijo somnoliento—, ¿qué haces vestido? Son las siete de la mañana.

Felipe había decidido quedarse una semana más en Alemania. Se lo dijo a Eric después del segundo orgasmo que fue más brutal que el primero. Todo era maravilloso e idílico. Felipe frunció el ceño, el rostro de Eric estaba inundado de tristeza.

—¿Qué sucede?

—Mi hermano Bryce fue capturado por las mujeres para las cuales trabajaba—confesó Eric destruido—. Lo traicionaron. Al parecer es una puta ironía. Ian y Mayka Callum lo están ayudando, pero no es suficiente.

—Te necesita. —Completó la frase Felipe con un hilo de voz. El mundo idílico, una vez

más, comenzaba a despedazarse. Los escombros caían de esa enorme torre.

—Debo ir.

—No—Felipe salió de su lugar y gateó entre las sábanas. Se movió fuera de la cama desnudo y se cobijó en los brazos de su amor a horcajadas—, me prometiste que te quedarías conmigo. Me lo prometiste.

—Lo sé—Eric lo sostuvo del rostro para que lo observara—, pero son mis hermanos, Felipe.

—Ellos se enojaron contigo.

—Yo también estoy enojado con ellos, pero los amo, y ellos me aman a mí.

—¿Es peligroso?

—Sí.

—¿Puedes morir? —Eric tragó saliva—. Contesta.

—Sí, puedo morir.

Felipe se cubrió el rostro y lloró. Eric lo abrazó, intentando que todos los pedazos rotos volvieran a unirse. Era imposible, las cosas podían cambiar para siempre.

—La mañana en la que desperté en el hotel en Londres me sentí del modo en el que me encuentro hoy—confesó Eric—. Te observé, vi tus pesadas y abundantes pestañas. Tus mejillas redondas y la manera en que tus labios se abrían en una suave respiración. Pensé que era el cielo, pensé que alguna vez podría vivir a tu lado, y tendría derecho a eso. En otra vida, por supuesto. Memorice cada gesto, cada línea de expresión y quise quedarme allí con todas las fuerzas de mi alma.

—Tú me besaste esa mañana. —Felipe recordó—. Pensé que se había tratado de un sueño.

—Perdóname por dejarte de nuevo—rogó Eric.

—No vayas. —Felipe le imploró—. Si mueres, no voy a recuperarme.

—Claro que lo harás—Eric infundió valor—, porque eres más fuerte de lo que crees, Felipe Becerra y por qué se necesita algo más que la muerte para apartarme de ti.

Se besaron con locura, se tocaron con hambre y desesperación, empapados en lágrimas, pero sobre todo llenos de amor.

—No puedes llamarme, ¿de acuerdo?

—¿Qué haré entonces si necesito saber de ti? —preguntó Felipe desesperado.

—Son dos días. Te pido paciencia y que confíes.

—Regresa—Felipe musitó sobre los labios de su amante. Eric lo besó, pero no respondió.

Felipe, en su corazón, también tuvo dudas y le pidió a su madre, donde sea que estuviera, que cuidara al único hombre que sería capaz de amar en su vida.

40 Sin tiempo

*¿Qué hacemos cuando los sueños desaparecen entre la niebla de la desesperanza?
¿Cuando todas tus convicciones caen en un abismo tan oscuro y profundo que es imposible que
salgan de allí?*

*Nadie debería pasar por el dolor del desamor, nadie debería sufrir el abandono cuando
ama.*

*Decidí crear una realidad alternativa mientras las horas se tornaban días, y los días se
volvían años. En este absurdo goteo del tiempo en donde ya no sé quién soy, y solo el recuerdo
de su voz mantiene mi pulso.*

*Mis labios se niegan a pronunciar tu nombre. No puedo, no debo, porque si lo hiciera,
rompería en llanto y debería reconocer tu ausencia.*

*El mundo no ha dejado de girar, las flores no han detenido su crecimiento, la gente ríe,
llora, abraza, sueña. Los autos van y vienen, pero yo no existo.*

No quiero perderte, no puedo.

Frankfurt, Alemania.

Dos días después.

—Amor—Una voz lo sacó de la amargura. Felipe se movió apenas, atontado por las
pastillas de dormir—, estoy aquí.

El calor lo envolvía, una risilla tierna mientras le besaban su barbilla. Felipe era incapaz
de abrir los párpados pesados, sin embargo, se aferraba al cuerpo firme y musculoso sobre él.

—Eres tú—dijo sin poder creerlo—, eres tú.

—Sí, estoy aquí.

Fue una tarea titánica abrir los ojos. Felipe lo logró, y se encontró con un verde prado, un
día de sol, con la alegría y la felicidad.

—Eric, eres Eric.

—Sí y tú eres Felipe.

—Volviste. —Las lágrimas saltaron de sus ojos.

—Nunca me fui.

Se besaron y rieron, lloraron. Eric pensó en lo mucho que su hermano Anael se reiría de
su cursilería si alguna vez lo escuchara.

—¿Tu hermano? —preguntó Felipe, asustado.

—Está vivo—pronunció con alivio Eric—, fue una guerra, pero sobrevivió.

Paris, Francia.

Cuarenta y ocho horas antes.

Analise llegaba a la mansión Charpentier hablando por celular. La seguían de cerca una docena de guardaespaldas. Reía y coqueteaba en su lindo vestido púrpura y sus tacones del mismo color, los cuales golpeaban el cemento de las escalinatas de entrada a su enorme propiedad. Hablaba y se movía con tal naturalidad que ningún ser humano se imaginaría lo que ella y su querida hermana planeaban para esa noche.

«Una función estelar».

—Sí, es esta noche —dijo con gracia—. Es una función muy especial. Por eso estás invitado.

Hablaba con alguno de los invitados para esa noche macabra, la apertura del club que su hermano amaba. Lujo, sofisticación y masacre. Sin duda, una velada prometedora.

—Llevamos planificando esto desde hace un año. ¿Te imaginas nuestra alegría? —expresó entusiasta. Olvidó que su empresa había quedado ceniza, que la prensa buscaría respuestas y que la policía investigaría.

Nada importaba. Esa noche era la de sus sueños. La noche de la venganza.

—Cuento contigo, y recuerda no llegar tarde. Sabes que somos estrictos con el horario —advirtió con amabilidad—. Nos vemos. Saluda a tu esposa de mi parte. —Cortó la comunicación y sonrió. Ni siquiera se giró hacia atrás para observar a los simios que la escoltaban, y ese fue un gran error.

Un sonido casi imperceptible; el peso de cuerpos cayendo sobre las escaleras de cemento que conducían a un vestíbulo. Analise se volvió y vio cómo uno a uno los hombres se desplomaban en milésimas de segundo. Iba a correr, pero un proyectil cayó cerca de sus lindos zapatos. Quedó estática.

—¿Cómo entraste?

—Tienes muchos guardias. A veces eso es un problema, sobre todo cuando los cambias permanentemente.

—Morgan...

Anael volvió a disparar.

La mujer sintió que el oxígeno se atascó en su garganta.

—¿Qué quieres?

—A Bryce —cambió el cargador—, y lo quiero ahora.

—No está aquí.

—Entonces daremos un paseo. —Le hizo una seña hacia la limusina—. Las damas primero.

—El chofer te descubrirá.

Anael sonrió y se humedeció los labios cuando el conductor descendió.

—Analise, te presento a Eric, el estúpido hermano del medio.

Los ojos verdes de Eric sonrieron a pesar de que sus labios y sus facciones se mantuvieron estoicas.

—¿Siguiente parada, señor Morgan? —ironizó Eric con fingida amabilidad.

—Mademoiselle Charpentier nos indicará.

La mujer tironeaba, buscando liberarse del fuerte agarre que marcaba su delgado brazo incluso entre la tela. Se maldijo a sí misma y también a su hermana. Todo este tiempo esos bastardos habían estado un paso adelante. Y ellas, como un par de ilusas seguras de que los superarían en el juego, los habían subestimado. Quizá los rumores eran ciertos. Los Morgan eran aún peores que los Callum, pero sin su prestigio.

—¿Vas a defender a los seres que mataron a tu padre? —Con burla, buscó algún lugar

de manipulación en Anael—. Eres un cobarde, y deshonras a tu familia.

Los dedos se presionaron con más fuerza. Anael entonces negó.

—No he olvidado lo que nos hicieron, pero creo que es hora de que cerremos heridas y hagamos pagar a los verdaderos culpables. Ian no es uno de ellos.

—¿Y la mujer que estuvo a punto de asesinar a tu hermano tampoco?

—Bryce la perdonó. La hizo suya de nuevo. Dime una cosa, estúpida, ¿quién soy yo para cuestionarlo? ¿Cómo voy a tomar venganza sobre una mujer que es todo para él?

—Cariño —dijo Eric esta vez con su voz suave y seductora, esa que lograba que las pantaletas de todas se humedecieran—, hay que aprender a jugar en los juegos de adultos. Ustedes, lamentablemente, aprenderán del modo difícil.

—¿Qué me harán?

Anael se encogió de hombros.

—Eso depende del estado en el que encontremos a nuestro hermano —respondió Eric, y animó a su hermano a subir a la limusina.

Analise sintió que todo su mundo de papel de pronto se quemaba. Esos hombres las harían pedazos luego de las torturas a Bryce.

—Habla —ordenó, y tiró de ella, que bajaba por las escaleras—. ¿Dónde se encuentran?

—El club Flesh and Blood es donde están.

Anael la arrojó en el asiento trasero y subió a su lado.

—Bien, vamos a salir, y tú les dirás a tus hombres que abran la puerta. Un paso en falso y te vuelvo la cabeza.

—No ingresarán al club o al menos no saldrán vivos —amenazó—. Tenemos decenas de guardias para protegernos.

—Eso déjaselo a los Morgan. —Eric le guiñó un ojo por el espejo retrovisor.

—Lamento haberte sacado de tu «luna de miel» —le dijo Anael a su hermano, que desde el primer momento se había negado a entrar en un trabajo que era tan personal, sobre todo para Bryce.

—No te preocupes —contestó, y puso en marcha el vehículo—. Felipe ha decidido quedarse una semana más.

—¿Has aprendido a hablar portugués?

—Bastante. Sabes que tengo una lengua muy talentosa.

Anael hizo una mueca de desagrado.

—No lo quiero imaginar, pero, lamentablemente, mi mente de cerdo lo imagina.

Eric ignoró las tonterías de su hermano y se concentró en el camino que transitaban. Debían salir cuanto antes. Respiraron profundo. Era cuestión de segundos para que alguno encontrara el tendal de muertos en las escaleras.

—Aquí vamos. —Eric esperó a que uno de los guardias abriera los portones. Los vidrios polarizados mostraban poco de lo que sucedía en el interior de la limusina.

Los portones se abrieron por fin y Eric condujo despacio para no llamar la atención. Fue cuando un par de disparos en la parte de atrás de la limusina les indicó que habían encontrado los cadáveres. Analise forcejeó y Anael tuvo que golpearla, dejándola inconsciente.

—Mierda, ¿era necesario? —preguntó Eric.

Anael observó a la mujer desvanecida a su lado.

—No tenía alternativa —replicó, y buscó el cargador para reemplazar el de su arma.

—El Demonio está vivo.

—Por supuesto que está vivo —siseó Anael—, de lo contrario esta y su hermana me

conocerán.

—Lo encontramos. —Eric rememoró—, las malditas lo torturaron hasta el cansancio. Tenía heridas por cada parte de su cuerpo, quemaduras de cigarrillo, cortes los cuales le provocaron una gran pérdida de sangre. Los médicos no supieron explicar cómo sobrevivió.

—Quizás sí tenga algo de demonio después de todo. —Felipe estaba en calma después de dos días. Su hombre descansaba a su lado.

—Mayka Callum se quedó con él todo el tiempo hasta que salió del peligro.

—La mujer que intentó matarlo.

—Sí—replicó Eric—, la que nunca dejó de amar.

—Es increíble que lo haya perdonado.

—¿Tu acaso no me personaste a mí? —preguntó Eric y lo observó.

—Es diferente, tú no me traicionaste.

—Provoqué un gran dolor en ti—recalcó Eric—, tú mismo me lo dijiste, y contra todo pronóstico, me diste una oportunidad.

—Quizás soy un tonto como tu hermano—bromeó Felipe.

—Tal vez tú y Bryce aman de un modo que nunca entenderemos. —Concluyó Eric—. Fue difícil verlo así de herido, recordar todo lo que vivió por esa mujer, y ahora la tenía a su lado. La besó con suavidad y ella lloró a su lado. Bryce jamás estuvo más feliz.

—¿Te molesta su decisión?

—Los Callums tienen una forma muy particular de demostrar sus sentimientos, pero cuando nos dijo que estuvo muerta en vida sin Bryce, le creí. Confié en cada palabra que Mayka dijo. Mi hermano Anael, por el contrario, no le da crédito. Para él, ningún miembro de esa familia merece confianza.

—Serían como la versión criminal de Romeo y Julieta—bromeó Felipe.

—Al menos tuvieron un final un poco más feliz.

Felipe cerró los ojos, el latido del corazón en su pecho eran armónico, una música suave con la cual deleitarse por horas. Eric enredó sus dedos entre los rizos, le besó la frente, y sus mejillas.

—¿Estás bien? —preguntó con un atisbo de preocupación por Felipe.

—Sí, no tienes idea lo que ansié este momento.

—Ya no voy a irme de nuevo. —Eric le transmitió tranquilidad—. Estoy aquí para ti, siempre.

—Siempre. —Felipe se estaba quedando dormido. Eric volvió a besar su frente.

—Duerme, cosita—musitó en su oído—. Cuando despiertes, seguiré estando a tu lado.

41 Reencuentro

Felipe dio una risita. Los besos lo despertaron un par de horas después. Eric olía a jabón, estaba húmedo, lo que significaba que se había dado una ducha. La lengua ansiosa se paseó por el cuello del tenista, y éste suspiró de placer.

—Sigo cansado. —Felipe reía porque Eric no tenía intenciones de parar.

—¿Mucho? —preguntó el inglés.

—No tanto.

—Así me gusta. —Eric salió de la cama. Felipe se sentó en el mullido colchón. Eric fue hacia la sala, y desde allí regresó con una pequeña bolsa de color negro con un lazo dorado—. Te he comprado algo, ¿quieres verlo ahora?—esbozó con picardía.

—Sí —Felipe estaba somnoliento, pero no menos entusiasmado. Felipe la abrió, y se mordió el labio inferior. Había un par de esposas, un lubricante sabor cereza, y un antifaz de raso rojo.

—¿Te gusta? —preguntó Eric que ahora regresaba a la cama, y con la punta de sus dedos recorría sus clavículas, y descendía a los pezones. Felipe negó con picardía.

—¿Quieres que lo estrenemos ahora?

—Es la bienvenida que soñaba, así que, no voy a negarme.

Felipe tiró de las molestas sábanas a un costado. Eric se incorporó sentándose en la cama. El tenista le entregó la bolsa de nuevo a Eric.

—Hazlo—musitó con el calor que latía bajo su piel—, haz conmigo lo que deseas.

Eric lanzó la bolsa sobre el colchón, asió del rostro a su hermoso amante y lo besó. En ese instante se olvidó de lo vivido, de todo lo malo que le ocurrió para llegar ahí. Felipe valía todas las penas, y mucho más.

Los dedos se abrieron como tijeras en el interior cálido. Felipe se retorció y tironeaba de las esposas que lo sostenían a esa cama. El antifaz anulaba su sentido de la vista, pero intensificaba todos los demás. Eric jugaba con su cuerpo, con su desesperación, su lengua iba y venía mientras las estocadas con esos dedos talentosos no cedían.

—Cosita.

Felipe gimió cuando Eric susurró esa palabra en su oído. El guardaespaldas salpicó besos húmedos por su cuello, y su mentón, para luego incursionar sobre su pecho. El aroma a cereza del lubricante impregnaba las sábanas y sus cuerpos.

Los labios de Eric quemaban la piel, Felipe ardía. Cada exhalación profunda lo corroboraba. Jadeó cuando su miembro fue absorbido por la boca de ese hombre experimentado, el cual gozaba a pleno. La lengua de Eric subía y bajaba por la extensión de carne húmeda por la mezcla de esencia y saliva. Felipe cerró las piernas con el fin de mantener a su amante allí, que continuara dándole placer, después de dos días de dolor.

La lengua dio círculos sobre el glande, Eric mordió despacio, y Felipe chilló. Tiró de sus muñecas en vano. Necesitaba tocar a su hombre.

Eric montó su pecho, Felipe se preparó. El miembro duro y húmedo de su amante cepillaba sus labios. Felipe abrió su boca para que la carne profanara cada espacio. Ahuecó sus mejillas, y Eric estuvo a punto de correrse solo con la primera succión.

—Dios—Eric le acarició el rostro. Felipe continuaba con su arduo trabajo. El pene de Felipe estaba rígido y goteante—, así, presiona más fuerte.

El tenista lo hizo, consciente de que el sexo oral era la herramienta que poseía para dominar a Eric y hacerlo su esclavo. Eric sacaba su erección de la cavidad bucal y golpeaba sus mejillas, y su mentón con ella para luego volver a introducirla.

—¿Sabes? —Eric embestía despacio en esos lindos labios gruesos abiertos al límite—.Creo que deberás enseñarme cómo lo haces. Tu técnica es excepcional.

—¿Enseñarte sobre sexo a ti? —Felipe pasó la lengua, y chupó sus labios cuando la verga abandonó su boca—. Sí, claro.

Eric le quitó las esposas que ya comenzaban a dejar cardenales en las muñecas. Se deslizó en el colchón y salió de la cama. Tomó de una pierna a Felipe, y lo arrastró hacia él. El brasileño rio sorprendido.

Volvieron a besarse, pero ahora estaban de pie. Eric llevó sus manos a las nalgas redondas y las apretó con hambre.

—Quiero que subas a mí, y te sostengas—ordenó. Felipe obedeció como siempre lo hacía.

La punta del pene rozó sus nalgas, y luego se hundió entre ellas. Felipe se contrajo, se corrió en ese instante cuando Eric lo penetró. Tenía tanta vergüenza, pero el guardaespaldas no esbozó una palabra al respecto. Ingresó a su cuerpo, respiró sobre su cuello y las estocadas comenzaron.

Eric lo folló con más fuerza que todas las veces anteriores. Entraba y salía con rapidez, mientras lo sostenía de las nalgas, y Felipe caía sobre su pene. Esta era la mejor manera de comenzar la mañana, el tenista deseó que siempre fuera de ese modo. Eric era una máquina de sexo que lo jodía sin contemplaciones, ni delicadezas.

—Vas a venirte de nuevo—susurró sobre su pezón y luego lo chupó. Felipe estaba enloqueciendo.

Las estocadas daban directo en su próstata. Engarzó sus piernas a la cintura del hombre con las pocas fuerzas que le quedaban. Eric gruñó cuando el vaivén se tornó más áspero y rápido. Caminó hacia la pared opuesta a la cama, apoyó a su amante sobre ella para inmovilizarlo.

Felipe chilló de placer cuando Eric no solo perforaba su cuerpo, sino que estaba a punto de romper la pared que los sostenía. Sus bocas volvieron a adherirse, sus lenguas se enredaron en una batalla cruenta y apasionada.

—¿Duele? —indagó Eric sin dejar de empotrarlo con violencia.

—Un poquito.

Eric lo alejó de la pared. Felipe continuaba amarrado a su cintura. Cayeron en la cama una vez más. Eric no salió de él un segundo, lo siguió follando sin piedad, pero esta vez, sobre el cómodo colchón.

Felipe gritó cuando el orgasmo lo golpeó una vez más.

—Eres un blandito. —Eric se burló, entretanto desaceleraba el vaivén tornándolo lento y profundo.

—Es tu culpa. —Felipe no podía verlo, pero estaba seguro de que el bastardo tenía una gran sonrisa. Un nuevo chupetón en su pezón izquierdo, luego en el derecho. Eric le quitó el antifaz.

Felipe ronroneó de placer, sus manos surcaron la espalda firme y bañada en sudor. Eric arremetió con velocidad una vez más. El tenista se concentró en su mirada, ambos estaban frente a frente. Extendió las piernas al máximo. Eric lo vapuleaba con intensidad y maestría.

—Vengámonos juntos. —Eric le besó los labios despacio—. Dime cuando estés listo.

Y así lo hicieron. Eric lo embistió con velocidad, hasta que Felipe sintió que una colisión se formaba en su interior. Su semen salpicó el abdomen de Eric, el tenista percibió la manera en que la esencia de su amante lo rebalsaba.

Las piernas de Felipe se relajaron, su cuerpo lánguido, que recibía besos, y una lengua que no se cansaba de explorarlo. Eric era una bestia, y él su afortunado domador.

—Te extrañé—dijo Felipe con un hilo de voz—, pensé que...

—Yo también—interrumpió Eric—, pero he sido muy sincero cuando te he dicho que ni siquiera la muerte va a separarme de ti.

Felipe lloró, lo enojaba ser tan sensible, pero resultó inevitable. Eric chupó sus lágrimas. El hombre se deslizó fuera de su cuerpo. Ambos estaban agotados, saciados, y felices.

—Hay lugares que me gustaría visitar contigo—dijo Felipe—. Frankfurt me encanta.

—A mí también—Eric le mordió el labio inferior—, pero no más que tu cuerpo en esta cama.

—Vamos, no podemos pasarnos una semana enredados entre las sábanas—agregó Felipe y gimió cuando Eric le acarició el pene húmedo—. Ya, deja de hacer eso.

—¿Estás seguro de que no podemos?

Felipe lo empujó para que la espalda del hombre diera en el colchón. Se montó sobre él.

—Eres un maldito sexópata—insultó—, y me has convertido en una zorra.

—Vamos, amigo. —Eric lo nalgueó—. Siempre lo fuiste, yo solo liberé ese lado tuyo.

—No voy a pasar una semana en la cama—replicó Felipe—¡No voy a caminar en un mes!

Eric se encogió de hombros. Lo sujetó de la cintura, y levantó sus caderas para acariciar con su media erección las nalgas de Felipe.

—No lo sé. Creo que es una buena forma de entrenar.

—A Mirás no le gustará—se burló Felipe.

—Descuida, este solo será un pequeño secreto entre tú y yo. Ahora, vaquero, más vale que me muestres tu destreza en este momento, sino volveré a nalguearte.

Felipe se humedeció los labios, se cubrió el rostro y negó. Estaba tan mal de la cabeza como ese hombre.

—Está bien, pero no te decepciones. Nunca fui muy buen jinete.

—Tranquilo—Eric le dio una sonrisa ladina—, hay mucho tiempo para aprender.

Epílogo

París, Francia. Un año después.

¿Qué es la vida?

La vida trae tantas sorpresas. Uno debe animarse a explorarlas, a surfearlas como una ola inmensa que no tiene principio ni fin. La vida no me preparó para soportar la pérdida de mi madre, tampoco me mostró el camino cuando me miraba al espejo y me decía a mí mismo cosas horribles. No me preparó para entender que mi padre sería el causante de nuestras desgracias. La vida solo trae novedades, y uno elige cómo tomarlas, después de todo, entre hiel y miel solo hay una letra de diferencia.

Lo dulce, amargo, cálido, gélido, valiente, cobarde no son más que las partes de un mismo armazón. Uno que todos llevamos, que nos acompaña desde que nacemos. La vida es dura, pero también a veces es blandita como capullito de algodón. Amarga, pero al mismo tiempo dulce cual una gota de almíbar. A mis veintiún años comprendí todo lo que ella quería enseñarme. Me negué a sus lecciones innumerables veces, me enojé, refunfuñé, lloré, porque me resistí a que las cosas no fueran como las deseamos siempre, pero no por eso dejan de ser bellas. Aprendí tanto de las personas malas, incluso más que de las buenas. Me mostraron el camino que no debía seguir, la manera en que las equivocaciones, a veces, tienen consecuencias muy caras. La vida es la mejor maestra que he tenido, porque repitió las lecciones hasta que tuve que levantar la cabeza y aprenderlas.

Sonríó mientras me presentan ante el público. Levanto la mano y me entrego al momento, lo disfruto.

«Carpe Diem».

Disfruta el día, disfruta la vida, disfruta el momento. Este instante que jamás regresará, esta brisa que mueve mi cabello y me demuestra que estoy vivo. Ese beso que está ahí, que siempre es distinto, pero igual de sabroso y dulce.

Mi rival es un rumano que está dando sus primeros pasos en el tenis. Está nervioso, me recuerda un poco a mí cuando tenía diecisiete años ¡Qué lejos he llegado desde aquellos tiempos! Cuánto he perdido, ganado y aprendido.

Me enfoco en las gradas, y lo encuentro a él. Al glorioso Eric Morgan. El término no me resulta exagerado, sino más bien lógico y merecido. Eric es glorioso, en el más tierno, genuino y caliente de los sentidos. Es mi todo, mi punto de quiebre. El lugar en donde el tiempo y el espacio se desvanecen, y es maravilloso que a él yo le produzca lo mismo. Me lo ha dicho, y le creo. Confío en él, en cada sonrisa y palabra que sale de sus carnosos labios, esos que amo morder sin decoro.

Sigue siendo mi secreto y yo el de él. El mundo no necesita saber lo que sentimos, la manera en que nos amamos, o la forma en que mi piel arde cuando entra en contacto con la suya. Nos seguimos deseando con la misma intensidad, como aquella noche que marcó la vida de ambos. Esa noche en que descubrí que merezco lo bueno de la vida, el placer y el amor en un

mismo hombre. No deseo que la prensa entienda esto, que los demás lo comprendan. Es mío, y lo cuido con uñas y dientes.

Raisha y Grégor están al lado de mi amor. Mi hermana se prepara para lanzar su primera exposición. Sé que ese hombre a su lado la hizo descubrir algo único, más allá del deseo. Un pequeño cofre que Raisha guardaba con llave cerca de su corazón, uno que ni ella misma se atrevía a abrir por miedo. Jamás la he visto tan feliz como ahora. Ha renacido de las cenizas. Es una muestra clara de que la maldad nunca vencerá si no lo permitimos.

Mi mánager Carlos y a su esposo Gabriel me acompañan. Cada vez que recuerdo aquella noche en donde presencié la manera en que hacen el amor me provoca una risilla de vergüenza. No voy a negar que ese es mi objetivo con Eric, que nuestro lazo perdure a través del tiempo, y que me siga mirando con el mismo deseo, así como yo a él. Carlos y Gabriel son maravillosos. Me siento afortunado de tenerlos, que compartan conmigo sus vidas.

Y la vida me aplaude desde un lugar privilegiado porque entiende que aprendí mis lecciones, y porque las nubes y la lluvia ya no tapan este sol que nace de mí, del placer de ser yo mismo, sin juicios, inhibiciones o mandatos que solo me limitan.

El público me ovaciona, saludo con ambas manos mientras la prensa toma sus fotografías. Voy hasta el banco donde dejo mi bolso, y mis raquetas. Me preparo para el inicio, el comienzo de torneo siempre es electrizante, porque se trata de un nuevo desafío, y porque ninguno de los que aquí estamos queremos perder.

Deseo ganar para celebrar mi victoria con mi hombre, pero no de la forma en que lo hacemos normalmente. No, hoy tendré mucho más por lo que dar gracias.

He guardado los anillos de compromiso en una de mis maletas de viaje. Sé que para muchos es una locura, soy consciente de que solo tengo veintiún años, pero jamás estuve tan seguro de una decisión. Eric es un río turbulento, uno que pocos valientes se atreven a navegar, pero me he acostumbrado a nadar en él, incluso contra la corriente. El futuro es incierto para todos, por eso me dedico a vivir el presente. Y mi presente es Eric, su luz, su magia, su resiliencia. Es su todo, y es mío.

No estoy aquí para recordar el pasado ni para temerle al futuro. Estoy aquí para vivir.

Me coloco en mi sector de la cancha. Hago rebotar la pelota en el suelo. Tengo el servicio. El sonido de la bola flúor sobre el piso de polvo de ladrillo me calma, me trasciende. Me hace creer de nuevo en mí a cada segundo, a cada minuto. Lanzó al aire la pelota y mi raqueta la golpea con potencia. El juego comienza.

Es cuando entiendo que cada paso dado ha sido el correcto, y estoy orgulloso de ello.

Match Point. Escena adelanto

Ander

«Te espero esta noche en Hipnos. Digo, si tienes los cojones de ir».

Cerré los ojos después de estacionar mi deportivo frente al antro oscuro de mala muerte de las afueras de Moscú en donde el hombre al que más odiaba en el planeta me había «invitado».

¿Por qué carajos vine? En términos generales, era un hombre de veintitrés años muy racional. Mis padres siempre lo habían dicho, era su orgullo.

Bueno, ¿qué pensarían si supieran el lugar que frecuentaba? ¿Qué dirían si supieran que he estado aquí varias veces en busca de un polvo furtivo?

—*Mira, una linda foto.*

—*¿De dónde has sacado eso?*

—*Pequeño Ander, ¿te has estado portando mal?*

Mi cabeza regresó al instante en que recibí los mensajes de ese imbécil que se creía inteligente.

«Si quieres las fotos, deberás venir por ellas. Conoces el lugar, dudo que te cueste llegar».

El corazón me tamborileaba en el pecho, masajé la zona con fuerza porque en cualquier momento sufriría un infarto. Me observé a mí mismo en el espejo retrovisor del Bentley y di un suspiro. Era una tontería. Iría allí y le quitaría las fotografías al hijo de puta y saldría. ¿Cuánto tiempo podría llevar eso? ¿Quince minutos? ¿Veinte?

Me rasqué mi rubia cabellera enmarañada, humedecí mis labios resecos. Tenía sed, la adrenalina provocaba que mi garganta escociera.

Mi celular sonó y estuve a punto de dar un grito. Lo sujeté entre mis manos, el nombre que apareció en la pantalla me hizo palidecer.

«No ahora, por favor».

—¿Charly?

—Ander—dijo mi representante del otro lado de la línea—, ¿interrumpo algo?

—No, tranquilo.—Mi voz tembló, odiaba mentirle a la gente que quería—. ¿Necesitas algo?

—Vlad me ha pedido que revisemos el contrato con Dior para mañana, ¿te viene bien a las ocho?

—Sí, seguro—pronuncié en tono seco. Quería terminar la conversación.

—¿Estás bien?

—Mejor que nunca.—Apreté los dientes, No debería comportarme irónico con una persona que me quería tanto— ¿Por qué?

—Ander.—La voz de Carlos sonó calma y comprensiva—. Sé que estás enojado por lo sucedido en la conferencia de prensa, pero no debes entrar en su juego. Tú sabes cómo es Emmanuel. Le gusta llamar la atención, adora que le enzarcen el ego. No permitas que juegue

con tu mente.

Comencé a reír. Una risa desquiciada burbujeó desde lo profundo de mi pecho y emergió.

—Emmanuel no juega con mi mente—agregué enojado—. El bastardo se las ha ingeniado para quedarse a vivir ahí todo el tiempo. No puedo quitármelo de la cabeza ¡No me deja!

—Ander...

—Estoy en la puerta de Hipnos.—Lancé sin ánimos de continuar un juego con una de las personas más sinceras que conozco.

—¿En dónde?—Me lo imaginé batiendo sus pestañas y frunciendo el ceño sin entender una mierda.

—Tiene fotografías mías, Carlos—pronuncié con un dolor inmenso—. No puedo permitir que se salga con la suya.

—Ander, ¿de qué clase de fotos hablamos?

—¿Necesitas un dibujo?—A veces me parecía tan graciosa la inocencia de Carlos.

—Mierda.

Me tenía. Los miedos y la culpa estaban retratadas en esas imágenes que nada tenían que ver con la pureza que emanaba de mi físico y de mis expresiones angelicales.

Me sentía una zorra. Actuaba como tal, Hipnos era el único lugar que me conocía en plenitud, donde dejaba que mi esencia hablara.

—Sea lo que sea, vamos a solucionarlo.

—No puedes—repliqué con tristeza—. Nadie puede. Es un problema mío, debo solucionarlo yo.

—Ander, confía en mí—agregó Carlos desesperado—. Soy tu amigo.

—Lo sé—Mi voz se entrecortó—. Eres el mejor junto con Felipe, sabes que los quiero y les agradezco que estén conmigo, pero...

—¿Eres gay?—El silencio absurdo y monótono de la línea dejó al desnudo el vacío al que no quería buscarle respuesta porque no tenía ganas de mirar debajo del tapete.

—No se trata de eso.

—¿Entonces?

Abrí la boca y la cerré varias veces. Desconocía cómo explicar lo que me sucedía.

—Me gusta el dolor—confesé mientras miraba el reloj—. Me siento uno cuando el dolor y el placer convergen. Solo allí encuentro paz.

—No entiendo.—Me puso contento de que no lo hiciera ¿Quién podría comprender que soy una puta a la que le gusta que la azoten y le den por el culo hasta el cansancio?

—No importa, Carlos. Nos vemos mañana.

Corté la comunicación y apagué mi celular. Miré la fachada del sitio y me arreglé la chaqueta. No había vuelto allí desde hacía dos meses. Me prometí a mí mismo dejar de hacerlo cuando quedé en colapso bañado en sangre. Lo había disfrutado, había gozado cada azote, cada embiste. Cada toque mortal de enfermos igual que yo. Me vine seis veces esa noche, mientras desafiaba mi umbral del dolor.

Avancé hacia el sitio, caminé a paso firme y me coloqué la capucha de mi chaqueta color azul marino. Llevaba unos jeans gastados de color negro y una camiseta de algodón que se adhería a mi cuerpo en tono blanco.

—Tiempo sin verte, Kovac—dijo uno de los guardias que me recibió con una gran sonrisa.

—Y pasará mucho más después de esta noche.

Podría renunciar a esto, ser una persona normal y amar de manera normal. Estaba en control de mis instintos, aquel antro no era una droga a la cual era adicto. No, eso había terminado.

Ingresé al sitio y las luces moradas y rojizas cubrieron cada espacio. Las personas deambulaban de un sitio a otro. Nadie visualizaba plenamente sus rostros, sin embargo, mi cabellera y mis rasgos eran algo que nunca pasaba desapercibido.

Mis ojos azul grisáceo escudaron cada espacio, desde el largo pasillo que conducía a una pista central frente a un escenario, hasta las escaleras que daban al primer piso en donde sucedía la verdadera acción. La que muchos desconocían, la que a muchos dejaría en shock, la que a mí me enloquecía.

Emmanuel no iba a aventurarse tanto, por lo que supuse que este merodeaba la pista entre los murmullos y las personas que se balanceaban en una danza cargada de sensualidad.

Atravesé la pista y esquivé a los hombres y mujeres que me manosearon, empujé a uno que quiso aprisionarme contra su cuerpo y continué hasta llegar a la barra.

Pedí una botella de vodka, el barman me sonrió y me giré hacia la pista en busca de mi fuente de tortura. Era una ironía cruda y letal. Amaba todo tipo de tortura, excepto la que este idiota estaba infligiéndome.

Emmanuel era mi enemigo declarado número uno, ambos lo habíamos dejado claro más de una vez en cada micrófono que se nos cruzaba, pero pensé que la rivalidad solo quedaría en lo deportivo. Que se limitaría a la competencia por el número uno del tenis mundial. Gran error.

Emmanuel era una víbora en todo sentido, y eso incluía su inmensa habilidad para tergiversar las cosas y siempre ponerlas a su favor. Nadie conocía su verdadera cara, nadie excepto el hombre que lo sufría en las canchas y ahora fuera de ellas. Supongo que ahora ambos nos conocíamos plenamente. Luces y sombras.

La hora pasó en un abrir y cerrar de ojos, Emmanuel no aparecía. Miré el celular y las doscientas llamadas perdidas de Carlos. Era inútil. Debía marcharme de ahí porque Emmanuel no iba a aparecer, y mucho menos me entregaría las fotografías.

—Ander.

Me giré hacia la figura rubia a mi lado. Mierda, ¡era lo que faltaba!

—¿Carlos? ¿Qué carajo haces aquí?

—¿Qué parece? ¡Me preocupaste!—Carlos levantó los brazos—¿Cómo vas a apagar el celular?

Observé que a unos metros más allá se encontraba Gabriel, quien se sentaba en uno de los taburetes. No tenían pensado irse pronto al parecer.

—¡Váyanse! —pronuncié en un intento de alejarlos y de evitar más público cerca de mí —. Voy a encontrarme con Emmanuel.

Charly tragó saliva, se cruzó de brazos y dio un suspiro.

—¿Las fotos que ese idiota tiene son peores que las de Gabriel y las mías?

—Ustedes son una versión de «los Ositos cariñosos» al lado de lo que Emmanuel tiene.

Los ojos de Carlos se abrieron con estupor. Creo que todo el mundo pondría esa cara si supiera lo que escondo.

—Ander, ¿por qué haces esto?

—No lo entenderías—dije con dolor—, ninguno de ustedes. Solo déjame arreglar esto, ¿sí?

Carlos asintió, supongo había visto mi mirada de derrota tantas veces en él mismo. Ese pozo sin fondo en donde jamás dejas de caer. Puso la mano sobre mi hombro y frené las enormes

ganas de abrazarlo y sacarlo de allí.

—Estaré cerca, ¿sí?

—¿A Gabriel le gusta andar de niñera?

—No—Carlos sonrió—, pero hará ese sacrificio por mí.

Era la una de la mañana y llevaba una segunda botella de vodka a la mitad ¿Estaba mareado? Por supuesto que lo estaba. Dudaba incluso que pudiera levantar el culo de mi silla, pero tenía que ser paciente. Tenía que morderme la lengua y esperar a que mi «querido» amigo Emmanuel apareciera.

—¿Miren a quién tenemos aquí?

Puse mis ojos en blanco y dejé el vaso en la barra para girarme al hijo de puta que estaba a punto de asesinar, sin importar que pasara el resto de mi vida en la cárcel. Retorcerle el cuello valdría cada segundo.

—Llevo horas esperando que aparezcas—pronuncié entredientes con mis ojos inyectados en sangre. Emmanuel se encogió de hombros como si lo que hubiera hecho fuera una gran hazaña.

—No lo entiendo, pensé que gozabas con...

—¡Cierra la puta boca!—Grité incluso a sabiendas de que no me escucharía por el volumen de la música.

El bastardo me sonrió, lo hizo con tanta condescendencia que le di un empujón, salí del taburete y me moví hacia los baños. Ya no me importaba nada. Si quería hablar, que lo hiciera. No iba a doblegarme, no con él.

Estaba cerca de la puerta de los baños cuando sentí un agarre poderoso sobre mi hombro. Emmanuel me lanzó contra la pared del estrecho pasillo. Me sostuvo del cuello, clavé mis dedos en sus musculosos brazos. El maldito presionó y el oxígeno comenzó a escaparse. Carajo, me encantaba.

Mi cabeza borracha de alcohol no entendía mi lucha interna. Emmanuel me soltó en ese instante y adhirió su cuerpo al mío para inmovilizarme. Era un poco más alto que yo, pero su textura física era impresionante.

—¿Qué pasa amigo? ¿Ya no te interesan las fotografías?

—Haz lo que quieras.—Las palabras resonaron en su cara—. A mí no vas a joderme más de lo que ya lo has hecho.

—¿Seguro?—Su boca estaba prácticamente sobre la mía—Yo creo que sí quieres que te joda.

—¡Sueña imbécil!—vociferé y me reí—Me gusta que me humillen, pero yo decido quiénes, y tú no estás entre ellos.

—¿Qué se siente eh?—Su agarre se intensificó—¿Qué sientes cuando te dejan el culo como tomate y luego te lo penetran sin contemplación? ¿Qué sientes cuando te escupen en la cara? ¿Eh? ¿Qué clase de enfermo eres?

Estaba a punto de romperme. Todo aquello que me decía, ya me lo había grabado en la mente. No necesitaba un recordatorio de lo malo que era.

—Tú no me vas a dar lecciones de moral.—Acerqué mi boca a su oído en ese momento—. O me devuelves las fotos o te largas, ¿quedó claro?

—¿A qué has venido?

—¿Qué? ¿Eres tonto?—pregunté con sarcasmo—¿No has sido tú quien me ha invitado?

Fue un golpe certero y abrazador. Mi cabeza dio contra el duro concreto que abrazaba mi

espalda, y mis brazos se ciñeron al hombre frente a mí. Me estaba besando, estaba destrozando mi boca.

Dios, tenía que follármelo.

Emmanuel

Era imposible expresar las cosas que pasaron por mi cabeza cuando las malditas fotos estuvieron en mis manos.

Era un rumor entre los pasillos, todos en parte sabíamos que había algo raro con Ander, es decir, nadie podía ser tan perfecto, nadie podía tenerlo todo.

«Ni siquiera tú».

Acaricié las imágenes y me detuve en cada gesto, en la venda roja que cubría sus ojos, en su boca entreabierta que era una clara invitación a probarla. Escruté su piel y sus lunares, las marcas que el látigo dejó en su tez cremosa y blanca como un día de invierno en Moscú. Ander no era un hombre diminuto, no era femenino, su mandíbula cuadrada y su barba incipiente que siempre decoraba su rostro dejaban muy en claro que era un hombre. Di una respiración profunda cuando las fotos, decenas de ellas, lo captaron desde diferentes posiciones. Estaba desnudo, expuesto, inocente, un sacrificio para degustar para unos pocos.

Jamás creí que obtendría esto cuando le pedí a dos detectives privados que lo siguieran durante un par de meses. Ni en mis más alocados sueños hubiera pensado que Ander Kovac, el chico dorado del tenis era una puta codiciosa de verga que jamás se saciaba. Estaba de rodillas, la piel enrojecida y debajo de ella la madera de un escenario con escasa luz que no tenía lo necesario para resaltar la belleza de este hombre. Sus piernas estaban algo abiertas y su culo, esas dos perfectas burbujas al aire frente a todos, frente a una partida de bastardos libidinosos que a esa altura de seguro la tenían como una piedra.

¿Cómo lo supe? Porque era la manera en que me tenía a mí y solo se trataba de unos papeles pintados, nada comparable a tener ese espectáculo en directo.

Su verga estaba erecta mientras los golpes tatuaban su blancura, y de pronto fui incapaz de sacar mis ojos de él, de este hombre que me hacía la vida imposible, que se creía único. De este maldito al que todos amaban.

Tenía la oportunidad de destruirlo para siempre, de mostrarle al mundo quién era la zorra a la que veneraban, la puta de sonrisa fácil que parecía jamás tener un problema.

Ander Kovac era un enfermo, y a medida que las fotos comenzaron a desperdigarse sobre la enorme mesa de mi sala entendí que era el ganador de esta partida, mucho antes de que Ander se enterara.

La sangre resbalaba de una herida profunda en su espalda, mis dedos la recorrieron con premura, y esa sensación que inundó mi pecho no se apagaba.

«¿Qué está pasándome?».

Miré hacia mi entrepierna y aun me parecía increíble. Mi erección latía con una fuerza arrolladora, al tiempo que mi respiración se había convertido en un cúmulo de jadeos profundos con cada pose, con la manera en que cada hombre esa noche lo sostuvo del cabello y lo folló sin contemplación.

La ira se apoderó de mí y las fotos ordenadas sobre la mesa fueron a parar al suelo de un manotazo. Me agarré la cabeza y apreté los dientes, revolví mis cabellos negros y pensé en todas las veces que lo tomaron esa noche y las anteriores, en las veces que besaron esa boca que

invitaba a saciar todas las fantasías. Sacudí mi cabeza y volví a mi silla.

¿Cuántas veces lo habían mancillado? ¿Cuánto tiempo llevaban esos hijos de puta contaminando su piel con sus manos?

«Emmanuel, eres un enfermo igual a él».

Quizás todo se resumía a eso, a la búsqueda de ser uno mismo, a mi odio, a mi envidia, no lo sabía. En este momento solo estaba seguro de una cosa, estaba duro, y era por él. No iba a mentirme a mí mismo, eso ya sería el colmo.

«Debo tenerlo».

No demoré ese mensaje, ya lo hice por mucho tiempo. Decidí enviarlo y esperar su respuesta.

«Si quieres las fotos, deberás venir por ellas. Conoces el lugar, dudo que te cueste llegar».

Y el maldito aceptó. Me mordí los labios de anticipación e imaginé todas las cosas que le haría. No iba a limitarme, no si quería que su imagen no apareciera en todos los portales de noticias del mundo.

Llegué tarde, estacioné mi auto a algunas cuadras del lugar. El deportivo de Ander me indicó que ya estaba en el interior de este antro al cual nunca había venido. El custodio al principio se mostró reacio, se aflojó cuando le entregué los billetes y me permitió el acceso.

Las luces eran tan tenues ¿Cómo diablos le haré para encontrar a Ander? Sin embargo, ese hombre encorvado en la barra que intentaba pasar inadvertido me hizo reír. Este idiota no pasaría desapercibido ni en un hogar para ciegos.

—¿Miren a quién tenemos aquí?—Sonreí y el bastardo se dio la vuelta de inmediato.

—Llevo horas esperando que aparezcas.

Estaba enojado. Me mordí el labio inferior. Amaba hacerlo enojar, era incluso más atractivo cuando sus mejillas se tornaban rojas y sus ojos grisáceos se llenaban de rabia. Quería ser el objeto de su odio, me agradaba serlo.

—No lo entiendo, pensé que gozabas con...

—¡Cierra la puta boca!

Se levantó de la silla y vino sobre mí. Dio unos pasos tambaleantes que me revelaron que había bebido demasiado.

—¿Qué pasa amigo? ¿Ya no te interesan las fotografías?

—Haz lo que quiera. A mí no vas a joderme más de lo que ya lo has hecho.

Fruncí el ceño, ¿es que acaso no lo entiende? ¡No puede deshacerse de mí!

—¿Seguro? Yo creo que sí quieres que te joda.

—¡Sueña imbécil! Me gusta que me humillen, pero yo decido quiénes, y tú no estás entre ellos.

Fue un golpe duro, uno impensado. Después de ver con la clase de tipejos con los que se revolcaba esa frase golpeó mi ego. Entonces, decidí devolverle el golpe.

—¿Qué se siente eh? ¿Qué sientes de que te dejen el culo como tomate y luego te lo penetren sin contemplación? ¿Qué sientes cuando te escupen en la cara? ¿Eh? ¿Qué clase de enfermo eres?

Le di una cachetada en la mejilla, y luego otra. Su respiración se alteró. Estaba mareado e intentaba enforcarse en mí.

Salió huyendo. Lo seguí hasta llegar a un estrecho pasillo en donde la gente iba y venía. Un par de figuras conocidas nos miraron mientras nos alejamos de la barra. Lo que faltaba, el introvertido de Carlos Ferrari y su puto marido estaban aquí. Lo sujeté del brazo con fuerza, este

juego me estaba cansando, y la espera nunca se me dio bien.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo?

Ander respiró profundo cuando lo aprisioné contra mi cuerpo. El calor nos envolvió como si fuéramos dos chispas que acababan de incendiar un bosque espeso y frondoso. Las llamas tan altas que nadie las apagará, no hasta que obtuviera lo que deseo.

—Tú no me vas a dar lecciones de moral. O me devuelves las fotos o te largas.

—¿A qué has venido?

Me miró con esos ojos felinos perdidos, su boca se entreabrió y las imágenes vinieron hacia mí. Deseaba probarla, saborear la humedad de su boca que huele a vodka.

—¿Eres tonto? ¿No has sido tú quien me ha invitado?

Su espalda dio contra la pared y me perdí en sus labios. Estaba tenso, sorprendido hasta que decidí moverse. Sus labios no eran como los imaginaba, eran incluso mejores. Los chupé y mordí, Ander gimió cuando presioné mis dientes sobre la carne. Le dolía y el bastardo lo disfrutaba. Lo peor era que yo también lo hacía.

—Vamos a mi departamento.

Ander rio mientras intentaba estabilizar su respiración. Sus dedos se perdieron en mi cabello negro. Tiró con fuerza.

—¿Ese es tu precio? ¿Una follada? ¿Me quieres dar como la puta que soy?

—Lo has dicho tú, no yo—aclaré de inmediato. Ander sonrió y a mí se me perdió el mundo.

Volví a embestir sobre su boca, lo hice con premura y violencia, del mismo modo a como quiero invadir cada centímetro de su cuerpo. Ander respondió a mis caricias, a ese juego perverso que siempre tuvimos, el cual gozábamos.

—Una follada, y te olvidas de las fotos. Quiero que lo firmes.

—¿Estás en posición de negociar?—pronuncié contra su oído y lo mordí. Ander volvió a gemir y mi erección palpitó en su ingle.

—Es eso o nada, tú decides.

—¿Qué te pasa zorra?—Lo insulté y le di un golpe sobre la mejilla—¿Piensas que tu culo vale lo suficiente?

—¿Has tenido una vista de él?—Enarcó una ceja con suspicacia—¿Tienes idea de la experiencia que puedo darte? ¿De todo lo que he aprendido?

Hay algo en esa declaración que me excitaba y molestaba. Mi cuerpo ardía, pero a su vez deseaba castigarlo por lo que acababa de salir de su boca. Lo sostuve del cuello y su cabeza dio de nuevo contra el concreto.

—No me importa si tu culo hace magia, yo estoy a cargo, ¿entendiste?—Ajusté mis dedos de tal modo que dejaran marca, y Ander sonrió—¿He sido claro?

—Sí, como el agua.—Se estaba burlando, pero en vez de alejarme, sus dedos atraparon mi cabello de manera agresiva y nuestras bocas volvieron a enredarse.

Mis labios entreabiertos se deslizaron por su mandíbula, sus dedos talentosos masajearon mi cuero cabelludo. Quería más, no había intenciones de parar o de pensar por parte de ninguno de los dos. Un chupetón ruidoso sobre su cuello lo hizo gemir alto. Nadie pudo escucharlo por el volumen de la música. Sentí que estaba a punto de romper el cierre de mi pantalón, y Ander no estaba en mejores condiciones.

—¿Quieres verme desnudo «Manu»?—musitó en mi oído con una voz cargada de delirio al igual que los sendos cardenales que estaba dejando en los lugares desnudos y libres de esa gloriosa camiseta blanca.

—Te voy a hacer cosas que jamás te han hecho.

Ander se mostró jocoso. Lleno de diversión por mis palabras.

—Sigue soñando, amigo.

Mi dedo índice y corazón se perdieron en su boca, el bastardo la abrió un poco más y los saboreó. Tensé la mandíbula ante la imagen más erótica que había visto en mi vida.

—Tienes razón—afirmé sin dedos de introducir mis dedos en esa cavidad húmeda—, menos palabras y más hechos.

Mis brazos se enredaron a su cintura y lo atraje hacia mí. Mi mano derecha se introdujo debajo de su camiseta y arañó con hambre la piel. Ander gimió en una mezcla de dolor y placer ante la dureza del trato. Lo empujé una vez más contra la pared. Mi voz ronca lo dejó sin aliento.

—No tienes idea a quién estás provocando, Kovac.

—¿No?—Ander se humedeció los labios—. Entonces muéstrame.

Ander

—Hey, ¿estás pensando en huir?—Pongo mis ojos en blanco y me giro hacia el idiota que me ha complicado la vida de una manera inimaginable.

—No, yo no me escapo y menos de reprimidos sexuales como tú.

—¿Qué dijiste?

Me da la vuelta y mi trasero golpea contra la puerta de mi deportivo. Al parecer, el alcohol me ha estirado la lengua y el filtro de mi cerebro a mi boca hizo cortocircuito.

—Reprimido sexual—deletreo cada palabra con sensualidad frente a su cara que está encima de mí—. Eso es lo que eres «Manu».

Su mano derecha me agarra del mentón con violencia y sus dedos presionan. Río, me encanta provocarlo.

—¿Qué harás? ¿Golpearme? Cuidado, puede que tenga el efecto contrario.

—Zorra bocona—insulta y en sus ojos noto la mezcla de lujuria y rabia—. Te voy a follar hasta que te quedes sin voz.

—Suerte con eso.

Afloja el agarre y se aparta. Sé cuánto le molesta no salirse con la suya, cuánto lo enoja no tener poder sobre mí, sobre mis pensamientos. Emmanuel ama ser el centro de atención, descubrir que yo no soy el suyo lo enerva de sobremanera.

—Mueve ese culo barato y sube al auto. Ya sabes a dónde vamos.

Me cruzo de brazos, estoy tambaleándome y soy consciente de que lo peor que podría hacer es conducir en mi estado de ebriedad. Doy un suspiro y, como el idiota inconsciente que soy esta noche, decido hacer una idiotez más. Una de las tantas de las que me arrepentiré mañana. Subo a mi coche y apoyo la cabeza en el respaldo. El potente motor del deportivo de Emmanuel ruge y sale rumbo a su departamento.

Me miro por el retrovisor, podría decirle que no, pero la verdad es que no sé cómo. Hay algo en este idiota que me intriga, algo que quiero explorar.

Enciendo mi auto y tomo la calle rumbo al edificio donde vive Emmanuel. Mi borrachera me impide pensar que quizás alguien puede vernos, que entrar al departamento de este idiota a esta hora de la madrugada es casi peor que las fotografías del club. Llámenme loco, pero estoy dispuesto a correr el riesgo.

Me detengo a una cuadra del edificio media hora después. Emmanuel me espera en la

entrada. Puede fingir todo lo que quiera, pero sé que está nervioso al igual que yo, incluso con las toneladas de alcohol en mi torrente sanguíneo me doy cuenta.

Desciendo de mi coche y vuelvo a colocarme la capucha. Camino a paso rápido, la calle se bifurca y más de una vez debo pararme para mantener el equilibrio.

Emmanuel me observa y se mueve unos pasos delante de mí, ambos entramos al edificio en silencio. Está tan iluminado que mis ojos sufren. Solo me resta seguir sus pasos e ingresar al ascensor en donde me acurruco en un costado con la cabeza hacia abajo. Sé que hay cámaras, y sé que ninguno de los dos pasaríamos desapercibidos para ellas.

—¿Qué te pasa zorrita? ¿Estás tímida?

Levanto mi cabeza y Emmanuel está encima de mí una vez más, me aprisiona contra el espejo del ascensor.

—¿Zorrita? Eres tú el desesperado, y resulta que yo soy la zorrita. Mira la ironía.

Su boca vuelve a adherirse a la mía. Me gusta su agarre, su sabor, la manera en que me quita el oxígeno y aun así pide más. Sus manos traviesas buscan por debajo de mi camiseta y pellizcan uno de mis pezones. Gimo ante el dolor que me produce. Sus dientes torturan mi cuello, cuando las puertas del ascensor se abren y llegamos al piso veinte.

—Ven aquí.—Me agarra de la chaqueta y me empuja fuera del ascensor. Esto no es una escena, Emmanuel está enojado de verdad, pero todavía no entiendo el motivo.

Sé que lo he provocado, pero lo he hecho decenas de veces y jamás ha actuado así. Se ha olvidado de que es un *homo sapiens sapiens* y ha descendido millones de años en la escala de evolución. Quiere demostrar su poder sobre mí.

Ni siquiera me deja dar un pantallazo a la sala del departamento. Se viene detrás de mí apenas cierra la puerta, me sostiene del cuello y lo besa.

—Vamos a mi cama.

Un escalofrío me invade. Miles de sensaciones que alteran mis nervios y mi músculo cardíaco deja de ser solo eso. No solo late, siente.

Es una cama *King*, no podría esperar menos del segundo hombre más talentoso del tenis. Me encantaría restregárselo en la cara. Segundo. Ja, sé que me mataría si lo hago en este momento.

Me empuja sobre el lecho y caigo de espaldas sobre él.

—Quítate la ropa.

Me ordena y empiezo a reír.

—¿Te han dicho que como Dom eres patético?

Y esta vez, Emmanuel solo me da una mirada. Me penetra con ella sin tocar un milímetro de mi piel, me hace suyo en ese instante a pesar de que mi cabeza da vueltas. Es por esos ojos que entiendo el motivo por el cual me encuentro sobre su colchón.

Se quita la ropa despacio, no me pierdo detalle. Pocas veces tengo el gusto de observar a los hombres desnudarse. Intento emular su acción, pero me detiene.

—No, mejor quédate vestido.

Frunzo el ceño sin comprender, pero me niego a preguntar y mostrar más interés que el que le acabo de dar cuando me lo he comido con los ojos.

—Ven a la orilla de la cama.

Me deslizo hacia allí, bueno, al menos me ha dejado quitarme los tenis. Emmanuel está como Dios lo trajo al mundo. Mi respiración se acelera cuando sus dedos trémulos tocan mi barbilla. Me siento nada a su lado, frente a su tremenda belleza. El pulgar entra en mi boca profundo, lo chupo ansioso sin quitarle la vista de encima.

—¿Así te gusta? ¿Te toman sin quitarte la ropa en los callejones también perra?

Las palabras hacen que mi pene se levante con ganas de liberarse. Sus dedos siguen presionando sobre mi boca y el índice y el medio también ingresan. Mi boca se expande al límite. Sus dedos se clavan en mi nuca y de pronto son reemplazados por su pene. No es demasiado largo, pero sí muy grueso, tanto que parece que va a desencajarme la mandíbula. La saliva comienza a escurrir por mi barbilla y sus caderas empujan con hambre en mi interior.

—Quiero todo, ¿me escuchaste?—pronuncia enojado—. Quiero todo de ti, y me lo vas a dar.

Mis orbes se llenan de lágrimas ante la fuerza de los embistes. Emmanuel tiene la cara de placer más erótica que he visto. Mi pene está duro dentro de mi pantalón y el maldito todavía no tiene pensado tocarme, y mucho menos hacerme venir.

Acaricia los mechones que tocan mi frente, peina mi cabello mientras su pelvis tiene vida propia. Me sostengo de sus caderas porque estoy a punto de asfixiarme. Quiero sentirlo en mi lengua, lo necesito.

Y cuando creo que mi deseo se tornará realidad, el maldito saca su pene de mi boca y golpea mis labios con él.

—Una boquita muy experta, ¿no?—Se burla, pero me parece que hay un borde en su declaración.

Se aleja de mí, y se dirige a uno de los cajones del mueble de madera antigua al lado del tocador. Lo que extrae de ahí me deja atónito. La arroja a mi lado. Una tanga roja y una corbata de seda del mismo tono.

—Ponte eso ahora.

Comienzo a desnudarme con prisa, Emmanuel está al acecho de cada movimiento. Sus ojos se derriten en mi piel poblada de cicatrices. Rastros de la vida a la cual quiero dejar atrás, pero al parecer el destino no quiere que lo haga. Pongo entre mis manos la tanga y él me la quita.

—De pie.

Hago lo que él me pide cuando entiendo lo que pretende hacer. Levanto un pie y luego el otro y la prenda diminuta se desliza por mis piernas hacia arriba. Emmanuel las rasguña y tira de la tanga cuando llega al interior de mis nalgas. Tira con tanta fuerza que debo sujetarme de él y gemir.

—¿Te gusta?—asiento cuando repite la acción, la presión sobre el perineo me está volviendo loco. Toda la sangre de mi cuerpo está confluyendo en ese sitio.

—Emmanuel.—Es la primera vez que lo llamo por su nombre completo. Mi amante tensa la mandíbula y me devora la boca.

Es un beso descarnado, péfido, sucio, tiene tantos matices que me hacen ponerlo entre los más deliciosos que he probado. Mis brazos se enredan en su cuello, él los agarra y los lleva hacia mi espalda. Es ahí donde toma la corbata. Un nudo firme, agresivo, al límite, para dejar marca. Su marca.

Vuelve a arrojarme a su cama, y él se lanza sobre mí. Su cuerpo duro y musculoso hierve.

—Los ojos vendados no me van—susurra sobre mis labios y se aparta. Quiero un nuevo beso, y el bastado lo sabe—. ¿Qué sentido tiene si no puedes ver el placer que produces?

Su boca se arrastra por mi cuello, su barba incipiente raspa y deja una coloración rojiza que combina con los cardenales violáceos donde succiona. Rasguña uno de mis pezones con agresividad, me contraigo ante su tacto. Mis ojos entreabiertos son testigos del morbo que le produce a Emmanuel tenerme así. Atado y marcado, a su merced.

Chupa un par de dedos y los introduce sin más, con escasa preparación. Doy un grito

entre excitado y doloroso. El impulso de gritar se retrae y lo que sale es un gemido de la más pura entrega.

—Sí, así—musita con la misma rabia del principio—. Así voy a tenerte siempre.

Abre mis piernas al límite y se introduce de una sola estocada. Estoy a punto de ver las estrellas. Sus dedos surcan mis caderas y su boca vuelve hacia la mía. Forcejeo por soltarme, pero es imposible, solo consigo que mis muñecas duelan y queden amoratadas.

Emmanuel embiste, claro que lo hace.

Me taladra con una velocidad de un martillo automático. Me muerdo el labio inferior para no gemir. No quiero mostrarle todo lo que provoca en mí ¡Ya no quiero darle más poder!

Es inútil.

Mis caderas se mueven alegres al ritmo de sus empujes, convergen y los chasquidos por el encuentro de la carne se vuelven la melodía de la noche. Emmanuel aprieta mi cuello y se hunde un poco más. Estamos frente a frente, y ninguno de los dos nos perdemos detalle.

—Suéltame.

—No.

—Por favor.—Estoy más allá del orgullo. Necesito tocarlo, hacerlo mío también.

Por algún motivo, Emmanuel atiende mi súplica. Mis muñecas se liberan y mis manos de inmediato van hacia su espalda. Los embistes se tornan frenéticos, la cama salta junto a nosotros en esta danza de dos posesos que no tienen límites ni control.

¿Esto es lo que hace el odio en las personas?

Lo llevo más adentro, mis uñas se clavan en sus nalgas y Emmanuel se queja. Doy una sonrisa de satisfacción, una que él borra de inmediato con un nuevo beso.

Su carne contra la mía. Es la primera vez que lo hago sin un condón. Ha sido un arrebato que no debe volver a repetirse. Ambos hemos sido descuidados.

Las grandes manos de mi amante amasan mis nalgas y sus embistes encuentran mi próstata. Golpea una y otra vez en ese punto y mis gemidos se vuelven alaridos rotos que nadie podría callar.

Me vengo, mi semen salpica sobre sus abdominales de infarto y él sigue arremetiendo sin piedad sobre mi cuerpo deshuesado. Emmanuel se olvida que soy un ser humano y se pierde en mí con más fuerza y violencia. Mis piernas se sujetan a su cintura. Estoy a punto de quedarme sin aire, cuando veinte minutos después un nuevo orgasmo me invade. Uno más y Emmanuel parece que solo está precalentando.

Muerde mi cuello, sus dientes serán un tatuaje que conservaré por días. Se viene media hora después. Un gemido ronco, sacude sus caderas y la bestia cae sobre mi cuerpo bañado en sudor.

Su mirada se encuentra con la mía, y después de mucho tiempo lo entiendo. Después de meses de comentarios mordaces y palabras desdeñosas la luz llega a mi razón.

Debo poseer a este hombre, del mismo modo que él a mí.

Emmanuel

«No tienes idea cuánto vas a disfrutarlo».

Maldito bastardo. Solo me queda insultarlo mientras apuñala mi próstata de un modo bestial. Este no era ni de cerca el plan. Ander me ha sacado de eje y me ha puesto en el suyo. La palabra «eje» no es precisamente la que debería usar en este momento, es más, este idiota haría

miles de bromas con ella, pero simplemente no he podido contenerme.

No lo hice cuando vi las fotos.

No lo hice cuando llegué a ese antro y quise adueñarme de él.

No lo hice en el momento en que me dio la vuelta y comenzó a prepararme para follarme.

Si la prensa lo supiera, si los demás del circuito cayeran en la idea en que me encanta follar con Ander Kovac. Dios, ni siquiera hemos terminado y mi cabeza ha comenzado a maquinar un nuevo encuentro.

¿Sería de este modo o las ganas mermarían? No lo sé, en este momento mis labios solo pronuncian palabras ininteligibles y gemidos rotos cuando Ander empuja más fuerte.

Está entre mis piernas, me tiene como si fuera una zorra que necesita más y más ¡Qué mierda estaba pensando!

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?—Ander se burla en mi oído y luego muerde el lóbulo de mi oreja. Contengo un gemido vergonzoso—. Vamos, no es tan malo ser la zorra, ¿ahora lo entendiste?

—Cierra la boca o voy a golpearte.—Mi voz cargada de excitación es lo más patético que he oído, y al parecer a Ander le parece muy gracioso porque tiene un ataque de risa.

Lo empujo con fuerza y lo arrojo al lado. Ander tiene un ataque de risa incontrolable. Mi erección está más dura que nunca, pero no puedo dejar que este imbécil me siga follando el orgullo, que para mí es peor a que me tome por el culo.

Camino hacia el baño, cielos, mi trasero tiene un dolor punzante. Llego al sanitario y cierro la puerta, me afirmo sobre ella y frunzo el ceño. Dios, ¿cómo algo tan placentero puede ser tan doloroso?

Mi verga no entiende que se terminó. Sigue ahí, a la espera de que le brinde alivio y eso es lo que haré apenas ingrese a la ducha. Yo no soy como Ander, no soy una ramera que se revuelca con un montón de hombres que la azotan sin piedad.

El olor a flores impregna todo el baño, hay un ramo enorme de flores blancas al lado del lavamanos. Me miro en el espejo circular con luces alrededor.

Hay un gran hematoma cerca de mi cuello, y uno más debajo del pezón izquierdo. Nada parecido a todas las marcas que he dejado en la piel de Ander. Cierro los ojos y vuelvo a su cuerpo, a sus labios y me derrito. Quiero regresar a la cama, quiero hacerlo mío, y dios mío, deseo que me haga suyo.

«No puedes».

No voy a permitirle que se burle de mí, eso ya ha sido el colmo así que se terminó. Soy consciente de que yo lo provoqué, pero no voy a pasar una frontera que se desdibuja a cada instante. Esto ha sido solo un momento, un arrebato, este no soy yo.

Ingreso a la ducha doble y abro el grifo. El agua fría me invade cada milímetro de mi piel y estoy a punto de gritar. Respiro profundo, necesito que este incendio que me consume se apague.

—Emmanuel.

Me giro hacia Ander y este me aprisiona contra los azulejos blancos del baño.

—Se terminó, déjame en paz.

—¿Cómo se va a terminar si apenas estamos empezando?

Le encanta desafiarme y eso me desestabiliza. Quiero seguir, pero algo en mí dice que esto es un error, que he jugado con fuego y me he quemado.

Ander me muestra un tubo de lubricante.

—Este es mejor para los primerizos. Prometo que te gustará.

—No me interesa—replico—. Te dejo ganar, ahora sal de la ducha.

Sus labios golpean sobre los míos con ímpetu. Sin preámbulo, ni preparación. Una ráfaga que ha llegado en un día tranquilo y que ha arrancado los árboles de raíz. Abro mi boca y me sujeto a su cuerpo. Mi erección que no entiende de palabras, reacciona a su proximidad, a su verga que baila junto a la mía.

—Te deseo—susurra en mi cuello y deja un nuevo chupetón—. Anda, ¿qué más te da?

Este no es el hombre que esperaba. Imaginaba un sumiso dócil, uno que hiciera hervir mi sangre y desfogarme. Este ser puede ser ambas cosas. Puede dejarse dominar a mi antojo, y romperme de mil maneras si lo desea.

¡Cuánto me he equivocado!

Mis manos recorren su piel del mismo modo que mis ojos. Ander emula la acción. Estamos bajo el agua fría que nos entumece, y a su vez nos permite no quemarnos por nuestro propio fuego.

Sus dientes se enganchan a mi labio inferior mientras lo estira. Lo suelta y luego lo chupa con vehemencia. Repite la secuencia una y otra vez. Este recuerdo jamás se apartará de mi mente.

Su cabello rubio cae sobre su frente. Luce más hermoso mojado, sus ojos son dos gemas cristalinas las cuales no me canso de mirar.

Dios, he cometido el mayor error de mi vida y estoy atrapado en él.

Mientras su boca entreabierta se abre paso sobre mi cuello hacia mi pecho, mis manos recorren su espalda musculosa. Percibo las cicatrices del látigo, eso hace que me tense y él lo nota. Se yergue y estamos a la misma altura.

—¿Por qué te importa?

—No lo hace.

—Mentira—replica Ander. Trago saliva y mi rostro va hacia un costado, el agua corre por nuestros cuerpos y los torna resbaladizos—. Ellos no tienen rostro. No son nada.

Me gustaría decir que sus palabras me resultan indiferentes, pero sería una total mentira. Esa frase es tan rica en connotaciones. Significa que le importo, que esto no es una experiencia más para él. Y de repente llegan a mi mente escenas y palabras que no quiero decir.

Nos besamos de nuevo, Ander muerde mis labios, y yo los suyos. En un juego erótico que nos hace conocernos mejor. La mano derecha de Ander va sobre mi pene y comienza a masturbarme.

—Mis amantes nunca se van sin recibir la atención adecuada.

—Me imagino.—Me río y apoyo mi espalda sobre la pared ya que en cualquier momento caeré de rodillas.

—Tú no serás el primero, Manu—Su voz ronca estremece cada fibra de mi ser—. Y te lo voy a demostrar, así como tú lo hiciste conmigo.

Me lleva hacia el piso del baño. Ambos, yacemos tendidos en esa inmensidad blanquecina. Ander encima de mí, sin dejar un segundo de darme placer con su mano y con su boca la cual busca mi cuello para seguir besándolo.

Mi vientre hierva en contacto con el suyo. Mis manos se enredan una vez más en el cuello y otra vez me tiene así. Abierto de piernas para él, mientras dos dedos buscan mi entrada para lubricarla.

Duele, no voy a decir lo contrario. Me ha dado un trato muy duro en la cama, pero reconozco que fue mi culpa. Ander no había usado lubricante, y pensé que yo tampoco lo necesitaría. Craso error.

Ahora todo se percibe distinto, sus dedos actúan de una manera más delicada y el lubricante hace que todo sea más placentero. Uno de sus dedos se mueve hacia arriba y empuja sobre mi próstata. Me vuelve loco cuando lo hace, mi pelvis se eleva con ganas de más.

Ander entiende que estoy listo, y mientras el agua golpea sobre su espalda, él desliza sus talentosas falanges sobre su sorprenderte pene. No escatima en la cantidad de lubricante, y esta vez se hunde despacio.

Mis piernas se extienden todavía más para recibir su cuerpo. Mi amante ingresa hasta la empuñadora. Siento sus testículos golpear mi culo. Las embestidas son lentas y muy profundas. Su rostro está sobre el mío, atento a cada uno de mis gestos. Los chasquidos no tardan en hacer eco en el lugar. Mis gemidos salen sin control una vez que el vaivén se torna rápido y duro. Aprieto su cintura, la pellizco con fuerza y él gime. Le gusta que lo marque, y yo estoy obsesionado con hacerlo.

Observo hacia abajo, al punto donde nuestros cuerpos se unen. Me resulta increíble hasta que medida me he estirado para recibirlo.

—Mastúrbate.

Dice con su voz entrecortada. No voy a discutir ni rebatir lo que me ordena. Simplemente lo hago. Mi mano empuña mi verga con velocidad, y sus estocadas ocurren al unísono, con tal sincronía que pareciese que nuestros cuerpos se conocieran desde antes, que nuestra memoria inconsciente no se hubiera olvidado de lo que nos gusta a cada uno.

Tiro mi cabeza hacia atrás y él devora mi cuello. Gimo cuando el líquido blanquecino baña mi abdomen, y cuando lo percibo llenándome de su esencia. Es una experiencia sublime.

Sigue moviéndose dentro de mí, su dedo pulgar acaricia mis labios y sonrío. No hay burla, solo cansancio y un infinito placer. Está en cada uno de sus gestos, como también está en los míos.

—¿De verdad ibas a marcharte? —pregunta Ander entretanto deja un chupetón sobre mi mandíbula.

—Es lo que te merecías.

—No—replica—, tú te lo buscaste.

No tengo ganas de discutir, solo me limito a llevarlo sobre mí y presionar su cuerpo sobre el mío.

El agua quita todos los rastros de esencia de nuestros cuerpos. Cierro los ojos y doy un suspiro profundo mientras lo mantengo en mis brazos.

Ojalá hubiera algo que borrara de mi cuerpo esta sensación.

Capítulos extras de pura pasión

Jugo de limón y azúcar

Moscú, Rusia.

—Voy a matar a Vlad. —Carlos estaba ofuscado. Gabriel bebía un vaso con jugo de limón. Estaban en la piscina de invierno de su hogar. Al luchador le parecía tan divertido cuando se molestaba.

—¿Qué hizo ahora? —preguntó Gabriel conteniendo la risa.

—Quiere que me encargue de Emmanuel Urich.

—¡No me jodas! —A Gabriel le fue imposible aguantar la risa.

—Tendré una guerra de egos con Ander.

—Y deberás cuidar que no se follen en público.

—Gabriel—Carlos lo reprendió—, no es gracioso.

—Lo es para mí. —Gabriel le sirvió un vaso de jugo de limón a su esposo.

Este que iba de lado a lado, decidió sentarse junto a él en la reposera.

—Ya nos odian a nosotros—recordó Carlos—. No quiero que Ander deba pasar lo mismo en este país.

—Es su decisión, no la tuya—aclaró Gabriel—, puedes cuidar sus intereses, pero no meterte en sus vidas.

Carlos arregló los mechones de cabello platinado y desordenado. Gabriel lo observaba desde la comodidad de su reposera.

—¿Qué pasa?

—Nada—replicó Gabriel—, ese corte de cabello te sienta bien.

—¿De verdad? Emmanuel me dijo que parecía una bruja despeinada.

—¿Tú también vas a caer en sus bromas pesadas?

—No—Carlos se encogió de hombros—, pero es exasperante.

—Mientras no folle contigo como con Ander, estamos bien.

Carlos le golpeó el brazo.

—Deja de decir tonterías. Jamás me fijaría en ese idiota.

—Por supuesto, ya tienes uno en casa, ¿verdad?

Carlos negó y ambos rieron. Bebió un sorbo de jugo e hizo una mueca de desagrado.

—Está muy ácido.

—Olvidé decirte que solo tiene un poco de miel.

—Muy poca—destacó Carlos—, poquísima.

Gabriel se levantó de la reposera y caminó hacia la mesa al lado de la piscina en donde estaba la jarra y la miel. Buscó el frasco y lo llevó hacia Carlos.

—Aquí tienes—Gabriel se lo entregó—, endúlzalo a gusto.

Carlos recibió el frasco con pico vertedor, y le agregó una porción generosa, pero el sabor no mejoró.

—No puede revolverse esta porquería—maldijo Carlos—¿Por qué carajo no le ponemos

azúcar como la gente normal?

—Porque el azúcar es malo para la salud—recordó Gabriel que, esta vez, le quitó el frasco y colocó en el vaso.

El cristal estaba embadurnado así que, sus dedos quedaron dulces y pegajosos. Gabriel los chupó, se detuvo cuando su esposo no dejaba de seguir con sus ojos toda la secuencia. Gabriel introdujo su dedo pulgar en la boca y lo deslizó despacio. Carlos sonrió con timidez, y volvió su vista al vaso. Había quedado hipnotizado.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Carlos asió el vaso y bebió. El ácido seguía ahí.

Gabriel se movió de su lugar para sentarse a su lado en la reposera.

—Te has sonrojado—afirmó mientras le daba un beso en la mejilla, luego otro, y otro—
¿Hay algo que quieras contarme?

—Nada—mintió Carlos.

—Mentiroso. —Gabriel hizo el mismo juego con sus propios dedos—¿Te he dado ideas?

—No digas tonterías. —Carlos fingió. Gabriel tomó el frasco de miel y arrojó un poco sobre el pecho de Carlos—¡Oye! —Todos sus reclamos se sosegaron cuando la lengua de su esposo pinceló su pecho—. Me enojas—refunfuñó al tiempo que Gabriel repetía la acción.

—¿Por qué?

—¿Por qué carajo me tientes así? ¡Te estoy contando algo serio!

—¿Qué? —Gabriel se señaló a sí mismo como si estuviera sorprendido—. Yo no hago nada, solo me quito la molesta miel de mis dedos. Ahora, voy a quitarte la miel pegajosa de tus lindas tetitas.

—¡Imbécil! Ya te he dicho que no son tetitas, se llaman pezones.

—Tetitas—replicó Gabriel solo para enojarlo un poco más. Carlos apretaba su tierna boquita. Increíble que este hombre tuviera casi treinta años.

Carlos gruñó cuando Gabriel lo sostuvo de la cintura y lo inclinó sobre la mesa donde estaban los aperitivos. Recorrió con besos la piel blanquecina hasta que desprendió uno de los botones de la camisa holgada y descubrió un pezón. Su boca se cerró sobre él, y sus dientes malvados lo estiraron.

—Gaby, por favor. —Carlos gimió sin quitarle la mirada de encima. Gabriel lo escrutó y recorrió con suavidad el pecho.

—Me gusta el sabor de la miel en tu piel—confesó con su piel que comenzaba a arder y necesitaba liberarse de la camisa. Carlos se mordió el labio inferior.

—Creo que a mí también. —Se quedaba sin opciones cuando se trataba de ese hombre tosco, que, a primera vista, parecía insensible.

El enorme hombre lo envolvió entre sus brazos. Carlos se entregó al toque y se olvidó de la acidez del limón solo para reemplazarlo con la dulzura y la propia acidez de los labios pérfidos de Gabriel.

—¿Más jugo? —preguntó Gabriel y arqueó una ceja.

—Por favor—susurró Carlos cuando notó cómo derramaba el líquido amarillo pálido sobre su pecho y mojaba su camisa sobre la que ahora se visualizaba su piel—. Amor.

—Ven aquí. —Gabriel lo retuvo de la cintura y lo atrajo hacia él—. Me gustas más que la miel y el limón.

Había momentos en que el tiempo y los problemas se tornaban distantes. Carlos aprendió en esos años con Gabriel que nada era importante, excepto ellos mismos y su amor.

El luchador lo tendió sobre la reposera, y se tumbó encima de su cuerpo. Carlos abrió las

piernas. La erección de Gabriel era nítida incluso entre sus ropas. Se friccionaron como dos bestias en celo. Gabriel introdujo la mano y sacó el pene de Carlos para unirlos con el suyo y acariciarlos con vehemencia.

Sus bocas se negaban a separarse, sus alientos mezclados, las respiraciones agitadas mientras la mano se sacudía con firmeza sobre la carne húmeda. Carlos alcanzó un color rojizo en todo su cuerpo. A Gabriel lo enloquecía cuando eso sucedía.

—No tenemos lubricante—recordó Carlos que acompañaba el movimiento de la mano de Gaby con sus caderas.

—No importa. —Gaby deslizó el pantalón de lino y el boxer de Carlos hacia abajo y lo quitó—. Tengo una idea mejor.

Carlos estuvo de acuerdo, cuando Gabriel abandonó el intenso trabajo manual y se perdió en sus nalgas. Se sostuvo de la reposera que, en cualquier momento, se rompería. Gabriel rodeó con su talentosa lengua el orificio, el cual, iba a mancillar sin descanso. Lo impregnó de su saliva, e inició un juego sin pausa y sin prisa para dilatarlo.

Carlos dio un sollozo de placer. Gabriel lo estaba llevando al límite del éxtasis, pero no le permitía que lo alcanzara. Fue un alivio sentir el pene resbaladizo ingresar. Las lágrimas se acumularon a los costados de sus ojos. Siempre era intenso y febril.

Gabriel lo jodió con fuerza, ráfagas de intensa pasión que tenían un punto de ataque. Carlos se sostuvo del hombre sobre él, besó su hombro y lo mordió cuando por fin logró venirse. La esencia de Gabriel penetró en lo profundo de su ser, le encantaba esa sensación. Era la prueba del disfrute de ambos, de su unión, de su pasión. De la mezcla perfecta entre el limón y la miel.

—¿Algún día dejará de ser así? —preguntó Carlos mientras sus manos recorrían la espalda musculosa.

—No mientras sea yo quien esté en tu cuerpo. —Gabriel salpicó besos húmedos sobre su mentón. Se sentían en el cielo.

—Eres el único. —Carlos respiró el placer que emanaba de ambos—. Siempre lo serás.

Regalo de cumpleaños

—¿Vas a salir del pastel cantando como Marilyn Monroe?

Felipe entornó los ojos ante las ideas de Ander. Sí, había perdido la cabeza.

—No, creo que a ninguno de los dos nos gustaría verme como Marilyn.

—¿Por qué? Era una diosa.

—Sí, pero era su estilo, su esencia—explicó Felipe—. Yo no me parezco a ella, ni tengo su carisma.

—Para mí, sería una gran bienvenida después de la fiesta.

—Para ti todo lo que implique follar es bueno—recalcó Felipe. Ander se encogió de hombros.

La puerta del departamento se cerró. Los muchachos se miraron. Ya no estaban solos.

—Hola chicos. —Eric venía con un motón de bolsas—. Ya está, todo lo que vamos a necesitar para esta noche.

—¿Qué hay? —Ander acompañó a Eric que dejaba las bolsas en la sala—. Consoladores, esposas, ligeros.

—En realidad hay verduras, carne, vino y champagne, ya que los invitados de seguro tendrán hambre y ganas de beber, pero bueno, siempre se puede ser más creativo—bromeó Eric y acompañó la ironía de Ander.

—Muy graciosos los dos. —Felipe enarcó las cejas y comenzó a llevar las bolsas a la cocina.

Ander se quedó junto a Eric quien acomodaba los vinos para llevarlos a la vinoteca que construyeron un par de semanas atrás. Estaban con decenas de planes de reformas.

—¿Sabes? Nunca tuve la oportunidad de disculparme.

—¿De qué? —preguntó Eric sin prestar mucha atención.

—De las cosas que te dije aquella vez en la cancha.

—Me has dicho muchas cosas a lo largo de estas semanas amigo. —Eric se rio—¿Podrías ser más específico?

—Mi resentimiento contra ti, lo que le hiciste a Felipe—confesó—, pero después comprendí que ahora lo haces muy feliz, a pesar de todo el dolor que pasaste. Y si lo haces feliz, está bien para mí.

Eric le dio una sonrisa tierna. Era una disculpa inesperada, una que jamás imaginó de alguien como Ander.

—Gracias, Ander—expresó—, significa mucho para mí.

—Bueno, era lo correcto, ¿sabes? De vez en cuando me gusta hacerlo.

—Eres un buen tipo.—Eric le golpeó el brazo—. Y proteges a mi Felipe siempre. Solo por eso siempre te estaré agradecido. Has estado cuando yo lo lastimé, cuando todo el mundo le hizo daño. Eres una gran persona.

—Felipe lo hizo por mí—replicó Ander—, era justo que yo respondiera del mismo modo, ¿verdad?

—Eric, olvidé de decirte que no hay mayonesa y mostaza para preparar los aderezos. —

Felipe se quedó en silencio cuando vio a su mejor amigo y a su amor hablando—¿Está todo bien?

—Por supuesto—replicó Eric con una sonrisa resplandeciente—, mejor que nunca.

—¿Estás seguro de que quieres preparar todo tú? Es tu cumpleaños—agregó Felipe al tiempo que observaba a Eric colocar la carne de cordero en una fuente para hornear.

—En casa siempre lo hacíamos así—recordó—, es mejor cuando todo lo has elaborado tú, incluso si tienes dinero para comprar o contratar a alguien. Estar presente en todo el proceso de tu cumpleaños. Me gusta.

Felipe tragó saliva, era consciente de que era un momento lleno de nostalgia para Eric. Sus hermanos Bryce y Anael le dijeron que llegarían en unas horas. Eso le despertó una tormenta de emociones. Los extrañaba, de eso no cabía duda.

Felipe lo abrazó por detrás. Apoyó su torso y su mejilla derecha en su poderosa espalda.

—¿Qué se siente cumplir treinta y cuatro años? —preguntó para cortar el silencio que reinaba en la enorme cocina.

—Un año más de experiencia—confesó Eric—, un año más que puedo disfrutar aquí, ahora contigo.

—Te amo, ¿sabes? —Felipe hizo dibujos con sus dedos sobre la espalda. Eric se dio la vuelta y lo estrechó de la cintura. Felipe llevaba una camisa negra enorme de Eric.

—¿Te he dicho que mi ropa te queda muy sexy?

—¿De verdad? —Felipe enredó sus brazos al cuello del hombre—Pensé que lucía como un espantapájaros.

—Aunque creo que esto sobra. —Eric tocó el pantalón corto. Felipe le golpeó el pecho.

—Eres un perverso, según tú, debería andar desnudo todo el tiempo.

—Creo que sería lo más práctico, considerando que ambos tenemos mucha actividad que nos lleva a estar sin ropa casi permanente.

Felipe se hizo hacia atrás en la cocina. Se afirmó a la isla, y se quitó el pantalón corto. La prenda se deslizó entre sus piernas hasta llegar al suelo. El tenista la pateó. Era lo único que llevaba, ahora solo había quedado con la camisa negra semi transparente de Eric.

—Estoy cocinando, Felipe—argumentó Eric quien ya caminaba hacia él.

—Vamos, mi chef preferido. Media hora de descanso mientras se marina la carne no le hará daño, ¿o sí?

—Hay una tonelada de cosas que hacer. —Eric le besó la mejilla, el mentón, el cuello.

—Media hora, ¿qué más da? —preguntó risueño al tiempo que comenzaba a responder las caricias. Eric lo levantó del suelo. Felipe atenazó sus piernas a la cintura.

—Está bien, media hora.

«Media hora».

Felipe mordió la almohada y se sujetó de ella. Su cabello húmedo se adhería a su frente. Se dio cuenta de que habían pasado por lo menos dos horas desde que llegaron a la habitación. Se había venido dos veces, sin embargo, aquí estaban preparándose para un nuevo asalto.

Eric ingresó en él sin contemplaciones. Felipe sollozó, a este punto estaba muy sensible. El hombre lo folló con velocidad y dureza. Ese ritmo que ambos conocían a la perfección. El tenista se giró hacia él, solo para mostrarle lo que le estaba ocasionando con cada embestida. Felipe lo observó con seducción, su rostro sudado, sus labios hinchados, todo en el gritaba sexo

alucinante. Eric se inclinó y lo besó, sostuvo su hermosa cara y desperdigó besos sobre ella. Sus embestidas se tornaron más rápidas.

—Voy a correrme de nuevo.

—Es la idea.—Se burló Eric y aceleró el vaivén.

Felipe dio un gemido ronco y contrajo su entrada cuando se corrió. Lo hizo con tal fuerza que Eric apretó la mandíbula y también se vino en su interior.

—¿Estás loco? Un día de estos me vas a cortar el pene. —Eric le besó la mejilla, y Felipe con sus ojos cerrados dio una risilla.

—Ni te quejes, si a ti te encanta cuando lo hago.

Eric salió de su interior, y se arrojó al lado de Felipe. Este, de inmediato, se acurrucó en su pecho.

—Tienes que ir a cocinar, ¿verdad?

—De hecho, lo debería estar haciendo desde hace dos horas.

—Bueno, solo un descanso.

—Un descanso que nos dejó más agotados.

Ambos rieron ante la ironía. Felipe dio un suspiro, la verdad es que se sentía tan cómodo con su prometido en sus brazos.

—Feliz cumpleaños, Eric Morgan. —Le dio un beso en el pecho—. Te amo mucho.

—Yo también, amor. —Eric le acomodó el cabello como siempre hacía. Lo sostuvo de las cálidas mejillas—. El mejor regalo que la vida me ha dado es tenerte a ti.

Un guardaespaldas muy eficiente

—La inversión inicial será de trescientos millones de dólares, pero la tasa de retorno es inmejorable.

Raisha escuchaba a sus asesores y a dos de los socios minoritarios de Xinaris, la empresa más grande que poseía ella y su hermano Felipe.

—Se dividirá en dos etapas. Los análisis de factibilidad están arrojando resultados excelentes.

Raisha contuvo un bostezo. Estos hombres hablaban con tanto fervor de las inversiones, de números que iban y venían, y ella solo quería estar en su departamento tocando el piano, desnuda, después de haber hecho el amor con él.

«Grégor Thibault».

No se parecía en nada a los prospectos que ella había tenido como ideales en su adolescencia, tampoco a los que tuvo como adulta, sin embargo, este hombre sacudía su vida como un terremoto de diez puntos en la escala Richter.

Quizás se debía a la tierra de la cual provenía. Al sol, a la sabana, a lo salvaje, a la guerra, las traiciones y las pasiones. Toda una amalgama que recorría el torrente sanguíneo de su amante y que le daba un sabor diferente de todos los hombres que se le acercaban.

Raisha tuvo decenas de propuestas desde que comenzó a dirigir la empresa. Hombres millonarios en busca de consolidar alianzas y matrimonios convenientes. Guapos, elegantes, pero nada tenían que hacer al lado de su oso malhumorado y protector.

Grégor era el hombre con el que soñaban todas las mujeres. Protector, serio y gracioso al mismo tiempo, cuidadoso, y un amante excepcional.

—Si le parece, podemos reunirnos mañana para debatir con detenimiento los análisis de factibilidad.

Raisha volvió a la tierra, a ese lugar en donde estaba rodeada de personas y todas la miraban a ella. Sonrió y asintió.

—Por supuesto, mañana a la misma hora.

Los hombres se levantaron de sus sillas, y comenzaron a salir de la enorme sala de conferencias. Raisha acarició la mesa de madera clara que tenía una extensión de tres metros. El sol dentro de unos minutos desaparecería por completo en el horizonte, el cual, era visible a través de los cristales que cubrían toda la extensión.

Las luces se volvieron muy tenues en la sala. Raisha sonrió y apoyó su cuerpo por completo sobre la cómoda silla de cuero. Conocía al causante de que la iluminación se tornara suave en ese ambiente en el que había explorado fantasías muchas veces.

Grandes manos se apoyaron sobre sus hombros y presionaron para brindar un suave masaje. Raisha roncó de placer.

—¿Cómo estás? —preguntó la voz seria y varonil detrás del sillón donde ella estaba.

—Lista para ir a casa, darme una ducha y pasar por el cumpleaños de Eric.

—¿Estás cansada?

—Depende—replicó Raisha con timidez, entretanto se ponía de pie e iba sobre ese

hombre que la rodeó con sus brazos—¿Qué quieres hacer?

—¿Qué es aquello que siempre quiero hacer contigo? —indagó Grégor con picardía.

Raisha lo besó. Fue un beso picante y lascivo, como los que ellos daban, como los que Raisha se acostumbró a recibir sin abrumarse. Las manos de su guardaespaldas recorrieron su cuerpo. Ese día llevaba un lindo vestido sin mangas fucsia, y sobre él un blazer negro. La prenda oscura terminó en el piso, el vestido en su cintura. Grégor impecable con su traje gris, la embestía con intensidad sobre la elegante mesa de reuniones. Raisha lo sujetó de la corbata y lo acercó a ella. Sus labios se unieron en un beso demencial. Un beso que se convirtió en una caliente incursión por su piel, desde su mandíbula, pasando por su cuello hasta los lindos pezones rosados de sus pequeños senos. Esa parte que a Raisha siempre le dio vergüenza era la preferida de Grégor.

—Siéntate, Quiero montarte—ordenó Raisha. Grégor obedeció mientras tomaba lugar en el cómodo sillón a la cabeza de la impresionante mesa de reuniones.

Raisha lo montó con desesperación, como quien llevaba horas esperando ese momento, y, de hecho, era una realidad. Raisha solo deseaba tener a su guardaespaldas en su cuerpo. Grégor embistió hacia arriba, la mujer se sujetó de los hombros y se vino dando un extenso gemido de puro placer.

Grégor embistió un par de veces más y se derramó en el cálido interior de esa diosa esclava de cabello negro hasta la cintura.

—¿Día difícil? —preguntó Grégor cuando acariciaba su pecho, su cuello, y le permitía a Raisha seguir disfrutando el intenso orgasmo.

—Bastante, pero te tengo a ti que siempre mejoras mi día.

—Tú también mejoras el mío—aclaró Grégor—, aunque debo reconocer que lo que hacemos no es muy profesional.

—Por supuesto—Raisha lo besó—, está muy mal tener sexo en el trabajo, pero nadie dijo una palabra sobre hacer el amor.

Grégor llevó un par de dedos al tierno y sensible capullo hinchado. Raisha se contrajo cuando empezó a moverlos en círculos.

—Grégor. —Raisha dio un gemido.

—Tienes razón—señaló el guardaespaldas—, además, nadie dijo que complacer a tu jefa es algo malo.

—Eres tremendo. —La mujer se estremeció. Esos dedos la estaban volviendo loca.

—Vamos, amor, creo que tu escritorio me gusta más.

—Es más pequeño.

—Es más íntimo.

Grégor le dio un chupetón sobre uno de los pezones. La sostuvo de la cintura y sin un mínimo de vergüenza, atravesó la puerta interna que conectaba la sala de reuniones con la oficina de la sexi presidenta de Xinaris.

Agradecimientos

Aquí estamos en el final de un nuevo libro ¡Cuántas emociones juntas! La bilogía Match point viene a completar un poco este ciclo de los rusos que comenzó con la trilogía Obsesiones. Por eso, decidí agregarles un capítulo especial de Carlos y Gabriel en los extras. Espero les haya gustado.

Agradezco a Dios y a la vida que me permiten estar de nuevo aquí con ustedes, a mi familia que siempre está conmigo, que me permite ser yo misma. A mis amigos, a Eva Bolfán una gran amiga que me ayudó en parte a editar este libro para ustedes. A vos, que estás ahí, y haces que mi sueño crezca.

Si llegaste hasta aquí te doy las gracias infinitas. Gracias por siempre estar allí apoyando mi trabajando, leyéndome y comprando mis libros en Amazon. Gracias por elegirme porque soy consciente de que hay muchas escritoras en mi género, el hecho de que elijas un libro mío es un gran honor para mí.

Te mando un abrazo a la distancia, desde mi San Juan querido, un pueblito encallado en las montañas lleno de sol. Te deseo paz, más allá de todo entendimiento. Que encuentres la fuerza que a veces sientes que te falta, que escuches a tu corazón porque eres únic@, eres hermos@, y una parte importante de este Universo.

Espero encontrarme con vos en mi próximo libro. Ander y Emmanuel están cerca.

Un beso gigante, te amo un montón.

Paz

Acerca del autor

PAZ IRIBARNE

Paz Iribarne, licenciada en Ciencias Políticas, hace algunos años decidió dejar de lado los textos políticos para dedicarse a su verdadera vocación: escribir novelas románticas cargadas de erotismo, drama y acción, con el amor como protagonista único.

Paz suele decir que escribir le permite liberar su alma, esa que muchas veces sintió estaba encadenada.

La carrera en la que se graduó jamás le permitió eso, así como tampoco el trabajo a tiempo completo que tenía en una empresa de comunicaciones. Hoy su meta es seguir escribiendo, porque es una tarea que hace con el corazón, donde se siente valorada y amada.

La autora ha creado diversas novelas y sagas del género LGBT, así como también de romance heterosexual, tales como la Saga Besos Ocultos (Gay), Trilogía Obsesiones (Gay), Trilogía Juegos de Poder (Gay), Trilogía Callums (Gay), Trilogía Locura de Amor (Gay), Saga Deseos Eternos (Gay), Deber y Deseo (Hetero), Atracción, Deseo y Caída (Romance bisexual), Bilogía Match point (Gay) Bilogía Sangre y cenizas (Hetero). Todas las obras están publicadas en plataformas como Amazon y Booknet.

Si deseas saber más sobre Paz Iribarne, puedes encontrarla en:

Instagram <https://www.instagram.com/iribarnepaz/>

Su tienda en Amazon <https://www.amazon.com/author/paziribarne>